LA NIÑERA—LIBRO UNO

CASI AUSENTE

BLAKE PIERCE

C A S I A U S E N T E

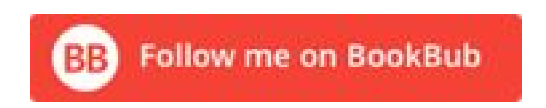
(LA NIÑERA—LIBRO UNO)

B L A K E P I E R C E

Blake Pierce

Blake Pierce es el autor de la serie exitosa de misterio RILEY PAIGE que cuenta con trece libros hasta los momentos. Blake Pierce también es el autor de la serie de misterio de MACKENZIE WHITE (que cuenta con nueve libros), de la serie de misterio de AVERY BLACK (que cuenta con seis libros), de la serie de misterio de KERI LOCKE (que cuenta con cinco libros), de la serie de misterio LAS VIVENCIAS DE RILEY PAIGE (que cuenta con tres libros), de la serie de misterio de KATE WISE (que cuenta con dos libros), de la serie de misterio psicológico de CHLOE FINE (que cuenta con dos libros) y de la serie de misterio psicológico de JESSE HUNT (que cuenta con tres libros).

Blake Pierce es un ávido lector y fan de toda la vida de los géneros de misterio y los thriller. A Blake le encanta comunicarse con sus lectores, así que por favor no dudes en visitar su sitio web www.blakepierceauthor.com para saber más y mantenerte en contacto.



LIBROS ESCRITOS POR BLAKE PIERCE

LA NIÑERA
CASI AUSENTE (Libro #1)
CASI PERDIDA (Libro #2)
CASI MUERTA (Libro #3)

SERIE DE THRILLER DE SUSPENSE PSICOLÓGICO CON JESSIE HUNT
EL ESPOSA PERFECTA (Libro #1)
EL TIPO PERFECTO (Libro #2)
LA CASA PERFECTA (Libro #3)

SERIE DE MISTERIO PSICOLÓGICO DE SUSPENSO DE CHLOE FINE
AL LADO (Libro #1)
LA MENTIRA DEL VECINO (Libro #2)
CALLEJÓN SIN SALIDA (Libro #3)

SERIE DE MISTERIO DE KATE WISE
SI ELLA SUPIERA (Libro #1)
SI ELLA VIERA (Libro #2)
SI ELLA CORRIERA (Libro #3)
SI ELLA SE OCULTARA (Libro #4)
SI ELLA HUYERA (Libro #5)

SERIE LAS VIVENCIAS DE RILEY PAIGE
VIGILANDO (Libro #1)
ESPERANDO (Libro #2)
ATRAYENDO (Libro #3)
TOMANDO (Libro #4)

SERIE DE MISTERIO DE RILEY PAIGE
UNA VEZ DESAPARECIDO (Libro #1)
UNA VEZ TOMADO (Libro #2)
UNA VEZ ANHELADO (Libro #3)
UNA VEZ ATRAÍDO (Libro #4)
UNA VEZ CAZADO (Libro #5)
UNA VEZ AÑORADO (Libro #6)
UNA VEZ ABANDONADO (Libro #7)
UNA VEZ ENFRIADO (Libro #8)
UNA VEZ ACECHADO (Libro #9)
UNA VEZ PERDIDO (Libro #10)

UNA VEZ ENTERRADO (Libro #11)
UNA VEZ ATADO (Libro #12)
UNA VEZ ATRAPADO (Libro #13)
UNA VEZ INACTIVO (Libro #14)

SERIE DE MISTERIO DE MACKENZIE WHITE
ANTES DE QUE MATE (Libro #1)
ANTES DE QUE VEA (Libro #2)
ANTES DE QUE CODICIE (Libro #3)
ANTES DE QUE SE LLEVE (Libro #4)
ANTES DE QUE NECESITE (Libro #5)
ANTES DE QUE SIENTA (Libro #6)
ANTES DE QUE PEQUE (Libro #7)
ANTES DE QUE CACE (Libro #8)
ANTES DE QUE ATRAPE (Libro #9)
ANTES DE QUE ANHELE (Libro #10)
ANTES DE QUE DECAIGA (Libro #11)
ANTES DE QUE ENVIDIE (Libro #12)

SERIE DE MISTERIO DE AVERY BLACK
CAUSA PARA MATAR (Libro #1)
UNA RAZÓN PARA HUIR (Libro #2)
UNA RAZÓN PARA ESCONDERSE (Libro #3)
UNA RAZÓN PARA TEMER (Libro #4)
UNA RAZÓN PARA RESCATAR (Libro #5)
UNA RAZÓN PARA ATERRARSE (Libro #6)

SERIE DE MISTERIO DE KERI LOCKE
UN RASTRO DE MUERTE (Libro #1)
UN RASTRO DE ASESINATO (Libro #2)
UN RASTRO DE VICIO (Libro #3)
UN RASTRO DE CRIMEN (Libro #4)
UN RASTRO DE ESPERANZA (Libro #5)

CONTENIDOS

CAPÍTULO UNO

Cassie Vale, de veintitrés años, estaba sentada al borde de una de las dos sillas de plástico que había en la sala de espera de la agencia de niñeras, mirando fijamente a los pósters y mapas de la pared de enfrente. Arriba del logo cursi de *Las Niñeras Europeas de Maureen* había un póster de la Torre Eiffel y otro de la Puerta de Brandeburgo. Una cafetería en un patio adoquinado, un pueblo pintoresco con vista al mar azul. Escenas de ensueño, lugares en los que anhelaba estar.

La oficina de la agencia era estrecha y sofocante. El aire acondicionado hacía ruido aunque no funcionaba y por los respiraderos no pasaba ni una bocanada de aire. Cassie estiró el brazo y discretamente se limpió una gota de sudor que le caía por la mejilla. No sabía cuánto tiempo más podría soportar.

La puerta de la oficina se abrió de pronto, ella dio un respingo y tomó los documentos de la otra silla. Pero se desilusionó al ver que era otra entrevistada que salía: esta era rubia, alta y delgada, y rebosaba toda la confianza que Cassie deseaba tener. Sonreía satisfecha con un manojo de formularios de aspecto oficial, y apenas miró a Cassie al pasar.

Cassie sintió que su estómago se contraía. Miró a donde estaban sus documentos preguntándose si ella también tendría éxito o si se iría decepcionada y humillada. Sabía que su experiencia era penosa e insuficiente, y que no tenía certificaciones en cuidado de niños. La agencia de cruceros a la que se había presentado la semana anterior la había rechazado. Le habían dicho que sin experiencia no podían siquiera registrarla. Si era lo mismo aquí, no tenía la más remota posibilidad.

—¿Cassandra Vale? Soy Maureen. Por favor, pasa.

Cassie levantó la vista. Una mujer de cabello gris y traje oscuro la esperaba de pie en la puerta. Claramente era la dueña.

Cassie se puso de pie tambaleando al tiempo que sus papeles, organizados cuidadosamente, se desparramaban del archivador. Los juntó y, con el rostro enardecido, se dirigió de prisa hacia la sala de entrevistas.

Mientras Maureen hojeaba los papeles con el ceño fruncido, Cassie comenzó a sacarse la cutícula con las uñas y enseguida entrelazó las manos, la única manera de frenar ese hábito nervioso.

Intentó respirar profundo para tranquilizarse. Se dijo a sí misma que la decisión de esa mujer no era su único billete para salir de aquí. Había otras maneras de escapar y empezar de cero. Pero por ahora, esta parecía ser la única oportunidad que le quedaba. La empresa de cruceros le había dicho que no categóricamente. Enseñar inglés, otra de sus ideas, era imposible sin certificación, y obtenerla era muy costoso. Tendría que ahorrar por un año más para poder empezar, y en este momento no podía darse el lujo de perder el tiempo. Le habían arrancado esa opción la semana anterior.

—Entonces, Cassandra, ¿te criaste en Millville, Nueva Jersey? ¿Tu

familia aún vive allí? —preguntó Maureen finalmente.

—Por favor, llámeme Cassie —respondió— y no, se mudaron.

Cassie apretó sus manos, preocupada por el rumbo que tomaba la entrevista. No había anticipado que le preguntaran en detalle por su familia, pero ahora se daba cuenta de que era evidente que iban a necesitar los antecedentes de la vida familiar de una postulante, dado que las niñeras iban a convivir y trabajar en los hogares de los clientes. Tenía que pensar rápido, porque si bien no quería mentir, temía que la verdad pusiera en peligro su postulación.

—¿Y tu hermana mayor? ¿Dices que trabaja en el exterior?

Para alivio de Cassie, Maureen había pasado a la siguiente sección. Ya había pensado en qué decir si le preguntaban, promovería su propia causa de manera que no requiriera ningún detalle que se pudiera corroborar.

— Los viajes de mi hermana definitivamente me han motivado a aceptar un trabajo en el extranjero. Siempre quise vivir en otro país y me encanta Europa. En particular Francia, ya que manejo el idioma con bastante fluidez.

—¿Estudiaste francés?

—Sí, por dos años, pero conocía el idioma de antes. Mi madre se crío en Francia y ocasionalmente trabajaba como traductora independiente cuando yo era pequeña, por lo que mi hermana y yo crecimos con una buena comprensión del francés hablado.

—¿Qué esperas obtener del trabajo de niñera? —le preguntó Maureen en francés.

Cassie estaba encantada de poder responderle en forma fluida.

—Aprender más sobre la vida en otro país y mejorar mi dominio del idioma.

Esperaba que la respuesta impresionara a Maureen, pero esta permaneció rígida mientras terminaba de leer detenidamente los papeles.

— ¿Aún vives con tu familia, Cassie?

Volvemos otra vez a la vida familiar… Quizás Maureen sospechaba que ella ocultaba algo. Tenía que responder con más cuidado. Mudarse a los dieciséis, como había hecho ella, llamaría la atención de la entrevistadora. ¿Por qué tan joven? ¿Tenía problemas en casa? Necesitaba dar una imagen más atractiva que sugiriera una vida familiar normal y feliz.

—Vivo sola desde los veinte años —dijo ella, mientras sentía que su rostro se enrojecía por la culpa.

—Y trabajas media jornada. Veo que tienes una referencia aquí de Primi, ¿es un restaurante?

—Sí, he trabajado allí como mesera durante los últimos dos años.

Lo que por suerte era verdad. Antes de ese trabajo había tenido otros, incluso había trabajado una temporada en un bar de mala muerte, cuando le costaba mantener el alojamiento compartido y la educación a distancia. Su trabajo más reciente, en Primi, había sido el más disfrutable. El equipo del restaurante había sido como la familia que nunca había tenido, pero no tenía

futuro allí. El salario era bajo y las propinas no eran mucho mejor; los negocios en esa parte de la ciudad eran complicados. Había planeado dar el paso en el momento justo, pero cuando sus circunstancias cambiaron para peor, se volvió urgente.

—¿Experiencia en el cuidado de niños? —Maureen miró a Cassie por encima de sus gafas, y ella sintió que se le retorcía el estómago.

—A…asistí en una guardería durante tres meses, antes de empezar en Primi. La referencia está en la carpeta. Me dieron una capacitación básica en seguridad y primeros auxilios y revisaron mis antecedentes —tartamudeó, con la esperanza de que eso fuera suficiente.

Esa había sido una posición temporal en la que había sustituido a una persona con licencia maternal. Nunca pensó que se convertiría en un escalón para una oportunidad en el futuro.

—También dirigí fiestas para niños en el restaurante. Soy una persona muy simpática. Es decir, me llevo bien con las personas, y tengo paciencia…

Maureen apretó los labios.

—Es un lástima que tu experiencia no sea más reciente. Tampoco tienes certificaciones en el cuidado de niños. La mayoría de las familias tienen como requisito la certificación, o como mínimo más experiencia. Será difícil ubicarte con tan poco.

Cassie la miró desilusionada. Tenía que lograrlo a toda costa. La opción era clara. Irse…o quedarse atrapada en un círculo de violencia del que pensó se había escapado para siempre al irse de su casa.

Los moretones que tenía en el brazo habían demorado unos días en madurar, oscuros y bien definidos, por lo que podía distinguir la marca de los nudillos en los lugares en donde la había golpeado. Su novio, Zane, el que le había prometido en la segunda cita que la amaba y que la iba a proteger sin importar las consecuencias.

Cuando las horribles marcas empezaron a aparecer había recordado, con la piel erizada punzándole en la columna, que había tenido moretones casi idénticos en el mismo lugar diez años antes. Primero había sido el brazo. Luego el cuello, y finalmente el rostro. Propinados por quien también era un supuesto protector, su padre.

Había empezado a pegarle cuando ella tenía doce años, luego de que Jacqui, su hermana mayor, se escapara. Antes de eso, Jacqui había soportado lo peor de su ira. Con su presencia había protegido a Cassie de lo peor.

Los moretones de Zane aún estaban allí, y tardarían un tiempo en desvanecerse. Se había vestido con mangas largas para ocultarlos durante la entrevista, y se sentía demasiado abrigada en la sofocante oficina.

—¿Hay otro lugar que me pueda recomendar? —le preguntó a Maureen —. Sé que esta es la mejor agencia de la ciudad, pero ¿me podría recomendar un sitio en la red en el que quizás me pueda presentar?

—No puedo recomendar un sitio web —dijo Maureen firmemente—. Demasiados candidatos han tenido malas experiencias. Algunos terminaron en

situaciones en las que no se cumplían sus horarios de trabajo, o realizando trabajos domésticos de limpieza además de tener que cuidar a los niños. Lo cual es injusto para todos los involucrados. También he escuchado historias de niñeras que fueron maltratadas de otra forma. Así que no.

—Por favor, ¿hay alguien en sus registros que pueda tenerme en cuenta? Soy trabajadora y estoy dispuesta a aprender, me puedo adaptar fácilmente. Por favor, deme una oportunidad.

Maureen permaneció en silencio por un momento, luego escribió en su teclado con el ceño fruncido.

—Tu familia, ¿qué piensa sobre tu viaje? ¿Tienes novio, alguien a quien dejes aquí?

—Me separé de mi novio hace muy poco. Y siempre he sido muy independiente, mi familia lo sabe.

Zane había llorado y se había disculpado luego de golpearla en el brazo, pero ella no había cedido, pues recordaba lo que su hermana le había advertido hacía mucho tiempo, y que desde entonces había comprobado: "Ningún hombre golpea a una mujer solo una vez".

Había armado las valijas y se había ido a vivir con una amiga. Para evitar a Zane, había bloqueado sus llamadas y cambiado sus horarios de trabajo. Esperaba que él aceptara su decisión y la dejara tranquila, aunque en el fondo sabía que él no lo haría. La idea de separarse tenía que haber sido de él, no de ella. Su ego no aceptaba el rechazo.

Él había estado buscándola en el restaurante. El gerente le había dicho que ella se había tomado dos semanas de vacaciones, y que se había ido a Florida. Eso le había hecho ganar algo de tiempo, pero ella sabía que él iba a estar contando los días. En una semana, la estaría buscando otra vez.

Estados Unidos parecía muy pequeño para poder escaparse de él. Ella quería un océano, uno grande, que los separara. Porque lo peor de todo era el miedo a flaquear, perdonarlo y darle otra oportunidad.

Maureen terminó de revisar los papeles y continuó con preguntas habituales que a Cassie le resultaron más fáciles. Sus pasatiempos, alguna medicación crónica, requisitos alimentarios o alergias.

—No tengo requisitos alimentarios ni alergias. Tampoco problemas de salud.

Cassie esperaba que su medicación para la ansiedad no contara como crónica. Decidió que era mejor no mencionarla, ya que estaba segura de que sería una enorme señal de alarma.

Maureen garabateó una nota en el archivo.

—¿Qué harías si los niños bajo tu cuidado se comportaran de forma traviesa o desobediente? ¿Cómo lo manejarías? —le preguntó luego.

Cassie respiró hondo.

—Bueno, no creo que haya una única respuesta. Si una niña es desobediente porque corre hacia una calle peligrosa, el abordaje sería distinto a si no quiere comer verduras. En el primer ejemplo sería priorizar la

seguridad y apartar a la niña del peligro lo más pronto posible. En el segundo, intentaría razonar y negociar con ella: ¿por qué no te gustan? ¿Es la apariencia o el gusto? ¿Estarías dispuesta a probar? A fin de cuentas, todos pasamos por etapas con la comida y generalmente las superamos.

Maureen parecía satisfecha, pero las siguientes preguntas fueron más difíciles.

—¿Qué harías si los niños te mintieran? ¿Por ejemplo, si te dijeran que tienen permiso para hacer algo que los padres les habían prohibido?

—Les diría que no tienen permiso, y la razón si la supiera. Les sugeriría hablar juntos con los padres y discutir la orden como familia, para ayudarles a entender por qué es importante.

Cassie sentía como si estuviese caminando por una cuerda floja, y esperaba que sus respuestas fueran aceptables.

—Cassie, ¿cómo reaccionarías si estuvieras presente durante una pelea doméstica? Al vivir en el hogar de una familia, habrá momentos en los que los integrantes no se lleven bien.

Cassie cerró los ojos por un momento, apartando los recuerdos desencadenados por las palabras de Maureen. Gritos, vidrios que se rompen, quejas de vecinos enojados. Una silla calzada bajo el inquieto picaporte de la puerta de su dormitorio, la única y débil protección que había podido encontrar.

Pero cuando estaba por decir que se encerraría con los niños en un lugar seguro y llamaría a la policía inmediatamente, Cassie se dio cuenta de que Maureen no podía estar refiriéndose a ese tipo de pelea. ¿Por qué lo haría? Obviamente se refería a una discusión, gritar algunas palabras con enojo o ira; fricción temporal más que destrucción total.

—Intentaría mantener a los niños en un lugar en el que no puedan escuchar —dijo, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Y respetaría la privacidad de los padres, me mantendría al margen. Después de todo, las peleas son parte de la vida y la niñera no tiene derecho a tomar partido o involucrarse.

Ahora, finalmente, se había ganado una pequeña sonrisa.

—Buena respuesta —dijo Maureen.

Revisó su computadora nuevamente mientras asentía, como confirmando una decisión que recién había tomado.

—Hay solamente una posibilidad aquí que podría ofrecerte. Una posición con una familia francesa —dijo, y el corazón de Cassie dio un vuelco, para luego hacer un aterrizaje forzoso cuando Maureen agregó—. Su última niñera se marchó inesperadamente luego de un mes, y han tenido dificultades para encontrar su reemplazo.

Cassie se mordió el labio. No sabía si la niñera había renunciado o la habían despedido, pero no podía darse el lujo de que a ella le pasara lo mismo. Con la comisión de la agencia más el precio del pasaje estaba invirtiendo todos sus ahorros en este emprendimiento. Tenía que hacer todo lo posible

para lograrlo.

—Es una familia adinerada con un hogar hermoso. No es en la ciudad. Es una mansión en el campo, en un terreno muy extenso. Hay un huerto y un pequeño viñedo (no para uso comercial) y también caballos, aunque no se requieren conocimientos ecuestres para el trabajo. De todas formas, tendrás la posibilidad de aprender a montar a caballo cuando estés allí, si así lo deseas — agregó Maureen.

—Me encantaría —dijo Cassie.

El encanto de la campiña francesa más la promesa de montar a caballo hizo que el riesgo valiera la pena. Y una familia adinerada seguramente significaba mayor estabilidad laboral. Quizás la niñera anterior no había estado dispuesta a intentarlo.

Maureen se acomodó las gafas y apuntó una nota en el formulario de Cassie.

—Ahora, debo subrayar que no todas las familias para las que se trabaja son fáciles. Algunas son un desafío y otras son realmente difíciles. El éxito de este trabajo será una responsabilidad enteramente tuya.

—Haré todo lo posible para lograrlo.

—Abandonar una asignación antes del primer año es inaceptable. Significaría incurrir en una tasa de cancelación considerable, y no volverías a trabajar con nosotros. Los detalles están estipulados en el contrato —Maureen le señaló la página con su lapicera.

—No creo que eso suceda —respondió Cassie con firmeza.

—Bien. Entonces, el último punto que debemos discutir es el cronograma.

—Sí. ¿Cuándo estaría partiendo? —preguntó Cassie.

La ansiedad la volvió a inundar al preguntarse cuánto tiempo más tendría que eludir sus problemas.

—Normalmente lleva seis semanas, pero la solicitud de esta familia es urgente así que lo vamos a acelerar. Si las cosas avanzan como esperamos, estarás volando en una semana. ¿Te parece bien?

—Per…perfecto —tartamudeó—. Gracias, acepto el empleo. Haré todo lo posible para que funcione, y no la voy a defraudar.

La mujer la miró con severidad por un buen rato, como resumiéndola una última vez.

—No lo hagas —le dijo.

CAPÍTULO DOS

En los aeropuertos todo era una despedida, pensó Cassie. Partidas apresuradas, el entorno impersonal privándote de las palabras que realmente quieres decir y del tiempo para decirlas.

Una amiga la había llevado al aeropuerto, y Cassie le había insistido que la dejara allí y no entrara con ella. Un abrazo antes de bajarse del auto era más rápido y fácil. Mejor que un café costoso y una conversación incómoda que se agota mientras la hora de partir se acerca. Después de todo ella viajaba sola, dejando atrás a todas las personas que conocía. Tenía sentido que empezara ese viaje lo antes posible.

Mientras empujaba el carrito del equipaje, Cassie sintió cierto alivio por las metas que había logrado hasta ahora. Había obtenido la asignación, la meta más importante de todas. Había pagado el pasaje de avión y la comisión de la agencia, habían acelerado el proceso para obtener la visa, y había llegado en hora para el *check in*. Había empacado sus pertenencias según la lista que le habían dado y estaba encantada con la mochila de azul intenso con el logo de "Las Niñeras de Maureen" que le habían regalado, porque no habría tenido espacio en su maleta para poner toda su ropa.

Desde ahora y hasta que aterrizara en París, estaba segura de que todo ocurriría sin contratiempos.

Y entonces se paró en seco, con el corazón martillándole al verlo.

Estaba parado cerca de la entrada a la terminal, recostado en la pared, con los pulgares enganchados en la chaqueta de cuero que ella le había dado. Su altura, su pelo puntiagudo y su mandíbula amenazante hacían que fuera fácil localizarlo mientras él examinaba a la multitud.

Zane.

Debía haber averiguado que ella se iba a esa hora. Varios amigos le habían dicho que habían recibido sus llamadas preguntando dónde estaba ella, y corroborando la historia de Florida. Zane podía ser manipulador, y no todo el mundo sabía de su situación. Alguien debía haberle contado la verdad de forma inocente.

Antes de que pudiera mirar en su dirección, giró el carrito y se puso la capucha para ocultar su cabello ondulado y cobrizo. Se apresuró hacia el otro lado y condujo el carrito detrás de una columna y fuera de su vista.

El mostrador de Air France estaba en el otro extremo de la terminal. No había forma de ir hasta allí sin que él la viera.

Piensa, Cassie, se dijo a sí misma. En otros tiempos, Zane la había elogiado por su capacidad para idear un plan rápidamente en una situación complicada. "Piensas rápido" le había dicho entonces. Eso había sido al comienzo de la relación. Hacia el final, la había acusado amargamente de ser tramposa, engañosa, demasiado inteligente para su propio bien.

Este era el momento de ser demasiado inteligente. Respiró hondo con la

esperanza de que se le ocurrieran ideas. Zane estaba parado cerca de la entrada a la terminal. ¿Por qué? Hubiese sido más fácil que la esperara en el mostrador en donde seguramente la encontraría. Eso significaba que él no sabía por qué aerolínea viajaba. La persona que le había dado la información no lo sabía o no se lo había dicho. Si pudiera encontrar otro camino hacia el mostrador, quizás podría hacer el *check in* antes de que viniera a buscarla.

Cassie bajó su equipaje del carrito, se puso la pesada mochila al hombro y arrastró la maleta. Había una escalera mecánica a la entrada del edificio, la había visto al entrar. Si subía al piso de arriba, quizás encontrara en el otro extremo otra que bajara o un ascensor.

Abandonó el carrito del equipaje, se apresuró por el mismo camino que había entrado y se subió a la escalera mecánica. La que había en el otro extremo estaba rota, así que bajó por los escalones empinados arrastrando su pesada maleta detrás de ella. El mostrador de Air France estaba a poca distancia, pero con desilusión vio que ya había una larga fila que avanzaba lentamente.

Se cubrió aún más con la capucha gris y se unió a la fila, tomó un libro de su bolso y comenzó a leer. No estaba asimilando las palabras y la capucha la estaba sofocando. Quería arrancársela y aplacar el sudor de su cuello. Sin embargo, no podía arriesgarse, su cabello claro la haría visible instantáneamente. Era mejor que permaneciera escondida.

Entonces sintió una palmadita en el hombro.

Se dio vuelta sin aliento, y se encontró con los ojos sorprendidos de una rubia alta que tendría más o menos su edad.

—Perdón por el sobresalto —dijo—. Soy Jess. Vi tu mochila y pensé que tenía que saludarte.

—Ah, sí. Las Niñeras de Maureen.

—¿Viajas en una asignación? —preguntó Jess.

—Sí.

—Yo también. ¿Quieres preguntar en la aerolínea si nos pueden sentar juntas? Lo podemos solicitar durante el *check in*.

Mientras Jess hablaba sobre el clima en Francia, Cassie daba un vistazo alrededor de la terminal nerviosamente. Sabía que Zane no se daría por vencido tan fácilmente, no después de haber manejado hasta allí. Querría algo de ella, una disculpa, un compromiso. La forzaría a ir con él a tomar un “trago de despedida” y empezaría una pelea. No le importaría si ella llegaba a Francia con moretones nuevos…o si directamente perdía el vuelo.

Entonces lo vio. Iba en su dirección, unos mostradores más atrás, examinando cada fila cuidadosamente mientras buscaba.

Cassie se dio vuelta rápidamente para que él no sintiera su mirada. Con un destello de esperanza, vio que habían llegado al frente de la fila.

—Señora, tiene que quitarse eso —dijo el empleado del *check-in*, señalando la capucha de Cassie.

Se la quitó, obedeciendo de mala gana.

—¡Oye, Cass!

Escuchó a Zane gritar esas palabras.

Cassie se quedó petrificada, sabía que una respuesta podía desatar un desastre.

Torpe por los nervios, dejó caer el pasaporte y se inclinó a agarrarlo, con la pesada parte de arriba de la mochila volcándose sobre su cabeza.

Otro grito y esta vez echó un vistazo hacia atrás.

Él la había visto e iba empujando por la fila, haciendo a un lado a la gente con los codos. Los pasajeros estaban enojados, ella los escuchaba levantar la voz. Zane estaba causando una conmoción.

—Nos gustaría sentarnos juntas, si es posible —le dijo Jess al empleado, y Cassie se mordió el labio ante el retraso.

Zane volvió a gritar y ella se dio cuenta, con una sensación de malestar, que la alcanzaría en pocos minutos. Mostraría su encanto y le pediría una oportunidad para hablar, asegurándole a Cassie que tardaría solo un minuto en decirle lo que quería en privado. Su propósito, ella lo sabía por experiencia, era llevarla sola a un lugar alejado. Y entonces su encanto se desvanecería.

—¿Quién es ese chico? —Preguntó Jess con curiosidad— ¿Te está buscando a ti?

—Es mi ex novio —murmuró Cassie—. Lo he estado evitando. No quiero que cause problemas antes de irme.

—¡Pero ya está causando problemas! —Jess se dio vuelta, furiosa—. ¡Seguridad! —gritó—. ¡Ayúdennos! ¡Alguien detenga a ese hombre!

Uno de los pasajeros, impulsado por los gritos de Jess, tomó a Zane de la chaqueta mientras este pasaba empujando. Se resbaló sobre el mosaico, sacudió los brazos y arrastró uno de los postes al suelo junto con él.

—Agárrenlo —pidió Jess—. Seguridad, ¡pronto!

Cassie sintió un gran alivio al ver que efectivamente habían alertado a seguridad. Dos policías del aeropuerto se apresuraban hacia la fila. Iban a llegar a tiempo antes de que Zane pudiera alcanzarla o incluso escapar.

—Oficiales, vine a despedirme de mi novia —farfulló Zane, pero sus encantos no funcionaron con los policías.

—Cassie —la llamó, mientras el policía más alto lo tomaba del brazo—. *Au revoir*.

Ella se dio vuelta de mala gana para verlo.

—¡*Au revoir*! No es adiós —gritó mientras los policías se lo llevaban—. Te volveré a ver. Más pronto de lo que crees. Ten cuidado.

Reconoció la advertencia en las últimas palabras de Zane, pero por ahora eran amenazas vacías.

—Muchas gracias —le dijo a Jess, inundada de gratitud ante su valiente acción.

—Yo también tuve un novio tóxico —empatizó Jess—. Sé cuán posesivos pueden ser, se te pegan como un maldito velcro. Fue un placer poder detenerlo.

—Vayamos al control de pasaportes antes de que él encuentre la forma de volver a entrar. Te debo un trago. ¿Qué te gustaría? ¿Café, cerveza o vino?

—Vino, desde luego —dijo Jess mientras se dirigían a las puertas de embarque.

—¿A qué parte de Francia te diriges? —le preguntó Cassie después de ordenar un vino.

—Esta vez voy con una familia en Versalles. Cerca del palacio, creo. Espero tener la oportunidad de visitarlo en algún día libre.

—¿Dijiste esta vez? ¿Habías trabajado antes en una asignación?

—Sí, pero no funcionó —Jess dejó caer un cubito de hielo en su copa—. La familia era espantosa. De hecho, me desalentaron a volver con "Las Niñeras de Maureen". Esta vez fui a otra agencia. Pero no te preocupes —agregó rápidamente—, estoy segura de que te irá bien. Maureen debe tener buenos clientes en sus registros.

Cassie sintió la boca reseca. Tomó un trago largo de vino.

—Pensé que era respetable. Es decir, su eslogan es La Agencia Europea Líder.

Jess se rió.

—Bueno, eso es solo marketing. Otros me han dicho lo contrario.

—¿Qué fue lo que te pasó a ti? —Preguntó Cassie—. Por favor, cuéntame.

—Bueno…la asignación parecía bien, aunque durante la entrevista con Maureen alguna de las preguntas me preocuparon. Eran tan extrañas que me empecé a preguntar si habría problemas con la familia, porque a ninguna de mis amigas niñeras les habían preguntado cosas similares en sus entrevistas. Y cuando llegué…bueno, la situación no era como la promocionaban.

—¿Por qué no?

Cassie sintió un frío interior. Las preguntas de Maureen también le habían parecido raras. En ese momento había asumido que les preguntaban las mismas preguntas a todos los candidatos, que era para probar sus habilidades. Y quizás así era…pero no por las razones que ella imaginaba.

—La familia era súper tóxica —dijo Jess—. Eran irrespetuosos y degradantes. Las tareas que tenía que hacer estaban muy por fuera del alcance de mi trabajo. A ellos no les importaba y se negaban a cambiar. Y cuando les dije que me iba…ahí fue cuando realmente se convirtió en zona de guerra.

Cassie se mordió el labio. Ella había crecido con esa experiencia. Recordaba las voces exaltadas a puertas cerradas, discusiones murmuradas en el auto, la sensación de tensión como si estuviera en una cuerda floja. Siempre se preguntó qué era lo que su madre, tan callada, sumisa, humillada, podía haber encontrado para discutir con su grandilocuente y agresivo padre. Fue después de la muerte de su madre, en un accidente de auto, que se dio cuenta de que las discusiones eran todas para mantener la calma, manejar la situación, proteger a Cassie y a su hermana de la hostilidad que estallaba de manera impredecible y sin ningún motivo. Sin la presencia de su madre, el

conflicto latente había desatado una guerra generalizada.

Se había imaginado que uno de los beneficios de ser niñera era que podía ser parte de la familia feliz que nunca tuvo. Ahora temía que fuera lo opuesto. Nunca había podido mantener la paz en su casa. ¿Podría manejar una situación volátil de la misma manera que lo había hecho su madre?

—Me preocupa mi familia —confesó Cassie—. A mí también me hicieron preguntas extrañas en la entrevista, y la última niñera que tuvieron se marchó al poco tiempo. ¿Qué pasa si yo tengo que hacer lo mismo? No quiero quedarme ahí si las cosas se van a poner desagradables.

—No abandones a menos que sea una emergencia, —le advirtió Jess—. Genera un conflicto enorme y te desangras de dinero, serás responsable por un montón de gastos adicionales. Eso casi me desalienta a intentarlo de nuevo. Fui muy cuidadosa al aceptar esta asignación. No tenía el dinero suficiente, mi padre pagó por todo esta vez.

Puso la copa sobre la mesa.

—¿Vamos a la puerta de embarque? Estamos en la parte del fondo del avión así que seremos el primer grupo en abordar.

El entusiasmo de abordar el avión distrajo a Cassie de todo lo que Jess le había dicho, y una vez que se sentaron hablaron de otros temas. Cuando el avión despegó, sintió que su espíritu también se elevaba, porque lo había logrado. Había dejado el país, se había escapado de Zane, y estaba en el aire, dirigiéndose a un nuevo comienzo en tierras extranjeras.

Después de la cena, empezó a pensar más en los detalles de su asignación y en las advertencias de Jess, y fue entonces cuando sus temores volvieron lentamente.

No todas las familias eran malas, ¿cierto?

Pero ¿qué pasaría si una agencia en particular tuviera la fama de aceptar a familias difíciles? Bueno, entonces las probabilidades serían mayores.

Cassie intentó leer por un momento, pero no se podía concentrar en el relato y sus pensamientos se aceleraban ante la preocupación por lo que estaba por venir.

Echó un vistazo a Jess. Se aseguró de que estuviera concentrada mirando una película, para sacar discretamente el frasco de pastillas de su bolso y tomarse una con lo que le quedaba de *Diet Coke*. Si no podía leer, al menos podía intentar dormir. Apagó la luz y reclinó su asiento.

*

Cassie se encontró en su ventosa habitación del piso de arriba, acurrucada debajo de su cama con la espalda contra la fría y áspera pared.

Se escuchaban risas de borrachos, golpes y gritos de la planta baja, una fiesta que se pondría violenta en cualquier momento. Agudizó sus oídos a la espera del estruendo de un vidrio. Reconoció la voz de su padre y la de su última novia, Deena. Había al menos otras cuatro personas allí abajo, quizás

más.

Y luego, por encima de los gritos, sintió el crujido de las tablas por las fuertes pisadas que subían las escaleras.

—Hola, pequeña —susurró una voz grave, y su yo de doce años se encogió de terror—. ¿Estás ahí, niñita?

Cerró sus ojos con fuerza, diciéndose que esto era solo una pesadilla, que estaba segura en la cama y que los extraños allá abajo se preparaban para marcharse.

La puerta se abrió lentamente con un chirrido y a la luz de la luna vio aparecer una pesada bota.

Los pies pisoteaban por el dormitorio.

—Hola, niñita —Un susurro ronco—. Vine a saludarte.

Ella cerró los ojos, rogando que él no escuchara su respiración agitada.

Sintió el murmullo de la tela cuando él destapó las sábanas, y el gruñido de sorpresa cuando vio la almohada y el saco que ella había envuelto debajo.

—Callejeando —farfulló.

Adivinó que él buscaba entre las sucias cortinas que se inflaban por la brisa y las cañerías que insinuaban una ruta de escape precaria. La próxima vez se armaría de coraje y bajaría por ahí, no podía ser peor que esconderse aquí.

Las botas retrocedieron fuera de su vista. Una explosión de música vino de abajo, seguida de una discusión a los gritos.

El dormitorio estaba tranquilo.

Ella temblaba. Si iba a pasar la noche escondida, necesitaba una frazada. Era mejor ir a buscarla ahora. Se apartó de la pared con cuidado.

Pero cuando deslizó su mano hacia afuera, otra áspera la atrapó.

—¡Así que ahí estás!

La arrancó y ella se aferró del marco de la cama, el frío acero le raspaba las manos, y comenzó a gritar. Sus gritos aterrorizados llenaron el dormitorio, llenaron la casa…

Y se despertó, traspirando, gritando, escuchando la voz preocupada de Jess.

—Oye, Cassie, ¿estás bien?

Los zarcillos de la pesadilla aún la acechaban, esperando atraparla de nuevo. Podía sentir los rasguños en el brazo, en donde se había cortado con el marco oxidado de la cama. Apretó sus dedos sobre la piel y se alivió al sentirla intacta. Abrió bien los ojos y prendió la luz sobre su cabeza para espantar la oscuridad.

—Estoy bien. Tuve un mal sueño, nada más.

—¿Quieres agua? ¿Té? Puedo llamar a la azafata.

Cassie se iba a negar amablemente, pero luego recordó que debía tomar la medicación otra vez. Si una pastilla no había funcionado, dos habitualmente impedían que las pesadillas se repitieran.

—Un poco de agua. Gracias —le dijo.

Esperó a que Jess no la mirara y rápidamente se tomó otra pastilla.

No intentó volver a dormir.

Durante el aterrizaje intercambió números de teléfono con Jess, y por las dudas anotó el nombre y la dirección de la familia con la que ella iba a trabajar. Cassie se dijo que era como una póliza de seguros, y que con suerte si la tenía no la iba necesitar. Hicieron la promesa de recorrer el Palacio de Versalles juntas en la primera oportunidad que tuvieran.

Mientras rodaban hacia el aeropuerto Charles de Gaulle, Jess se reía entusiasmada. Rápidamente le mostró a Cassie la selfi que su familia se había tomado para ella mientras esperaban. Una atractiva pareja y sus dos hijos sonreían y sostenían un cartel con el nombre de Jess.

Cassie no había recibido ningún mensaje. Maureen solamente le había dicho que la esperarían en el aeropuerto. El camino hacia el control de pasaportes parecía eterno. Estaba rodeada por el murmullo de las conversaciones en una multitud de idiomas distintos. Intentó escuchar a la pareja que caminaba junto a ella, y se dio cuenta de lo poco que podía entender el francés hablado. La realidad era tan diferente a las clases de la escuela y las grabaciones que escuchaban. Se sintió asustada, sola y con falta de sueño, y de pronto se dio cuenta de que su ropa estaba arrugada y traspirada en comparación con los viajeros franceses a su alrededor, elegantemente vestidos.

Tomó sus maletas y se apresuró a los servicios, se puso una blusa limpia y se peinó. Aún no se sentía lista para conocer a su familia y no tenía idea de quién la estaría esperando. Maureen le había dicho que la casa estaba a más de una hora del aeropuerto, por lo que quizás los niños no habían venido. No buscaría a una familia grande. Un rostro amigable sería suficiente.

Pero en el mar de gente que la observaba, no vio a nadie que la reconociera, a pesar de haber puesto la mochila de “Las Niñeras de Maureen” a la vista en el carrito del equipaje. Caminó lentamente desde la puerta de salida hacia la sala de arribos, esperando ansiosamente que alguien la ubicara, la saludara con la mano o la llamara.

Pero todos parecían esperar a alguien más.

Aferrando el carrito con las manos frías, Cassie zigzagueó por la sala de arribos, buscando en vano mientras la muchedumbre se iba dispersando gradualmente. Maureen no le había dicho qué hacer si esto sucedía. ¿Tenía que llamar a alguien? ¿Su teléfono funcionaría en Francia?

Y entonces, cuando pasaba por última vez de forma frenética por la sala, lo encontró.

“CASSANDRA VALE”.

Un hombre esbelto y de cabello oscuro, vestido de chaqueta negra y jeans, sostenía el pequeño cartel.

Parado cerca de la pared, concentrado en su teléfono, ni siquiera la estaba buscando.

Se acercó vacilante.

—Hola, soy Cassie. ¿Tú eres…? —le preguntó, sus palabras se apagaban al darse cuenta de que no sabía quién podía ser.

—Sí —le respondió en un marcado acento inglés—. Ven por aquí.

Estaba por presentarse adecuadamente, para decir las palabras que había ensayado acerca de lo entusiasmada que estaba de ser parte de la familia, cuando vio la tarjeta plastificada en su chaqueta. Era solo un chofer de taxi, la tarjeta era su pase oficial para el aeropuerto.

La familia ni siquiera se había molestado en venir a conocerla.

CAPÍTULO TRES

El paisaje citadino de París se desenvolvía frente a la mirada de Cassie. Altos edificios y bloques industriales sombríos dieron paso gradualmente a los suburbios arbolados. La tarde era fría y gris, con lluvias dispersas y viento.

Se estiró para ver los letreros que pasaban. Se dirigían hacia Saint Maur, y por un momento pensó que ese era su destino, pero el chofer pasó la salida y continuó por la carretera que salía de la ciudad.

—¿Cuánto falta? —le preguntó, intentando iniciar una conversación, pero él gruñó evasivamente y subió el volumen de la radio.

La lluvia golpeteaba las ventanas y sentía el frío del vidrio en su mejilla. Deseaba haber tomado su chaqueta gruesa del maletero. Y estaba muerta de hambre, no había desayunado y desde entonces no había tenido la oportunidad de comprar comida.

Luego de más de media hora llegaron a campo abierto, bordeando el río Marne, en donde las barcazas con sus colores vivos le dieron un toque de color al gris, y algunas personas caminaban bajo los árboles envueltas en gabardinas. Algunas ramas ya estaban descubiertas, otras aún vestían hojas de color oro rojizo.

—Hace mucho frío hoy, ¿no? —observó, intentando nuevamente entablar una conversación con el chofer.

—*Oui* —respondió balbuceando, y esa fue su única respuesta, pero al menos subió la calefacción y ella dejó de tiritar.

Envuelta por el calor, se dejó arrastrar por una siesta intranquila mientras pasaban los quilómetros.

Un frenazo brusco y el estruendo de una bocina la despertaron sobresaltada. El chofer intentaba pasar a un camión estacionado, logrando salir de la carretera hacia una calle angosta y arbolada. El cielo se había despejado, y en la luz tenue del atardecer el paisaje otoñal era hermoso. Cassie miró por la ventana, asimilando el paisaje ondulante y el mosaico de praderas intercalado con enormes y oscuros bosques. Pasaron por un viñedo con sus filas de vides bien ordenadas rodeando la ladera.

El chofer aminoró la velocidad y se adentró en un pueblo con casas de piedra pálida, ventanas con forma de arco y tejados empinados alineando el camino. A lo lejos, vio un campo abierto y vislumbró un canal bordeado de sauces llorones mientras cruzaban un puente de piedra. La elevada aguja de la iglesia atrajo su atención, y se preguntó cuántos años tendría el edificio.

Pensó que deberían estar cerca del *chateau*, quizás incluso en un vecindario cercano. Cambió de opinión cuando se alejaban del pueblo y serpenteaban entre las colinas, hasta que se desorientó totalmente y perdió de vista la aguja de la iglesia. No esperaba que el *chateau* estuviese tan lejos. Escuchó la notificación del GPS de pérdida de señal, y el chofer exclamó con enojo, tomando su teléfono y mirando atentamente el mapa mientras

manejaba.

Entonces, luego de girar a la derecha y pasar a través de unos enormes postes, Cassie se enderezó y observó la larga entrada de gravilla. A la distancia, alto y elegante, con el sol poniente resaltando las paredes revestidas en piedra, estaba el *chateau*.

Las cubiertas crujieron sobre las piedras cuando el automóvil se detuvo en una entrada enorme e imponente, y ella sintió una punzada de nervios. La casa era mucho más grande de lo que había imaginado. Era como un palacio, coronado con altas chimeneas y torrecillas ornamentales. Contó dieciocho ventanas, con mampostería elaborada y detallada, en los dos pisos de la imponente fachada. La casa tenía vistas a un jardín formal, con setos recortados de forma inmaculada y senderos pavimentados.

¿Cómo podría vincularse con la familia en su interior, que vivía entre tanto esplendor, cuando ella venía de la nada?

Se dio cuenta de que el chofer golpeteaba sus dedos impacientemente sobre la rueda. Claramente no la iba a ayudar con las maletas. Se bajó rápidamente.

El viento despiadado la enfrió de inmediato. Se apresuró hacia el maletero, sacó su maleta y la cargó por la gravilla hasta refugiarse bajo el porche, en donde se subió el cierre de la chaqueta.

La pesada puerta de madera no tenía timbre, solamente una gran aldaba de hierro que sintió fría al tacto. El ruido fue sorpresivamente alto, y un momento después, Cassie escuchó pasos ligeros.

La puerta se abrió y vio a una criada con uniforme oscuro y el pelo recogido en una coleta ajustada. Detrás de ella, Cassie entrevió un enorme salón de entrada, con paredes revestidas de manera opulenta, y una majestuosa escalera de madera en el otro extremo.

Inmediatamente, Cassie detectó la presencia de una pelea. Podía sentir la electricidad en el aire, como una tormenta que se acercaba. La sentía en el comportamiento nervioso de la criada, en el portazo y en el caos de los gritos distantes que se van desvaneciendo. Sintió que se le contraían las entrañas y un deseo dominante de escapar, de perseguir al chofer y pedirle que vuelva.

En lugar de eso, se mantuvo firme y forzó una sonrisa.

—Soy Cassie, la nueva niñera. La familia me está esperando.

—¿Hoy? —La criada parecía preocupada— Espera un momento.

Mientras entraba a la casa rápidamente, Cassie la escuchó llamar.

—Monsieur Dubois, por favor, venga pronto.

Un minuto después, un hombre fornido, de pelo oscuro y canoso, entraba a zancadas al vestíbulo con el rostro como un trueno. Cuando vio a Cassie en la puerta, se detuvo.

—¿Ya estás aquí? —preguntó—. Mi prometida dijo que llegabas mañana en la mañana.

Se dio vuelta para lanzar una mirada fulminante a la joven de cabello rubio decolorado que lo seguía. Llevaba un vestido de noche y sus atractivos

rasgos estaban tensos por la presión.

—Sí, Pierre, imprimí el correo electrónico cuando fui a la ciudad. La agencia me dijo que el vuelo llega a las cuatro de la mañana.

Volviéndose a la ornamentada mesa de madera del vestíbulo, empujó un pisapapeles de vidrio veneciano y blandió una hoja de papel de forma defensiva.

—Aquí, ¿ves?

Pierre echó un vistazo a la hoja y suspiró.

—Dice a las cuatro de la tarde. No de la mañana. El chofer que contrataste obviamente entendió bien, y aquí está ella.

Se giró hacia Cassie y le extendió la mano.

—Soy Pierre Dubois. Ella es mi prometida, Margot.

No presentó a la criada. En su lugar, Margot le gritó que fuera a arreglar el dormitorio que estaba enfrente a los de los niños, y la criada se alejó apresurada.

—¿En dónde están los niños? ¿Ya están en la cama? Deberían conocer a Cassie —dijo Pierre.

Margot sacudió la cabeza.

—Estaban cenando.

—¿Tan tarde? ¿No te dije que tienen que cenar temprano cuando tienen clases? Aunque estén de vacaciones, ya deberían estar acostados para cumplir con los horarios.

Margot lo miró y se encogió de hombros con enojo, antes de dirigirse hacia una puerta a la derecha haciendo resonar sus tacones altos.

—¿Antoinette? —Exclamó— ¿Ella? ¿Marc?

La respuesta fue un estruendo de pasos y fuertes gritos.

Un niño de cabello oscuro entró corriendo al vestíbulo, con una muñeca agarrada del cabello. Lo seguía de cerca una niña más pequeña y regordeta, en un mar de lágrimas.

—¡Devuélveme mi Barbie! —le gritó.

El niño se detuvo, patinándose al ver a los adultos, e hizo una carrera hasta la escalera. Al precipitarse hacia allí, rozó con el hombro el lado curvo de un jarrón azul y dorado.

Cassie se tapó la boca con las manos, horrorizada al ver como el jarrón se balanceaba en el pedestal y caía destrozado en el piso. Las esquirlas de vidrio colorido se desparramaron por las tablas de madera oscura.

El silencio ante el impacto se rompió con los rugidos furiosos de Pierre.

—¡Marc! Devuélvele la muñeca a Ella.

Arrastrando los pies y con el labio inferior hacia afuera, Marc retrocedió pasando por los escombros. Le tendió la muñeca a Pierre de mala gana, y este se la devolvió a Ella. Los sollozos se apagaron mientras arreglaba el cabello de su muñeca.

—Ese era un jarrón de vidrio *durand art* —Margot le dijo, entre dientes, al niño—. Una antigüedad. Irremplazable. ¿No tienes respeto por los objetos

de tu padre?

Un silencio hosco fue la única respuesta.

—¿En dónde está Antoinette? —preguntó Pierre, con cierta frustración.

Margot levantó la vista y Cassie, siguiendo su mirada, vio a una niña delgada de cabello oscuro en lo alto de la escalera. Parecía ser la mayor de los tres por unos años. Estaba vestida de manera elegante en un traje perfectamente planchado, y esperaba con su mano en la barandilla hasta que obtuvo toda la atención de su familia. Luego, con el mentón hacia arriba, comenzó a descender.

Cassie, ansiosa por causar una buena impresión, aclaró su garganta e intentó saludarlos de manera amistosa.

—Hola, niños. Mi nombre es Cassie. Estoy encantada de estar aquí y feliz de poder cuidarlos.

Ella respondió con una sonrisa tímida. Marc no levantó la vista del suelo, enojado. Y Antoinette la miró a los ojos por un buen rato, desafiante. Luego, y sin decir una palabra, le dio la espalda.

—Si me disculpas, papá —le dijo a Pierre—, tengo que terminar la tarea antes de acostarme.

—Por supuesto —dijo Pierre, y Antoinette subió la escalera contoneándose.

Cassie sintió que le ardía el rostro de vergüenza ante el intencionado desaire. Se preguntó si debía decir algo, tratar de aclarar la situación o intentar disculpar el comportamiento grosero de Antoinette, pero le era imposible encontrar las palabras adecuadas.

—Te lo dije, Pierre. Ya empezó con el temperamento de adolescente —murmuró Margot furiosamente, y Cassie se dio cuenta de que no había sido la única a la que Antoinette había ignorado.

—Al menos estaba haciendo su tarea aunque nadie la ayudara —respondió Pierre—. Ella, Marc, ¿por qué no se presentan correctamente?

Hubo un breve silencio. Claramente las presentaciones no iban a ocurrir sin una pelea. Pero quizás ella podría aliviar la tensión con algunas preguntas.

—Bueno Marc, ya sé tu nombre pero me gustaría saber tu edad —dijo ella.

—Tengo ocho —murmuró.

Mirándolo a él y a Pierre podía ver que eran parecidos. El cabello alborotado, el mentón firme, los ojos color azul profundo. Hasta la forma en que fruncían el ceño era similar. Las niñas también eran morenas, pero tenían rasgos más delicados.

—Y Ella, ¿cuántos años tienes?

—Casi seis —dijo la pequeña con orgullo—. Mi cumpleaños es el día después de Navidad.

—Es un buen día para cumplir años. Espero que por eso recibas mucho más regalos.

Ella sonrío sorprendida, como si fuese una ventaja que aún no había

considerado.

—Antoinette es la mayor. Tiene doce —dijo ella.

Pierre golpeó las manos.

—Bien, es hora de ir a la cama. Margot, luego de llevar a los niños a la cama, ¿puedes mostrarle la casa a Cassie? Le será útil saber dónde están las cosas. Hazlo rápido. Debemos partir a las siete.

—Aún debo terminar de aprontarme —respondió Margot en un tono ácido—. Tú puedes llevar a los niños a la cama y llamar a un mayordomo para que limpie este desorden. Yo le mostraré la casa a Cassie.

Pierre respiró con enojo y miró a Cassie con los labios apretados. Ella supuso que su presencia había hecho que él se tragara sus palabras.

—Arriba y a la cama —dijo él, y los dos niños lo siguieron de mala gana por las escaleras.

Cassie se animó al ver que Ella se dio vuelta para darle un pequeño saludo con la mano.

—Ven conmigo, Cassie —le ordenó Margot.

Cassie siguió a Margot por una entrada a la izquierda hacia una sala formal con muebles exquisitos y excepcionales, y tapices revistiendo las paredes. La sala era enorme y fría, y la gigantesca chimenea no estaba prendida.

—Esta sala se usa muy poco y los niños no tienen permiso para entrar aquí. El comedor principal está al lado y se aplican las mismas reglas.

Cassie se preguntó con qué frecuencia se utilizaba la enorme mesa de caoba, pues parecía inmaculada, y contó dieciséis sillas con altos respaldos. En el aparador pulido de color oscuro había tres jarrones más, parecidos al que había roto Marc. No se podía imaginar una alegre conversación durante la cena en un espacio tan austero y silencioso.

¿Qué se sentiría crecer en una casa así, en la que espacios enteros estaban prohibidos porque los muebles podían ser dañados? Supuso que eso podía hacer que un niño sintiera que los muebles eran más importantes que él.

—A este lo llamamos el salón azul.

Era una sala más pequeña, empapelada en azul marino con enormes puertas francesas. Cassie supuso que se abrían hacia un patio o jardín, pero todo estaba completamente oscuro y lo único que podía ver eran las luces tenues de la sala reflejadas en el vidrio. Hubiera querido que la casa tuviese lámparas de mayor potencia, pues todas las habitaciones eran oscuras y las sombras acechaban las esquinas.

Una escultura atrajo su atención…su pedestal de mármol se había roto, por lo que la escultura yacía sobre la mesa. Sus rasgos parecían vacíos e inmóviles, como si la piedra cubriera el rostro de una persona muerta. Las extremidades eran gruesas y esculpidas toscamente. Cassie tiritó y miró hacia otro lado, pues la vista era espeluznante.

—Esa es una de nuestras piezas más valiosas —dijo Margot—. Marc la derribó la semana pasada. La llevaremos a reparar en breve.

Cassie pensó en la energía destructiva del niño y la forma en que había rozado el jarrón con su hombro. ¿Había sido totalmente accidental? ¿O había un deseo subliminal de destrozar el vidrio, de llamar la atención en un mundo en el que los objetos parecían tener más prioridad?

Margot la guió por el mismo camino que habían entrado.

—Las habitaciones en ese pasaje se mantienen cerradas. La cocina es por aquí, a la derecha, y después están las habitaciones de los sirvientes. A la izquierda hay una pequeña recepción y un salón en donde cena la familia.

Al volver, se cruzaron con un mayordomo de uniforme gris que llevaba una escoba, una pala y un cepillo. Él se apartó para que ellas pudieran pasar, pero Margot ni siquiera le agradeció.

El ala oeste era un reflejo del ala este. Habitaciones inmensas y oscuras con mobiliario exquisito y obras de arte. Silenciosas y vacías. Cassie tiritó, ansiaba una luz intensa y hogareña o el sonido familiar de un televisor, si algo de eso siquiera existía en esta casa. Siguió a Margot por las magníficas escaleras al segundo piso.

—El ala de huéspedes.

Tres dormitorios inmaculados con camas con dosel, separados por dos salas de estar. Los dormitorios eran tan pulcros y formales como una habitación de hotel, y la ropa de cama parecía haber sido planchada.

—Y el ala familiar.

Cassie se iluminó, contenta de llegar finalmente a la parte de la casa donde vivía gente.

—El cuarto de bebés.

Para su desconcierto, esta era otra habitación vacía con una cuna con altos barrotes.

—Y aquí están los dormitorios de los niños. Nuestro dormitorio está al final del corredor, a la vuelta de la esquina.

Tres puertas cerradas, una al lado de la otra. Margot bajó la voz y Cassie supuso que no quería entrar a ver a los niños, ni siquiera para decir buenas noches.

—Este es el dormitorio de Antoinette, este es el de Marc y el más cercano al nuestro es el de Ella. Tu dormitorio está enfrente al de Antoinette.

La puerta estaba abierta y dos criadas estaban haciendo la cama afanosamente. El dormitorio era enorme y muy frío. Estaba amueblado con dos sillones orejeros, una mesa y un enorme ropero de madera. Pesadas cortinas rojas cubrían la ventana. Su maleta había sido ubicada a los pies de la cama.

—Podrás escuchar a los niños si lloran o te llaman, por favor atiéndelos. Mañana en la mañana necesitan estar vestidos y prontos a las ocho. Van a estar a la intemperie, así que elige ropa abrigada.

—Lo haré, pero… —Cassie se armó de coraje—. Por favor, ¿podría cenar? No he comido nada desde la cena de anoche, en el avión.

Margot se la quedó mirando perpleja y luego sacudió la cabeza.

—Los niños comieron temprano porque nosotros vamos a salir. Ahora la cocina está cerrada. Mañana el desayuno estará listo desde las siete. ¿Puedes esperar hasta entonces?

—S…supongo que sí.

Se sentía mal de tanta hambre que tenía. El dulce prohibido en su bolso, que había pensado darles a los niños, se convirtió de pronto en una tentación irresistible.

—Y debo enviar un correo electrónico a la agencia, para avisarles que estoy aquí. ¿Podría darme la contraseña del Wi-Fi? Mi teléfono no tiene señal.

La mirada de Margot se volvió inexpresiva.

—No tenemos Wi-Fi y no hay señal para teléfonos celulares aquí. Hay un teléfono de línea en el escritorio de Pierre. Para enviar un correo electrónico tienes que ir a la ciudad.

Sin esperar a que Cassie respondiera, se dio la vuelta y se dirigió al dormitorio principal.

Las criadas ya se habían ido, dejando la cama de Cassie en un estado de perfección espeluznante.

Cerró la puerta.

Nunca imaginó que sentiría nostalgia, pero en ese momento ansiaba escuchar una voz amigable, el murmullo de la televisión, el desorden de un refrigerador lleno. Los platos en la pileta, los juguetes en el piso, el sonido de los videos de YouTube reproduciéndose en un celular. El alegre caos de una familia normal, la vida de la que esperaba formar parte.

Por el contrario, sentía que ya estaba envuelta en un conflicto amargo y complicado. Nunca debió haber esperado hacerse amiga de estos niños inmediatamente, no con la dinámica familiar que se había desarrollado hasta ahora. Este lugar era un campo de batalla, y aunque encontrara en Ella una aliada, temía que ya se había hecho una enemiga con Antoinette.

La luz del techo, que había estado titilando, se apagó de repente. Cassie buscó su mochila a tientas para sacar su teléfono, y desempacó lo mejor que pudo con la luz de la linterna. Lo enchufó en el único tomacorriente visible al otro lado del dormitorio, y en la oscuridad arrastró los pies hasta la cama.

Con frío, preocupación y hambre, se trepó entre las frías sábanas y se cubrió hasta el mentón. Esperaba sentirse más esperanzada y optimista después de conocer a la familia, pero estaba dudando de su capacidad para lidiar con ellos y temía lo que ocurriría al día siguiente.

CAPÍTULO CUATRO

La estatua se erguía rodeada de oscuridad en la puerta de Cassie.

Sus ojos sin vida y su boca se abrieron, al tiempo que se acercaba a ella. Las finas grietas alrededor de sus labios se ensancharon y todo su rostro comenzó a desintegrarse. Los fragmentos de mármol cayeron como una lluvia y repiquetearon en el suelo.

—No —susurró Cassie, pero se dio cuenta de que no se podía mover.

Estaba atrapada en la cama con las extremidades paralizadas, aunque su mente en pánico le imploraba que se escapara.

La estatua se dirigió hacia ella con los brazos extendidos, y de sus extremidades caían en cascada trozos de piedra. Comenzó a gritar, era un sonido fuerte y agudo, y mientras lo hacía Cassie vio lo que había debajo de la cáscara de mármol.

El rostro de su hermana. Frío, gris, muerto.

—¡No, no, no! —gritó Cassie, y sus propios gritos la despertaron.

El dormitorio estaba totalmente oscuro y ella estaba enrollada, tiritando. Se sentó, aterrada, y tanteó en busca de un interruptor que no estaba allí.

Su mayor temor, el que luchaba por reprimir durante el día, pero que lograba entrar en sus pesadillas. Era el temor de que Jacqui hubiese muerto. Si no ¿por qué su hermana había dejado de comunicarse de repente? ¿Por qué no había recibido cartas o llamadas telefónicas, ni una sola noticia de ella durante años?

Temblando de frío y miedo, Cassie se dio cuenta de que las piedras que repiqueteaban en su sueño se habían convertido en el sonido de la lluvia, que con las ráfagas de viento golpeaban contra el vidrio de la ventana. Y por encima de la lluvia, escuchó otro ruido. Era el alarido de uno de los niños.

"*Podrás escuchar a los niños si lloran o te llaman, por favor atiéndelos*".

Cassie se sintió confundida y desorientada. Quería prender una lámpara en su mesa de luz y tomarse unos minutos para tranquilizarse. El sueño había sido tan vívido que aún se sentía atrapada adentro de él. Pero los alaridos debían de haber comenzado mientras ella dormía, quizás habían causado su pesadilla. La necesitaban urgentemente, tenía que apresurarse.

Corrió el acolchado y descubrió que no habían cerrado bien la ventana. Con el viento, la lluvia había entrado por un hueco, y los bordes de las sábanas estaban empapados. Se levantó de la cama en la oscuridad y se dirigió al otro lado del dormitorio, en donde esperaba que estuviera su teléfono.

Una capa de agua en el suelo había convertido a los azulejos en hielo. Se patinó, perdiendo su punto de apoyo, y aterrizó con un golpe seco y doloroso en la espalda. Se había golpeado la cabeza contra el marco de la cama y su visión explotó en estrellas.

—Maldición —susurró, e intentó aliviarse sobre las manos y rodillas, esperando que el dolor de cabeza y el mareo disminuyeran.

Gateó por los azulejos y tanteó en busca de su teléfono, con la esperanza de que se hubiese salvado de la crecida de agua. Vio con alivio que esta parte del dormitorio estaba seca. Prendió la linterna y se apoyó dolorida sobre los pies. La cabeza le punzaba y su blusa estaba empapada. Se la quitó y rápidamente se puso la primera ropa que encontró: unos pantalones deportivos y una blusa gris. Descalza, salió rápidamente del dormitorio.

Iluminó las paredes con su linterna pero no encontró ningún interruptor cerca. Cuidadosamente, siguió al rayo de luz en dirección al sonido, dirigiéndose hacia las habitaciones Dubois. El dormitorio más cercano al de ellos era el de Ella.

Cassie golpeó la puerta rápidamente y entró.

Afortunadamente, la luz estaba prendida. En el resplandor de la lámpara del techo, podía ver la cama de una plaza cerca de la ventana, a donde Ella había arrojado su acolchado. Chillando y gritando dormida, Ella luchaba contra los demonios de su sueño.

—¡Ella, despierta!

Cassie cerró la puerta y se acercó rápidamente. Se sentó al borde de la cama y tomó los hombros de la niña dormida suavemente, sintiéndolos encorvados y estremecidos. Su cabello oscuro estaba enmarañado y la blusa del pijama arremangada. Había pateado el acolchado azul a los pies de la cama, por lo que debía de tener frío.

—Despierta, está todo bien. Es solamente un mal sueño.

—¡Vienen a buscarme! —Dijo Ella sollozando y luchando para librarse de Cassie—. ¡Ya vienen, están esperando en la puerta!

Cassie la abrazó con firmeza y la sentó, intentando tranquilizarla, le colocó una almohada en la espalda y alisó su blusa arrugada. Ella estaba temblando de miedo. La manera en que se había referido a "ellos" hizo que Cassie se preguntara si se trataba de una pesadilla recurrente. ¿Qué estaba ocurriendo en la vida de Ella para desencadenar un terror tan vívido en sus sueños? La pequeña niña estaba completamente traumatizada, y Cassie no sabía cuál era la mejor manera de tranquilizarla. Tenía recuerdos difusos de Jacqui, su hermana, agitando una escoba a un armario para espantar a un monstruo imaginario. Pero ese miedo tenía su origen en la realidad. Las pesadillas habían comenzado luego de que Cassie se escondiera en el armario, durante una de de las rabietas de su padre borracho.

Se preguntó si el miedo de Ella también se originaba en algo que había ocurrido. Tendría que intentar averiguarlo luego, porque ahora necesitaba convencerla de que los demonios se habían ido.

—Nadie viene por ti. Todo está bien. Mira. Estoy aquí y la luz está prendida.

Los ojos de Ella se abrieron ampliamente. Llenos de lágrimas, se fijaron en Cassie por un momento. Luego, la niña volteó la cabeza y se enfocó en algo detrás de Cassie.

Aún espantada por su propia pesadilla y por Ella que insistía con estar viéndolos a “ellos”, Cassie miró rápidamente a su alrededor, y su corazón se aceleró cuando la puerta se abrió de un golpe.

Margot se quedó parada en la puerta, con las manos sobre sus caderas. Llevaba un vestido de seda turquesa y el cabello rubio recogido en una trenza floja. La mancha del rímel era lo único que estropeaba sus rasgos perfectos.

La furia emanó de ella, y Cassie sintió que se le retorcían las entrañas.

—¿Por qué demoraste tanto? —Le dijo Margot de mala manera—. ¡El llanto de Ella nos despertó, duró horas! ¡Nos acostamos tarde, y no te vamos a pagar para que nuestro sueño se vea interrumpido!

Cassie se quedó mirándola, confundida porque el bienestar de Ella parecía ser lo último que se cruzaba por la mente de Margot.

—Lo siento —dijo ella.

Ella se aferraba a ella y hacía imposible que pudiera pararse y enfrentar a su jefa.

—Vine apenas la escuché, pero la luz en mi dormitorio se quemó, estaba completamente oscuro y eso hizo que me llevara más tiempo llegar...

—¡Sí, te llevó demasiado tiempo y ahora esta es tu primera advertencia! Pierre trabaja muchas horas y se enoja cuando los niños lo despiertan.

—Pero… —En un arranque de rebelión, la pregunta brotó de la boca de Cassie—. ¿No podía venir usted, si escuchó que Ella estaba llorando? Es mi primera noche aquí, y en la oscuridad no sabía en dónde estaban las cosas. Lo haré mejor la próxima vez, lo prometo, pero era su hija que estaba teniendo un sueño horrible.

Margot se acercó a Cassie con el rostro tenso. Por un momento, Cassie pensó que le iba ofrecer repentinamente unas disculpas y que llegarían a una tregua forzada.

Pero eso no ocurrió.

En cambio, Margot estiró la mano rápidamente y golpeó a Cassie en el rostro.

Cassie contuvo un alarido y despejó las lágrimas con los párpados, mientras los gritos de Ella aumentaban. La mejilla le ardía por el golpe, el chichón en la cabeza le punzaba aún más fuerte y tenía la mente conmovida por el horror, al darse cuenta de que su nueva jefa era violenta.

—Antes de que te contratáramos, una criada de la cocina hacía tus tareas, y puede volver a hacerlo, tenemos muchas criadas. Esta es tu segunda advertencia. No tolero la haraganería y tampoco que el personal me conteste. Tu tercera infracción provocará el despido inmediato. Ahora, haz que la niña deje de llorar, así podremos dormir un poco.

Salió de la habitación, dando un portazo detrás de ella.

Cassie envolvió a Ella en sus brazos frenéticamente, y sintió un alivio inmenso al ver que sus sollozos se apagaban.

—Está bien —susurró—. Está todo bien, no te preocupes. La próxima vez vendré más rápido, encontraré el camino mejor. ¿Quieres que duerma aquí el

resto de la noche? Podemos dejar la lámpara de tu mesa de luz prendida, para mayor seguridad.

—Sí, por favor, quédate. Puedes ayudarme a impedir que ellos vuelvan —susurró Ella—. Y deja la luz prendida. No creo que a ellos les guste.

La habitación estaba amueblada en tonos de azul neutro, pero la lámpara de la mesa de luz, con su pantalla rosa, era un elemento luminoso y reconfortante.

Aún mientras consolaba a Ella, Cassie sentía que iba a vomitar, y se dio cuenta de que sus manos temblaban violentamente. Se retorció debajo de las sábanas, encantada por su calidez, porque ella estaba congelada.

¿De qué manera iba a seguir trabajando para una jefa que la había maltratado verbal y físicamente enfrente de los niños? Era impensable, inexcusable y le traía demasiados recuerdos que ya había logrado olvidar. Lo primero que haría en la mañana era empacar y marcharse.

Pero… aún no le habían pagado, tendría que esperar hasta fin de mes para recibir algo de dinero. No había forma de que pudiera pagar el viaje en taxi al aeropuerto, mucho menos los costos de cambiar su pasaje de avión.

También estaba el tema de los niños.

¿Cómo podía dejarlos en manos de esta mujer violenta e impredecible? Necesitaban a alguien que cuidara de ellos, especialmente la pequeña Ella. No podía sentarse allí, consolarla y prometerle que todo estaría bien, para luego desaparecer al otro día.

Con una sensación de malestar, Cassie se dio cuenta de que no había otra opción. A estas alturas no podía irse. Estaba obligada a quedarse financiera y moralmente.

Tendría que intentar hacer equilibrio en la cuerda floja del temperamento de Margot para evitar cometer su tercera y última infracción.

CAPÍTULO CINCO

Cassie abrió los ojos, observando confundida el techo desconocido. Le llevó unos minutos orientarse y darse cuenta en dónde estaba: en la cama de Ella, con la luz de la mañana pasando por un hueco entre las cortinas. Ella aún dormía profundamente, escondida debajo del acolchado. La cabeza de Cassie le punzaba cuando se movía, y el dolor le recordó todo lo que había ocurrido la noche anterior.

Se sentó apresuradamente al recordar las palabras de Margot, el doloroso cachetazo y las advertencias que había recibido. Sí, había estado en falta por no atender a Ella inmediatamente, pero nada de lo que había ocurrido después había sido justo. Cuando había intentado defenderse, la habían castigado aún más. Quizás esta mañana tendría que hablar tranquilamente con la familia Dubois acerca de las reglas del hogar, para asegurarse de que esto no volviera a ocurrir.

¿Por qué aún no había sonado su alarma? La había programado para las seis y media, con la esperanza de que eso hiciera que llegaran en hora al desayuno a las siete.

Cassie miró su teléfono y se sorprendió al ver que no tenía batería. La búsqueda constante de señal debería haber agotado la batería más rápido de lo normal. Se bajó de la cama silenciosamente, volvió a su dormitorio y enchufó el celular en el cargador, esperando ansiosamente a que se prendiera.

Maldijo entre dientes al ver que eran casi las siete y media. Se había quedado dormida, y ahora tendría que hacer que todos se levantaran y estuvieran listos lo más pronto posible.

Volvió de prisa al dormitorio de Ella y abrió las cortinas.

—Buen día —dijo—. Es un hermoso día soleado y es hora de desayunar.

Pero Ella no se quería levantar. Debería haber luchado para volver a dormirse después del mal sueño y se había despertado de mal humor. Cansada y gruñona, se aferró al acolchado con lágrimas en los ojos mientras Cassie intentaba destaparla. Finalmente, Cassie recordó el dulce que había traído y recurrió al soborno para sacarla de la cama.

—Si estás lista en cinco minutos, te daré un chocolate.

Aún así, tuvo que forcejear un poco más. Ella se negaba a ponerse el conjunto que Cassie había elegido para ella.

—Hoy me quiero poner un vestido —insistió.

—Pero Ella, si salimos sentirás frío.

—No me importa, me quiero poner un vestido.

Cassie finalmente logró llegar a un acuerdo y eligió el vestido más abrigado que encontró, uno de pana y manga larga, con medias largas y botas de corderito. Ella se sentó en la cama balanceando las piernas y con el labio inferior tembloroso. La niña ya estaba pronta, pero quedaban dos.

Cuando abrió la puerta del dormitorio de Marc, se sintió aliviada al ver

que él ya estaba despierto y se había levantado de la cama. Tenía puesto un pijama rojo y jugaba con un ejército de soldados desparramados en el piso. La enorme caja de juguetes de acero que tenía debajo de su cama estaba abierta y rodeada de autos de juguete y una manada entera de animales de granja. Cassie tuvo que caminar cuidadosamente para evitar pisarlos.

—Hola Marc, ¿vamos a desayunar? ¿Qué te quieres poner?

—No me quiero poner nada. Quiero jugar —replicó Marc.

—Puedes seguir jugando después, pero no ahora. Es tarde y debemos apurarnos.

La respuesta de Marc fue un ruidoso estallido en lágrimas.

—Por favor, no llores —le rogó Cassie, pensando en los preciados minutos que pasaban.

Pero sus lágrimas aumentaron como si se alimentaran de su pánico. Él se negó rotundamente a cambiar sus pijamas y ni siquiera la promesa de un chocolate cambió su opinión. Finalmente, y desesperada, Cassie le puso unas pantuflas. Lo tomó de la mano y puso un soldado en el bolsillo de su pijama, con lo que finalmente logró persuadirlo de que la siguiera.

Cuando golpeó la puerta de Antoinette, no hubo respuesta. El dormitorio estaba vacío y la cama ordenada prolijamente, con un camisón color rosa doblado sobre la almohada. Con suerte, Antoinette había ido sola a desayunar.

Pierre y Margot ya estaban sentados en el comedor informal. Pierre vestía un traje formal y Margot también estaba elegantemente vestida, con un maquillaje perfecto y el cabello enrulado sobre los hombros. Ella levantó la mirada cuando ellos ingresaron, y Cassie sintió que le ardía el rostro. Rápidamente, ayudó a Ella a subirse a una silla.

—Disculpas por la tardanza —se disculpó, sintiéndose nerviosa como si ya estuviera a la defensiva—. Antoinette no estaba en su habitación, no estoy segura de en dónde está.

—Ya terminó de desayunar y está practicando su pieza en el piano —Pierre hizo un gesto con la cabeza en dirección a la sala de música, antes de servirse más café—. Escucha. Quizás reconoces la melodía: “El Danubio Azul”.

Cassie escuchó débilmente una ejecución precisa de una tonada que le sonaba familiar.

—Es muy talentosa —expresó Margot, pero el tono resentido de su comentario no se condecía con sus palabras.

Cassie la miró nerviosamente. ¿Diría algo sobre lo que había ocurrido la noche anterior?

Pero, mientras Margot le devolvía la mirada con un silencio indiferente, Cassie se preguntó de pronto si recordaba mal parte de lo acontecido. Tenía la parte posterior de la cabeza sensible e hinchada de cuando se había resbalado, pero al tocar la parte izquierda de su rostro no encontró un moretón por el doloroso golpe. ¿O quizás había sido del lado derecho? La asustaba no poder recordarlo. Presionó los dedos sobre su mejilla derecha, pero ahí tampoco

sentía dolor.

Cassie se convenció con firmeza de que debía dejar de preocuparse por los detalles. No era posible que pensara claramente después del duro golpe en la cabeza y una posible conmoción cerebral. Definitivamente Margot la había amenazado, pero la imaginación de Cassie podía haber conjurado el golpe. Después de todo, estaba exhausta, desorientada y se acababa de despertar de la agonía de una pesadilla.

Sus pensamientos se interrumpieron cuando Marc exigió su desayuno, y ella les sirvió a los niños jugo de naranja y comida de las bandejas del desayuno. Ella insistió en que le sirvieran hasta la última rebanada de jamón y queso, por lo que Cassie tuvo que arreglárselas con una medialuna con mermelada y algunas rodajas de fruta.

Margot bebió su café en silencio, mirando por la ventana. Pierre hojeaba un periódico mientras terminaba una tostada. ¿Los desayunos eran siempre tan silenciosos? Se preguntó Cassie. Los padres no habían demostrado interés de interactuar con ella, con los niños o entre ellos. ¿Era porque estaba en problemas?

Quizás ella debía iniciar la conversación y arreglar las cosas. Necesitaba disculparse formalmente por la tardanza en atender a Ella, pero no pensaba que su castigo había sido justo.

Cassie redactó las palabras cuidadosamente en su cabeza.

Sé que anoche me retrasé en atender a Ella. No la escuché llorar, pero la próxima vez dejaré la puerta de mi dormitorio abierta. Sin embargo, no creo que me hayan tratado de manera justa. Fui amenazada y maltratada, y recibí dos advertencias consecutivas en la misma cantidad de minutos, así que, por favor, ¿podríamos discutir las reglas del hogar?

No, eso no estaría bien. Era demasiado atrevido. No quería parecer hostil. Necesitaba un enfoque más suave y que no profundizara la enemistad con Margot.

¿No es una hermosa mañana?

Sí, ese sería definitivamente un buen comienzo y traería un ángulo positivo a la conversación. Y desde ahí la podría dirigir hacia lo que realmente quería decir.

Sé que me retrasé anoche al atender a Ella. No le escuché llorar, pero la próxima vez dejaré la puerta de mi dormitorio abierta. Sin embargo, me gustaría discutir las reglas del hogar ahora, con respecto a cómo es el trato entre nosotros y cuándo se deben dar advertencias, para asegurarme de hacer mejor mi trabajo.

Cassie aclaró la garganta, sintiéndose nerviosa, y dejó el tenedor.

Pero cuando estaba a punto de hablar, Pierre dobló el periódico y él y Margot se levantaron.

—Que tengan un buen día, niños —dijo Pierre, mientras abandonaban la sala.

Cassie los observó confundida. No sabía qué hacer ahora. Le habían dicho

que los niños tenían que estar prontos antes de las ocho, pero ¿prontos para qué?

Decidió correr detrás de Pierre y preguntarle. Se dirigía a la puerta cuando casi se choca con una mujer de rostro agradable, que vestía el uniforme del personal y llevaba una bandeja de comida.

—Ah…oops. Bien. La rescaté.

Enderezó la bandeja y deslizó las rebanadas de jamón, colocándolas de vuelta en su lugar.

—Tú eres la nueva niñera, ¿no? Soy Marnie, el ama de llaves principal.

— Encantada de conocerte —dijo Cassie, dándose cuenta de que este era el primer rostro sonriente que había visto en todo el día—. Iba a preguntarle a Pierre qué era lo que los niños tenían que hacer hoy —le dijo, luego de presentarse.

—Demasiado tarde. Ya se habrá ido; se dirigían derecho al automóvil. ¿No dejó ninguna instrucción?

—No, nada.

Marnie dejó la bandeja y Cassie le dio a Marc más queso y, hambrienta, se sirvió más tostadas, jamón y un huevo duro. Ella se negaba a comer la montaña de comida que tenía en el plato, y jugaba fastidiosamente con esta con su tenedor.

—Quizás le puedas preguntar a los niños —sugirió Marnie—. Antoinette sabrá si tienen algo planificado. Te aconsejaría que esperes a que termine de tocar el piano. No le gusta que la desconcentren.

¿Era su imaginación o Marnie había girado los ojos al decirlo? Motivada, Cassie se preguntó si se convertirían en amigas. Necesitaba un aliado en esa casa.

Pero ahora no había tiempo de forjar una amistad. Claramente, Marnie estaba apurada recogiendo los platos vacíos y la vajilla sucia, mientras le preguntaba a Cassie si había algún problema con su habitación. Cassie explicó los problemas rápidamente y el ama de llaves se marchó, luego de prometerle que cambiaría la ropa de cama y reemplazaría la bombilla antes del almuerzo.

El sonido del piano se había detenido, por lo que Cassie se dirigió a la sala de música, que estaba cerca del pasillo.

Antoinette estaba guardando las partituras. Se volteó y enfrentó a Cassie con recelo al verla entrar. Estaba vestida de manera impecable, con un vestido azul marino. Tenía el cabello recogido en una coleta y sus zapatos habían sido pulidos perfectamente.

—Te ves hermosa, Antoinette, ese vestido tiene un color tan precioso —dijo Cassie, esperando que los halagos le ganaran el cariño de la hostil niña—. ¿Hay algo planeado para hoy? ¿Alguna actividad u otras cosas planificadas?

Antoinette se detuvo, pensativa, antes de sacudir la cabeza.

—Nada para hoy —dijo firmemente.

—Y Marc y Ella ¿tienen que ir a algún lado?

—No. Mañana Marc tiene práctica de fútbol.

Antoinette cerró la tapa del piano.

—Bueno, ¿hay algo que quisieras hacer ahora?

Quizás si permitía que Antoinette eligiera, eso ayudaría a que se hicieran amigas.

—Podemos hacer una caminata por el bosque. Todos lo disfrutaríamos.

—¿En dónde es el bosque?

—A uno o dos quilómetros por la carretera.

La niña de cabello oscuro gesticuló vagamente.

—Podemos salir de inmediato. Yo te mostraré el camino. Solamente debo cambiarme de ropa.

Cassie había asumido que el bosque estaba dentro del terreno, y la respuesta de Antoinette la había tomado por sorpresa. Pero una caminata por el bosque parecía una actividad al aire libre agradable y saludable. Cassie estaba segura de que Pierre lo aprobaría.

*

Veinte minutos después, estaban prontos para salir. Mientras escoltaba a los niños hacia la planta baja, Cassie buscó en todas las habitaciones con la esperanza de encontrar a Marnie o a alguien del personal para avisarles a dónde iba.

No vio a nadie y no sabía por dónde empezar a buscar. Antoinette estaba impaciente por salir y saltaba de pie en pie por el entusiasmo, por lo que Cassie decidió que era más importante el buen humor de la niña, especialmente si no iban a demorar mucho en volver. Se dirigieron por la entrada de gravilla y salieron, con Antoinette haciendo de guía.

Detrás de un árbol de roble enorme, Cassie vio un bloque de cinco establos que recordó haber visto el día anterior, cuando llegaba. Se acercó para verlos con más detalle y vio que estaban vacíos y oscuros, con las puertas abiertas. El campo lindero estaba desocupado, las verjas de madera estaban rotas en algunos tramos, el portón colgaba de las bisagras y el pasto crecía alto y silvestre.

—¿Tienen caballos aquí? —le preguntó a Antoinette.

—Teníamos, hace muchos años, pero hace mucho tiempo que no tenemos —respondió—. Ya ninguno de nosotros monta a caballo.

Cassie se quedó mirando a los establos desiertos mientras asimilaba esta bomba.

Maureen le había dado información incorrecta y muy antigua.

Los caballos habían participado en su decisión de venir aquí. Habían sido un incentivo. Pensar que estaban allí había hecho que el lugar pareciera mejor, más atractivo, más vivo. Pero hacía tiempo que se habían ido.

Durante la entrevista, Maureen había afirmado que existía la posibilidad de que ella aprendiera a montar a caballo. ¿Por qué había tergiversado las cosas y qué otras cosas había dicho que no eran ciertas?

—¡Vamos! —dijo Antoinette, tirándole de la manga impacientemente—. ¡Debemos irnos!

Mientras Cassie se alejaba, se le ocurrió que no había razón para que Maureen falsificara información. El resto de su descripción de la casa y la familia había sido bastante preciso y como agente podía transmitir solamente la información que le habían aportado.

De ser así, el que había mentido había sido Pierre. Y eso era aún más preocupante.

Una vez que doblaron una curva y el *chateau* estaba fuera de vista, Antoinette enlenteció su ritmo, justo a tiempo para Ella, que se quejaba de que los zapatos la lastimaban.

—Deja de quejarte —le aconsejó Antoinette—. Recuerda que papá siempre dice que no debes quejarte.

Cassie levantó a Ella y la cargó en sus brazos, sintiendo que su peso aumentaba con cada paso que daba. Además, cargaba con la mochila, que estaba atiborrada con las chaquetas de cada uno y los pocos euros que le quedaban en el bolsillo lateral.

Marc iba saltando adelante, quebrando ramas de los setos y arrojándolas en la carretera como lanzas. Cassie tenía que recordarle constantemente que se mantuviera alejado del asfalto. Era tan distraído y estaba tan desprevenido que podía saltar tranquilamente enfrente de cualquier automóvil que se acercara.

—¡Tengo hambre! —se quejó Ella.

Desesperada, Cassie recordó el plato del desayuno que no había tocado.

—Hay una tienda a la vuelta de la esquina —le dijo Antoinette—. Venden bebidas frías y refrigerios.

Parecía extrañamente feliz esta mañana y Cassie no sabía por qué. Simplemente le alegraba que Antoinette pareciera estar encariñándose con ella.

Esperaba que la tienda vendiera relojes baratos, porque sin su teléfono no tenía forma de saber la hora. Pero resultó ser un vivero lleno de semilleros, arbolitos y fertilizantes. En la caja vendían solamente refrescos y refrigerios. El anciano comerciante estaba sentado en un taburete al lado de una estufa a gas, y él le dijo que no había nada más. Los precios eran extravagantemente altos, y se estresó mientras separaba el dinero de su escasa reserva para comprar un chocolate y una lata de jugo para cada niño.

Mientras pagaba, los tres niños cruzaron la carretera corriendo para ver de cerca un burro. Cassie les gritó que volvieran, pero la ignoraron.

El hombre de cabello gris se encogió de hombros con empatía.

—Los niños siempre serán niños. Me resultan conocidos. ¿Viven por aquí cerca?

— Sí. Son los niños Dubois. Soy su nueva niñera y este es mi primer día de trabajo —explicó Cassie.

Esperaba que los reconociera amigablemente, pero, en cambio, los ojos del comerciante se agrandaron alarmados.

—¿Esa familia? ¿Estás trabajando para ellos?

—Sí.

Los miedos de Cassie resurgieron.

—¿Por qué? ¿Los conoce?

—Todos los conocemos aquí. Y Diane, la esposa de Pierre, a veces me compraba plantas.

Él vio su rostro perplejo

—La madre de los niños —explicó—. Ella falleció el año pasado.

Cassie lo miró fijamente y la cabeza le daba vueltas. No podía creer lo que acababa de escuchar.

La madre de los niños había muerto hacía nada más que un año. ¿Por qué nadie se lo había dicho? Maureen ni siquiera lo había mencionado. Cassie había asumido que Margot era la madre de los niños, pero ahora se daba cuenta de lo ingenua que había sido. Margot era demasiado joven para ser la madre de una niña de doce años.

Esta familia había sufrido una perdida reciente, había sido destrozada en pedazos por una enorme tragedia. Maureen tendría que haberle informado esto.

Pero Maureen no sabía que los caballos ya no estaban, porque nadie se lo había dicho. Cassie sintió una puñalada de miedo al preguntarse si Maureen sabía esto.

¿Qué le había pasado a Diane? ¿Cómo había afectado su pérdida a Pierre, y a los niños, y a toda la dinámica familiar? ¿Cómo se sentían con la llegada de Margot a la casa, poco tiempo después? Con razón podía sentir la tensión, tirante como un alambre, en casi todas las interacciones que ocurrían entre esas paredes.

—Eso…eso es realmente triste —tartamudeó, dándose cuenta de que el comerciante la contemplaba curiosamente—. No sabía que había muerto tan recientemente. Supongo que su muerte debió haber sido traumática para todos.

Frunciendo el ceño profundamente, el comerciante le dio el cambio y ella guardó su escasa reserva de monedas.

—Estoy seguro de que conoces el trasfondo de la familia.

—No sé mucho, por lo que realmente le agradecería si usted me pudiera explicar qué ocurrió.

Cassie se inclinó ansiosa sobre el mostrador.

Él sacudió su cabeza.

—No me corresponde decir más. Trabajas para la familia.

¿Qué cambiaba eso? Se preguntó Cassie. Con sus uñas empezó a excavar en la carne viva de la cutícula y, conmocionada, se dio cuenta de que había vuelto a su antiguo hábito nervioso. Bueno, sin dudas estaba nerviosa. Lo que el anciano le había dicho era bastante preocupante, pero lo que se negaba a decir era aún peor. Quizás si era honesta con él, él sería más sincero.

—No entiendo para nada cómo es la situación allí y me temo que ya me

metí hasta el cuello. Para ser honesta con usted, ni siquiera me habían dicho que Diane había muerto. No sé cómo ocurrió o cómo eran las cosas antes. Me ayudaría mucho tener un mejor panorama.

Él asintió con más empatía, pero entonces sonó el teléfono de la oficina y ella supo que había perdido la oportunidad. El anciano se alejó para atender y cerró la puerta detrás de él.

Desilusionada, Cassie se apartó del mostrador y se puso al hombro la mochila, que parecía el doble de pesada, o quizás era la información inquietante que el comerciante le había dado lo que hacía que el peso la agobiara. Al salir de la tienda, se preguntó si tendría la oportunidad de volver sola y hablar con el anciano. Se moría por descubrir los secretos de la familia Dubois que él sabía, cualesquiera que fueran.

CAPÍTULO SEIS

El alarido aterrado de Ella devolvió a Cassie a su situación actual. Miró al otro lado de la carretera y vio con horror que Marc había trepado la cerca, y estaba alimentando con puñados de pasto a una manada que iba en aumento, y que ahora incluía a cinco burros grises, peludos y cubiertos de lodo. Aplanaban sus orejas y se mordisqueaban entre ellos, al tiempo que se amontonaban hacia él.

Ella volvió a gritar cuando uno de los burros se chocó con Marc y lo hizo caer de espaldas en el suelo.

—¡Salgan de ahí! —gritó Cassie, cruzando la carretera de una corrida.

Se inclinó y cruzó la cerca, lo tomó de la camisa y lo arrastró antes de que lo pisotearan. Este niño, ¿tenía tendencias suicidas? Su camisa estaba empapada y sucia, y ella no había traído una de repuesto. Afortunadamente, el sol aún brillaba, aunque veía nubes acumulándose en el oeste.

Cuando le dio el chocolate a Marc, él se llenó la boca con la tableta entera. Se reía con los cachetes repletos y escupía trocitos de chocolate en el suelo. Luego, se adelantó con Antoinette.

Ella rechazó su chocolate y comenzó a llorar ruidosamente. Cassie volvió a cargar a la pequeña niña en sus brazos.

—¿Qué te sucede? ¿No tienes hambre? —le preguntó.

—No. Extraño a mi mamá —sollozó.

Cassie la abrazó fuerte, sintiendo la calidez de la mejilla de la niña contra la suya.

—Lo siento, Ella. Lo siento tanto. Me acabo de enterar. Debes extrañarla mucho.

—Quisiera que papá me dijera a dónde se fue —lamentó Ella.

—Pero… —Cassie no sabía qué decir.

El comerciante le había dicho claramente que Diane Dubois había muerto. ¿Por qué Ella pensaba otra cosa?

—¿Qué te dijo tu papá? —le preguntó cuidadosamente.

—Me dijo que se marchó. No me dijo a dónde. Solamente me dijo que se fue. ¿Por qué se fue? ¡Quiero que vuelva!

Ella presionó la cabeza en el hombro de Cassie, sollozando desconsoladamente.

La cabeza de Cassie le daba vueltas. Ella debía tener cuatro años en ese momento y seguramente hubiese entendido lo que significaba la muerte. Habría habido oportunidad para estar de luto y un funeral. O quizás, eso no había ocurrido.

Estaba aturdida ante la posibilidad de que Pierre le hubiese mentido a propósito a Ella respecto a la muerte de su esposa.

—Ella, no estés triste —le dijo, frotando suavemente sus hombros—. A veces la gente se va y no vuelve.

Pensó en Jacqui, preguntándose nuevamente si alguna vez descubriría lo que realmente le había ocurrido. No saberlo era terrible. La muerte, aunque trágica, al menos era definitiva.

Cassie podía imaginar la agonía que Ella debía haber sufrido al pensar que su propia madre la había abandonado, sin decirle una palabra. Con razón tenía pesadillas. Necesitaba averiguar la verdadera historia, por si había algo más. Sería demasiado intimidante preguntarle directamente a Pierre, y no se sentiría cómoda mencionando el tema a menos que él mismo lo planteara. Si les preguntara en el momento adecuado, quizás los otros niños le contarían su versión. Tal vez ese era un buen punto de partida.

Antoinette y Marc las esperaban en una bifurcación. Al fin, Cassie vio el bosque más adelante. Antoinette había subestimado la distancia, pues debían haber caminado al menos cinco quilómetros, y el vivero había sido el último edificio que habían visto. La carretera se había vuelto más angosta, con el pavimento agrietado y roto, y setos tupidos y silvestres.

—Ella y tú pueden ir por ese camino —les aconsejó Antoinette, señalando un sendero descuidado—. Es un atajo.

Cualquier ruta más corta era bienvenida, por lo que Cassie se dirigió por el camino angosto, empujando entre una profusión de arbustos frondosos.

A mitad de camino empezó sentir un fuerte ardor en los brazos, tan doloroso que chilló, pensando que la había picado un enjambre de avispas. Miró hacia abajo y vio un sarpullido hinchado que se expandía por toda la piel, en donde las hojas la habían rozado. Y luego, escuchó un alarido de Ella.

—¡Me pica la rodilla!

Su piel estaba hinchada por la urticaria, y las ronchas se volvían de un color rojo profundo, contrastando con su piel suave y pálida.

Cassie se agachó demasiado tarde para evitar que una rama frondosa azotara su rostro. El ardor se expandió inmediatamente y ella chilló alarmada.

Desde lejos, escuchó la risa estridente y entusiasmada de Antoinette.

—Pon la cabeza contra mi hombro —ordenó Cassie, envolviendo a la niña apretadamente con sus brazos.

Respiró hondo y comenzó a avanzar, chocando y empujando a tientas las punzantes hojas a lo largo del camino, hasta que emergió en un claro.

Antoinette gritaba de gozo, doblada sobre el tronco de un árbol caído, y Marc la imitaba, contagiado por su júbilo. A ninguno parecía importarle las lágrimas encolerizadas de Ella.

—¡Sabías que allí había hiedra venenosa! —la acusó Cassie, al tiempo que bajaba a Ella al suelo.

—Ortigas —la corrigió Antoinette, antes de estallar en carcajadas.

No había amabilidad en ese sonido, la risa era tremendamente cruel. Esta niña estaba demostrando su verdadera naturaleza, y era despiadada.

Cassie tuvo un acceso de ira y eso la sorprendió. Por un momento, su único deseo era darle una bofetada al engreído y sonriente rostro de Antoinette, lo más fuerte que pudiera. La potencia de su ira la asustaba. Llegó

a abalanzarse con la mano alzada, antes de que la cordura prevaleciese y la bajara rápidamente, horrorizada por lo que casi había hecho.

Se dio vuelta, abrió su mochila y hurgó en busca de la única botella de agua que tenía. Frotó un poco sobre la rodilla de Ella y el resto sobre su propia piel, con la esperanza de que eso aliviara el ardor, pero cada vez que tocaba la hinchazón parecía ser peor. Miró alrededor buscando una canilla cerca, o una fuente, en donde dejar que el agua corriera sobre el doloroso sarpullido.

Pero no había nada. Este bosque no era el destino familiar que había imaginado. No tenía bancos, ni carteles señalizadores. No había contenedores de basura, ni canillas o fuentes, tampoco caminos en buenas condiciones. Solamente había un bosque antiguo y oscuro, con enormes hayas, abetos y píceas alzándose entre los enmarañados matorrales.

—Debemos irnos a casa, ahora —dijo.

—No —discutió Marc—. Quiero explorar.

—Este no es un lugar seguro para explorar. Ni siquiera hay un camino delimitado. Y está demasiado oscuro. Deberías ponerte tu chaqueta ahora o pescarás un resfrío.

—¡Pescar un resfrío, péscame a mí!

Con un gesto travieso, el niño salió disparado, serpenteando velozmente entre los árboles.

—¡Maldita sea!

Cassie se zambulló detrás de él, apretando los dientes mientras ramitas filosas rozaban su piel inflamada. Él era más pequeño y más rápido que ella, y con su risa se burlaba de ella mientras se zambullía entre los matorrales.

—¡Marc, vuelve aquí! —lo llamó.

Pero sus palabras solo parecían alentarlo. Ella lo siguió empecinadamente, con la esperanza de que él se cansara o decidiera abandonar el juego.

Finalmente lo alcanzó, cuando él se detuvo a recuperar el aliento y patear unas piñas. Lo tomó del brazo firmemente antes de que volviera a escaparse.

—Esto no es un juego. ¿Ves? Hay un barranco más adelante.

El terreno descendía abruptamente y se podía escuchar el sonido del agua fluyendo.

—Volvamos, es hora de ir a casa.

—No quiero ir a casa —refunfuñó Marc, arrastrando los pies mientras la seguía.

Yo tampoco, pensó Cassie, y sintió una súbita empatía hacia él.

Cuando volvieron al claro, Antoinette era la única que estaba allí, sentada sobre una chaqueta doblada, trenzándose el cabello por encima del hombro.

—¿En dónde está tu hermana? —le preguntó Cassie.

Antoinette levantó la mirada, con apariencia despreocupada.

—Vio un pájaro después de que te fuiste, y quería verlo de cerca. No sé a dónde fue después de eso.

Cassie miró a Antoinette, horrorizada.

—¿Por qué no fuiste con ella?

—No me dijiste que lo hiciera —le respondió Antoinette con una fría sonrisa.

Cassie respiró hondo, intentando controlar otro acceso de furia. Antoinette tenía razón. No debería haber abandonado a los niños sin advertirles que se quedaran en donde estaban.

—¿Por dónde se fue? Muéstrame exactamente en dónde estaba la última vez que la viste.

—Se fue para ese lado —señaló Antoinette.

—Voy a ir a buscarla —Cassie mantuvo su voz tranquila a propósito—. Quédate aquí con Marc. No, repito NO abandonen este claro, ni dejes que tu hermano se pierda de vista. ¿Entendido?

Antoinette asintió distraídamente mientras usaba sus dedos para peinarse el cabello. No le quedaba más que esperar que ella obedeciera. Se dirigió hacia donde Antoinette le había señalado y ahuecó las manos alrededor de la boca.

—¿Ella? —gritó lo más fuerte que pudo—. ¿Ella?

Se detuvo, con la esperanza de escuchar una respuesta o zapatos acercándose, pero no hubo respuesta. Lo único que oía era el crujido distante de las hojas, en el viento cada vez más fuerte.

¿Era posible que Ella se hubiese alejado tanto en el tiempo en que ella no había estado? ¿O le había pasado algo?

El pánico invadió su interior, mientras se adentraba corriendo en el bosque.

CAPÍTULO SIETE

Cassie se introdujo en lo más profundo del bosque, serpenteando entre los árboles. Gritaba el nombre de Ella y rogaba que ella le respondiera. Ella podía estar en cualquier lado y no había ningún camino delimitado que ella pudiera seguir. El bosque era oscuro y escalofriante, el viento soplaba en rachas cada vez más fuertes y los árboles parecían amortiguar sus gritos. Ella se podía haber caído en un barranco, o tropezado y golpeado la cabeza. Podía haber sido secuestrada por un vagabundo. Le podía haber ocurrido cualquier cosa.

Cassie se patinaba por los caminos musgosos y se tropezaba con la raíces. Tenía el rostro arañado en cientos de lugares y la garganta irritada de tanto gritar.

Finalmente se detuvo, respirando agitadamente. Sentía su transpiración fría y pegajosa en la brisa. ¿Qué iba a hacer ahora? Estaba empezando a oscurecer. No podía pasar más tiempo buscando o los pondría a todos en peligro. El vivero era el punto de contacto más cercano, si aún estaba abierto. Podía ir hasta allí, contarle al comerciante lo que había ocurrido y pedirle que llamara a la policía.

Le llevó mucho tiempo y algunos desvíos equivocados desandar el camino. Rogaba que los otros estuvieran esperando sanos y salvos, y deseó con todas sus fuerzas que Ella hubiese encontrado su camino de regreso.

Cuando llegó al claro, Antoinette estaba enlazando hojas en una cadena y Marc dormía profundamente acurrucado sobre las chaquetas.

No había señal de Ella.

Se imaginó la tormenta de furia a su regreso. Pierre estaría furioso y con razón. Margot sería simplemente despiadada. Las linternas brillarían en la noche mientras la comunidad salía a buscar a una niña que estaba perdida, herida o peor, como consecuencia de su propio descuido. Era su culpa y su fracaso.

El horror de la situación la agobiaba. Se desplomó contra un árbol y enterró la cabeza entre las manos, intentando desesperadamente controlar sus sollozos.

—¿Ella? ¡Ya puedes salir! — dijo Antoinette con voz melodiosa.

Cassie levantó la vista, observando incrédula cómo Ella salía detrás de un tronco caído y limpiaba las hojas de su pollera.

—¿Qué…? —su voz estaba ronca y temblorosa—. ¿En dónde estabas?

Ella sonrió alegremente.

—Antoinette dijo que estábamos jugando a las escondidas y que no debía salir cuando me llamaras, de lo contrario perdería. Ahora tengo frío, ¿me darías mi chaqueta?

Cassie se sintió aporreada por la conmoción. No podía creer que alguien pudiera siquiera fantasear ese escenario excepto por pura maldad.

No era solamente la crueldad, sino también la premeditación en sus

acciones lo que horrorizaba a Cassie. ¿Qué era lo que llevaba a Antoinette a atormentarla y cómo podía impedir que eso ocurriera en el futuro? No podía esperar ningún tipo de apoyo de parte de los padres. Ser amable no había funcionado, y si se enfadaba estaría cayendo en el juego de Antoinette. Ella tenía el control, y lo sabía.

Ahora se dirigían de vuelta a casa, demasiado tarde y después de no haberle dicho a nadie a dónde iban. Los niños estaban embarrados, hambrientos, sedientos y exhaustos. Temía que Antoinette había hecho más que suficiente para que la despidieran inmediatamente.

El camino de regreso al *chateau* fue largo, frío e incómodo. Ella insistió para que la cargaran todo el camino y los brazos de Cassie apenas resistieron hasta la llegada a casa. Marc se arrastraba detrás, refunfuñando, y demasiado cansado para hacer más que arrojar una piedra a los pájaros en los arrayanes de vez en cuando. Hasta Antoinette parecía no estar disfrutando de su victoria y caminaba penosamente y con hosquedad.

Cuando Cassie golpeó la imponente puerta del frente, esta se abrió de un tirón inmediatamente. Era Margot, y estaba enrojecida de furia.

—¡Pierre! —gritó—. Al fin llegaron.

Cassie empezó a temblar al escuchar el pisoteo enojado.

—¿En dónde diablos han estado? —Rugió Pierre— ¿Qué irresponsabilidad es esta?

Cassie tragó saliva.

—Antoinette quería ir al bosque, así que salimos a caminar.

—Antoinette… ¿qué? ¿Durante todo el día? ¿Por qué diablos dejaste que lo hiciera y por qué no obedeciste mis instrucciones?

—¿Qué instrucciones?

Acobardándose ante su ira, Cassie ansiaba escaparse y esconderse, tal como lo había hecho cuando tenía diez años y su padre tenía una de sus rabietas. Miró detrás de ella y vio que los niños se sentían exactamente igual. Sus rostros afligidos y aterrorizados le dieron el coraje que necesitaba para seguir enfrentando a Pierre, aunque le temblaran las piernas.

—Dejé una nota en la puerta de su dormitorio.

Hizo un esfuerzo para hablar con una voz más normal. Quizás él también había notado las reacciones de los niños.

—No encontré ninguna nota.

Cassie miró a Antoinette, pero sus ojos miraban hacia abajo y tenía los hombros encorvados.

—Antoinette tenía un recital de piano en París. Un autobús vino a recogerla a las ocho y media, pero no la encontraron en ningún lado. Y Marc tenía práctica de fútbol en la ciudad a las doce.

Cassie sintió un nudo en el estómago al darse cuenta de las serias consecuencias que habían tenido sus acciones. Había defraudado a Pierre y a los demás de la peor manera posible. Este día tendría que haber sido una prueba de sus capacidades para organizar los horarios de los niños. En

cambio, habían realizado un paseo no planificado en el medio de la nada y se habían perdido actividades importantes. Si ella fuera Pierre, también estaría furiosa.

—Lo siento mucho —murmuró.

No se atrevía a decirle a Pierre abiertamente que los niños la habían engañado, aunque estaba segura de que él lo sospechaba. Si se lo decía, los niños terminarían llevándose la peor parte de su furia.

Un gong sonó desde el comedor y Pierre miró su reloj.

—Hablaremos de esto más tarde. Ahora, prepáralos para la cena. Rápido, o la comida se enfriará.

Rápido, era más fácil decirlo que hacerlo. Le llevó más de media hora, y más lágrimas, bañar a Marc y Ella. Afortunadamente, Antoinette se estaba comportando muy bien, y Cassie se preguntó si se sentiría agobiada por las consecuencias de sus acciones. En cuanto a ella, estaba paralizada por la catástrofe en la que el día se había transformado. Estaba empapada por bañar a los niños y no tenía tiempo para tomar una ducha. Se puso una blusa seca, y las ronchas que tenía en los brazos se reavivaron.

Marcharon desconsoladamente hacia la planta baja.

Pierre y Margot los estaban esperando en el pequeño salón al lado del comedor. Margot estaba tomando una copa de vino y Pierre se servía un coñac con soda.

—Al fin estamos prontos para comer —observó Margot secamente.

La cena era una cazuela de pescado y Pierre insistió a sus hijos mayores que se sirvieran ellos mismos, aunque permitió que Cassie ayudara a Ella.

—Deben aprender los modales de etiqueta a una edad temprana —dijo él, y procedió a enseñarles el protocolo correcto durante toda la cena.

—Pon la *serviette* sobre la falda, Marc. No la dejes arrugada en el piso. Y los codos deben permanecer contra el cuerpo. Ella no quiere que la codees mientras estás comiendo.

El estofado era abundante y delicioso y Cassie estaba muerta de hambre, pero el sermón de Pierre era suficiente para sacarle el hambre a cualquiera. Se restringió a pequeñas y delicadas porciones, mientras miraba rápidamente a Margot para comprobar que estaba haciendo las cosas correctamente, a la manera francesa. Los niños estaban exhaustos y no podían comprender lo que el padre les estaba diciendo, y Cassie se sorprendió al ansiar que Margot le dijera a Pierre que este no era un buen momento para ser quisquilloso.

Se preguntaba si las cenas habían sido distintas cuando Diane estaba viva, y cuánto había cambiado la dinámica después de la llegada de Margot. Su propia madre había contenido el conflicto de manera firme, a su manera, tranquila, pero este había estallado incontrolablemente cuando ella ya no estaba. Quizás Diane había tenido un rol similar.

—¿Un poco de vino?

Para su sorpresa, Pierre llenó su copa con vino blanco antes de que pudiera rechazarlo. Quizás esto también era parte del protocolo.

El vino era aromático y frutal, y después de unos sorbos sintió cómo el alcohol penetraba en el flujo sanguíneo, y una sensación de bienestar y de peligrosa relajación la llenaba. Dejó de beber apresuradamente, pues sabía que no podía permitirse ninguna equivocación.

—¿Ella, qué estás haciendo? —preguntó Pierre, exasperado.

—Me estoy rascando la rodilla —explicó Ella.

—¿Por qué usas una cuchara?

—Mis uñas están muy cortas para aliviar la picazón. Caminamos por ortigas —dijo Ella orgullosa—. Antoinette le mostró a Cassie un atajo. Me picaron en la rodilla. A Cassie la picaron en todo el rostro y en los brazos. Estuvo llorando.

Margot soltó su copa de vino con un golpe.

—¡Antoinette! ¿Hiciste eso otra vez?

Cassie pestañeó sorprendida al ver que lo había hecho antes.

—Yo… —comenzó Antoinette desafiante, pero Margot era imparable.

—Eres un animalito despiadado. Todo lo que quieres es causar problemas. Crees que estás siendo inteligente, pero solamente eres una niña estúpida, malvada e inmadura.

Antoinette se mordió el labio. Las palabras de Margot habían roto su caparazón de autocontrol.

—No es su culpa —dijo Cassie en voz alta, preguntándose demasiado tarde si el vino había sido una buena idea—. Debe ser muy difícil para ella lidiar con...

Se frenó rápidamente porque estaba a punto de mencionar la muerte de su madre, pero Ella creía en una versión diferente y no sabía cuál era la verdadera historia. Ahora no era el momento de preguntar.

—Lidiar con tanto cambio —dijo— En cualquier caso, Antoinette no me dijo que tomara ese camino. Ella y yo estábamos cansadas y parecía un buen atajo.

No se atrevió a mirar a Antoinette mientras hablaba, en caso de que Margot sospechara una confabulación, pero logró encontrarse con la mirada de Ella. Le hizo un gesto conspiratorio, con la esperanza de que entendiera por qué Cassie estaba apoyando a su hermana, y Ella le respondió asintiendo suavemente.

Cassie temía que su defensa la dejara en un terreno aún más inestable, pero tenía que decir algo. Después de todo, ella sabía lo que era crecer en una familia fracturada, en donde la guerra podía estallar en cualquier momento. Ella entendía la importancia de tener a alguien mayor como ejemplo, que le pudiera ofrecer un refugio ante las tormentas. ¿Cómo se las hubiese arreglado en los momentos difíciles, sin la fortaleza de Jacqui? Antoinette no tenía a nadie que la respaldara.

—¿Así que eliges ponerte de su lado? —Dijo Margot entre dientes— Créeme que te arrepentirás, como lo hice yo. No la conoces tanto como yo —apuntó con el dedo de uña carmesí a Antoinette, quien empezó sollozar—. Es

igual a su...

—¡Detente!—rugió Pierre— No toleraré discusiones durante la cena. Margot, cállate, ya has dicho suficiente.

Margot se levantó de un salto y su silla se volcó con un estruendo.

—¿Me estás diciendo que me calle? Me iré entonces. Pero no pienses que no he intentado advertirte. Tendrás lo que te mereces, Pierre.

Se marchó hacia la puerta, pero luego se volvió y miró a Cassie con un odio manifiesto.

—Todos tendrán lo que se merecen.

CAPÍTULO OCHO

Cassie contuvo la respiración, mientras los pasos enojados de Margot se alejaban por el pasaje. Echó un vistazo alrededor de la mesa, y vio que no era la única que estaba paralizada por el arrebato agresivo de la rubia. Marc tenía los ojos grandes como platillos y la boca bien apretada. Ella se chupaba el dedo. Antoinette estaba con el ceño fruncido por la furia contenida.

Murmurando una grosería, Pierre empujó la silla.

—Yo me encargo —dijo él, dando zancadas hacia la puerta—. Lleva a los niños a la cama.

Cassie, aliviada por tener trabajo para hacer, se levantó y ojeó los platos y la vajilla sucia sobre la mesa. ¿Tenía que levantar la mesa, o pedirles a los niños que ayudaran? La tensión flotaba en el aire, espesa como el humo. Quería hacer una actividad familiar normal y rutinaria, como lavar los platos, para dispersar el humo.

Antoinette vio hacia dónde apuntaba su mirada.

—Deja todo —le dijo de mal modo—. Alguien lo limpiará luego.

—Bueno, es hora de irse a la cama, entonces — dijo Cassie en un tono alegre forzado.

—No quiero ir a la cama —protestó Marc, mientras se balanceaba con la silla hacia atrás.

Cuando perdió el equilibrio, fingió un alarido y se agarró del mantel. Cassie saltó a su rescate. Fue lo suficientemente rápida para impedir que la silla se cayera, pero era demasiado tarde para evitar que Marc tumbara dos vasos, y un plato se estrellara en el piso.

—Vamos para arriba —ordenó, intentando sonar rígida, pero tenía la voz aguda e inestable por el cansancio.

— Quiero salir —anunció Marc, mientras corría rápidamente hacia las puertas francesas.

Recordando cómo la había aventajado en el bosque, Cassie se lanzó detrás de él. Cuando lo alcanzó ya había abierto la cerradura, pero pudo atraparlo y evitar que abriera la puerta. Miró sus reflejos en el vidrio oscuro. El niño con su cabello rebelde y su expresión impenitente, y ella. Con los dedos aferraba los hombros del niño, tenía los ojos grandes y ansiosos, y el rostro pálido como una hoja.

Verse a sí misma en ese momento inesperado, la hizo darse cuenta de que, hasta ahora, había fracasado en sus funciones. Había transcurrido un día entero desde que había llegado y no había estado a cargo ni por un minuto. Se engañaba a sí misma si pensaba lo contrario. Sus expectativas de adaptarse a la familia y de ser querida, o al menos agradarle a los niños, habían sido poco realistas. No tenían una pizca de respeto por ella y no sabía cómo podía cambiar las cosas.

—Hora de irse a la cama —repitió con cansancio.

Con su mano izquierda firme sobre el hombro de Marc, retiró la llave de la cerradura. Vio que había un gancho en la pared lo suficientemente alto y la colgó allí. Se dirigió hacia la planta alta sin soltar a Marc, con Ella trotando a su lado. Antoinette se arrastraba abatida detrás, y dio un portazo a la puerta de su dormitorio sin siquiera decir buenas noches.

— ¿Quieres que te lea una historia? —le preguntó a Marc, pero él sacudió la cabeza.

—Bueno. A la cama entonces. Si te vas a dormir ahora, mañana puedes levantarte temprano y jugar con tus soldados.

Fue el único incentivo que se le ocurrió, pero parecía haber funcionado. O quizás el cansancio al fin lo había alcanzado. De cualquier forma y para su alivio, él hizo lo que le pidió. Lo arropó con el acolchado y se dio cuenta de que sus manos temblaban de puro cansancio. Si él volvía a escaparse, sabía que estallaría en lágrimas. No estaba convencida de que se quedara en la cama, pero, por ahora, al menos su trabajo estaba cumplido.

—Quiero una historia —dijo Ella, tirando de su brazo—. ¿Me lees una?

—Claro que sí.

Cassie fue hasta su dormitorio y eligió un libro de la pequeña selección que había sobre el estante. Ella saltó sobre la cama rebotando en el colchón con alegría, y Cassie se preguntó con qué frecuencia le habían leído historias antes, porque no parecía formar parte de su rutina habitual. Aunque suponía que la infancia de Ella no había sido muy normal hasta ahora.

Le leyó la historia más corta que encontró, para que luego Ella insistiera en que le leyera una segunda. Las palabras nadaban frente a sus ojos cuando llegó al final y cerró el libro. Levantó la mirada y vio con alivio que la lectura había tranquilizado a Ella, y finalmente se había dormido.

Apagó la lámpara y cerró la puerta. Regresó por el corredor y, en silencio, echó un vistazo a Marc. Afortunadamente, la habitación estaba oscura y podía sentir su suave respiración.

Cuando abrió la puerta de Antoinette, la luz estaba prendida. Antoinette estaba sentada en la cama y garabateaba unas notas en un cuaderno de tapa color rosa.

—Debes golpear antes de entrar —la reprendió—. Es una regla.

—Lo siento. Te prometo que lo haré de ahora en más —se disculpó Cassie.

Temía que el quiebre de esa regla se transformara en una discusión, pero, por el contrario, ella volvió a escribir algunas palabras más en su cuaderno, antes de cerrarlo.

—¿Estás terminando tu tarea? —le preguntó Cassie con sorpresa, Antoinette no parecía ser una persona que dejaba las cosas para último momento.

Su dormitorio estaba impecable. La ropa que había usado más temprano estaba doblada en el cesto de la ropa sucia, y su prolija mochila estaba lista debajo de un blanco y perfectamente ordenado escritorio.

Cassie se preguntaba si Antoinette sentía que a su vida le faltaba control, e intentaba ejercerlo en su ambiente más cercano. O quizás, como la niña de cabello oscuro ya había demostrado, estaba resentida por la presencia de una niñera, e intentaba probar que no necesitaba a nadie que la cuidara.

—Mi tarea ya está hecha. Estaba escribiendo en mi diario íntimo —le dijo Antoinette.

—¿Lo haces todas las noches?

—Lo hago cuando estoy enojada.

Tapó la lapicera.

—Lamento lo que pasó esta noche —dijo Cassie con empatía, sintiendo como si caminara sobre un hielo que se podía quebrar en cualquier momento.

—Margot me odia y yo la odio a ella —dijo Antoinette, con la voz un tanto temblorosa.

—No, no creo que eso sea cierto —protestó Cassie, pero Antoinette sacudió la cabeza.

—Es cierto. La odio. Desearía que estuviera muerta. Ya me había dicho cosas así. Me enoja tanto que podría matarla.

Cassie se la quedó mirando, conmocionada.

No eran solamente las palabras de Antoinette, sino la tranquilidad con que las decía lo que le produjo escalofríos. No sabía cómo tenía que responder. ¿Era normal que una niña de doce años tuviera esos pensamientos asesinos? Sin dudas, Antoinette necesitaba la ayuda de alguien más calificado para controlar su ira. Un terapeuta o psicólogo, incluso un párroco.

Ante la falta de alguien competente, supuso que ella era la única que estaba disponible.

Cassie repasó sus propios recuerdos, intentó recordar lo que hacía y decía a esa edad. Cómo había reaccionado y qué había sentido cuando su propia situación se había descontrolado. ¿Alguna vez había querido matar a alguien?

De pronto recordó a una de las novias de su padre, Elaine, una rubia con uñas largas y rojas, y una risa ruidosa y estridente. Se odiaban. Durante los seis meses que Elaine estuvo en escena, Cassie la había detestado. No recordaba haberle deseado la muerte, pero definitivamente había deseado que desapareciera.

Probablemente esto era lo mismo. Antoinette estaba siendo más honesta, eso era todo.

—Lo que dijo Margot no fue para nada justo —coincidió Cassie, porque no había sido justo—. Pero la gente dice cosas que no siente cuando está enojada.

Por supuesto, cuando estaba enojada también decía la verdad, pero no iba a tomar ese camino.

—Ah, pero ella lo siente —le aseguró Antoinette.

Estaba inquieta con la lapicera, girándole la tapa una y otra vez.

—Mi papá siempre está de su lado ahora. Siempre piensa en ella y nunca en nosotros. Era distinto cuando mi madre estaba viva.

Cassie asintió con empatía. Ella también había vivido esa experiencia.

—Lo sé —dijo ella.

—¿Cómo lo sabes? —Antoinette la miró con curiosidad.

—Mi madre murió cuando yo era más joven. Mi padre también traía novias nuevas, eh, quiero decir, trajo a su nueva prometida a mi casa. Eso causaba muchos enfrentamientos y hostilidades. Yo no les agradaba y ellas no me agradaban a mí. Por suerte tenía una hermana mayor.

Cassie se volvió a corregir rápidamente.

—Tengo una hermana mayor, Jacqui. Ella le hacía frente a mi padre y me protegía cuando había peleas.

Antoinette asintió.

—Esta noche estuviste de mi lado. Nadie había hecho eso antes. Gracias por haberlo hecho.

Se quedó mirando a Cassie con los ojos grandes y azules, y Cassie sintió un nudo en la garganta ante la inesperada gratitud.

—Para eso estoy aquí —le dijo.

—Lamento haberte dicho que caminaras por las ortigas.

Miró rápidamente las ronchas en las manos de Cassie, aún hinchadas e inflamadas.

—No hay problema, de verdad. Era una broma.

Ahora las lágrimas inundaban sus ojos y la empatía brotaba de su interior. No había anticipado que Antoinette bajara la guardia. Ella entendía exactamente cuán sola y vulnerable se debía sentir. Era terrible pensar que Antoinette ya había sufrido maltrato verbal de Margot, sin que nadie la protegiera y con el padre poniéndose en su contra deliberadamente.

Bueno, ahora sí tenía a alguien. Cassie estaba de su lado y la apoyaría sin importar las consecuencias. El día no había sido un completo desastre si había logrado acercarse a esa niña compleja y conflictiva.

—Ahora intenta dormir. Las cosas estarán mejor en la mañana.

—Eso espero. Buenas noches, Cassie.

Cassie cerró la puerta resollando violentamente y limpiándose la nariz con la manga. El cansancio y las emociones la estaban venciendo. Se apresuró por el corredor, tomó su pijama y fue a tomarse una ducha.

Finalmente, cuando estaba parada debajo del chorro de agua humeante, permitió que fluyeran las lágrimas.

*

Aunque el agua caliente había tranquilizado sus emociones, también había reavivado su piel. Las picaduras de la ortiga empezaron a producirle un escozor insoportable. Se restregó bien fuerte con la toalla para rascarse la comezón, pero solamente logró expandirla.

Luego de meterse en la cama, se dio cuenta de que estaba tan incómoda que no podía dormir. El rostro y los brazos le punzaban y ardían. Rascarse era

un alivio momentáneo y en realidad aumentaba el dolor.
Luego de lo que parecieron horas de intentar dormir sin éxito, Cassie admitió la derrota. Necesitaba algo que le calmara la piel. El armario que había en la ducha solamente almacenaba elementos indispensables, pero había visto uno más grande en el baño que estaba al lado del dormitorio de Ella. Quizás allí habría algo que podría servirle.
Caminó silenciosamente hacia el baño y abrió el armario de madera. Con alivio, vio que estaba lleno de pomos y botellas. Tenía que haber algo para las alergias. Leyó las etiquetas con dificultad ante el francés complicado, y con miedo de aplicar un remedio equivocado y empeorar las cosas.
Loción de calamina. Reconoció el color y el aroma, aunque no la etiqueta. Esto la aliviaría.
Cassie volcó un poco sobre la palma de la mano y se untó abundantemente sobre las quemaduras. Inmediatamente sintió un alivio fresco. Puso la botella en su lugar y cerró el armario.
Cuando se daba vuelta para irse, escuchó un ruido y se paralizó.
Era un grito brusco, un alarido contenido.
Seguramente era Marc. Se había levantado de la cama y estaba causando problemas con Ella.
Se apresuró por el corredor, pero después de unos pasos se dio cuenta de que ese lado de la casa estaba en silencio y los niños estaban dormidos.
Volvió a escuchar un ruido. Un estruendo, un golpe seco y otro alarido.
Cassie se paralizó. ¿Alguien había entrado en la casa? Con la mente acelerada, pensó en todos los tesoros que había allí. En Estados Unidos se habría encerrado en su dormitorio y habría llamado a la policía. Pero allí no había señal, así que lo mejor que podía hacer era alertar a Pierre. El ruido parecía venir en esa dirección de todos modos.
Con un arma sentiría más coraje. Buscó en su dormitorio. Quizás podía tomar el atizador de acero que estaba sobre la chimenea. No era mucho, pero era algo.
Tomando firmemente el atizador, Cassie se dirigió de puntillas por el corredor, dobló y se encontró con una puerta de madera que estaba cerrada.
Ese debía ser el dormitorio principal y el ruido venía desde adentro.
Cassie apoyó el atizador contra la pared para que pudiera agarrarlo rápidamente si era necesario. Luego se agachó y espió por el ojo de la cerradura.
Las luces estaban prendidas en el dormitorio. Su visión era limitada, pero podía ver a una persona. No, a dos. Estaba Pierre, con su cabello oscuro brillando en la luz. Pero ¿qué estaba haciendo con sus manos? Estaban envolviendo algo, él lo estaba sujetando y sacudiendo violentamente. Escuchó otro alarido, quejumbroso y ahogado, y ella inhaló bruscamente al darse cuenta de que lo que él sujetaba era el cuello de una mujer.
El corazón de Cassie latía con fuerza mientras ella interpretaba la escena que ocurría a través del pequeño agujero en la puerta, en donde Pierre estaba

asesinando a Margot.

CAPÍTULO NUEVE

Cassie se apartó de la pesada puerta de madera. La adrenalina la inundaba al reproducir la fatal escena en su mente. Las manos pesadas sujetando con firmeza el cuello pálido, los alaridos aterrados y ahogados. Había algo más, una mancha de color vívido que no podía explicar qué era.

Tenía que pedir ayuda, y rápido.

Pero ¿a quién podía acudir? El ama de llaves era la única persona que conocía, y no tenía idea de dónde encontrarla. De cualquier modo, si perdía el tiempo buscándola, Margot moriría. Era así de simple.

Cassie tenía que intervenir.

Si irrumpía en el dormitorio, gritando lo más fuerte que pudiera, causaría una distracción que permitiría que la mujer rubia se escapara.

El terror se apoderó de ella de solo pensarlo, pero se convenció de que debía hacerlo. Aunque sus piernas se convirtieran en agua y su voz no fuese más que un chillido patético, tenía que intentarlo y ser valiente.

Se disponía a abrir la puerta, cuando escuchó otro ruido que la detuvo.

Era un profundo gemido de placer.

Vacilante, Cassie se inclinó y volvió a observar a través del ojo de la cerradura.

Movió su cabeza de un lado a otro para aprovechar al máximo su angosta visión, y se dio cuenta de que el objeto que había visto era una bufanda de color vibrante. Las muñecas de Margot estaban bien amarradas y la bufanda estaba atada a una baranda, que debía ser la cabecera de la cama.

Cassie se quedó sin aliento al darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Esto no era un asesinato, sino un acto sexual oscuro, violento y prolongado. Podía ver a Margot forcejeando para liberarse. No solo era un experimento morboso, parecía sumamente peligroso. Y no estaba segura de que fuese consensuado. Margot no parecía estar muy dispuesta. Quizás Pierre la estaba castigando por su último arrebato, o lo usaba como excusa para hacer lo que estaba haciendo ahora.

Cassie se dijo firmemente que por más espeluznante que fuese el acto, estaba ocurriendo en privado y definitivamente no era de su incumbencia. Si Pierre o Margot la descubrían, estaría en serios problemas. Y si alguno de los niños la veía espiando por el ojo de la cerradura, no se quería imaginar cuáles serían las consecuencias.

Cassie retrocedió, y por la conmoción que le produjo lo que había visto, se olvidó del atizador que había colocado contra la pared. Lo pateó con el pie y cayó sobre los azulejos de mármol, retumbando ruidosamente.

Los gemidos se detuvieron repentinamente. Luego de un segundo de silencio, Pierre gritó con voz severa.

—¿Qué es eso? ¿Quién está ahí?

Él lo había escuchado. Con el repentino chirrido de los resortes de la

cama y los pasos pesados sobre las tablas adivinó que él se dirigía a ver quién era.

Cassie levantó el atizador y voló por el corredor, siendo lo más rápida y sigilosa que pudo. Rogaba que Pierre se detuviera a ponerse una bata o pantuflas, y que para cuando él abriera la puerta, ella estuviera fuera de su vista. Porque si él la veía, si él siquiera adivinaba que ella había estado allí, se le vendría un mundo de problemas encima.

Dobló la esquina y se patinó sobre los azulejos de mármol. Desesperadamente se apoyó en la pared para no caerse. Se torció un dedo y se aguantó un grito de dolor. Escuchó detrás de ella el chasquido del cerrojo y la puerta que se abría. Luego, escuchó las pisadas por el corredor. Pierre la estaba persiguiendo rápidamente.

Por la mente de Cassie pasaban situaciones horrorosas mientras se dirigía a su dormitorio. Cerró la puerta lo más silenciosamente posible y colocó el atizador en la estufa a leña, intentando que sus manos dejaran de temblar para que no repiqueteara contra la chimenea. Un minuto después, saltó a la cama y de un tirón se tapó hasta el mentón. Con el corazón latiendo en la garganta, esperó a que Pierre pasara.

Porque era evidente que pasaría de largo, ¿por qué no lo haría? No había razón para que él golpeara si veía que la puerta estaba cerrada.

Los pasos se detuvieron frente a la puerta, pero Pierre no golpeó. En cambio, y ante la incredulidad de Cassie, simplemente la abrió. Chascó la luz y se quedó parado en la puerta. Su rostro estaba enrojecido, estaba descalzo y llevaba una bata color borgoña.

Lo primero que Cassie pensó fue que esto era una invasión total de la privacidad. De ninguna manera era aceptable que un empleador entrara solo en el dormitorio de un empleado, después de hora y sin golpear. Su presencia en su espacio privado la hacía sentirse a la defensiva y vulnerable, y disparaba viejos recuerdos que se habían transformado en pesadillas. Personas en su dormitorio. Esconderse debajo de la cama. “Oye, niñita…”

Pierre la observó y luego miró alrededor del dormitorio. Su vista se detuvo en la toalla de baño colgada en el gancho cerca de la puerta, y en la pila de ropa que había dejado doblada en el sillón, al lado de la estufa a leña.

Cassie se sentó, se acomodó el pijama y cruzó los brazos sobre su pecho de manera instintiva. Quería gritarle que se fuera, que no tenía derecho a entrar en su dormitorio sin permiso.

Pero este no era un buen momento para discutir los límites, menos cuando ella había estado espiando sus actividades privadas a través de la puerta de su dormitorio.

—¿Escuchaste algo, Cassie? Recién hubo un ruido.

El ruidoso estrépito que él había escuchado era una prueba innegable de que alguien había andado por ahí. Era su trabajo responder ante ruidos y disturbios durante la noche, por lo que no podía decir que no lo había escuchado. Tenía que darle a Pierre una explicación coherente de lo que había

sucedido.

Vio que él la observaba con curiosidad, y de pronto recordó las manchas de crema que tenía en el rostro y los brazos. Y así obtuvo la respuesta que necesitaba. Respiró profundo e intentó hablar tranquilamente y no sonar sin aliento.

—Era yo. Estaba en el baño al final del corredor, buscando una loción para la piel. Me picaba tanto que no podía dormir. Una botella de vidrio se cayó mientras ponía la loción en su lugar. No se rompió, pero hizo un ruido terrible. Lamento haberlo despertado.

Pierre frunció el ceño y luego asintió, como si eso le pareciera lógico.

—¿Cómo estás de la piel?

—Creo que estaré bien. La loción detuvo la picazón. ¿Quiere que revise cómo están los niños, por si los desperté a ellos también?

Pierre hizo una pausa y escuchó.

—No es necesario. Todo parece estar tranquilo. Mejor no molestarlos si están dormidos.

Pensó que él se iba a marchar, pero no lo hizo. En cambio, caminó hacia la pila de ropa sobre el escritorio, se agachó y rescató un objeto doblado del suelo.

Los ojos de Cassie se agrandaron del susto al ver que era su sostén negro. Lo había dejado arriba de la pila, pero lo debía haber tumbado minutos antes, probablemente cuando pasaba apresurada a colocar el atizador.

Pierre lo sacudió, antes de ubicarlo cuidadosamente arriba de la pila.

—No debes doblar los sostenes —la regañó—. Debes almacenarlos abiertos, apilados juntos, preferiblemente en un cajón. Es para cuidarlos.

Examinó su ropa y asintió satisfecho mientras Cassie se encogía contra la pared, cubriéndose aún más con las sábanas. Estaba segura de que sus bragas estaban debajo del sostén, y eso quería decir que él las había visto también. Estaba demasiado sorprendida por su comportamiento para pensar en una respuesta, pero Pierre no parecía esperarla.

—Buenas noches.

Se dirigió hacia la puerta, apagó la luz y se marchó, cerrando la puerta detrás de él.

Cassie soltó el aire lentamente. Descruzó los brazos y notó que sus manos aún temblaban.

Él no tenía derecho a entrar aquí sin golpear. Por más inocentes que fueras sus razones, era una violación total: abrir la puerta, prender la luz, dar una vuelta por el dormitorio, examinar su ropa interior y darle consejos de cómo guardarla. Deseaba haber podido ordenar sus pensamientos a tiempo, para decirle lo impertinente que era su comportamiento.

Empezaba a darse cuenta de que a Pierre no le importaban los límites. Sus acciones habían revelado un lado más oscuro, en el que obtiene lo que desea sin importar las consecuencias.

La puerta de su dormitorio no tenía llave, y aunque Marnie podía

encontrarle la llave si ella se lo pedía, no podía encerrarse con llave sin provocar sospechas y críticas de sus empleadores.

Tenía que encontrar otra forma de idear una alarma. Quizás podía colocar una cuerda del picaporte a la silla, para que esta se volcara cuando se abriera la puerta. Podía decir que lo había hecho para despertarse de inmediato si los niños entraban.

Necesitaba implementar un plan alternativo con urgencia, porque ¿qué haría si Pierre decidía entrar en su dormitorio mientras ella dormía?

CAPÍTULO DIEZ

Cassie se despertó antes de que sonara su alarma. Estaba sudando, enroscada y acurrucada bajo el acolchado. Supuso que se había despertado a sí misma de una pesadilla. Levantó la vista y vio que la puerta de su dormitorio estaba cerrada. Tenía el recuerdo de que estaba abierta, pero eso debía haber sido parte de su sueño. Pierre definitivamente la había cerrado al marcharse.

Pensar en Pierre hizo que el violento escenario de la noche anterior volviera a ella rápidamente. La forma en la que Margot intentaba gritar. Y los golpes secos... ¿qué eran? ¿Margot había estado intentado liberarse de sus ataduras?

Preocupada por la agresión de Margot y el comportamiento obstinado de los niños, no había pensado mucho en Pierre. De su comportamiento adivinaba que era malhumorado, controlador y bastante perfeccionista. Nunca se le hubiera ocurrido que tuviera un lado oscuro, en el que actuaba bajo el impulso de sus peligrosos deseos sexuales.

Cassie se preguntó de pronto si los niños no lo habrían espiado de la misma manera en que ella lo había hecho. El pensamiento era demasiado perturbador, así que lo alejó de su mente.

Eran las cinco y media de la mañana. Demasiado temprano para despertar a los niños, pero al menos se podía tomar un tiempo para verse presentable.

Tomó una ducha, se lavó el cabello y usó una loción capilar que había traído para suavizar y darle brillo a su cabello. Se aplicó un poco de maquillaje: un toque de base para iluminar la piel, pálida por el cansancio, y un labial color rosa. Se vistió con unos jeans, botas y una blusa color turquesa. Al fin lograba la apariencia arreglada y profesional que habría querido tener en su primer día de trabajo.

Cassie golpeó la puerta de la habitación de Antoinette, recordando que los límites eran importantes para ella y sintiendo una empatía renovada hacia la niña, y esperó su respuesta. Tuvo que volver a golpear tres veces para que finalmente le contestara con un hosco “¿Sí?”.

Cassie esperaba que fuese más amable con ella después de la conversación que habían tenido la noche anterior, pero Antoinette parecía haber reconstruido barreras aún más altas. Taciturna y poco cooperativa, apenas reconoció el animado “buenos días” de Cassie.

—Déjame sola, voy a vestirme —le dijo de mala manera—. Iré sola a desayunar.

Cassie supuso que Marc estaría jugando con sus juguetes otra vez, rodeado por el mismo desorden que había visto el día anterior. Pero cuando entró a su habitación, se preocupó al ver que él seguía en la cama con la cabeza mirando a la pared.

—Marc, ¿estás enfermo? —le preguntó.

Intentó tocarle la frente para ver si tenía fiebre, pero él le alejó la mano, golpeándola impacientemente.

—No me gusta hoy —se quejó.

—Pero es un lindo día —alegó Cassie, abriendo las cortinas.

Aún no había amanecido, pero el cielo estaba despejado y el horizonte ya estaba iluminado con un color dorado.

—Odio este día. Ahora no me voy a levantar. Quiero jugo de naranja. Tráeme jugo.

No sabía si estaba muy enfermo o simplemente malhumorado, pero en ambos casos llevarle un vaso de jugo parecía un acuerdo sensato.

Cassie fue a la planta baja y se alivió al ver que Marnie ya estaba arreglando la mesa para el desayuno, sacando una pila de platos y salvamanteles del aparador.

—Buen día. Te levantaste tempranito hoy —dijo saludando a Cassie.

—Marc quiere jugo de naranja. ¿Podría llevarle un vaso a su habitación? Se ha despertado de muy mal humor, al igual que Antoinette. Aún no me atrevo a ir al dormitorio de Ella.

Marnie pensó por un minuto.

—¿Sabes que hoy es 1º de noviembre?

Cassie se la quedó mirando desconcertada.

—Aquí en Francia es el día de todos los santos, pero también es el día en que Diane falleció. Ocurrió en esta fecha el año pasado. Probablemente sea por eso que ellos están tristes, porque recuerdan la pérdida de su madre. Al ser feriado, la fecha es fácil de recordar —se encogió de hombros con empatía—. Espera un minuto mientras traigo el jugo.

Cassie esperó ansiosa, deseando saber más acerca de lo que había ocurrido. Si le preguntaba a Marnie, ¿pensaría que estaba siendo grosera o atrevida? Le preocupaba que los modales franceses fueran diferentes. Quizás era inadmisible hacer una pregunta tan directa. Y definitivamente no quería que Marnie se distanciara de ella.

El ama de llaves volvió apresurada al comedor con una jarra de jugo rebosante. Colocó la jarra sobre un salvamanteles y le tendió un vaso a Cassie.

—Con suerte, esto hará que Marc se sienta mejor. Es un niño tan malhumorado —le dijo, y Cassie asintió.

Llenó tres cuartos del vaso. Era de un cristal ornamentado y pesado, y sentía las caras afiladas con los dedos. Hubiese preferido llevarle a Marc un simple vaso de plástico, pero esa no parecía ser una opción en esta casa.

—Me costará alegrar a Marc y a Antoinette hoy —dijo ella—. ¿Sabes si tienen planificada alguna actividad? Ayer me confundí mucho porque no sabía qué era lo que tenían programado.

Marnie se rio mientras colocaba los otros vasos.

—Sí, se corrió la voz. Todos sabemos lo que ocurrió, o podemos adivinarlo. Pierre me informará acerca de todas las actividades diarias y debo asegurarme de que tú estés al tanto. Solía dejar una nota en la puerta de su

habitación para la última niñera, pero ella no estuvo aquí por mucho tiempo.

Marnie se detuvo, controlándose como si hubiese estado a punto de decir algo y luego hubiese cambiado opinión.

Cassie estuvo a punto de preguntarle qué había ocurrido con ella, pero Marnie continuó como si hubiese retomado el hilo.

—En cualquier caso, al ser feriado, hoy no hay actividades.

Se volvió hacia la mesa alisando el mantel y colocando los cubiertos como una experta.

—Ah —dijo Cassie, alicaída al pensar en las horas siguientes, largas y vacías.

—Si quieres llevarlos a pasear, hay un festival en la ciudad —continuó Marnie—. Es a tres quilómetros por la carretera. Sales de la casa y doblas a la derecha, luego la primera a la derecha nuevamente y llegarás derecho a la plaza de la ciudad. Se celebra durante el mismo feriado cada año y es muy divertido. Como sea, quizás eso les levante el ánimo a los niños. ¿Por qué no le preguntas a Pierre si pueden ir?

—Esa es una buena idea. Gracias —le agradeció Cassie.

Había perdido la oportunidad de preguntar sobre la muerte de Diane y seguía sin saber nada. Tendría que averiguarlo en otro momento.

Marnie colocó las jarras de leche y de café sobre la mesa y levantó su bandeja.

—Los días feriados servimos tocino en el desayuno. ¿Por qué no le dices eso a Marc? A él le encanta el tocino.

Le guiñó el ojo a Cassie antes de desaparecer por una puerta lateral.

Cassie decidió utilizar el tocino como soborno. Tomó el vaso de jugo y cuando iba subiendo las escaleras, se encontró con Pierre que bajaba. Hoy estaba vestido de manera informal, con unos jeans, zapatos deportivos y una camisa cuello de cisne negra con un pequeño logo del diseñador.

—Buen día —murmuró ella.

En la fría luz del día, los recuerdos de la noche anterior parecían aún más vividos. Peor aún, en lugar de saludarla rápidamente como ella esperaba, Pierre se detuvo en la escalera, obligándola a hacer lo mismo.

—Buen día, Cassie.

—Le estoy llevando jugo a Marc. Me dijo que tenía sed —le explicó, pero se le retorció el estómago al darse cuenta de que Pierre ni siquiera se había fijado en el jugo.

En cambio, la estaba mirando a ella.

Cassie se mordió el labio, mientras él paseaba su mirada del cabello brilloso al rostro, contemplando la blusa ajustada y los jeans, que eran los más modernos que tenía. Era como si la estuviese viendo por primera vez. Su apariencia desaliñada y exhausta de los últimos dos días le había ofrecido un camuflaje que ahora había desaparecido.

—Te ves muy bien —la halagó, y ella le agradeció con amabilidad, tartamudeando, al tiempo que se avergonzaba por dentro.

Él avanzó hacia ella.

—¿Este es el color natural de tu cabello? —él estiró la mano, y Cassie se dio cuenta de que realmente lo iba tocar.

—Sí —susurró ella, y sintió que su boca se secaba de pronto.

Estaba atrapada, no podía retroceder porque el pasamano estaba justo detrás de ella. Entonces, y para su alivio, escuchó el sonido de los tacos en el descansillo y Pierre retiró su mano.

—¿Qué planeas hacer con los niños hoy? —le pregunto él en un tono más formal.

—Marnie me dijo que hay un festival en la ciudad. ¿Podría llevarlos allí?

—Claro que sí. Es un poco lejos, deberías ir en automóvil. Te mostraré en dónde están las llaves del Peugeot y necesitarás algo de dinero.

Sacó una billetera del bolsillo trasero y le dio un billete de cincuenta euros.

Cassie colocó el dinero en su bolsillo y luego dio un paso al costado para permitir que pasara Margot. Elegante como siempre, en un mono color crema y botas de cuero marrones, tenía una bufanda a cuadros envolviéndole el cuello. Inclinó la cabeza saludando a Cassie, quien notó que estaba más pálida de lo normal.

—Buen día —la saludó Cassie.

Margot hizo un esfuerzo para hablar pero, ante el asombro de Cassie, no pudo pronunciar una palabra. Todo lo que salió de su boca fue un susurro ronco y áspero.

Cassie se obligó a pensar dos jugadas por adelantado, como si estuviese jugando al ajedrez. Ella sabía lo que le había ocurrido a Margot. Pero si no lo hubiese sabido, lo más normal y cortés sería preguntarle.

—¿Te sientes bien? —le dijo, asegurándose de sonar sorprendida y preocupada la vez.

—Un toque de laringitis —explicó Pierre.

Cassie asintió.

—Eso es muy incómodo, Margot, debes tener mucho dolor de garganta. Quizás Marnie pueda traerte limón y miel. Marc tampoco se siente bien hoy. Quizás esté por caer enfermo también, y si es así no lo llevaré al festival —agregó rápidamente.

Sin decir una palabra, Margot continuó bajando las escaleras y Cassie siguió su camino con el jugo. Cuando entró en el dormitorio de Marc, pensó en lo inquietante que era el comportamiento sumiso de Margot. Hasta ahora, la rubia había sido petulante, autoritaria y dominante. Hoy parecía aplastada mental y físicamente.

Le habrían lastimado la garganta de forma muy agresiva para tener marcas visibles y una pérdida total de la voz. Cassie se preguntó si ella sabía que eso sería parte del arreglo cuando conoció a Pierre, o si se había enterado la primera vez que las manos de él le rodearon la garganta. De ser así, ella había elegido vivir con eso.

Quizás era amor verdadero, aunque Cassie pensó con cinismo que era más probable que fuera el dinero, el prestigio, el enorme *chateau* y el anillo de diamantes lo que le permitían soportarlo.

Zane no tenía siquiera un metro cuadrado de terreno, su única propiedad había sido un Ford destartalado. Cassie lo había amado por su encanto y carisma, y se dio cuenta demasiado tarde de que esas eran las mismas cualidades inestables que su padre había tenido y que eran igual de propensas a revertirse instantáneamente.

La primera vez que Zane la había lastimado, ella supo que tenía que terminarlo.

Mientras entraba en la habitación de Marc se preguntó, en un aterrador instante de introspección, si le hubiese dado una segunda oportunidad a Zane si fuera tan poderoso y rico como Pierre.

*

A las diez y media, Cassie daba marcha atrás cuidadosamente para sacar el Peugeot SUV del garaje. Antoinette y Marc estaban aún inmersos en un silencio sombrío. Ella era la única alegre del grupo, pero Cassie recordó que ella no sabía que su madre había muerto, solamente que se había "ido".

Supuso que Ella no se había dado cuenta de la importancia de ese día, debía haber sido muy pequeña para asociarlo. Necesitaba preguntarle a Marnie sobre esto, en cuanto se sintiera más segura de la relación que tenían.

El ánimo de Cassie se elevó al manejar por las calles pintorescas inundadas por el sol de la mañana, siguiendo a una fila de autos que se dirigían al mismo lugar. Las calles angostas estaban abarrotadas de vehículos mal estacionados, que apenas dejaban un espacio para que el próximo entrara apretado. Cassie estacionó lo mejor que pudo, enterrando el capó del auto en un seto. En cuanto abrió la puerta, escuchó música y el alegre sonido de la banda en vivo pareció llenar de alegría a todos.

—Esto es divertido —dijo Antoinette, tomando a Marc de la mano y brincando calle abajo.

Cassie y Ella los seguían a un ritmo más tranquilo.

—Tenemos que permanecer juntos —gritó, al tiempo que los dos niños irrumpían en la plaza verde flanqueada por coloridos banderines y puestos. Y entonces, pensando más prácticamente, les dijo— Vayamos por unos panqueques.

Las crepes de chocolate fueron un éxito. Después de ese puesto, los niños visitaron el de pintar caritas, antes de dirigirse a un teatro al aire libre para ver un espectáculo de marionetas. Parados en la primera fila, los tres se reían a carcajadas de las gracias de las marionetas. Cassie sonrío encantada y aliviada de que el día estuviera saliendo tan bien. Sentía como si se hubiera sacado un gran peso de encima.

Aunque había unas trescientas o cuatrocientas personas atestando la plaza

y disfrutando del clima fresco y soleado, Cassie observó que ninguno de los tres niños Dubois parecía tener muchos amigos. No buscaban la compañía de otros niños, ni tampoco interactuaban con ellos.

Por el contrario, Cassie saludaba a todos los que pasaban, preguntándose quiénes eran lugareños y quiénes vecinos, y si volvería a ver al anciano que había conocido el día anterior en el vivero, quien le había dicho que sabía los secretos de la familia Dubois.

Cuando vio a una joven pelirroja guiando a unos gemelos, sonrió ampliamente al reconocer que se trataba de una niñera. Como era de esperar, la mujer se acercó a saludar.

—Soy Sarah, de Londres —dijo—. Estos chiquillos pertenecen a la familia Villiers, dueños de un viñedo a pocos kilómetros al norte de aquí.

—Encantada de conocerte. Soy Cassie y llegué hace apenas dos días, por lo que aún me estoy acomodando.

—Yo hace casi un año que estoy aquí. De hecho, me tomo las vacaciones anuales la semana que viene. ¿Lo has disfrutado hasta ahora? Supongo que es muy pronto para saberlo. Pero estoy segura de que lo disfrutarás.

Ella sonrió.

—Creo que me las arreglaré —dijo Cassie con cautela—. Aunque será un desafío.

Echó un vistazo a su alrededor buscando a Antoinette, que aún estaba fascinada con el espectáculo de marionetas, y sujetaba a Marc y Ella en cada mano.

—¿Para qué familia trabajas? —preguntó Sara con curiosidad, siguiendo su mirada.

—Para la familia Dubois. Viven en un *chateau* a tres quilómetros. No estoy segura en qué dirección —confesó Cassie, desorientada por el paseo entre los puestos.

Sarah frunció el ceño.

—¿Trabajas para ellos?

—¿Por qué? ¿Los conoces?

Sarah no respondió enseguida. En cambio, se volvió hacia los gemelos.

—Pierre, Nicolas, ¿quieren jugar al premio sorpresa? Es en aquel puesto. Vayan a la fila, yo los alcanzaré en un segundo.

Los niños se alejaron corriendo, y Sarah se volvió hacia Cassie.

—Debes tener mucho cuidado —le advirtió.

Cassie sintió náuseas y deseó no haber comido la pesada crepe de chocolate.

—Eres la segunda persona que me lo dice. Sé que la familia tiene muchos problemas. Pero no sé por qué todos me dicen que tenga cuidado. ¿Qué es exactamente lo que me están advirtiendo? ¿Tú lo sabes?

Sarah miró a su alrededor y se inclinó hacia Cassie, quien se esforzó para escucharla entre el murmullo de voces y la música.

—Pierre, el dueño del *chateau*, tiene muy mala reputación.

—¿Por qué motivo?

—Infidelidad. Es sabido que nunca le fue fiel a su esposa, ni tampoco a su nueva prometida. Es un hacendado rico y poderoso, y muchas mujeres están atraídas hacia él. Y lo que él quiere, lo tiene.

Cassie tragó, pensando en cómo había abierto la puerta de su dormitorio y prendido la luz. La presencia de Pierre en su espacio privado; la forma en que de pronto había centrado su atención en ella esta mañana, cuando la vio más arreglada.

—Entiendo —dijo ella en voz baja.

—Hay rumores que dicen que tiene gustos poco comunes en la cama. Cosas morbosas. Dicen que algunas de las mujeres con las que tuvo una aventura pusieron fin a la relación por ese motivo. Pero ¿quién sabe la verdadera historia o si sus versiones son verdaderas? Al fin de cuentas, si un hombre rico te deja, le vas a decir a todos que fue tu idea, no la de él. ¿No?

Cassie asintió. No hubiese creído lo que Sarah decía si no hubiese visto la prueba la noche anterior, frente a sus propios ojos. Sabía que los rumores no eran sólo habladurías o mentiras dañinas, pero no podía arriesgarse a compartir lo que ella sabía.

—Gracias por la información —dijo ella—. Seré más cuidadosa. ¿Quién te lo dijo? y ¿hay alguna otra cosa que debería saber sobre la familia?

Sarah frunció los labios considerando las palabras de Cassie.

—Mi jefa habló de eso durante un almuerzo con sus amigas, y yo escuché la conversación por algunos minutos —le guiñó el ojo a Cassie, como si le estuviese confesando que había escuchado a escondidas.

—Creo que siguieron hablando de otros problemas de la familia, la discusión se puso bastante acalorada —continuó—. Pero solamente escuché fragmentos y, por supuesto, no podía preguntar nada después, ya que no me lo habían dicho a mí directamente.

—No, eso definitivamente te hubiese metido en problemas —dijo Cassie.

Sarah levantó la vista.

—Los niños ya están primeros en la fila. Debo irme, hay premios que ganar. Buena suerte en tu asignación.

Le dio un apretón de manos a Cassie y corrió hacia el puesto de premios sorpresa.

El espectáculo de marionetas había finalizado y los niños se estaban dispersando.

—¿Qué quieres hacer ahora? —le preguntó Cassie a Antoinette, quien se encogió de hombros.

—Mirar el resto de los puestos, supongo —dijo ella.

Caminando por el sendero, Cassie comenzó a preocuparse cada vez más por lo que había escuchado y la forma en que Sarah había descrito a Pierre. *“Lo que él quiere, lo tiene.”*

Ella ya había sentido una cierta licencia de su parte, una desconsideración o incluso una total falta de reconocimiento de los límites personales. ¿Qué

haría si él intentaba propasarse con ella? Estaba segura de que él negaría haberlo hecho, y ¿quién creería su versión en vez de la de él?

Los niños parecían notar su distracción, y su humor cambió. En el tiempo que les llevó caminar del espectáculo de marionetas a los puestos más cercanos, de repente se vio lidiando con tres monstruos hoscos y poco cooperativos, totalmente distintos al trío feliz que había llegado al puesto de crepes.

—Estoy aburrido —dijo Marc, pavoneándose hacia el puesto de premios sorpresa y columpiándose en la cuerda de contención. Cassie lo apartó, al ver que la estructura se tambaleaba y los premios caían repiqueteando de los estantes.

—¡Marc, no hagas eso! Debes respetar la propiedad ajena —lo reprendió Cassie, dándose cuenta de que había sonado como Margot.

—Necesito hacer algo divertido —se quejó Marc, mientras pateaba las piedras del sendero de gravilla y le daba en el rostro a una niña que pasaba.

Cassie examinó la zona en busca de inspiración, y vio que había empezado un partido de fútbol en el centro de la zona verde.

—¿Quién quiere jugar? —preguntó.

Antoinette se encogió de hombros, pero Marc salió disparado en dirección al juego.

Mientras ellos lo seguían, Ella empezó a quejarse de que le dolían los pies y le tironeaba la mano a Cassie pidiéndole que la cargara. Y del otro lado tenía a Antoinette, que había empezado a fastidiarla ruidosamente con preguntas.

—Dime, Cassie, ¿tu papá tenía muchas novias?

¿Qué se suponía que tenía que contestar? Luego de su reciente conversación con Sarah, podía adivinar por qué Antoinette le estaba planteando el tema, pero, por su tono de voz, era evidente que Antoinette no buscaba consuelo, sino provocar a Cassie.

—Tuvo una o dos —respondió de modo cortante.

—Quise decir, mientras estaba casado con tu madre —explicó Antoinette en un tono penetrante y empalagoso—. ¿Tenía novias en ese momento?

—No, que yo supiera —respondió Cassie, forzando una sonrisa.

Sentía que se encogía de miedo por dentro. ¿Cómo era posible que se hubiera convertido en el blanco del veneno de Antoinette otra vez? Había esperado que, luego de su conversación la noche anterior, Antoinette abandonara su venganza, pero claramente solo había sido una tregua temporal.

—¿Pero qué pasa si no lo sabías, Cassie? ¿Crees que podrías no haberlo sabido? —Antoinette le sonrió dulcemente.

Cassie apretó los labios e ignoró la pregunta, concentrándose en el partido. Marc irrumpió en la cancha e ignoró el silbato del árbitro, y los esfuerzos del organizador para asignarle un equipo. Corría velozmente por el pasto, empujaba a los otros niños fuera de su camino, y gritaba victoriosamente cada vez que pateaba la pelota.

—Me duelen los pies —gritó Ella.

Cassie apretó los dientes y levantó a Ella. Estaba imposible de cargar, se retorcía inquieta mientras intentaba ver la fiesta desde su nuevo y más elevado punto de observación. Después de solo un minuto, Cassie tuvo que volver a bajarla.

El partido de fútbol se había vuelto un caos. Una madre furiosa se apresuró hacia la cancha a levantar a su hija, que había sido tumbada en la multitud, y comenzó a recriminarles a los organizadores.

—¡Marc! ¡Ven aquí! —gritó Cassie, pero, como era de esperar, el niño de cabello oscuro la ignoró.

—¿Crees que tu papá extrañaba a tu madre, Cassie? —Antoinette le dio un codazo en el brazo, intentando llamar su atención ruidosamente— ¿O crees que estaba encantado de poder disfrutar de sus novias sin ella allí?

Cassie escuchó una exclamación de sorpresa de la mujer que estaba a su lado, quien rápidamente se alejó con sus hijos. Miró a Antoinette y sintió que su miedo se materializaba en furia, porque ¿de qué diablos se trataba todo esto? Abrió la boca, lista para darle una respuesta cortante, pero en ese momento alguien le dio una palmadita en el hombro.

Se volteó y vio a un árbitro furioso, que tenía a Marc agarrado del brazo.

—Señora, ¿usted está a cargo de este niño?

—Sí.

Consciente de las miradas curiosas de los espectadores, Cassie sintió que sus mejillas se enrojecían.

—Por favor, contrólelo. No tiene permitido volver a la cancha. Ha estado perturbando el juego y causando lesiones.

El árbitro le soltó el brazo a Marc, y el niño de cabello oscuro corrió otra vez hacia la cancha. Cassie esperaba esto, y estaba preparada. Logró tomarlo de la capucha de su chaqueta y arrastrarlo hacia ella.

—Esa no es manera de comportarse —lo reprendió, observando el rostro rebelde de Marc y la inocencia engreída de Antoinette.

—¡Suéltame! —Marc intentaba librarse de Cassie.

Antoinette la tiró del brazo y le preguntó con voz penetrante.

—¿Qué quieres decir, Cassie? ¿Te refieres a tener novias? ¿Los hombres no pueden tener novias? ¿Por qué crees que está mal? ¿Me lo puedes explicar?

Cassie se volteó hacia ella e intentó pensar en una respuesta mesurada, aunque sus palabras le provocaban atacarla, pero entonces Ella la hizo perder el equilibrio. La pequeña niña se había colgado del cinturón de Cassie con las dos manos, y apoyaba todo su peso sobre él, por lo que el cuero se le enterró dolorosamente en las lumbares.

—Necesito que me levanten. Cárgame ahora —lloriqueó.

Antoinette empezó a reírse nerviosamente y a señalar a Cassie.

—¡Te vas a caer! O se te caerán los pantalones. Ah, ¡te ves tan graciosa!

Los gritos de Marc se hicieron cada vez más fuertes, y comenzó a golpear

el brazo de Cassie con los puños.

—¡Suéltame! Quiero jugar al fútbol con los otros niños. No me importan las reglas. ¡Te odio!

Cuando se detuvo para tomar aire, Antoinette repitió su pregunta punzante.

—No me has respondido, Cassie. ¿No sabes que es de muy mala educación ignorar las preguntas de la gente? ¿Por qué los hombres no pueden tener novias? ¿Y tu papá se divertía con ellas?

La provocación incesante finalmente hizo que Cassie perdiera la paciencia. Su cinturón se estaba por romper, le dolía el brazo por los moretones, y las palabras burlonas y el tono meloso de Antoinette le daban ganas de abofetearla.

Pero en su lugar, comenzó a gritar tan alto que hasta Marc se calló.

—¡Deténganse ahora! ¡Todos! —Chilló— ¡No pueden comportarse de esta forma en un lugar público! Hay reglas para el comportamiento decente.

Cassie era consciente de las cabezas que se volteaban para observarla, pero estaba tan enojada que no podía detenerse.

—Conocen las reglas y no las están cumpliendo a propósito. No es justo para mí, ni para los otros niños, ni para todas las personas que están aquí intentando disfrutar el día. Sé que hoy hace un año de la muerte de vuestra madre, pero eso no es una excusa para hacer esto. Es completamente inadmisible.

Cassie respiró con dificultad, tenía la garganta áspera de gritar. Al fin Marc parecía castigado, pero Antoinette sonreía aún más engreída que antes al examinar la multitud. Cassie asimiló las miradas y comentarios sorprendidos de los espectadores, y entonces se dio cuenta, demasiado tarde, lo hiriente de lo que había dicho.

Luego, escuchó un sollozo detrás de ella.

Ella la estaba mirando con los ojos enormes.

—¿Mi madre murió? —Preguntó con voz temblorosa— ¿Eso significa que nunca más volverá?

Petrificada, Cassie volvió su mirada hacia ella, sin poder decir una palabra.

Ella tomó un respiro y soltó un alarido estridente de dolor.

Al abrazar a la perturbada niña, Cassie se dio cuenta del terrible error que había cometido. En su enojo, le había contado a Ella una verdad distinta a la que su propio padre le había dicho. Y lo había hecho sin consultarle a Pierre, sin averiguar la verdadera versión de los hechos o siquiera preguntar por qué Ella no lo sabía.

Pierre estaría absolutamente furioso.

Con frío y sin esperanzas, Cassie quiso retroceder el tiempo y borrar sus palabras. Se había extralimitado completamente con ese arrebato cruel y encolerizado. Cuando Pierre se enterara, apenas llegaran a casa, no tenía dudas de que la despediría inmediatamente.

CAPÍTULO ONCE

Cuando retornaban al *chateau*, Cassie se tuvo que obligar a concentrarse en la carretera. Los fragmentos de sus pensamientos giraban en cien direcciones diferentes. No podía dejar de reproducir la escena en su mente. Lo fácil que había sido gritarles esas palabras despiadadas a los niños, mientras hervía de furia en su interior. Lo sorprendidos que estaban los espectadores, haciéndole señas como si ella fuera la malvada.

Su desaprobación no sería nada en comparación con lo que podía esperar cuando llegaran a casa.

Ella estaba acurrucada en silencio en el asiento trasero, chupándose el dedo. Cassie curioseó por el espejo retrovisor y la observó con preocupación.

—Cassie, detente, nos vamos a estrellar —chilló Antoinette, sin su frialdad habitual por el sobresalto.

Cassie volvió su atención hacia la carretera, dando un pisotón a los frenos para evitar estrellarse contra el Renault delante de ella, que se había detenido para permitir que cruzara una manada de ganado.

Marc se rio con entusiasmo del chirrido de los frenos.

—Iiiii…¡Bum! —gritó—. Choque, choque, choque.

Se entretuvo el resto del camino a casa acompañando el viaje con sus gritos.

—¡Rum, rum! Más rápido. Iiii….¡Detente! ¡Bum!

Para cuando llegaron al *chateau*, la cabeza de Cassie estaba a punto de estallar y se sentía desesperanzada. Era un fracaso. Carecía completamente de la paciencia y sabiduría necesaria para controlar a esos niños. Este trabajo superaba sus capacidades.

Lo único que la consolaba era tener en su billetera el cambio de los cincuenta euros que Pierre le había dado. No había gastado mucho en el festival, por lo que la mayoría del dinero estaba ahí. Era todo el dinero que tenía, y si la despedían de inmediato lo iba a necesitar. Al menos sería suficiente para tomarse un taxi hasta el aeropuerto.

En cuanto estacionó el automóvil, Antoinette y Marc se bajaron y salieron corriendo.

Sola con Ella, Cassie se dio cuenta de que esta era su oportunidad de hablar con la pequeña niña y con suerte alivianar la situación, antes de enfrentarse a la ira de Pierre. Ordenó sus pensamientos y se volvió hacia Ella, que se bajó dando un portazo.

Cassie maldijo para sus adentros. Se apresuró a seguir a los niños, con la tensión retorciéndole las entrañas.

Antoinette y Marc se habían desviado hacia el huerto y jugaban a la mancha entre los árboles frutales, arrojándose los pocos duraznos pasados que quedaban. Cassie fue a juntarlos, sintiendo el aroma vigorizante de las hojas secas, acentuado con un toque de frutas podridas.

—Se van para adentro —les ordenó cansinamente, y ellos abandonaron el juego y corretearon hacia la puerta del frente.

Pierre abrió la puerta y a ella se le contrajo el estómago. Sintió nauseas y ganas de vomitar, pero se contuvo.

—Por favor, niños, quítense los zapatos en la puerta. Estuvieron jugando en el huerto y no quiero fruta pisoteada aquí adentro —les advirtió.

—Entonces ¿se divirtieron? —preguntó, mientras Antoinette se quitaba cuidadosamente las botas.

Cassie se miró los zapatos, preguntándose si tendría la fuerza para soportar la tormenta que se aproximaba.

—Sí, papá —dijo Antoinette con voz dulce—. Comimos crepes de chocolate, ¿y viste nuestros rostros? Yo soy una princesa y Marc es un gato. Ella era una sirena, pero se refregó la pintura.

Cassie levantó la cabeza, incrédula por lo que estaba escuchando.

—¡Yo jugué al fútbol y gané! —gritó Marc.

Lanzó sus zapatos al pasillo y corrió hacia arriba, caminando pesadamente con los pies descalzos por el lustroso piso de madera.

Cassie se apresuró a forzar una sonrisa, al darse cuenta de que Pierre la estaba mirando y de que tenía la boca abierta por la sorpresa. ¿Por qué no habían dicho nada? Quizás esperarían hasta poder hablar con su padre en privado. Pero ambos parecían felices de verdad, y no como si estuviesen ocultando algo. No era posible que ya se hubiesen olvidado cómo les había gritado.

Ella entró última, arrastrándose, y se quitó las zapatillas color rosa.

Cassie aguardaba con ansiedad. Antoinette y Marc podían haber disfrutado del día, pero para Ella había terminado en desastre. Debía haber estado aguantándose sus tristes palabras desde que Cassie había arrojado la bomba, y ahora, seguramente, prorrumpirían.

—¿Te gustó el festival, Ella? —le preguntó Pierre distraídamente, enderezando el marco de la colorida pintura al óleo que estaba colgada encima de la mesa del vestíbulo.

Cassie se preguntó cómo podía notar que la pintura estaba unos grados descentrada, y no cómo las lágrimas habían borrado los hipocampos azules que habían pintado en la mejillas de Ella, y los habían convertido en manchas irreconocibles.

Ella apenas asintió y se arrastró hacia arriba en silencio.

Pierre ni siquiera la miró.

—Exhausta, seguramente —dijo, y retrocedió para examinar la pintura.

—Tuvo una mañana ocupada —coincidió Cassie, y sintió que la conversación rozaba lo irreal.

El nudo que tenía en el estómago se había soltado muy ligeramente. Aunque estaba más confundida que nunca, ya no sentía que iba a vomitar en cualquier momento.

Pierre se volvió hacia Cassie.

—Hay una bandeja de sándwiches en el comedor para el almuerzo, y la cena se servirá temprano en la noche. Será una comida sencilla, solamente pan, queso y sopa, ya que la mayoría del personal tiene la tarde libre.

—Me aseguraré de que los niños estén listos en hora —dijo Cassie—. Y de que Ella duerma una siesta esta tarde.

Ella también necesitaba una siesta. De repente se había sumido en un cansancio profundo, que el estrés emocional de ese día debía haber causado.

—Bien —dijo Pierre distraído, su atención ya estaba en otro lado.

Salió de la casa, tintineando las llaves del automóvil con la mano.

Cassie subió las escaleras lentamente, y le obligó a su mente perezosa a pensar en lo que le había dicho a los niños. Podía ser cierto que Antoinette y Marc hubiesen olvidado el arrebato, y, de ser así, sería mejor no volver a mencionarlo. Pero no podía contar con que ese fuera el caso. Aunque Marc tenía el mismo periodo de atención que una mariposa y parecía no ser rencoroso, Antoinette era lo opuesto. Era más probable que hubiese guardado el suceso en su memoria, y estuviese esperando el momento oportuno para revelarlo de manera triunfal.

Cuando Cassie entró en su dormitorio y vio el frasco de pastillas en su mesa de luz, se dio cuenta, sobresaltada, que su cansancio, las nauseas y el desconcierto no era solamente a causa del estrés. Se había olvidado de tomar la medicación la noche anterior, y ahora comenzaba a sentir los efectos que ella asociaba con la falta de una dosis.

Abrió el frasco y se puso una pastilla en la boca, antes de darse cuenta de que no tenía agua en el vaso de su mesa de luz. Tomó el vaso y fue al baño, pero cuando llegó al corredor escuchó que alguien la llamaba.

—¿Cassie?

Se volteó y vio a Marnie con un trozo de papel.

El ama de llaves no llevaba el uniforme gris habitual, sino unos pantalones negros y una chaqueta roja de lana gruesa. Estaba maquillada y llevaba el cabello suelto, lo que la hacía parecer más joven y linda que cuando estaba trabajando.

Cassie se preguntó vagamente si le traía instrucciones de Pierre, y luego recordó que acababa de hablar con él y no le había mencionado nada, excepto que la cena estaría lista temprano.

—Esperaba encontrarte antes de irme. Pasaré la noche en París —dijo Marnie.

Cassie asintió. La pastilla se le estaba disolviendo en la lengua y tenía un sabor repugnante, que hizo que volviera a sentir nauseas.

Levantó una mano, se dio vuelta y corrió hacia el baño. Echó agua en el vaso y se tragó la pastilla, luego tomó un poco más para quitarse el gusto de la boca.

—Disculpa —le dijo a Marnie, que la había seguido y la estaba esperando afuera del baño, con una expresión preocupada—. Tenía una pastilla en la boca.

—Ah —asintió Marnie con alivio— Estaba preocupada de que hubieras comido algo en mal estado en el festival. Estás muy pálida.

—Me duele la cabeza —dijo Cassie.

No quería explicarle que tomaba medicación para la ansiedad. En todo caso, no era mentira, sentía que le martillaba la cabeza.

—Espero que te mejores pronto. Disculpa que te moleste ahora, pero hay algo que quiero decirte en privado.

Dijo las últimas palabras en voz baja.

—¿Qué?

Cassie sintió que se le caía el alma a los pies. ¿Qué más podía salir mal hoy?

—Mientras no estabas, alguien llamó al teléfono del *chateau*. Era un joven que quería hablar contigo.

—¿Conmigo? —Cassie frunció el ceño— ¿Sabes por qué?

Su hipótesis más probable era que se trataba de alguien del festival, que había reconocido a los niños y la llamaba para regañarla por la forma en que les había gritado en público.

—Dijo que era tu novio, Zane.

Marnie le entregó el papel.

—¿Zane? —La voz de Cassie era aguda por la incredulidad— No es mi novio, es mi ex. Nunca le di el número, ni siquiera yo lo sé. La agencia no se lo daría a cualquiera, ¿o sí? No me imagino cómo averiguó que yo estaba aquí.

Marnie se encogió de hombros con empatía.

—Me alegro de haber contestado yo —dijo—. A Pierre no le gusta que el personal reciba llamadas privadas al teléfono de la casa. Le dije a Zane que lo llamarías cuando estuvieses en la ciudad. Sería mejor que le pidieras que no vuelva a llamar a aquí. Aquí tienes su número y el mensaje que te dejó.

—¿Qué mensaje?

Miró el papel. Con la letra de Marnie, prolija e inclinada hacia adelante, decía: “Cassie, por favor, vuelve a casa”.

*

Esa noche, Cassie no podía dejar de pensar en el mensaje de Zane. ¿Cómo diablos había averiguado que estaba allí? Necesitaba llamarlo urgentemente. Ahora que sabía el número, era seguro que intentaría ubicarla nuevamente, y la próxima vez no tendría tanta suerte.

Pierre y Margot no bajaron a cenar. Con Marc en su propio mundo, Ella aún sin hablarle y Antoinette leyendo un libro en la mesa, la cena estuvo tranquila, pero Cassie se esforzó para parecer de buen humor.

—Esta sopa está deliciosa, ¿no creen? —le preguntó al trío silencioso.

Era fácil elogiar la comida aquí, pues era estupenda. La sopa de carne y vegetales era abundante y sabrosa, pero su falta de apetito no le permitía

disfrutar de la comida.

No era de extrañar que no sintiera apetito cuando estaba estresada al máximo. Parecía que todas las decisiones conscientes que había tomado en esta casa habían terminado en un desastre, y ahora las decisiones de otras personas, las que no podía controlar, iban por el mismo camino.

Sabía que Antoinette estaría atenta a cualquier signo de vulnerabilidad, y por esta razón Cassie se obligó a tomar un bol entero de sopa y a comer un trozo de baguette. Les sirvió a los niños una porción generosa, y aunque Antoinette y Marc limpiaron sus platos, Ella apenas tocó el suyo.

—¿Estás enferma, Ella? —le preguntó Antoinette dulcemente, y miró a Cassie de costado dándole a entender que sabía exactamente por qué Ella no comía.

Ella sacudió la cabeza, sin decir una palabra.

—Ha sido un día largo —dijo Cassie—. Estoy segura de que se sentirá mejor después de dormir bien. Todo parece mejor por las mañanas.

Le sonrió a Antoinette, y sintió que le dolía el rostro por el esfuerzo.

—Ah, no estoy tan segura de eso—contestó Antoinette—. A veces las cosas pueden estar aún peor en la mañana.

Cassie tuvo que utilizar todo su autocontrol para evitar gritarle furiosamente a la niña de cabello oscuro. Antoinette sabía exactamente cómo provocarla. Con un gran esfuerzo, mantuvo su sonrisa pegada.

—Si todos terminaron, nos vamos para arriba —dijo tranquilamente—. Es hora de irse a la cama. Y Ella, aún no te has bañado.

Antoinette parecía desilusionada al ver que Cassie no había mordido el anzuelo, y Cassie sintió una aureola de satisfacción.

Le preparó a Ella un baño de espuma para intentar animarla, pero la pequeña niña ni siquiera la miraba mientras ella la ayudaba a bañarse. Miraba hacia abajo a la capa de burbujas, y Cassie podía adivinar la confusión en su cabeza.

—Lo siento mucho, Ella —dijo suavemente—. Lo que dije te molestó y me siento muy mal por ello. Fue una forma terrible de descubrir lo que ocurrió con tu madre. Debes sentirte muy triste. ¿Quieres que te lea una historia en la cama para alegrarte un poco?

Ella sacudió la cabeza firmemente.

Cassie la llevó a la cama, apagó la luz y cerró la puerta. Deseaba poder hacer algo más por ella. Esta pobre e inocente niña ya había sido dañada por su tóxica familia, y ahora Cassie le había agregado una carga. Estaba segura de que Ella no volvería a confiar en ella. ¿Por qué lo haría? Pensaba que Cassie era su amiga y estaba de su lado, y ella la había traicionado de la manera más cruel.

Cassie volvió a su dormitorio y se alarmó al ver que no había guardado las pastillas. Las había dejado sobre la mesa de luz, en donde cualquiera las podría ver.

Se aterrorizó al mirar adentro del frasco.

No estaba lleno. Faltaban al menos cuatro pastillas. Eso correspondía a cuatro días, y había empezado un nuevo frasco justo antes de irse de Estados Unidos. Debía haber tomado la pastilla la noche anterior y se había olvidado completamente de ello. De ser así, ¿por qué había pensado que se había saltado una dosis? ¿Los síntomas habían sido causados por el estrés demencial que había sufrido?

Pensó en eso, pero realmente no pudo recordar si había tomado o no la pastilla la noche anterior, y se sentía más confundida de solo intentarlo. La brecha en su mente la asustaba, pero se convenció de que era a causa del estrés.

Guardó la medicación en el cajón y se acostó.

Le resultaba imposible dormirse. Tenía la mente acelerada. Le preocupaba lo que podría hacer Zane, cuándo la volvería a llamar y cómo diablos podía ir a la ciudad para controlar la situación a tiempo.

También le preocupaba Pierre. No había podido armar un sistema de alerta para la puerta de su dormitorio. Si finalmente lograba dormirse de puro cansancio, no sabría si él había entrado otra vez a su dormitorio.

Cassie se sentó en la cama, con la respiración acelerada e intentado controlar el pánico que sentía.

Todo esto era demasiado para ella. Le habían asignado una familia destrozada que tenía grandes conflictos. Estos niños necesitaban una figura materna con experiencia, y ayuda profesional. En cambio, la tenían solamente a ella. Y ella cargaba con su propio equipaje. Había logrado sobrevivir a su niñez tóxica con la ayuda de su hermana mayor, pero no había salido ilesa. No era lo suficientemente fuerte o capaz para manejar esta situación.

Tenía que renunciar.

En cuanto lo pensó, sintió un gran alivio.

No podía seguir soportándolo. Era la persona equivocada para el trabajo, la estaba dañando emocionalmente, y en el proceso, les causaba aún más daño a los niños.

La llamada de Zane era un recordatorio oportuno de lo que necesitaba hacer.

Después de todo, había decidido empezar de nuevo para escapar de la relación violenta que tenían. Si su trabajo actual demostraba ser igual de violento, no debía dudar en tomar la misma decisión.

La única pregunta era cómo se iba a ir, pero mañana podría pensar en eso.

*

En las primeras horas, la mañana estaba oscura y ventosa, y parecía como si el día fuese a estar nublado. La brisa repiqueteaba en su ventana, y Cassie decidió que salir a correr era mejor que caminar para entrar en calor.

Se vistió rápidamente, con su equipo para correr y una chaqueta deportiva, se puso los audífonos y enganchó el teléfono en su cinturón. Bajó

las escaleras sin hacer ruido y salió, encantada de ser la primera persona levantada.

Tomó un camino que se metía entre los árboles, y trotó a paso lento mientras pensaba en lo que iba a decir.

Seguramente podía utilizar la llamada de Zane como excusa. Había habido una emergencia familiar. Por favor, vuelve a casa. El único problema era que no quería decirle a Pierre que había llamado al *chateau*.

En lugar de ello, debía ser honesta y directa, explicar que el trabajo estaba resultando ser demasiado para ella. Que no se había dado cuenta de que le causaría tanto estrés emocional, y que si no podía cuidarse a sí misma, no podía cuidar a los niños.

Se aterrorizaba de solo pensar en hacer esa confesión. Era previsible que Pierre se pusiera furioso. O aún peor, que intentara convencerla para que se quedara.

Claro que siempre había una tercera opción, que era simplemente marcharse. Hacer las maletas e irse, quizás dejar una nota que explicara por qué renunciaba. Ir por la carretera hasta el vivero, pedirle al amable anciano para hacer una llamada telefónica y pedir un taxi para ir al aeropuerto.

De ahí en adelante, sería cuestión de suerte. Tendría que esperar que no fuera muy costoso cambiar su vuelo, y que una de sus amigas le pudiera prestar el dinero. De vuelta en Estados Unidos, tendría que ir a un lugar diferente para que Zane no la volviera a encontrar. Siempre había querido pasar tiempo en Florida o Nueva Orleans. Incluso en invierno podría haber restaurantes que necesitaran personal.

Decidida, comenzó a correr con un nuevo propósito. Su ruta la llevó a un sendero en círculos que terminaba rodeando los viñedos. Estos parecían estar funcionando, con vides bien cuidadas, y ya había un camión saliendo lentamente de un almacén de piedra al otro lado. El aire era fresco y frío, y sintió un vestigio de madera quemada que venía de la chimenea del almacén.

Cassie se dio cuenta de que hacía una hora que había salido. Tenía que regresar para que todos llegaran puntuales al desayuno. Llegó a la cima de la colina y encontró un sendero que la llevó directamente hasta el *chateau*. Sin aliento, pero en paz con su decisión, entró a la casa.

La puerta de su dormitorio estaba entreabierta, y lo primero que pensó fue que una de las criadas estaba limpiando allí dentro, porque ella había dejado la puerta cerrada. Luego, se preocupó al pensar que Pierre o Margot podrían haber entrado a buscarla, y entró con más cautela. No podía permitir que sospecharan que algo malo pasaba. Tenía que actuar completamente normal hasta que encontrara el momento justo para marcharse.

Cassie empujó la puerta.

Se quedó parada, paralizada ante la sorpresa, al ver la destrucción que había adentro.

Alguien había destrozado su dormitorio mientras ella no estaba.

Habían tirado la ropa de los estantes y la habían desparramado en el suelo.

Habían volcado su maleta en el medio de la habitación. Inhaló bruscamente, horrorizada al ver que habían vaciado el frasco de pastillas y las habían pisoteado sobre las baldosas.

Cassie fue eligiendo por dónde caminar. Se sentía inmersa en su peor pesadilla y deseó que fuese solo un mal sueño. No podía creer que alguien violara su espacio privado de esta manera. Nunca hubiese pensado que la odiaran tanto.

Habían arrojado su billetera sobre la cama y habían desparramado sus tarjetas entre las sábanas. Se habían llevado el dinero.

Cuando asimilaba este golpe, se dio cuenta de algo aún peor.

Había guardado el pasaporte en el bolsillo con cierre de su bolso, y ese bolsillo estaba abierto.

Cassie tanteó su interior con la mano temblando, pero el bolsillo estaba vacío.

Alguien le había robado el pasaporte.

CAPÍTULO DOCE

Cassie se desplomó sobre la cama. Estaba temblando sobre el colchón descubierto, habían quitado las sábanas de la cama y las almohadas de las fundas, y las habían arrojado al suelo.

Respiró hondo y evitó estallar en un llanto histérico, pues sabía que ahora no podía desmoronarse. El desconocido que había destrozado su dormitorio estaría esperando una reacción extrema. Probablemente esperaba que sus acciones la llevaran al límite. No podía permitir que esta persona supiera cuánto la había alterado. Simplemente no la iba a dejar ganar.

Pensar de esta forma la ayudaba a aferrarse a su cordura. Luego de unos minutos, su conmoción se había disipado y estaba lo suficientemente tranquila como para volver a razonar.

Existía la posibilidad de que su pasaporte estuviese mezclado en todo ese desorden. Quizás, esa persona misteriosa solo se había llevado el dinero después de todo.

Cassie se levantó y caminó con cuidado para no pisar los fragmentos de las pastillas. Levantó las sábanas del suelo, las sacudió y las volvió a colocar en la cama. Recogió su ropa una por una, la dobló y la guardó en el ropero. Tomó su mochila y revisó nuevamente todos los bolsillos antes de guardarla.

No había rastro del pasaporte.

Revisó debajo de todos los muebles.

El pasaporte no estaba. Lo único que había encontrado era una pastilla entera, la única sobreviviente de la destrucción. Cassie la recogió cuidadosamente y la puso en el frasco.

La forma en que su dormitorio había sido destrozado parecía un acto de furia pura, pero con el robo de su pasaporte había ido demasiado lejos. Era una maldad premeditada, y no podía tener peores consecuencias para ella.

Sin su pasaporte, estaba presa aquí. Reemplazarlo llevaría tiempo y dinero. La falta de acceso al correo electrónico y a un celular eran factores que complicaban las cosas enormemente.

Cassie se sintió destruida, como si le hubiesen quitado la libertad en el último minuto.

¿Quién? ¿Quién podía haber hecho algo así?

Antoinette era su principal sospechosa, luego de haber dicho la noche anterior que las cosas se pondrían aún peor.

También podía haber sido el extraño e impulsivo Marc, esta destrucción sin sentido era algo que lo caracterizaba mucho. Hasta podía haber sido obra de Margot, impulsada únicamente por el deseo de hacer daño.

Ella podía haber destrozado su dormitorio para descargar su ira, pero ¿por qué le habría quitado el pasaporte? De haber sabido lo que era, lo hubiese dejado en su lugar, ya que claramente quería deshacerse de Cassie cuanto

antes.

Cassie necesitaba averiguar quién había hecho esto. Su próximo paso tenía que ser enfrentar a la familia.

Tomó una ducha, se cambió rápidamente y dejó su dormitorio. Había decidido no decir exactamente lo que había ocurrido hasta que todos estuviesen reunidos en el mismo lugar. Eso le daría la oportunidad de ver todas las reacciones.

Cassie abrió la puerta del dormitorio de Antoinette y la vio impecablemente vestida y lista para bajar. Se había olvidado de golpear antes de entrar, pero Antoinette no había protestado. ¿Era una señal?

—Buen día —dijo—. Por favor, ¿puedes venir a desayunar ahora? Necesito decirles algo importante.

Miró a la niña duramente y Antoinette le devolvió la mirada durante un segundo, y luego miró hacia otro lado.

Escuchó un pisoteo que provenía del pasillo, miró a su alrededor y vio a Marc que pasaba. Para su sorpresa, ya se había vestido.

—Te has levantado temprano, Marc —dijo Cassie con sospecha.

—¡Tengo hambre! —gritó él, y corrió escalera abajo.

Cuando entró a la habitación de Ella, la encontró enroscada en la cama y aún en piyama. Parecía haber estado llorando otra vez. Rápidamente, Cassie la ayudó a vestirse, y le preguntó si había dormido bien o si había tenido alguna pesadilla, pero Ella permaneció huraña y seria. No dijo ni una palabra.

Pierre y Margot llegaron a desayunar mientras Cassie llevaba a Ella para abajo. Margot aún se cubría la garganta, hoy llevaba un buzo azul marino de cuello alto que se ajustaba a su perfecta figura. Cassie la observó en detalle y vio algo más. Margot tenía la inmaculada uña roja del dedo índice de la mano derecha quebrada, casi en carne viva.

Podría haber ocurrido durante sus luchas con Pierre. Pero también mientras arrojaba violentamente al suelo las pertenencias de Cassie.

—Tengo algo muy perturbador para contarles —le anunció Cassie a Pierre cuando todos estuvieron sentados.

Pierre tomó la jarra de café y se volvió hacia ella, frunciendo levemente el ceño.

—¿Qué es, Cassie? —le preguntó.

—Esta mañana salí a correr, y mientras no estaba alguien revisó mi habitación. Arrojó al suelo toda mi ropa, vació mis artículos de tocador y mi medicación. Aplastó y destruyó mis pastillas. Se llevó el dinero de mi billetera y también me robó el pasaporte.

Sintió que su voz comenzaba a temblar, y con un esfuerzo intentó controlarse, mientras se preguntaba cuál sería la reacción ante sus palabras.

Pierre parecía ser el más sorprendido. Golpeó la jarra sobre la mesa, maldiciendo en voz alta con el rostro enfurecido.

—¿Estás segura de eso? —le preguntó a Cassie con incredulidad.

—Por supuesto — ahora le temblaba mucho la voz y tenía que intentar

controlarse—. Ocurrió hace menos de una hora.

—¿Tomaste fotos? ¿Tienes pruebas de lo ocurrido? Quizás las necesitemos —la interrogó Pierre.

—No, no lo hice. Ordené todo mientras buscaba el pasaporte. Eso es lo importante. Nada más. Ni siquiera me preocupa el dinero que falta, era solo el cambio de lo que habíamos gastado en el festival.

Dejó de mirar al rostro serio y encendido de Pierre y observó a los otros.

Antoinette, como era habitual, le devolvía la mirada fríamente sin develar nada. Marc tenía los ojos enormes y la boca abierta, pero no podía decir si su sorpresa era real o fingida. Ella aún se negaba a hacer contacto visual, y actuaba como si ni siquiera la hubiese escuchado. Miraba hacia abajo, al mantel, y parecía estar inmersa en su propio mundo.

Margot estaba enroscando un mechón de su cabello rubio con los dedos. A Cassie le pareció que estaba molesta, pero podía ser solo una reacción al humor de Pierre.

—Perder el pasaporte es algo muy serio —dijo Cassie—. Sin él soy una residente ilegal, ya que no tengo identificación. No puedo viajar, y me va costar mucho tiempo y dinero obtener uno nuevo.

Margot aclaró la garganta. Su voz era áspera. Esta mañana podía hablar, pero con dificultad.

—Si falta dinero probablemente fue alguien del personal —dijo—. Si revisaron tus pertenencias de esa forma, estaban buscando objetos de valor. A mí me han robado joyas.

Pierre asintió con el rostro serio.

—Si quieres, podemos despedirlos a todos —sugirió Margot, tan despreocupada como si estuviese pidiéndole a alguien que le alcanzara la sal, y Pierre volvió a apoyarla, asintiendo.

Cassie estaba sorprendida de las palabras de Margot, y se preguntó si despedir a todo el personal doméstico era una amenaza o si de verdad había ocurrido antes. ¿Realmente pensaban despedir a todo el personal por un presunto incidente?

—No, no —dijo rápidamente—. Por favor, ni siquiera lo piensen. Sería muy injusto para los inocentes. No querría que perdieran su trabajo sin ninguna razón.

Esperaba que sus palabras impactaran a alguien en esa mesa, pero ahora todos se miraban entre ellos en vez de a ella, y era más difícil notarlo.

—Quizás le pueda pedir ayuda a Marnie —dijo Cassie—. Ella conoce al personal y les podría preguntar si vieron o escucharon algo.

—Es una buena idea —coincidió Pierre—. Marnie tiene el día libre hoy, pero mañana podría ayudarte.

Cassie esperaba que la simpática Marnie, al haber estado en otro lado, no estuviera incluida en el despido.

—Lo volveremos a discutir mañana —decidió Pierre—.Hoy es un día ocupado.

Cassie esperaba que dijera más sobre su pasaporte, pero no lo hizo. En cambio, se sirvió un *pain au chocolat* y luego pasó la bandeja de pasteles, de los que comentó la fina calidad que tenían esta mañana.

La pérdida del pasaporte había destrozado su mundo, pero apenas había impactado el de Pierre. En esta casa, ella era un objeto descartable y Pierre no entendía ni comprendía su grave situación. Quizás ya lo había desestimado, como si fuese un drama más de un sirviente.

—¿Qué harán los niños hoy? —preguntó ella, al darse cuenta de que si su pasaporte ya no era un tema de discusión, esta era la pregunta esperada.

—En la mañana saldrán conmigo y Margot. Tengo una reunión de negocios con un cliente nuevo, en su hermosa galería de arte cerca de Orly. Su esposa e hijos estarán allí, por lo que él me sugirió que llevara a mi familia también. Volveremos a tiempo para un almuerzo tardío, y en la tarde los niños tienen actividades de las que te informaré cuando volvamos.

—Gracias. Parece un paseo maravilloso —dijo Cassie automáticamente, pero al decirlo tomó consciencia de lo que él le había dicho.

Estaría sola en el *chateau* durante toda la mañana.

—Deberías pasar un tiempo en la biblioteca mientras no estamos —dijo Pierre—. Hay una selección de libros magnífica, tanto en inglés como en francés.

—Gracias, lo haré —aceptó Cassie, aunque sabía que no tendría la oportunidad.

Tenía otros puntos más importantes en su agenda.

Esta era la oportunidad perfecta, y quizás la única que tendría, de buscar en todo el *chateau*. Si lograba encontrar su billetera a tiempo, quizás podría avanzar en sus planes y marcharse antes de que la familia Dubois regresara.

CAPÍTULO TRECE

Cassie esperó con impaciencia a que la familia partiera. Parecía que demoraban una eternidad. Pierre se preocupaba demasiado por los detalles: el conjunto de Ella no era apropiado, podía quedarse con el saco azul pero necesitaba un vestido más elegante; tenía que mojar el cabello de Marc para alisarlo y que pareciera arreglado, y le habían ordenado que se cambiara los zapatos por unos limpios.

Intentó aprontarlos rápidamente, pero los tres estaban visiblemente reticentes a hacer este paseo y Ella aún no le hablaba.

Al fin, todos estaban listos para marcharse. Las ruedas del enorme Mercedes hicieron crujir la gravilla, mientras el automóvil se alejaba por el camino de acceso. Cassie subió corriendo a su dormitorio y siguió el trayecto del automóvil hasta que desapareció de su vista. Se convenció de que si apartaba la miraba o pestañeaba, sus planes no resultarían. Cuando el automóvil desapareció por la colina le lagrimeaban los ojos, pero no había pestañado, y su única esperanza era que eso fuera un buen presagio.

Inquieta por los nervios, esperó otros cinco minutos por si alguien se había olvidado de algo.

Una vez que estuvo segura de que no volverían, comenzó la cacería.

Fue directamente a la habitación de su principal sospechosa, Antoinette. Al abrir la puerta, sintió un espíritu de lucha renovado. No iba a permitir que esta familia tóxica la destruyera. Iba a hacer lo que fuera necesario para encontrar sus pertenencias y escapar, incluso si eso significaba buscar en las áreas privadas.

La habitación de Antoinette estaba tan ordenada, que la niña notaría inmediatamente si algo estuviese fuera de lugar. Cassie sabía que tendría que poner todo exactamente en donde lo había encontrado.

Empezó con el ropero, hurgó en los bolsillos de las chaquetas, buscó entre las pilas de ropa, en la maleta color rosa y en la mochila. Luego, revisó el escritorio y buscó en cada uno de los cajones.

Un pasaporte era algo tan condenadamente pequeño que podía estar en cualquier lado. Incluso abrió el diario de Antoinette, para asegurarse de que no estuviera escondido entre las páginas. Se impuso como límite no leer lo que la niña había escrito en su cuaderno secreto. No estaba preparada para hacerlo.

Sin embargo, Cassie notó que la letra en el cuaderno era muy desprolija, lo cual era inusual. Las palabras eran garabatos y estaban desordenadas. Quizás este diario era la válvula de escape de Antoinette en más de un sentido. Bajo la presión de mantener su habitación y su vida en un estado perfecto, este era el único lugar en el que se permitía rebelarse.

Luego de veinte minutos frustrantes, Cassie abandonó la habitación y cerró la puerta silenciosamente. Había tenido la esperanza e incluso la

seguridad de que lo encontraría allí. Pero había buscado en todos los lugares posibles para esconderlo, incluso debajo del colchón y adentro de la funda de la almohada, pero no estaba allí.

Siguió con el dormitorio de Marc. Afortunadamente, en este ambiente desordenado no tenía que ser tan cuidadosa. Mientras no alterara la formación del ejército en el suelo, no creía que él lo notara o le importara si algo no estaba en su lugar.

Mientras buscaba en el caos de la caja de juguetes, de pronto se preguntó si Marc, a su modo, también se resistía a los estándares irracionales de orden y perfección que su padre le imponía. Ciertamente explicaría su extraño comportamiento, y la forma en que parecía salir a la búsqueda de oportunidades para perturbar su entorno.

La búsqueda metódica de Cassie había dejado la habitación un poco más ordenada de lo que la había encontrado, pero no había dado resultados. Definitivamente, su pasaporte no estaba allí.

Empezaba a sentirse menos esperanzada de poder marcharse antes de que la familia regresara.

Buscó en el dormitorio de Ella minuciosamente y sin éxito. Tampoco lo encontró en los baños de la última planta.

Era posible que hubieran escondido el pasaporte rápidamente en cualquier otro lugar de la casa.

Cassie se dirigió a la planta baja y revisó cada habitación, para asegurarse primero de que no hubiera personal trabajando en ellas. Una criada se preguntaría ciertamente por qué sacudía las cortinas, revisaba los cajones e incluso miraba debajo de los jarrones más grandes y las ánforas. Cassie sospechaba que en esta casa las paredes tenían ojos y oídos, y que si alguien la veía, le informaría inmediatamente a Pierre.

Intentando pasar desapercibida, se dirigió a los sectores de la planta baja de la casa. Buscó en el comedor y el vestíbulo meticulosamente, con la idea de que podrían haber guardado el pasaporte rápidamente en uno de estos lugares, antes de salir por el resto de la mañana.

La búsqueda en la planta baja le llevó en total dos horas. Hacia el final, estaba exhausta y agobiada por el tamaño de la casa, por la cantidad de habitaciones y lugares para esconder, y los tesoros que había en ellas. Se preguntó si eran reliquias de la familia o si los había adquirido Pierre. Por la breve pista que había dado en el desayuno, acerca de una reunión con un dueño de una galería de arte, supuso que él estaba involucrado de alguna manera en el negocio.

No había buscado en dos habitaciones en las que el personal había estado limpiando, y tampoco había buscado en el área de la casa que estaba cerrada, porque si estaba cerrada para ella, seguramente también lo estaba para todos los demás. Y en todo caso, intentó consolarse, ¿por qué esconderían un documento en un lugar donde una criada podría encontrarlo inocentemente mientras limpiaba?

No, decidió Cassie, si robara algo tan importante, lo guardaría en un lugar seguro y privado.

Eso quería decir que había una habitación más en donde tenía que buscar.

Sintió una punzada de temor mientras se dirigía a la planta alta y al final del pasaje. Había dejado esta habitación para el final, porque entrar allí era realmente cruzar todos los límites. Había tenido la esperanza de encontrar el pasaporte antes de tener que ir a buscar allí, pero eso no había ocurrido. Ahora le preocupaba haber perdido demasiado tiempo, porque no podía arriesgarse a que la descubrieran en este lugar.

Golpeó suavemente la puerta de la habitación de Pierre.

—¿Hola? —llamó, por si había alguien adentro limpiando.

No hubo respuesta. Todo lo que Cassie podía escuchar era el sonido de su propia respiración agitada.

Esta parte de la casa daba a los jardines, no a la entrada, por lo que sería más difícil escuchar cuando volvieran. Ese era otro factor que complicaba las cosas.

Tiritando de nervios, empujó la pesada puerta de madera.

La habitación era espaciosa y exquisita. La luz ingresaba a través de las enormes puertas francesas que daban a un balcón ornamentado. La enorme cama con dosel tenía un cubrecama de lazo intrincado, y varias pinturas enormes colgaban de las paredes empapeladas color marfil.

Sentía el aroma del perfume de Margot en el aire.

Cassie caminó de puntillas por la habitación. Quería evitar la cama después de la horrible escena que había espiado, pero tenía que revisarla, así que decidió sacársela de encima y hacerlo primero.

Tanteó debajo de las almohadas y de las sábanas cuidadosamente, y luego estuvo unos minutos sacudiendo las almohadas y colocando el cubrecama exactamente como lo había encontrado. Sabía que Pierre, con su ojo para el detalle, descubriría inmediatamente cualquier imperfección.

Los cajones del tocador estaban llenos de maquillaje y una variedad de perfumes. Las botellas de vidrio estaban guardadas una contra la otra, y debía haber cerca de veinte perfumes allí, pero su pasaporte no estaba en ninguno de los cajones.

Luego se dirigió al escritorio, y la cautivó el brillo radiante de un pisapapeles de vidrio veneciano. El interior de la esfera, de perfecta transparencia, encerraba un ramo de flores multicolores. El efecto hipnótico que producía el sol iluminando el vidrio la distrajo por largo rato, estaba tan fascinada con su belleza que no recordaba la urgencia de su búsqueda.

Entonces, sintió un estruendo que venía de afuera y la hizo saltar, y el hechizo se rompió. Se dio una bofetada imaginaria. ¿Qué diablos estaba haciendo, deteniéndose a admirar objetos de arte cuando había tanto en juego, y su presencia allí era tan riesgosa? Estaba horrorizada por haberse distraído tan fácilmente. ¿Era esta otra señal de que había tomado mal la medicación? Si Pierre hubiese entrado, no hubiera podido explicarle su presencia allí, era

simple y llanamente una criminal.

Contuvo la respiración para escuchar, pero no oyó nada más, recobró la compostura y continuó su búsqueda, ahora más rápido.

En el estudio, a la derecha del dormitorio, Cassie encontró un teléfono de línea. Estaba sobre el escritorio de mármol, al lado de unos archivos prolijamente etiquetados. Lo miró con anhelo, aunque sabía que no lo podía usar por si Pierre revisaba el último número al que había llamado. El archivador de madera estaba cerrado con llave, entonces quizás Margot tampoco tenía acceso a él.

A la izquierda del dormitorio había un enorme vestidor, las paredes estaban revestidas de armarios llenos de ropa. Cassie entró en pánico al pensar que se estaba quedando sin tiempo, y empezó a buscar más rápidamente, tanteando en todos los estantes y adentro de los bolsillos lo mejor que pudo.

No encontró nada.

Cassie soltó el aire largamente. Para ser honesta consigo misma, no esperaba que el pasaporte estuviese escondido allí, y por eso había dejado esta habitación para lo último.

Hasta donde ella sabía, quien fuera que hubiese robado su pasaporte simplemente lo podía haber destruido, arrojado al fuego o en el basurero desbordado de la cocina. Quizás había estado perdiendo su tiempo desde el principio.

En su lugar, necesitaba canalizar toda su energía en crear un plan B, cualquiera que fuera. Este debía incluir definitivamente contactar a la embajada para averiguar qué tenía que hacer para reemplazar su pasaporte.

Pero, mientras se dirigía la puerta, recordó repentinamente que no había buscado en un lugar bastante obvio en el que podía estar escondido: debajo de la cama.

Tendría que haberlo pensado inmediatamente. Después de todo, había sido su lugar de escondite en el pasado, cuando las cosas se habían puesto feas.

Inclinándose sobre el piso lustrado, Cassie miró debajo de la cama y se puso tensa al escuchar un ruido distante que venía de afuera. Intentó tranquilizarse, y se dijo que no podía permitir que cualquier pequeño ruido la distrajera ahora que casi había terminado, y entonces retomó la búsqueda.

No había nada allí, pero notó un cajón largo y angosto oculto en el marco de la cama.

Lo abrió y observó su contenido, sintiendo un ardor en la columna por el pavor.

El cajón contenía mordazas de cuero, látigos de aspecto violento, cuerdas y arneses, y algunas bufandas de seda, como la que había visto por el ojo de la cerradura. Había varias en colores brillantes, dobladas prolijamente en una esquina. También había otros objetos: esposas, vendas para los ojos y pinzas de metal lustroso, que no quería pensar exactamente cómo y dónde se utilizaban.

Tomó una de las bufandas. Era ligera y suave al tacto, y de color rosa profundo. Su suavidad contrastaba con el peso y la dureza de los arneses que había movido a un lado. Las cadenas enganchadas a estos repiqueteaban ruidosamente cuando los movía, y dio un salto ante el ruido inesperado. Se sentía increíblemente vulnerable agachada allí. Quizás era su propia culpa por estar husmeando un cajón escondido, pero de pronto sintió con seguridad que estaba siendo observada.

Cassie puso los arneses y la bufanda cuidadosamente en su lugar, luego de haber revisado que no hubiese nada escondido debajo de ellos. Luego cerró cuidadosamente el cajón, y se puso de pie, deseando nunca haber visto el contenido. Una cosa era un vistazo a través del ojo de la cerradura, pero toparse con una reserva entera de objetos de sadomasoquismo era algo distinto. Nunca, jamás podría permitir que Pierre supiera que había descubierto ese escondite secreto.

Caminó silenciosamente hacia la puerta del dormitorio, pero mientras lo hacía escuchó un ruido más alto y familiar que hizo que se paralizara. Esperó mientras el pánico florecía en su interior y deseaba haber escuchado mal.

Luego lo escuchó otra vez, y confirmó sus peores miedos.

Era el grito inconfundible de Marc, que resonaba por el pasaje.

Había pasado mucho tiempo buscando, y ahora la familia había vuelto y estaba atrapada en el dormitorio principal.

En cualquier momento, Pierre podía abrir la puerta.

CAPÍTULO CATORCE

Escuchó un portazo al final del pasaje y otro grito de Marc. Volvió a entrar al dormitorio de Pierre, encogida y con el deseo instintivo de esconderse, pero en ese espacio ordenado y minimalista no tenía a dónde ir.

Pierre y Margot podían dirigirse directamente hacia el moderno baño, el estudio o el vestidor, y la verían inmediatamente. Y esconderse debajo de la cama simplemente invitaría al desastre.

Cassie intentó tranquilizarse, y recordó que a Marc le gustaba correr adelante de los otros. Con suerte, el resto de la familia estaba aún en camino hacia la planta alta Y en tal caso, era mejor que la vieran dejando la habitación, más que esperando adentro. Tenía que tomar una decisión ahora, porque podían estar preguntándose en dónde estaba, y esperando a que ella apareciera y ayudara con los niños apenas llegaran a casa.

Abrió la puerta y se deslizó hacia fuera cerrándola rápidamente. Luego se apresuró por el pasaje, dando vuelta la esquina. Su corazón se aceleró al escuchar la voz de Pierre que venía del dormitorio de Marc, y se dio cuenta de lo cerca que había estado. El niño debía haber llamado a su padre desde su dormitorio cuando él pasaba. Quizás quería que Pierre admirara su batallón de soldados de juguete.

De no haber sido por Marc, Pierre ciertamente la hubiese descubierto allí, quizás hasta hubiese entrado mientras ella revisaba el cajón secreto, y no se quería imaginar cuáles hubieran sido las consecuencias. No podía arriesgarse a ser tan irresponsable otra vez, ni siquiera para encontrar su pasaporte perdido.

Antoinette no estaba en su habitación, pero la puerta de Ella estaba abierta. Miró hacia adentro y vio que la pequeña niña ya se había quitado el elegante vestido, y se había puesto una chamba de pana que parecía ser su favorita. Eso significaba que la familia había llegado hacía más tiempo de lo que ella pensaba.

Saludó a Ella con la mano y le dijo “hola” amigablemente.

—¿Quieres salir a caminar por el jardín antes del almuerzo? —le preguntó, pero la única respuesta de Ella fue darle la espalda.

Cassie, desalentada, caminó penosamente hacia su dormitorio. El día había sido un fracaso total. Su búsqueda casi había terminado en un desastre, el pasaporte aún estaba perdido y el silencio de Ella era implacable.

Miró por la ventana y vio que el día se estaba poniendo gris y nuboso otra vez. Se puso un buzo deportivo, ordenó la ropa que había arrojado adentro del ropero más temprano, y pasó un momento recogiendo las pastillas aplastadas y barriendo el polvo con pañuelos de papel hasta que el piso estuvo limpio.

Luego de que todo estuvo ordenado, notó que la botella con la única pastilla intacta estaba aún en su mesa de luz. Debería haberla guardado esta mañana, porque no quería que su medicación estuviese a la vista.

Cassie abrió el cajón de su mesa de luz y dejó salir un grito ahogado al ver lo que había dentro.

El pasaporte estaba ahí.

Pestañó sin poder creer lo que estaba viendo. Allí estaba, guardado prolijamente en el cajón, con su tapa estampada en relieve dorado intacta.

—¿Cómo es posible? —dijo Cassie en voz alta.

Lo sacó del cajón, con la necesidad de sentir con la mano su forma reconfortante. Pasó las páginas y vio que su visa aún estaba allí, y no habían arrugado ni arrancado ninguna de las páginas. No había sido alterado en lo más mínimo.

La preocupación frenética que la había estado consumiendo desde la mañana se disipó, y se sintió eufórica y aliviada. Aunque tuviera otros problemas, y sabía que tenía muchos, la presencia de este pequeño documento de tapa azul marino le había devuelto el poder de tomar decisiones. Ya no era una prisionera en este hogar hostil.

De pronto, Cassie se preguntó si el pasaporte había estado en el cajón todo este tiempo. Cuando había desempacado, recordaba haber pensado que el bolso no era el lugar más seguro para dejarlo y que debía ponerlo en otro lugar.

Quizás lo había hecho y se había olvidado.

No había revisado ninguno de los cajones luego de haber encontrado su dormitorio destrozado, porque había visto el bolsillo del bolso abierto y había asumido que lo habían sacado de allí. Aún así, ahí estaba, y ahora Cassie sentía que su alivio se mezclaba con preocupación, porque ¿cómo podía ser que lo hubiese guardado y no recordara nada?

¿Realmente estaba perdiendo la cabeza?

Se frotó la frente, confundida, e intentó reproducir exactamente lo que había hecho mientras desempacaba, pero sus pensamientos se interrumpieron con el repiqueteo de la puerta de su dormitorio. Levantó la vista y vio a Pierre parado en la puerta.

Sintió que se le enardecía el rostro de vergüenza al darse cuenta de que estaba sosteniendo el pasaporte que, más temprano, había anunciado que se lo habían robado, acusando a un miembro de la familia de haberlo hecho.

—Lo…lo acabo de encontrar —dijo—. Estaba en el cajón de mi mesa de luz. El dinero aún no ha aparecido, pero al menos el pasaporte sí.

Forzó una sonrisa.

Pierre entró en el dormitorio y cerró la puerta. Su imponente presencia hizo que la habitación pareciera más pequeña, y, aunque parecía severo, Cassie no tenía idea de cuál era el problema. Algo debía haber pasado para que él viniera hablar con ella en privado. Quizás le habían contado lo que ella había hecho en el festival y venía a despedirla.

—¿Entiendo que has estado buscando el pasaporte, Cassie? —dijo Pierre.

Ella tragó. No había sido lo suficientemente cuidadosa, y una de las criadas debía haberla visto hurgando en las habitaciones en la planta baja.

—Sí —dijo ella, decidiendo mantenerse lo más cercana a la verdad posible—. Pensé que quizás se me habría caído mientras Margot me mostraba la casa la noche en que llegué.

Pierre consideró sus palabras por unos minutos. Su silencio era desconcertante y ella no podía leer la expresión en los ojos marrones entrecerrados.

—¿Pensaste que se había caído en mi habitación, Cassie? —le pregunto él, y ella se sobresaltó visiblemente por la pregunta, admitiendo claramente su culpa.

—Yo… —comenzó ella, pero no tenía más para decir.

No había sido una pregunta genuina, sino la afirmación de un hecho. De alguna forma, él la debía haber visto o escuchado allí.

—Quizás no notaste todo en esa habitación —continuó—. El cajón en donde Margot guarda sus joyas, por ejemplo. Que están en un lugar bien escondido.

No podía mirar a Pierre a los ojos. Se miró las manos, con una uña escarbaba en su cutícula tan profundamente que pensó que comenzaría a sangrar.

—No. No vi ningún cajón de joyas. Solo busqué rápidamente. Lo siento tanto. Es imperdonable que yo haya entrado allí. Quería asegurarme de que había buscado por todos lados.

—Quizás hayas encontrado otro cajón —sugirió él en un tono coloquial, al tiempo que se sentaba a su lado en la cama.

Ella lo miró con pánico. ¿Cómo había adivinado que ella había estado hurgando en su cajón secreto? Estaba segura de que la puerta de la habitación había permanecido cerrada. Quizás él había dejado el contenido organizado en cierta forma. Había hecho el esfuerzo de poner las cosas en su lugar, pero en ese momento se había preocupado y apresurado al darse cuenta de que le quedaba poco tiempo.

Si él lo sabía con certeza, negarlo solo empeoraría las cosas. Así que, quizás, era mejor no decir nada, y simplemente prepararse para que su furia se desatara.

Ante su sorpresa, vio que sus facciones poco delicadas no se enrojecieron de furia. Por el contrario, la observaba con la misma expresión que había visto la mañana anterior, cuando se habían encontrado en las escaleras.

—¿Crees que las reglas están hechas para romperse, Cassie? —le dijo en voz baja, como si no quisiera que su voz se escuchara más allá del dormitorio, o incluso de la cama.

Sacudió la cabeza negando violentamente, pero él continuó.

—Creo que sí, y yo también, hace que la vida sea más interesante.

Con la mano le tomó el cabello y se lo apartó del rostro, luego le pellizcó la mejilla suavemente.

Su voz era juguetona, pero sus palabras no.

—Creo que revisar el dormitorio de tu jefe es una transgresión que puede

causar el despido. Incluso podría ser un delito. Después de todo, nuestras joyas han desaparecido antes. ¿Crees que no hemos tomado acciones en contra del culpable, o desde que eso ocurrió? La policía local estaría interesada en escuchar tus fechorías. ¿Te estás preguntando si tengo pruebas de lo que has hecho? Quizás deberíamos informar a la policía, para que estén al tanto.

Cassie lo miró con el miedo floreciendo en su interior, las amenazas suavemente pronunciadas por Pierre le decían de lo que él era capaz.

—Por favor, no lo haga. Lo siento mucho. No sabía que su habitación estaba fuera de los límites. No sabía que era una regla. Ahora que lo sé, no volveré a entrar allí.

—Sí, has incumplido las reglas, no hay duda de eso. Pero esta vez, seré benévolo contigo. Voy a creer que actuaste inocentemente. No diré nada, y tú tampoco. Haré como si estuvieses jugando conmigo. Pero un juego es de a dos, ¿no? Así que la próxima vez, en nuestro juego, es mi turno de romper las reglas. ¿Crees que te gustará lo que voy a hacer?

—Yo… no, en realidad no —tartamudeó.

Tenía el rostro en llamas y se sentía paralizada por la indecisión, no sabía si la opción más segura era permanecer en silencio, o gritar para pedir ayuda. Permanecer en silencio parecía la alternativa menos atemorizante, aunque estaba consternada por lo que le estaba insinuando Pierre.

—Ah, pero estas equivocada, Cassie, porque yo creo que sí.

Ahora su tono era provocativo, con los dedos deambulaba por el rostro de Cassie como si fuese su propiedad, le acariciaba la mandíbula, la ceja, le tocaba los labios y le envolvía el cuello. Luego bajó la mano y le tocó el muslo, y Cassie sintió que todos los músculos de su cuerpo se congelaban.

Decidió que iba gritar, sin importar si se metía en problemas. Tenía que poner un freno a todo esto antes de que avanzara.

Pero cuando estaba juntando el coraje para hacerlo, él retiró la mano y soltó una carcajada ronca.

—Espero con ansias la próxima vez —le dijo, susurrando. Luego, con un guiño, agregó— Y no te preocupes. Así como puedo castigar, también puedo premiar. Y te premiaré generosamente por jugar este juego conmigo.

Con el dedo le presionó los labios.

—Veo que ahora entiendes cómo son las cosas —sonrió.

La cama chirrió cuando él se levantó, y un minuto después, salió y cerró la puerta suavemente detrás de él.

Cassie exhaló largamente, temblando.

Se refregó las manos por el rostro en donde habían estado los dedos de Pierre, desesperada por borrar sus roces. Ahora entendía por qué Marnie se recogía el pelo e iba a trabajar sin maquillaje, y por qué todas las criadas parecían mezclarse con el entorno y permanecer invisibles.

Sentía escalofríos al pensar en todo el encuentro, y el comentario de Pierre al partir la había dejado sintiéndose mancillada. En cuanto a ella, no

podía haber manejado peor la situación. En su conmoción, había permitido que él hiciera lo que quería y su silencio le había dado un permiso tácito para continuar.

Demasiado tarde, Cassie se dio cuenta de que debería haber gritado.

CAPÍTULO QUINCE

Luego de lo que ocurrió en su habitación, Cassie no sabía cómo iba a enfrentarse a Pierre durante el almuerzo. ¿Cómo podría hacer como si nada hubiese ocurrido y actuar más o menos normal?

Llevó a Marc y Ella a la planta baja, y sintió alivio al ver que Antoinette y Pierre acababan de terminar de almorzar y se aprontaban para salir.

—Esta tarde, Antoinette tiene una lección de piano en Nanterre. Yo la llevaré, ya que tengo una reunión de negocios cerca de allí —dijo Pierre.

Hablaba en tono formal, como si nunca se hubiese sentado a su lado en la cama, ni le hubiese susurrado palabras sugerentes.

—Y yo tengo fútbol —le recordó Marc.

—Fútbol es en el club de deportes, cerca de la ciudad en donde se hizo el festival —le dijo Pierre a Cassie.

Tomó una libreta del aparador y anotó una dirección e indicaciones para ella.

—La práctica de fútbol comienza a las dos de la tarde y termina a las cuatro. No es necesario que te quedes a mirar, especialmente con este clima cada vez más frío. Estoy seguro de que Ella va a preferir volver a casa.

—Es una buena idea —aceptó Cassie—. Podemos pintar juntas, Ella ¿o preferirías hornear algo en la cocina?

Cassie solo hacía sugerencias para llenar el silencio. Estaba segura de que Ella no le respondería, y tenía razón. Afortunadamente, Pierre no parecía notarlo.

—Debo ir a buscar unos documentos al estudio —le dijo a Antoinette—. Si estás pronta, espérame en el auto.

Dejaron la sala, y Cassie destapó la bandeja y les sirvió a los niños porciones de quiche lorraine y ensalada verde. Mientras comía, ultimaba mentalmente sus planes para marcharse.

No podía dejar a Ella sola aquí, por lo que tendría que esperar a que Marc volviera de la práctica de fútbol. Para entonces, ¿habrían retornado Pierre y Antoinette? No sabía si Nanterre era lejos de allí. Tampoco estaba segura de dónde estaba Margot, pero probablemente había vuelto a salir. Seguramente, Pierre no se hubiese arriesgado a hacer lo que había hecho en su dormitorio si Margot hubiese estado en casa.

Marc parecía entusiasmado por ir al fútbol, a pesar de que el clima empeoraba. La tarde se estaba poniendo fría y ventosa, y cuando lo acompañó del estacionamiento al campo de deportes, Cassie se sintió aliviada de no tener que sentarse y esperar en uno de los bancos de madera, con tan solo una glorieta liviana como refugio.

Ella se había negado a salir del auto, y regresaron al *chateau* en silencio. Mientras estacionaba el auto, Cassie resolvió que de una forma u otra necesitaba arreglar las cosas. Tenía dos horas para estar con Ella,

probablemente la única ocasión en privado que tendría con la pequeña niña. Necesitaba disculparse y hacer las paces antes de irse.

La siguió hasta su dormitorio y cuando se sentó en la cama, Cassie acercó una silla y se sentó enfrente de ella.

—Tu osito de peluche parece que quiere escuchar una historia —intentó—. ¿Quieres que le cuente una? Quizás tú también la disfrutes.

Ella sacudió la cabeza.

—Puedo enseñarte cómo cortar copos de nieve de cartón y podemos pintarlos. Los podemos decorar con brillantina y colgarlos de la pantalla de la lámpara.

Su sugerencia fue recibida en silencio. Ella hamacaba los pies y pateaba con fuerza el marco de la cama.

Cassie se estaba quedando sin opciones. Cocinar era la única idea que le quedaba, y no creía poder persuadir a Ella de ir a la cocina a intentarlo. En tal caso, era hora de que fuera honesta.

—Ella, me disculparé tantas veces como sea necesario. Pero depende de ti decidir si me perdonas —dijo suavemente—. Me gustaría que nos hiciéramos amigas antes de marcharme. No quisiera tener que irme mientras estemos peleadas.

Esta vez, Ella la miró con sus enormes ojos azules.

—¿A dónde te vas? —le preguntó en voz baja.

—Vuelvo a Estados Unidos —le confesó Cassie—. He decidido que no soy la persona adecuada para cuidarte. Necesitas a alguien mejor, alguien cariñoso, paciente y amable.

Cassie tenía planeado entrar más en detalle acerca de la persona con el estilo de Mary Poppins que esperaba que la remplazara, pero no tuvo la oportunidad porque Ella rompió en llanto.

—No te vayas —le imploró, sollozando.

—Tengo que hacerlo.

Cassie se acercó para sentarse al lado de ella en la cama y le dio un abrazo apretado. La inundaba la culpa al darse cuenta que el cuerpo de Ella se estremecía con los sollozos.

—¿Por qué debes irte?

—Porque no soy feliz aquí —le respondió—. Soy muy infeliz y por eso no puedo cuidarte de forma adecuada.

Frotando suavemente la espalda de Ella, miró por la ventana salpicada de lluvia y sintió que sus propios ojos le picaban por las lágrimas.

—¿Eres infeliz porque alguien destrozó tu dormitorio?

—Sí, esa es una de las razones.

—Lo siento mucho —aulló Ella—. Fui yo. Yo lo hice.

—¿Tú?

Cassie sintió la incredulidad en su propia voz. Apartó los brazos de Ella para mirarla a los ojos. ¿Estaba diciendo la verdad? ¿Realmente lo había hecho?

—Estaba tan enojada.

Ella levantó la vista para mirarla, y en los ojos llenos de lágrimas Cassie solamente vio honestidad.

—Quería hacer lo peor para ti. Pero después supe que te enfadarías, y me preocupaba que te fueras como lo hizo Hannah, la última señora que nos cuidó. Así que tomé tu dinero y el pasaporte y los puse en el bolsillo de mi saco, y luego volví a la cama y simulé estar dormida.

Cassie pestañó, con la mente llenándose de preguntas repentinamente.

—¿Por qué se fue Hannah? —intentó ella.

—No lo sé. Un día me mostró el pasaporte y me dijo que volvería a su casa al otro día y luego se fue. Ella también me agradaba. La extrañé. Pero tú me agradas más.

—Fue muy inteligente de tu parte recordar lo que era un pasaporte, pero me hiciste enojar mucho al robármelo —la rezongó Cassie.

—Te lo devolví. Tu dinero está aquí también. Está todo a salvo en mi bolsillo.

Se bajó de la cama, tomó su saco del respaldo de la silla y le dio a Cassie un montón de dinero doblado.

Cassie observó los billetes, estirándolos suavemente con la punta de los dedos.

—Todo esto es mi culpa. Yo hice que estuvieras triste, y ahora te vas. Por favor, no te vayas —le rogó ella.

—Ella, no soy la persona que necesitas —intentó ella, pero la pequeña niña sacudió la cabeza con determinación.

—Sí lo eres. Tú eres la mejor —insistió ella—. Todos te queremos, excepto Antoinette, ella no quiere a nadie. Hasta Marc le dijo a papá esta mañana lo buena que eres.

Cassie guardó el dinero en el bolsillo de su jean y se sintió perdida. No se había dado cuenta de que los niños más pequeños la valoraban y necesitaban tanto. Ella, en particular, tenía problemas bastante más complejos de lo que creía. ¿Qué chances tenía de superar estos desafíos, viviendo en un lugar tan inestable? Ella era aún inocente y Cassie admiraba el coraje que había tenido al confesarle lo que había hecho. Eso significaba un montón.

Si se iba ahora, Ella se culparía a sí misma, y le estaría agregando más peso a una carga emocional que ningún niño de cinco años merece tener. Cassie sabía muy bien cuáles podrían ser las consecuencias a largo plazo. Sin dudas podría sobrevivir aquí un tiempo más. Si se marchaba después de unos días, Ella no se culparía por eso.

Eso parecía ser lo más justo.

El único problema era que si se iba a quedar, necesitaba reemplazar su medicación de forma urgente. No sería capaz de soportar sin ella. Tenía que haber un doctor en la ciudad que pudiera recetarle la medicación, pero tendría que ir hoy.

El dinero también era una preocupación. Dudaba que el cambio que Ella

le había devuelto le alcanzara para pagar la medicación, así que ¿cómo iba a pagar la consulta del médico?

Cassie recordó que el restorán le había prometido un pago final de su salario al comienzo del mes, por los turnos que había trabajado en octubre. Esperaba que fuese suficiente, porque no quería pedirle a Pierre un adelanto de su salario sin poder explicarle para qué lo necesitaba.

Sin embargo, cuando volvió a su habitación, se dio cuenta de que no necesitaría pedir.

Su mirada se volvió inmediatamente al pequeño paquete marrón, ubicado prolijamente sobre su almohada.

Cassie miró detrás de ella y cerró la puerta de su dormitorio, antes de dirigirse a la cama y tomar el paquete cuidadosamente.

Adentro del paquete había una bufanda de seda de color verde esmeralda y doscientos euros en efectivo.

Tomó la bufanda, con una sensación de irrealidad. La tela era suave como la gasa, un objeto costoso y de calidad. Los crujientes billetes nuevos habían sido colocados adentro de un sobre de manila blanco.

Cassie sintió malestar por el pavor que le producía recordar las palabras de Pierre.

"Te premiaré generosamente por jugar este juego conmigo".

No había forma de que este fuese un adelanto de su salario, o una devolución por lo que ella había gastado, o dinero para el combustible, o cualquier otra cosa que pudiera ser interpretada como inocente.

Sin dudas, Pierre le estaba pagando un anticipo por los favores que ahora estaría esperando que le hiciera.

CAPÍTULO DIECISEIS

Aunque Cassie sabía que Marnie tenía el día libre, esperaba que el ama de llaves hubiera vuelto de su viaje a París. Luego del horrible encuentro con Pierre en su habitación, y del regalo que había encontrado sobre su almohada, no quería dejar nada librado al azar. No se arriesgaría a pasar otra noche aquí, a menos que pudiera cerrar la puerta con llave.

Se dirigió hacia la cocina, en donde una de las criadas le dijo que Marnie había llegado después del almuerzo.

—¿Te importaría llamarla? —Le preguntó Cassie—. Sé que no trabaja hoy, pero es urgente.

Unos minutos después, Marnie entró a la cocina. El ama de llaves se veía descansada por el viaje y aún hermosa con el cabello ondulado sobre los hombros. La comparó con la criada que estaba trabajando y pudo ver las diferencias. Ahora entendía la regla tácita en relación a la vestimenta de trabajo en el *chateau*.

—Necesito una llave para mi dormitorio —dijo Cassie.

Marnie frunció el ceño.

—¿Por qué? Habitualmente esa habitación se deja abierta. Los niños tienen que tener acceso, y nosotros también para poder limpiarla. De hecho, la llave original se perdió y hay solo una copia disponible.

—Me sentiría más cómoda si pudiera cerrarla con llave cuando fuera necesario —dijo Cassie—. Esta mañana salí a correr temprano y, mientras no estaba, uno de los niños me hizo una broma y desordenó mi dormitorio.

—Ay, no —dijo Marnie, pero Cassie vio en su expresión que pensaba que estaba exagerando.

—Estoy segura de que fue una broma inocente —explicó, intentando proteger a Ella— pero me llevó todo el día encontrar mi dinero y el pasaporte. No puedo permitir que esto vuelva a suceder. Necesito asegurarme de que cuando tenga que salir y los niños se queden aquí, mis pertenencias permanecerán en su lugar.

Sonrió esperanzada.

Marnie asintió lentamente.

—Sí, entiendo que podría haber sido algo serio.

Obviamente se había dado cuenta de que había algo más en esa historia.

—Te daré la copia, pero cuídala, por favor. No la dejes en la puerta y, por favor, no cierres el dormitorio con llave a menos que salgas sola. Así no se alteran los horarios de limpieza.

Cassie se preguntó si la llave original se había perdido luego de haberla dejado en la puerta, y de ser así, quién se la había llevado.

—La tendré conmigo todo el tiempo —le prometió—. Muchas gracias.

Cuando llegaba a la planta alta, vio que Pierre había regresado. Tomó su bolso y su chaqueta, cerró con llave la puerta de su habitación, colocó la llave

en su bolsillo y se apresuró a hablar con él. Había llegado más tarde de lo que ella había esperado, y ya eran las cinco menos cuarto de la tarde. Si se apresuraba, quizás podría llegar en hora a la ciudad.

Aunque se había convencido de quedarse unos días más, decidió usar el viaje a la ciudad como una oportunidad para explorar. Podría tomar nota de los números de las compañías de taxi y también verificar en dónde había señal telefónica. Entonces, cuando estuviese pronta para marcharse, con suerte saldría todo bien.

Cuando Cassie llegó a la puerta, vio que Margot también había vuelto. Su cabello parecía un poco más rubio y estaba recién secado. Debía haber pasado la tarde en la peluquería, y Pierre debía haberla recogido de camino a casa.

Margot la rozó al pasar, sin siquiera saludarla, pero Pierre se detuvo cuando la vio.

—Necesito pedirle un favor —le dijo Cassie.

—¿Qué necesitas?

Pierre dejó la llave del auto en un recipiente de cobre, sobre la mesa del vestíbulo. Cassie notó que Margot se había dado vuelta hacia ellos, obviamente con el propósito de escuchar la conversación.

—Por favor, ¿podría tomarme unas horas libres? Necesito ir a la ciudad.

—¿Ahora? —Preguntó Pierre frunciendo el ceño—. No es un buen momento.

—Los niños tienen que cenar en una hora —observó Margot intencionadamente.

No podía posponer el viaje, pero, con Margot poniéndose en su contra, Cassie sabía que estaba al borde de obtener un rechazo rotundo. Mañana, a esta hora, estaría en serios problemas sin su medicación, pero no quería que Pierre lo supiera. Sería mucho mejor si pudiera dar otra razón para tener que ir a la ciudad.

—Necesito contactarme con la agencia de niñeras y ponerlos al día —explicó—. Me pidieron que lo hiciera hoy, a más tardar.

Pierre la miró con el ceño fruncido.

—No hay necesidad de ir a la ciudad para eso. Tenemos un teléfono aquí —le dijo.

—No, no —protestó Cassie, mintiendo aún más—. La llamada es por un asunto mío, no querría que le cobraran por eso. Además, necesito hacer un mandado importante. Yo…eh…tengo que pagar una de mis cuentas de ropa. Ya está vencida y hoy es la fecha límite.

Podía ver que Pierre no le creía su historia poco sólida e improvisada.

—No dejes que se vaya ahora, seguro puede esperar hasta el fin de semana —le aconsejó Margot, y sacudiendo su brillante cabello, se fue para arriba.

—Tenía planeado pagarla antes de irme de Estados Unidos —dijo Cassie —. Me quedé sin tiempo para hacer ciertas cosas, en el apuro de llegar aquí.

Pierre apretó los labios, pensativo. Cassie supuso que él pensaría que

también se había quedado sin dinero, y que ahora podía ir porque él acababa de darle algo de efectivo.

En cualquier caso y para su alivio, él asintió de mala gana.

—Hazlo rápido —le dijo—. Incluso si te pierdes la cena, debes volver a tiempo para llevar a los niños a la cama.

—Definitivamente volveré antes de eso —prometió Cassie.

Tomó las llaves del Renault y corrió hacia el garaje, mientras se preguntaba cómo iba a encontrar una clínica médica con tan poca anticipación y a esta hora de la tarde.

Cuando estaba por subirse al auto, sintió pasos detrás de ella. Se dio vuelta y vio que Pierre la había seguido.

Cassie lo miró nerviosa y deseó poder arrojarle el dinero en la cara, pero sabía que no podía hacerlo.

Quizás por eso él le había permitido hacer el viaje, porque sabía que gastar el dinero haría que ella estuviese más en deuda con él. Se mordió el labio y esperó a que él hablara, preguntándose si volvería a intentar propasarse con ella, y de ser así, cómo lo manejaría esta vez.

—¿Vas a llamar a la agencia? —le pregunto él.

—Sí —volvió a mentir ella.

Pierre ajustó su pesado anillo de oro en el dedo índice.

—¿Qué les dirás? —le dijo él en una voz más baja.

—¿Qué les diré? —repitió confundida, antes de darse cuenta de lo que implicaba su pregunta.

Sintió que se enrojecía.

—Les diré que estoy feliz aquí, que me estoy adaptando bien. Diré que mi habitación es muy cómoda y la comida es excelente, y que estoy empezando a hacerme amiga de los niños.

Apretó las llaves del auto con la mano, consciente de los minutos que pasaban. ¿A qué hora cerraban las clínicas en Francia?

—¿Eso es todo lo que les dirás?

—Sí, eso es todo.

Se sentía incómoda y cómplice repitiendo sus palabras.

—La privacidad es muy importante para nosotros —subrayó Pierre—. La reputación es esencial para mí, personalmente, y para el negocio familiar. He tenido experiencias en el pasado, en donde la gente ha mentido, exagerado e intentado hacer daño. Esto siempre ha tenido consecuencias muy graves… para ellos, no para mí. ¿Lo entiendes, Cassie?

Esto era más que una advertencia, era una amenaza. Sintió frío en su interior, y se preguntó qué había ocurrido con las personas que habían hablado en el pasado.

—Lo entiendo completamente —susurró ella.

Pierre continuó en una voz más alta.

—¿Tienes suficiente dinero para pagar el total de la cuenta de ropa? Aquí tienes, te daré un adelanto de tu salario, así podrás asegurarte de que el viaje

de esta tarde no sea en vano.

Ante su sorpresa, sacó una billetera de cuero de su bolsillo, y de un enorme montón de billetes sacó cuatro más de cincuenta euros y se los dio. Antes de que pudiera decir algo más o intentar devolvérselos, él se dio vuelta y se fue del garaje.

Arrancó el auto con las manos temblando. El mensaje de Pierre era claro. Cooperar, no decir una palabra y jugar el juego. Entonces, sería recompensada.

Cassie no quería pensar en cuál sería la alternativa.

*

Cassie estaba nerviosa, temía que fuese demasiado tarde para ver un médico, y se había olvidado de verificar si tenía señal en su celular hasta que llegó a la ciudad. La pequeña y pintoresca ciudad estaba a quince minutos en auto del *chateau,* y estaba bien señalizada, por lo que encontró su camino fácilmente una vez que llegó a la calle principal.

Luego de recorrer la calle principal de arriba a abajo, encontró el pequeño cartel de la farmacia en una esquina. Estacionó y corrió hacia adentro, no sin antes echar un vistazo a los horarios en la puerta que decían que cerraba a las seis.

—¿En dónde puedo encontrar un médico? Necesito que me haga una receta urgente —le preguntó al farmacéutico que estaba concentrado jugando al Sudoku en su teléfono.

—Quizás el doctor Lafayette aún esté atendiendo. La consulta es en su casa, en las afueras de la ciudad. No es lejos. ¿Tienes GPS?

—No creo que pueda acceder sin una señal de Wi-Fi —le dijo Cassie, entonces él le dibujó un mapa.

Logró llegar al médico justo antes de que cerrara por el día, y él aceptó verla. El consultorio era hermoso, en un edificio pintoresco entre jardines exquisitos. El doctor Lafayette era un hombre alto, delgado y de mediana edad, con modales cordiales. La llevó a sus salas decoradas con lujosos muebles de cuero y pinturas de paisajes.

—Tomas mucha medicación —dijo él sorprendido, luego de que ella le dijera para qué necesitaba las recetas.

Cassie se sentía muy aliviada al haberle dado a la familia Dubois una razón alternativa para venir a la ciudad, en vez de confesarles que estaba tomando un cóctel de medicación crónica para la ansiedad.

—He tenido ataques de pánico —le dijo—. Acabo de llegar a un país desconocido, lo cual es bastante estresante, y no quiero que se me dispare la ansiedad por el cambio de entorno.

Él asintió mientras garabateaba en su libreta.

—¿Estás estudiando o trabajando? —le preguntó.

—Trabajo de niñera —respondió Cassie.

—Ah, ¿para qué familia?
Cassie dudó, al recordar la advertencia de Pierre.
—Para la familia Dubois —dijo cuidadosamente para observar la reacción del médico, pero él miraba sus notas y no pudo leer su expresión.
—Sabes que… —dijo de pronto, y ella se tensó al pensar lo que diría si le preguntaba algo acerca de Pierre.
Pero solo la estaba aconsejando acerca de su medicación.
—¿Sabes que esta medicación causa mareos? —le preguntó—. Es mejor que la tomes en la noche.
—Sí, es cuando intento tomarla —al ver que él levantaba una ceja, se corrigió—. Quiero decir, es cuando la tomo. En la noche.
—Y la dosis de esta otra medicación es muy alta. Demasiado alta, en mi opinión. La voy a reducir a media pastilla por día, como dosis de mantenimiento. Toma una pastilla entera si estás ansiosa o deprimida, de lo contrario mantén una dosis más baja. Las dosis más altas pueden causar episodios psicóticos.
—Lo haré —prometió Cassie.
—¿Y cómo te sientes trabajando de niñera? —le preguntó él, mientras arrancaba la página de la libreta.
Aunque hablaba de manera neutral, parecía una pregunta importante y Cassie sintió un deseo fuerte y repentino de decirle la verdad. Después de todo, si ella había escuchado rumores de otra gente acerca de la familia, quizás este médico también lo había hecho. Quizás la estaba invitando a que le explicara por lo que estaba pasando, por qué se le había disparado la ansiedad y cómo ya estaba a punto de darse por vencida.
Le podría contar a su médico que su jefe tenía tendencias sexuales violentas, y que había intentado propasarse con ella, y luego la había amenazado con consecuencias si divulgaba algo, mientras simultáneamente sobornaba su silencio. Cómo su prometida había maltratado a los niños verbalmente y cómo la había atacado a ella físicamente. Le podría explicar que los niños habían sufrido un daño que quizás fuese irreparable, sin que fuera culpa de ellos, y que creía firmemente que necesitaban la intervención de un profesional, aunque fuera una visita de un trabajador social.
Tenía que ser rápida, porque ya eran las seis menos cuarto y necesitaba conseguir hoy su medicación, pero quizás esta fuera su única oportunidad de contarle a alguien confiable acerca de sus miedos y preocupaciones.
Cassie respiró hondo.
—No estoy segura de por dónde empezar, pero es un alivio que me haya preguntado eso. Quería hablar con alguien desesperadamente, porque hay mucho que explicar —comenzó ella.
Entonces, desde la recepción, un teléfono comenzó a sonar.
—Disculpa —dijo el doctor Lafayette—. Mi recepcionista ya se retiró. ¿Te importaría que responda el teléfono?
—No hay problema —dijo Cassie, con la esperanza de que la llamada no

le llevara mucho tiempo.

El médico volvió después de solo un minuto.

—Le agradezco nuevamente que me atienda después de hora —dijo Cassie cuando él volvió—. Estoy tan agradecida.

Su intención era usar esto como una introducción a sus comentarios, pero la respuesta del médico la silenció.

—Pierre Dubois es un amigo cercano. Ha hecho mucho para apoyar a mi clínica durante estos años, y mi hermano es el jefe de la bodega en su viñedo. Es un placer ayudar a cualquier miembro de la familia o del personal. Así que, Cassie, me estabas por contar cómo estás pasando tu estadía aquí.

Se había quedado sin palabras, aturdida ante la conmoción por lo que le acababa de decir. La respuesta que había formulado cuidadosamente se congeló en sus labios.

Hubo un largo silencio, que rápidamente se volvió incómodo, y ella supuso que él había adivinado que su intención era hablar mal de su jefe, y ahora no tenía nada para decir.

—Con respecto a la cantidad de medicación que tomas, ¿se lo has informado a la agencia o a tu jefe? —le preguntó el médico.

—No me lo preguntaron —dijo Cassie en voz baja.

Siguió otro largo silencio.

Luego, el doctor Lafayette se puso de pie y le tendió la receta.

—Si eso era todo, ya puedes abonar —dijo él formalmente—. La consulta son ochenta euros.

Cassie había tenido la esperanza de poder pagar con su tarjeta de crédito, pero no funcionaba y no sabía si era porque no tenía fondos suficientes en su cuenta, o por alguna otra razón.

Eso quería decir que tendría que usar el dinero que le había dado Pierre. Ahora realmente estaba en deuda con él, porque no se lo podía devolver.

Se marchó sintiéndose mal por la ansiedad. En confianza, le había dicho demasiado al doctor Lafayette, y no sabía si su pregunta acerca de la medicación era una amenaza encubierta. ¿Le daría esos detalles a Pierre? ¿La amistad y las alianzas empresariales eran más importantes que la confidencialidad del paciente en esta ciudad?

De ahora en adelante, Cassie tendría que reservar los secretos de la familia, porque no sabía cuánto se extendía su influencia o poder.

CAPÍTULO DIECISIETE

Había pasado un minuto de las seis cuando Cassie volvió a la farmacia, pero el farmacéutico la había esperado amablemente y pudo darle todas las pastillas que necesitaba para un mes.

Cassie aún estaba mareada por el encuentro que había tenido con el doctor Lafayette. Había estado cerca de arrojar una bomba de forma inocente, que la hubiese dejado en la peor situación posible. Incluso su primera pista de que había problemas con la familia podría tener consecuencias. Solo podía rezar que la amistad cercana del médico con Pierre no se antepusiera a la confidencialidad del paciente, especialmente por la sorpresa del primero ante la cantidad de medicación que tomaba.

—Esta receta sirve por tres meses —le dijo el farmacéutico—. Puedes volver en cualquier momento después el primero de diciembre para el suministro del próximo mes.

Para su alivio, él pudo sustituir genéricos menos costosos para dos de sus medicaciones, y aunque los medicamentos costaron un poco más de lo que había costado la visita al doctor, su tarjeta finalmente cooperó y pudo usarla.

El farmacéutico le permitió conectarse a su Wi-Fi mientras esperaba. Ingresó a su cuenta bancaria y vio que el pequeño pago del restaurante había sido ingresado. El monto fue absorbido inmediatamente por los gastos de la farmacia, por lo que nuevamente estaba casi en cero.

Averiguó por los taxis locales y buscó cuánto le costaría cambiar su vuelo. Había tanta información contradictoria en línea que no podía estar segura, pero pensó que podría costearlo con el dinero que le quedaba, si no gastaba más.

Sin embargo, tenía que hacer una última compra, que pudo hacer en la farmacia: un vale de minutos prepagos.

Luego de cargar sus minutos y con el Wi-Fi funcionando, Cassie vio que le llegaban una lluvia de mensajes y correos electrónicos. Había varias llamadas perdidas de sus amigos en Estados Unidos, y un mensaje de texto de Jess, la niñera que había conocido en el avión, que le preguntaba cómo iban las cosas y si quería encontrarse con ella en su día libre.

Cassie no tenía tiempo ni dinero suficiente para contestar todos los mensajes ahora. Tendrían que esperar, porque necesitaba conservar los minutos. Sin embargo, había una llamada urgente que tenía que hacer inmediatamente.

Volvió al auto y digitó el número en cuanto entró, haciendo las cuentas mentales para saber cuál era la diferencia horaria con Estados Unidos.

Era temprano en la tarde, lo que significaba, en un día de semana, que Zane estaría trabajando en la fábrica. Aún así, él respondió a su llamada luego de que sonara tres veces.

—Espera un minuto, cariño, estoy por salir al descanso —dijo él, y tuvo

que esperar por unos interminables y costosos minutos mientras lo escuchaba dejar las instalaciones de la fábrica.

Se lo imaginaba con jeans y una chaqueta de trabajo, yendo a pasos largos por el piso de concreto hacia la entrada lateral, en donde estaba el área de fumadores.

Los ruidos metálicos de fondo fueron reemplazados por las ráfagas de viento, y supuso que él había llegado.

—Bueno —dijo él—. Tengo diez minutos. Hablemos.

Cassie esperaba que la conversación le llevara menos de diez minutos. Quería resolver esto lo más rápido posible, sin gastar sus preciados minutos.

—Zane, ¿cómo averiguaste en dónde estaba? No te di el teléfono de mi jefe. No se lo di a nadie.

—Fue un poco de trabajo detectivesco —explicó Zane en tono autocomplaciente—. Vi el nombre de la agencia en tu mochila. Así que llamé y fingí que había perdido tu número. La primera vez que lo intenté, hablé con una señora que no me lo quiso decir. Me dijo que solo podía darte el mensaje. Pero la segunda vez, otro chico respondió y me lo dio.

—Por favor, no vuelvas a llamar a aquí.

—¿Por qué no, cariño? ¿No quieres hablar conmigo?

—No es eso.

¿Cómo le podría explicar, sin que él estuviese más convencido de seguir llamando al *chateau*? No quería que él pensara que tenía que venir a su rescate.

—Son una familia muy reservada —le dijo—. No permiten que el personal reciba llamadas en la casa. Normalmente, ni siquiera transmiten los mensajes. Tuviste suerte de que el ama de llaves fue la que atendió.

Con suerte, eso convencería a Zane de que no tenía sentido volver a intentarlo.

—Entonces, ¿cuándo vuelves a casa?

Parecía intimidado, pero no vencido por lo que ella le había dicho.

Cassie miró el reloj del auto. Ya eran las seis y media. Tenía que regresar rápidamente, pero no podía conducir hasta que no resolviera esto, ya que no sabía cuánto le duraría la señal.

—Voy a estar en el extranjero por al menos un año —le dijo, y escuchó su exclamación de furia.

—¿Realmente crees que fue justo para mí que te fueras por tanto tiempo, sin siquiera despedirte de forma apropiada?

—Zane, cuando me fui ya no estábamos juntos.

Exasperada, Cassie se dio cuenta de que la conversación daba vueltas en círculos. Arrancó el auto y prendió la calefacción, con la esperanza de encontrar el camino de vuelta al *chateau* en la oscuridad.

—No, tú me dejaste. Nunca rompimos. Un día volví y tú habías empacado tus cosas y te habías ido.

—Hubo una razón para ello, y tú sabes cuál fue.

Cassie podía escuchar la severidad en su propia voz. No lo había perdonado por lo que había hecho.

—No tengo idea, nena, lo digo de verdad.

Estaba mintiendo. Tenía que estar mintiendo.

—Zane, te enojaste conmigo cuando peleamos. Perdiste la paciencia y me sujetaste con tanta fuerza que casi me tiras al piso. Luego me golpeaste en el brazo. Los machucones no sanaron por semanas. Querías lastimarme. Como te dije en su momento, no lo voy a tolerar, y no quiero darte otra oportunidad.

Hubo un breve silencio.

—Realmente no sé de lo que hablas. ¿Hablas de cuando te quité de enfrente de aquel auto? Cariño, estábamos discutiendo en el estacionamiento y tú estabas enojada, no estabas atenta y estabas literalmente por cruzarte enfrente a un SUV. Yo solo quise protegerte.

No había ocurrido de esa forma. Para nada. Su versión estaba a quilómetros de la realidad. Al escucharlo, Cassie se convencía aún más de que debía permanecer alejada de él para siempre. Sabía que si ella hubiese estado allí, mirando cómo él abría sus brazos de forma inocente mientras hablaba y levantaba sus cejas, pareciendo hasta graciosamente indefenso, habría querido creerle su historia. Una parte de ella hubiera querido creer que él tenía razón, y que ella había malinterpretado la situación.

—No voy a pelear más contigo, Zane, pero no voy a volver.

—Por favor, Cassie. No entiendes cuánto te extraño. Todos nuestros amigos preguntan en dónde estás. Ah, y quería decirte que hay un puesto de trabajo en la fábrica. No en la planta, en las oficinas. Están buscando un asistente para el equipo de marketing. Es un buen salario, con muy buenas posibilidades de crecer. Les dije que te lo ofrecería. ¿Quieres que te mande los detalles? Reciben solicitudes hasta el lunes.

Cassie intentó cerrar los oídos a sus palabras. Zane tenía facilidad para adivinar exactamente lo que le haría cambiar de opinión, y en este momento tenía que admitir que un trabajo con posibilidades a futuro sería su salvación.

Se dijo a sí misma que el puesto de trabajo probablemente ni siquiera existía, o si existía, las solicitudes probablemente ya habían cerrado, e incluso si el puesto aún estaba vacante, ¿por qué se lo darían a ella?

No era que Zane, un trabajador de la planta de la fábrica, podía hacer algo para influenciar el resultado.

—Ahora no, gracias. Estoy comprometida a quedarme aquí, así que no puedo volver a casa.

—Pero nena, no pareces feliz. Lo puedo oír en tu voz. Pareces muy estresada. No deberías quedarte ahí si no es bueno para ti.

Cassie apretó los dientes.

—Estoy estresada porque estoy llegando tarde. Ahora debo irme. Por favor, no vuelvas a llamarme. No responderé y no hablaré contigo. Adiós, Zane.

Presionó el botón para terminar la llamada y cortó sus gritos de protesta.

Luego apagó el teléfono y salió del estacionamiento, enojada y frustrada por la conversación sin sentido y por lo débil que había sido con Zane. ¿Por qué era tan difícil hacerle frente? Aún cuando finalmente había reunido el coraje para cortarle el teléfono, le había dicho “por favor, no vuelvas a llamarme”. ¡“Por favor”! Como si le estuviese pidiendo un favor. Seguía poniendo todo el poder en sus manos. Con razón él creía que podía tener otra oportunidad con ella.

De cualquier modo, gracias a esa conversación llegaría aún más tarde. Quizás ni siquiera llegara a tiempo para llevar a Ella a la cama, y sabía que tendría que explicar por qué había pasado tanto tiempo en la ciudad.

Mientras se exprimía el cerebro para encontrar una buena excusa, terminó pasándose del desvío que tenía que tomar hacia el *chateau*. Todo se veía diferente en la oscuridad. Aunque el camino a la ciudad estaba bien señalizado, no había verificado que hubiera señales yendo hacia el lado opuesto. Ahora se daba cuenta de su error. La ciudad estaba claramente señalizada y el *chateau* no. Estaba desorientada y no sabía en qué dirección tenía que ir. Se estacionó e intentó conectarse al GPS pero, para su frustración, no tenía señal.

Cuando, quilómetros después, se dio cuenta de que definitivamente se estaba alejando, intentó regresar, pero en lugar de doblar a la derecha para rodear la manzana, terminó tomando por error una rampa de acceso a una autopista. Estaba en la autopista principal, dirigiéndose hacia Strasbourg.

—Mierda, mierda, mierda —susurró, al darse cuenta del error que había cometido.

En esta autopista, que parecía más bien una pista de carreras, no podía ir despacio para intentar orientarse. El tráfico era muy veloz y tenía que acelerar para evitar causar un accidente.

Se aferró al volante, al darse cuenta de que estaría forzada a manejar varios quilómetros en esta ruta infernal. La iluminación de la carretera contrastaba con la oscuridad de las calles del campo, pero la llevaba a alta velocidad en la dirección equivocada. ¿Volvería a encontrar el *chateau*? Y si lo hacía, ¿cómo explicaría su imperdonable tardanza, después de que se le había dicho expresamente que tenía que volver a tiempo para llevar a los niños a la cama?

Luego de lo que pareció un viaje interminable, Cassie logró encontrar una salida en la que podría cambiar su dirección y retroceder por la misma ruta, pero luego del error que había cometido y de los nervios del viaje, había perdido completamente el sentido de orientación. Se perdió la salida para cambiar de dirección y tenía que comenzar todo el proceso nuevamente, esta vez mientras se dirigía a París.

Cuando finalmente tomó la que ella creía era la salida correcta, no podía recordar ninguno de los giros que había dado para llegar a la autopista, y con un sentimiento de catástrofe, se dio cuenta de que se había equivocado completamente.

Cassie sintió como si estuviese atrapada en una pesadilla interminable, evitaba cada una de las silenciosas y oscuras calles de campo por las que pasaba, e intentaba ver algo en la oscuridad para encontrar algún punto de referencia que pudiera utilizar para orientarse. Pero los minutos pasaban y no aparecía ningún punto de referencia.

Las casas en esta zona estaban alejadas de la calle, y solo unas pocas tenían timbres o porteros eléctricos. Desesperada, intentó tocar en aquellas que sí tenían, pero dos de ellas no le respondieron, una persona la guió de regreso a la autopista y la última persona con la que intentó, una anciana, después de una conversación totalmente frustrante, finalmente admitió que no sabía en dónde estaba el *chateau*.

Finalmente y de pura suerte, Cassie se topó con una calle que creía reconocer. No podía creer que se estaba acercando al *chateau* desde una dirección completamente distinta, en la que pasaba por la pequeña ciudad en donde se había celebrado el festival. Para entonces, Cassie había perdido todas las esperanzas, porque era demasiado tarde para salvarse o incluso para dar explicaciones de forma adecuada. ¿Cómo era posible que una persona normal se perdiera total e increíblemente como ella lo había hecho?

Había dejado de mirar el reloj del auto mientras buscaba el camino, porque solo hacía que entrara más en pánico, pero Cassie le echó un vistazo mientras conducía por la entrada sinuosa. Eran casi las ocho. Se preparó para recibir una lluvia de críticas de Pierre. Él querría saber en dónde había estado, y ella no sabía cómo lo convencería de que había estado conduciendo alrededor de la zona durante más de una hora.

Cuando abrió la puerta principal, no estaba preparada para el caos que encontró allí adentro.

Un plato decorativo estaba hecho trizas cerca de la escalera y alguien, supuso que era Marc, golpeaba las teclas del piano desentonadamente en la sala de música. Ella estaba llorando, sentada en la cima de la escalera, y un poco más lejos podía escuchar a Margot y Antoinette gritándose en el comedor.

—Lamento llegar tan tarde. ¿Está todo bien? —gritó Cassie, mientras sentía que internamente le brotaba la ansiedad.

¿En dónde estaba Pierre? ¿Qué había ocurrido? Dudaba que los niños estuviesen corriendo fuera de control si él estaba en casa.

Un breve silencio siguió su grito.

Y luego, Margot le respondió con un chillido, con su voz aguda, estridente y furiosa.

—Ven aquí inmediatamente, Cassie. ¿Cómo te atreves a dejarme sola con los niños toda la noche? ¿En dónde diablos has estado?

Margot no esperó a que Cassie llegara al comedor. La enfrentó en el corredor, con el rostro enrojecido de furia y el hermoso cabello rubio alborotado.

—Explícame todo, ahora —le gritó, y Cassie pudo sentir el olor alcohol

en su aliento, una bebida más fuerte que el vino, apestaba a licor.

—¡Y más vale que digas la verdad esta vez, puta mentirosa!

CAPÍTULO DIECIOCHO

Cassie se quedó mirando a Margot con estupor. Estaba horrorizada ante los insultos que la rubia le había gritado enfrente de los niños, y no sabía cómo apaciguar la situación cuando se había intensificado tanto.

Obviamente Margot había bebido mucho, y Cassie supuso que no había soportado estar sola con los niños y había perdido el control rápidamente. Ahora estaba descargando su rabia con Cassie por haberse ido y haberla dejado en aprietos. Quizás esa era parte de la razón por la que estaba tan enojada, porque se sentía impotente.

—Lamento haber llegado tan tarde —dijo, haciendo lo posible para hablar calmada—. Cuando volvía de la ciudad, tomé el camino equivocado y me perdí completamente. ¿Debo llevar a los niños a la cama ahora?

—Ah, ¿tomaste el camino equivocado? ¿Esa es la verdadera razón por la que llegaste tan tarde? —se burló Margot.

Se adelantó y se inclinó hacia Cassie, tan cerca que Cassie podía ver el bordado intrincado de su costoso saco turquesa.

—¿Quieres que los niños sepan que su niñera no es más que una puta mentirosa y ordinaria?

Cassie retrocedió al darse cuenta de que Margot no estaba arrojando insultos al azar, sino que había sacado una conclusión totalmente equivocada. O quizás, se dijo a sí misma con una punzada de culpa al recordar las amenazas y promesas que Pierre le había susurrado en su dormitorio más temprano, Margot no estaba tan equivocada como ella hubiera querido.

Detrás de Margot, Cassie vio a Antoinette espiando desde el comedor. Por primera vez, la pose habitual de Antoinette la había abandonado. Tenía el rostro pálido y forzado, y Cassie supuso que había estado llorando.

—Por favor, ¿podemos discutir esto en privado? —le rogó a Margot—. Has malinterpretado completamente la situación. Te lo explicaré todo, pero no creo que sea conveniente que los niños escuchen esto.

Margot ignoró su pedido y continuó con su furioso sermón.

—¡Tú sales y Pierre sale inmediatamente después! ¿Y luego tú regresas, más de tres horas después? Él aún no ha regresado. ¿Crees que soy estúpida? ¡Sé lo que has estado haciendo! He visto la forma en que te mira.

—No sé a dónde fue Pierre —insistió Cassie, consciente de lo débil que sonaba eso, y de que era una coincidencia que él hubiese salido inmediatamente después de ella.

Él ni siquiera había mencionado que iba salir.

—Muéstrame tu billetera. ¡Vamos, sácala de tu bolso y muéstramela! —le dijo Margot mientras apuntaba con un dedo de punta roja al bolso de Cassie

—¿Mi billetera?

¿Qué era lo que quería encontrar Margot?, se preguntó Cassie. ¿Una tarjeta de una habitación de hotel? ¿Una nota escrita a mano? No tenía nada

de eso. Confundida, abrió su bolso y le dio su billetera, con la esperanza de que eso probara su inocencia, y preocupándose demasiado tarde de que, por la rabia, Margot destrozara su billetera.

Margot se la quitó de las manos y la abrió.

—¿Lo ves? —dijo victoriosamente, mientras sacaba un montón de billetes color naranja de cincuenta euros y los arrojaba al suelo.

Cassie observó cómo los billetes caían balanceándose, y su estómago se desplomó junto a ellos al darse cuenta de que el instinto de Margot era correcto.

—Es un montón de dinero, para alguien que esta mañana se quejaba de que le habían robado —la hostigó Margot—. ¿Vas a simular que retiraste todo esto de tu cuenta bancaria en la "ciudad"? Pensé que ibas a pagar una cuenta, no que te iban a pagar a ti. Pero alguien te dio dinero, ¿no? Me pregunto quién habrá sido.

—Pierre me dio un adelanto de mi salario —le dijo Cassie.

—Ah no, no fue así. Te dio ese dinero por otra razón, ¡maldita puta!

Cassie reprimió un grito, mientras Margot la tomaba del brazo y la empujaba hacia atrás. Se tropezó y se le resbaló el bolso del hombro. El contenido se desparramó en el suelo: humectante, labial, horquillas, lapiceras, todo se desparramó sobre las baldosas de mármol.

Miró hacia abajo y Margot extendió la mano, abofeteándola dolorosamente. Esta vez, Cassie sí gritó.

El primer instinto de Cassie era devolverle la bofetada a la rubia. La fuerza de su propia ira la asustó. Se controló con un enorme esfuerzo, y se dijo que debía ser una persona mejor y más fuerte, y no rebajarse al nivel de Margot. Tenía que intentar resolver esto de forma pacífica, especialmente si Antoinette estaba mirando.

—¡Margot, por favor! Tranquilízate. Lo que dije es verdad.

Margot la volvió a empujar y Cassie pisó el labial, que rodó y casi la hizo caer. Escuchó que se quebraba.

Empezó a sentirse extrañamente disociada. La forma en que Margot se inclinaba hacia ella, las provocaciones, el olor a alcohol en su aliento, le traían recuerdos que había olvidado hacía mucho tiempo. Otros lugares, otros momentos. Cuando era mucho más joven, y estaba mucho más asustada, se había enfrentado a otra mujer borracha y enojada que la había estado provocando.

Elaine, la novia de su padre que más había odiado.

Ahora, Cassie recordaba que ella no había deseado solamente que desapareciera. Realmente había deseado que estuviera muerta. Se lo había dicho a los gritos, mientras atacaba a la mujer con los puños, golpeándola, pateándola, torciendo los dedos para intentar sacarle los ojos.

"Desearía que estuvieras muerta" le había gritado a Elaine. *"Súbete a tu auto y estréllate. ¡Ve a la planta alta y salta de la ventana!"*

Y Elaine le había respondido gritando y atacándola con más fuerza.

"¡Vete al diablo, perra estúpida y escuálida! ¿Por qué no te tiras debajo de un camión? O busca el revólver de tu padre y juega con él. ¿Crees que alguien quiere que estés aquí?"

Sus palabras habían hecho un enorme agujero en el corazón de Cassie, porque, en el fondo, sabía que era verdad, nadie quería que ella estuviera allí. Ni su padre, ni Elaine, ni ninguno de sus amigos borrachos. Ella era un gasto, una responsabilidad, una molestia. Y quizás, cuando su padre la miraba, le había recordado demasiado a su madre, y a la persona que él solía ser.

Ahora, mientras luchaba por controlarse, recordó cómo no había podido controlarse en aquel momento. Ella y Elaine se habían lastimado horriblemente. Elaine le había arrancado un mechón de cabello, haciendo que el cuero cabelludo de Cassie sangrara, y Cassie le había dislocado el dedo a Elaine, haciendo que gritara de dolor y finalmente la soltara. Elaine había tenido que ir a la emergencia a tratarse, y habían terminado llamando a una ambulancia, porque cuando su padre volvió media hora después, estaba demasiado borracho para llevarlas en auto.

Ahora, ella veía en Margot la misma furia y el mismo descontrol.

El mismo odio.

La rubia rugió de rabia y le enterró las uñas en la piel, la arañó y le rasgó la ropa, y con los nudillos la golpeó en la cara.

—Detente —le gritó Cassie.

Soltó su bolso y abandonó su postura pasiva. No estaba preparada para tolerar este maltrato un minuto más. Le había dado a Margot el tiempo suficiente para que se tranquilizara y razonara, y no lo había hecho. Margot estaba más allá de la razón y las palabras, estaba a la ofensiva y Cassie estaba lista.

Margot embistió a Cassie y ella le arañó el rostro, le rastrilló la piel con las uñas e hizo que Margot diera un grito ahogado. Pero Margot enterró el taco de sus zapatos color verde lima en el pie de Cassie, y la puñalada atravesó la lona de sus zapatillas. Cassie retrocedió, gritando de dolor, pero al tener el pie atrapado, perdió el equilibrio y se cayó sobre el piso resbaloso de mármol, golpeándose la cadera y el hombro.

Escuchó un grito de susto detrás de ella, y supo que Ella había venido a ver qué era lo que estaba ocurriendo.

—Ella, ve para arriba —le gritó.

No podía hacer nada si Ella la ignoraba. Los niños se verían afectados por esto de todas formas, y la única opción que tenía era o que la vieran vencida por Margot, o que la vieran ganar.

Cassie se defendió con toda la fuerza que pudo. Tomó a Margot de los tobillos, con la esperanza de que perdiera el equilibrio, pero Margot empezó a pisotear y patalear para que Cassie tuviera que retorcerse para evitar sus tacos letales.

Cassie le devolvió las patadas hasta darle en la canilla, lo que la hizo chillar de dolor. Alentada, la volvió a patear y Margot dio un paso atrás,

maldiciendo violentamente.

Luego, detrás de Margot, Cassie vio que Antoinette había entrado en la refriega. Con los ojos entrecerrados, apuntó con precisión antes de golpear a la rubia en la parte de atrás de la rodilla con todas sus fuerzas.

La pierna de Margot se torció y, con un chillido, se cayó de sus tacos. Manoteó un estante para detener su caída y lo desprendió de las bisagras. Pájaros de cobre cayeron al suelo rodeándola, pero Margot logró atrapar una máscara africana antes de que se cayera.

—¡Perra! ¡Me lastimaste!

Usando la pesada máscara como bate, intentó pegarle a Cassie, quien dio un salto mientras la cabeza de madera se estrellaba contra el suelo, en donde había estado su brazo. Con Margot temporalmente desequilibrada, tomó el otro extremo de la máscara intentando que Margot la soltara.

Margot se inclinó hacia ella, gritando amenazas y obscenidades, mientras intentaba patear a Cassie para alejarla.

—¡Perra! ¡Ramera!

Cassie logró ponerse de pie, mientras peleaba con una mano y sujetaba la máscara con la otra. Luego, empujó la máscara lo más fuerte que pudo hacia Margot, que se desparramó en el suelo.

Cassie arrojó la máscara hacia Margot, y se estremeció de júbilo al ver que le daba en la frente.

Luego, se dio vuelta y corrió. Ya era suficiente. Se iba a encerrar en su dormitorio hasta que Margot recuperara la cordura. Afortunadamente, Ella no estaba por ningún lado, y Cassie esperaba que se hubiese ido cuando ella se lo había ordenado, y que no se hubiese quedado a ver toda la pelea.

Cuando corría hacia la esquina, Cassie se pechó con Pierre.

Lo había visto en el último segundo y, aunque había intentado disminuir la velocidad, se había estrellado con fuerza contra él.

Pierre la sujetó con fuerza, al tiempo que ambos se tambaleaban hacia atrás.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —gritó él, mientras Margot doblaba la esquina y Cassie luchaba para soltarse de Pierre al ver que el rostro de Margot se llenaba de veneno.

—Quítale las manos encima —espetó Margot.

Cassie vio que la mejilla le sangraba, le había cortado la piel de porcelana con las uñas y estaba cojeando, pero parecía ignorar las lesiones y estaba más furiosa que nunca.

—¿Qué estás insinuando? —le preguntó Pierre.

Su voz era más tranquila, pero el tono hizo que Cassie se sintiera profundamente inquieta.

—¡Tú y ella! —Margot les enterró el dedo a ambos para subrayar sus palabras—. Estuvieron juntos. No intentes negarlo. Sé lo que estuvieron haciendo.

Pierre suspiró profundamente.

—Margot, estás equivocada. Fui a París a tasar una escultura que irá a remate la semana que viene. Tu comportamiento es completamente inaceptable. Y también el tuyo —se volvió hacia Cassie, con las cejas tupidas fruncidas.

Antes de que Cassie pudiera explicar que había actuado en defensa propia contra la loca que se había convertido Margot, él continuó.

—Ve a tu dormitorio inmediatamente, Cassie. Ya no necesitamos de tus servicios esta noche. Me encargaré de los niños ahora. Discutiremos esto mañana.

—Pero… —intentó ella.

—Vete —insistió Pierre.

A pesar de su expresión monstruosa y de su tono terminante, Cassie encontró el coraje para defenderse. No podía marcharse sin explicar lo que había ocurrido.

—Por favor, ¿puede escuchar lo que tengo para decir? Esto no fue mi culpa —insistió ella.

—Sí, lo fue —dijo Margot entre dientes detrás de ella.

—Margot me atacó. Yo solo me defendí.

—¡No fue así! Mira el rasguño que tengo en el rostro —se defendió Margot.

Pierre miró a una y a la otra. Por un momento, Cassie creyó esperanzada que él al menos aceptaría lo que ella le había dicho. Pero entonces, el rostro de Pierre se oscureció.

—Margot es mi prometida y primero escucharé su versión de la historia. En todo caso, considero que regresaste demasiado tarde. Si hubieses llegado en hora, nada de esto hubiera ocurrido. Mañana lo discutiremos en profundidad.

Se sentía frustrada porque Pierre se negaba a escucharla, pero sabía que no podía seguir insistiendo. Cassie se apartó, recogió sus pertenencias desparramadas en el suelo y las guardó en su bolso. Uno de los billetes estaba roto y el labial aplastado era irrecuperable. Mientras se alejaba, se sintió avergonzada, como si las palabras displicentes de Pierre ya hubieran decidido que ella era culpable.

El sonido del piano se había detenido. Cassie supuso que Pierre se había dirigido de paso a la sala de música, porque Marc había desaparecido. Cuando llegó a la escalera, Marnie se apresuró desde la cocina con una pala y un cepillo para barrer los fragmentos del plato.

—Tengo entendido que has tenido una horrible pelea con Margot —le susurró.

Cassie asintió.

—Hablaré contigo más tarde —dijo Marnie, antes de apartarse e inclinarse para barrer el desorden en el suelo.

Ella aún estaba en la cima de las escaleras, y lloraba aún más fuerte.

—¿Vas a llevarme a la cama ahora? —sollozó—. Margot fue muy cruel

con nosotros esta noche.

—Tu padre te llevará a la cama —le dijo Cassie—. Quizás te lea una historia, si se lo pides amablemente.

Le alborotó el cabello a Ella al pasar.

Luego de intentar colocar la llave en la cerradura tres veces, se dio cuenta de que estaba temblando mucho. Cuando entró en su habitación, estaba al borde de las lágrimas. Se sentía completamente traumatizada por la pelea y furiosa ante las acusaciones de Margot. Deseaba haberle arrojado la máscara con la fuerza suficiente para dejarla inconsciente. No, con la fuerza suficiente para causarle un daño permanente a ese cerebro egoísta y cruel.

Escenas de la refriega se reproducían en su mente. El aliento a licor de Margot y los insultos que le había chillado a Cassie. Cómo había intentado retorcerse para evitar que Margot la pisara con los filosos y puntiagudos tacos color verde lima. Cómo había visto las estrellas al golpearse contra el piso. La expresión en el rostro de Antoinette, totalmente consternada, como si estuviese harta del comportamiento acosador de Margot.

También recordaba haber sentido, de manera sorpresiva, un tufillo a perfume, un aroma femenino y delicado, que por alguna razón la había impactado.

Cassie frunció el ceño, intentando ubicarlo. No lo había notado cuando Margot la había atacado. Agrandó los ojos al darse cuenta cuándo lo había empezado a sentir. Había sido inmediatamente después de haberse estrellado contra Pierre. Lo había sentido en su piel.

De repente, Cassie se preguntó si Pierre efectivamente había salido a tener una aventura romántica con otra mujer.

Bueno, aunque lo hubiera hecho, el ataque de Margot había sido completamente injustificado y Pierre había hecho oídos sordos a su versión de la historia. No le había importado. No la había defendido y no haría nada para impedir que esto volviera ocurrir.

En cuanto a Margot, era un demonio que venía del infierno.

La rabia le surgía internamente al pensar en cómo la habían tratado. Había sido completamente inaceptable. Este hogar estaba atrapado en la edad media, en más de un sentido. No había conexión para celular, no había internet, no había televisión, y la prometida del dueño sentía que tenía derecho a maltratar al personal como si fuera de su propiedad, y no seres humanos.

Cuanto más pensaba en eso, más se enojaba. La furia ante el tratamiento injusto hervía en su interior. Tenía ganas de ir al dormitorio de Pierre y darle una bofetada a Margot con todas sus fuerzas. Así aprendería.

Un golpecito en la puerta de su dormitorio la sacudió de los pensamientos vengativos.

—Adelante —dijo.

Marnie entró y cerró la puerta rápidamente. Traía un plato cubierto.

—Lamento mucho lo que ocurrió —dijo en voz baja, mientras ponía el plato sobre el escritorio—. No sé si pudiste comer esta noche, pero te traje

algo de queso y bizcochos por si tenías hambre.

—Gracias —dijo Cassie.

No tenía nada de hambre, pero el gesto de Marnie era tan amable que no podía rechazar la comida. Descubrió el plato y tomó un bizcocho, pero tenía la boca tan seca que le costó masticarlo. Tosió y tomó un vaso de agua que estaba en su mesa de luz.

—Lamento que esto haya ocurrido —le dijo Marnie con comprensión—. Las cosas han sido muy difíciles para todos nosotros desde que llegó Margot.

—Me imagino.

—La primera vez que le dije que la entrega de comida llegaría tarde y que había que cambiar el menú que estaba planeado para una velada, me dio una bofetada.

—¿De veras? ¿A ti también? Eso es horrible. ¿Y qué hiciste?

El rostro de Marnie se endureció.

—En el momento me sorprendió tanto que no hice nada —le respondió—. Luego me sentí tan furiosa que podría haberla matado. Jamás había tenido a un jefe que me tratara de esa forma. Pero no me quejé, porque ella echó a tres empleados del personal doméstico luego de que una joya “desapareciera”. No creo que desapareciera. Creo que ella la vendió y Pierre notó que había desaparecido.

—¿De verdad?

—Oh, sí. Pierre controla el dinero y lo que ella gasta. Si se pelean, deja de darle dinero. O, al menos, eso es lo que entiendo de las discusiones a alto volumen que he escuchado.

—¿Cómo te sientes en esta situación? —le preguntó Cassie mientras comía un pedazo de queso.

La conversación le resultaba extrañamente reconfortante. Al menos ya no se sentía la única enemiga de Margot.

—Todos los que trabajamos aquí la odiamos, y ninguno de nosotros se quiere quedar. Estoy buscando otro trabajo —confesó Marnie—. Ya tengo una oferta en una casa de huéspedes, en una ciudad cercana. A fin de mes decidiré a dónde ir y presentaré mi renuncia.

—No te culpo. Me siento igual y solo he estado aquí tres días. También quiero renunciar y creo que lo haré.

Marnie asintió con comprensión.

—No es fácil aquí. Nadie puede culparte si te marchas. La niñera que trabajó aquí antes que tú, se marchó luego de un mes, por las mismas razones. Y, ahora, mejor te dejo para que puedas dormir. Olvidemos que hemos tenido esta conversación y no lo volvamos a mencionar, o no nos irá bien en esta casa.

Le dio a Cassie una sonrisa cómplice cuando se iba.

Cassie resolvió que las palabras de Marnie habían cimentado su propia decisión. No estaba preparada para quedarse en un hogar en donde este era el nivel de violencia habitual. Estaba hecha un desastre emocional y físicamente,

y ahora se había enterado que su única amiga se iría cuando terminara el mes.

Cassie resolvió que, para mantener la cordura, tendría que renunciar en la mañana.

Le llevó una hora empacar cuidadosamente su equipaje. No le importaban los pedidos de Ella o las amenazas de Pierre. No iba a pensar en las consecuencias profesionales que tendría su decisión. Iba a cuidarse a sí misma y a su propio bienestar, y su única esperanza era que el resto ocurriera sin contratiempos.

Cuando terminó de empacar y aprontar todo, Cassie se metió en la cama, pero se dio cuenta de que no se podía dormir. Tenía la espalda amoratada y dolorida, y se había torcido un músculo del hombro durante la lucha con Margot, y esas eran solo las lesiones físicas.

Desde que había dejado su casa, se había esforzado para no repetir lo que había sufrido de niña.

Había evitado activamente el conflicto. Había terminado con Zane la primera vez que, enfurecido, le había levantado la mano. Había elegido amigos que eran amables y que vivían de la forma en la que ella aspiraba a vivir, y había elegido trabajos en los que tuviera la mínima fricción en su lugar de trabajo.

Ahora sentía como si se hubiera abierto una caja de pandora con sus recuerdos. Recordaba los momentos en los que su padre la había golpeado. Eso había comenzado con un empujón o una bofetada esporádica, y se había intensificado a golpizas a todo trapo, como si no pudiese controlar su ira interior por el triste giro que había tomado su vida, y entonces se desquitaba con ella.

Cassie recordaba ahora que había habido otras peleas con Elaine. Y recordada vívidamente la vez en que había encontrado a uno de los amigos de Elaine en su habitación, husmeando en sus cajones. Su única arma habían sido las llaves de la casa. Había atacado al hombre de mediana edad y baja estatura con ellas, y él había terminado escapando de la habitación con un corte en la cara.

Pero él había vuelto más tarde esa noche.

“Oye, niñita, ¿estás ahí?”

Cassie tiritó. Recordó el pánico que sintió al esconderse de él y al saber que si él la encontraba, no solo iba a buscar una revancha por la herida que le había causado, sino que planeaba hacer algo peor.

Con las manos temblando, abrió los paquetes de pastillas que había comprado en la farmacia. Este no era momento para disminuir la dosis, tomó una de cada una. Tenía justo el agua suficiente en su vaso para tragarlas.

Luego se acurrucó entre sus almohadas, dolorida y traumatizada, y esperó que las pastillas le hicieran efecto para finalmente poder dormirse.

Pero mientras esperaba, se dio cuenta de que podía escuchar un ruido que venía del otro lado de su puerta.

Cassie se levantó de la cama y fue de puntillas hacia la puerta, lo más

silenciosa que pudo. Escuchó cuidadosamente y esperó a que hubiera silencio entre la brisa ventosa que repiqueteaba en su ventana.

Entonces, inequívocamente, escuchó el sonido suave y continuo de una respiración.

Alguien estaba parado afuera de su dormitorio.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Al girar la llave de la puerta de su dormitorio, la mano le temblaba. Intentó hacerlo en silencio, pero hizo clic y se atascó. Escuchó pasos que se alejaban rápidamente.

Cassie luchó con la cerradura, y finalmente la abrió. Tiró de la puerta y observó el corredor.

No había nadie a la vista.

¿Quién había estado afuera de su dormitorio? ¿Pierre? ¿Margot?

Una furia justificada hizo que los pies la guiaran por el corredor hacia el dormitorio de Pierre. En cuanto dobló la esquina, escuchó voces exaltadas y se dio cuenta de que estaban discutiendo en el dormitorio. Entonces no había sido ninguno de los dos. Parecían estar en un debate acalorado y reñido, y se preguntó si Margot también había sentido el aroma a perfume en la piel de Pierre, o si se peleaban por la forma en que se había comportado con Cassie más temprano.

Cassie tenía curiosidad, pero no podía escuchar las palabras claramente del otro lado de la puerta. Sintió nervios al estar cerca de esa habitación otra vez. Había estado allí dos veces, y las dos habían terminado mal. No quería arriesgarse a que la descubrieran por tercera vez, aunque en el fondo fantaseaba con irrumpir en el dormitorio, sorprenderlos durante la discusión y exigir que escucharan su versión.

Al menos habría podido dar su opinión antes de marcharse.

Mientras permanecía indecisa en el corredor, las voces se detuvieron abruptamente, y Cassie volvió apresuradamente a su habitación.

Apagó la luz y, para tranquilizarse, tomó otra pastilla del blíster y se la tragó sin nada de agua. Si la somnolencia era un efecto secundario, con gusto tomaría el doble de la dosis recomendada. Era la única forma de poder dormir después del trauma que había sufrido durante el día.

Cuando estaba a punto de dormirse, sintió un alarido que provenía del final del corredor y que la despertó completamente.

Cassie se sentó y prendió la lámpara de su mesa de luz. Con ansiedad, intentó escuchar y se preguntó qué estaba ocurriendo, y si había recordado cerrar la puerta con llave al volver a su habitación. Cuando escuchó un segundo alarido, reconoció la voz de Ella. La niña debía estar teniendo otra pesadilla, y a pesar de que Pierre le había ordenado que permaneciera en su habitación, Cassie tenía que ir a consolarla.

Revolvió su maleta en busca de su bata, por si se quedaba un tiempo con Ella, y luego se apresuró a su dormitorio.

—Ella, soy yo. Estás bien, no te preocupes. Yo estoy aquí.

Rápidamente, Cassie prendió la luz y cerró la puerta, por si los gritos de Ella alertaban a Margot. Lo último que necesitaba era otro enfrentamiento nocturno con la rubia trastornada.

—¿Estabas teniendo una pesadilla?

Ella estaba aún en la agonía de su pesadilla. Golpeaba a Cassie con los pequeños puños y gritaba en sueños.

—¡Detente! ¡Deja de lastimarme!

Cassie la sacudió suavemente para despertarla, estaba preocupada por lo que podía haberle causado esa pesadilla.

—Todo está bien —la tranquilizó—. Mira, aquí tienes tu oso de peluche. ¿Quieres sentarte por un rato para asegurarte de no volver a soñar lo mismo?

Ella estaba hirviendo, y tenía la espalda húmeda por la traspiración. Se había enterrado bajo las sábanas, lo que había sido suficiente para recalentarse, pero Cassie esperaba que no estuviera con fiebre.

—¿Te sientes mal? —le preguntó con preocupación.

—Tuve un sueño horrible —sollozó Ella—. No podía respirar, Cassie. Alguien me estaba estrangulando. Fue horrible. ¡Pensé que me iba a morir!

—Oh, Ella, eso debe haber sido escalofriante. Lamento que hayas tenido ese sueño. Pero no ocurrió. Mira, ahora estás bien. Creo que has estado intentando respirar debajo de las sábanas. A mí tampoco me gusta dormir con la cabeza tapada. ¿Quieres que abra la ventana para que entre un poco de aire?

Ella asintió, y Cassie abrió un poco la ventana para que entrara el aire fresco de afuera.

Cuando se paró, se sintió mareada y desorientada, como si se estuviese mirando a sí misma desde lejos, abriendo la ventana. Supuso que era a consecuencia del estrés.

—Me quedaré contigo hasta que te duermas —le prometió.

Alisó su almohada y la ayudó a ponerse cómoda otra vez.

—¿Y mañana? —Le preguntó Ella con un lamento—. ¿Estarás aquí mañana? ¿O te irás antes de que me despierte?

Cassie se preguntó si había sido Ella la que había estado parada afuera de su dormitorio. Habría podido ver a través del ojo de la cerradura en puntas de pie. O quizás simplemente había estado afuera esperando, y había escuchado que Cassie ponía su maleta en el suelo, y luego el ruido de ella empacando. De cualquier modo, Ella había acertado de una manera desconcertante, y Cassie sabía que tenía que decirle una mentira reconfortante.

—Por supuesto que aún estaré aquí —le aseguró a la pequeña, aunque sabía, con culpa, que planeaba marcharse apenas amaneciera.

Lo menos que podía hacer era esperar a que Ella se sumiera en un sueño tranquilo, así que le leyó una historia, la favorita de Ella. Después de la historia, Ella parecía mucho más tranquila, y Cassie esperaba que se hubiese olvidado del sueño que había tenido.

Cassie se sentó al borde de la cama y esperó hasta estar segura de que Ella estuviera profundamente dormida. Le quitó un mechón de cabello del rostro, para evitar que le cayera en la boca y volviera a soñar que se estaba ahogando.

Luego miró más abajo y frunció el ceño. Lo que tenía en el cuello, ¿era una sombra u otra cosa?

Miró más de cerca y vio el contorno borroso pero inconfundible de un moretón.

Se llenó de ira mientras lo observaba. Alguien, y ella podía adivinar exactamente quién, le había hecho esto a Ella, quizás hacía tan solo unas horas.

Se podía imaginar el enfrentamiento, cómo Margot le habría gritado a Ella que se callara y empezara a obedecerle. Como Ella no la había escuchado u obedecido, la rubia la había agarrado del cuello.

Quizás a esa altura ya había estado tomando. Parecía que se ponía violenta demasiado rápido cuando se enojaba.

La experiencia debía haber traumatizado a Ella. Con razón estaba llorando cuando Cassie llegó a casa. Probablemente había borrado el suceso de su mente, pero en sueños su inconsciente lo había recordado, y había intentado expulsar los demonios.

Cassie sintió un ataque de ira tan fuerte que se asustó.

Al ser la hija más pequeña, Ella era por lejos la más vulnerable a este tipo de maltrato, y la que tendría las cicatrices más profundas.

Cassie resolvió que antes de irse de Francia, iba a denunciar a la familia a las autoridades competentes. Con suerte, investigarían e impedirían el maltrato de Margot. Sería lo último que podría hacer por Ella, antes de abandonar a la familia Dubois para siempre.

*

Cassie volvió a su habitación. Aún sentía como si estuviera teniendo una experiencia extracorporal, y no podía deshacerse de la ira que ardía en su interior. No creía que fuera a poder dormirse en este estado, pero sabía que no podía perder la cabeza si iba a intentar marcharse a primera hora. Una noche sin dormir no la ayudaría.

Se preguntó si debía tomar una tercera pastilla, ya que la segunda solo la había hecho sentirse mareada. Antes de que pudiera pensarlo demasiado, la sacó del paquete y se la tragó. Supuso que se sentiría atontada en la mañana, pero por ahora, al menos, se podía tranquilizar y descansar un poco.

Luego de lo que pareció una hora, en la que se movía incómoda sobre el colchón y sentía que nunca se dormiría, Cassie se deslizó directamente en una pesadilla.

Seguía a su hermana mayor, Jacqui, por el bosque. Los árboles eran muy oscuros, los troncos nudosos estaban cada vez más apretados y no había un camino visible. El día, o más bien parecía la noche, era húmeda y fría, y Cassie quería regresar porque tenía un fuerte presentimiento de que a donde fuera que se dirigieran, era aún peor que lo que dejaban atrás.

—No seas tonta —le dijo Jacqui—. Por supuesto que debemos seguir. No quieres volver a vivir con papá, ¿o sí? Recuerda lo que te pasó allí.

—Pero este lugar es peligroso —Cassie le rogó a su hermana—. No

podemos vivir en el bosque. Es oscuro y frío, no trajimos ropa, no hay nada para comer. Siento miedo aquí.

Jacqui se volteó y levantó una ceja, como solía hacer cuando ella tenía razón y Cassie estaba equivocada.

—No me quedaré allí si esa gente me puede lastimar. Tú puedes volver, si quieres.

—Pero ahora estoy perdida. No sé por dónde es la salida.

Cassie miró a su alrededor con pánico, porque los árboles la cercaban y la encerraban en una jaula con sus ramas frías y oscuras.

—Por favor, ayúdame, Jacqui. Regresemos juntas.

Y entonces, para su angustia, Jacqui empezó a burlarse de ella.

—Pobre niñita asustada. Mírate. Ni siquiera puedes defenderte. Eres débil, y mereces quedarte sola aquí. Yo seguiré, no tengo miedo. Tú quédate aquí, a ver si te gusta.

Jacqui comenzó a reírse, era un sonido desagradable, agudo y melodioso, y Cassie corrió hacia ella hecha una furia.

Lo árboles se abrieron, revelando un barranco profundo detrás de ella. Cassie podía haberse detenido, pero no lo hizo. Empujó a Jacqui con todas sus fuerzas, y vio como su cabello salía volando y sus extremidades se sacudían mientras caía hacia el fondo.

Cassie miró fijamente las sombrías profundidades del barranco, y vio que el cuerpo de su hermana yacía allí, inmóvil.

Se despertó reprimiendo un alarido.

¿En dónde estaba? No estaba en su cama.

Cassie miró a su alrededor, desorientada. Estaba casi totalmente oscuro, pero había un rayo de luz que venía de debajo de la puerta. Hacía años que no caminaba dormida, pero tampoco se había sentido tan estresada como ahora. En tiempos difíciles, lo había hecho diariamente, cuando era más chica. Siempre la había dejado con un sentimiento de desorientación completa, como si la hubiesen devuelto a la vida después de haberla arrancado de ella, y se hubiese perdido algo importante en el camino.

Nunca había podido quitarse esa sensación, aún después de que el doctor le explicara que su consciencia estaba inactiva mientras caminaba dormida, como si hubiese ocurrido durante un sueño profundo.

Estiró el brazo, el objeto que brillaba delante de ella la confundía, y se encontró sujetando un pomo brillante de latón.

Cassie quitó la mano del frío metal, al darse cuenta de pronto en dónde estaba. Había caminado dormida hasta la puerta del dormitorio de Pierre. Quizás, en sueños, había intentando tomarse su ansiada venganza de Margot. De haber abierto la puerta, le hubiese ido muy mal. Podía imaginar la escena que hubiese hecho Margot si hubiese entrado en la habitación.

Se alejó rápidamente, y le resultó extraño volver sobre los pasos que había dado dormida y de los que no tenía recuerdo. Se dio cuenta de que con la visita nocturna de Marnie y todo lo que había ocurrido esa noche, había estado

demasiado preocupada para cerrar la puerta de su dormitorio con llave, y por eso había salido de su habitación tan fácilmente. Si hubiese recordado cerrar con llave la puerta y poner la llave en su mesa de luz, estaba segura de que nunca hubiera llegado tan lejos.

Su sueño había sido tan real. Recordaba cómo el rostro engreído de Jacqui se había transformado en horror, al darse cuenta de lo que Cassie estaba a punto de hacer. Y Cassie no se había detenido. Ni se le había cruzado por la cabeza tener compasión y darle una oportunidad a Jacqui.

Se sentía profundamente avergonzada, como si hubiera accedido a una veta maligna de sí misma que no conocía.

Luego de regresar a su dormitorio, prendió la luz y, con la comodidad de su brillo irrumpiendo en la oscuridad, finalmente logró volver a dormirse. Creyó haber tenido otros sueños, pero se había dormido tan profundamente que no los podía recordar.

El canto de los pájaros le anunció que estaba por amanecer, aunque el sol no era más que un brillo borroso y anaranjado en el horizonte. Cassie miró la hora en su teléfono y vio, con excitación y nerviosismo, que eran casi las siete de la mañana. Tenía que irse. No estaba segura de que Pierre estuviese levantado aún, pero si no lo estaba, lo despertaría.

Se recogió el cabello y guardó su neceser, luego de haber decidido que no se iba a maquillar para enfrentar a Pierre, aunque estaba muy pálida. Tenía un moretón en la mejilla, fruto de la lucha con Margot, y un rasguño profundo en el puño, que le ardía mucho. Lo observó perpleja, pues ni siquiera lo había notado la noche anterior. ¿Cuándo había ocurrido?

—Me marcho —se dijo a sí misma enfrente al espejo.

Volvió a intentarlo, esta vez con más resolución.

—Pierre, me marcho. No estoy preparada para trabajar un día más en esta casa. Quisiera usar el teléfono de su estudio para llamar a un taxi, por favor.

Si le decía que no, simplemente tomaría sus cosas y se marcharía. Sabía dónde estaba el vivero, y podía cargar su maleta hasta allí. Pierre no la iba a detener. Ella no se lo permitiría.

Se iría antes de que Ella despertara, lo que probablemente ocurriría en media hora. Eso quería decir que tenía que actuar ahora.

Puso el pasaporte en el bolsillo de su chaqueta, lista para marcharse.

Sentía un poco de náuseas y mucha sed, pero se dijo que probablemente era por haber tomado el triple de la dosis de su medicación. Sorpresivamente, la dosis más alta no la había ayudado con el sueño. Mientras guardaba las pastillas, lo último que tenía que poner en su bolso, se dio cuenta por qué.

Se había confundido con el envase desconocido y había tomado las pastillas equivocadas. En lugar de tomar las pastillas que causaban somnolencia, había tomado tres de las que el doctor le había advertido que tomara solo media pastilla diaria, porque más que eso podía causar episodios sicóticos.

Ahora entendía por qué tenía náuseas. Con algo de suerte, se habría

librado de los peores efectos mientras dormía, y las náuseas desaparecerían. Con la esperanza de que tomar agua pudiera ayudar, fue el baño y se tomó dos vasos llenos.

Luego levantó el mentón, y con resolución marchó por el corredor hacia el dormitorio de Pierre, reprimiendo un escalofrío mientras se acercaba a la puerta de madera.

Levantó la mano y golpeó firmemente.

—¿Pierre? —lo llamó, encantada de que su voz sonara firme y fuerte.

Esperó, pero no tuvo respuesta.

—Pierre, soy Cassie. Necesito hablar con usted de forma urgente. ¿Está despierto?

Otra vez no hubo respuesta. Estaba segura de que su golpe habría despertado a Pierre o a Margot si estaban dormidos. Tenía suerte si justo hoy habían salido temprano.

Si fuera así, dejaría una nota en el estudio y llamaría a un taxi para que viniera a buscarla. Si Pierre no estaba, no permitiría que eso estropeara sus planes. En realidad, haría más fácil su partida.

Cassie abrió la puerta e intentó no pensar en "la tercera es la perdida", el mantra que resonaba en su cabeza cuando agarró el picaporte.

El dormitorio estaba vacío y vio con sorpresa que la cama estaba hecha, aunque el cubrecama estaba arrugado, como si alguien se hubiese sentado allí. La habitación estaba helada, porque la enorme puerta francesa estaba abierta. El frío viento matinal empujaba las cortinas de encaje. Escuchó un crujido de papeles que venía del estudio y se detuvo, pensando que Pierre podía estar ahí, pero se dio cuenta de que tenía que ser el viento.

Cassie cerró la puerta detrás de ella, lo que calmó un poco la corriente.

Tiritó. Esto le daba miedo. Realmente quería presentar su renuncia formalmente, y no escaparse a sus espaldas, pero claramente no estaban allí y no tenía otra opción.

Solo debía asegurarse de que la nota no diera lugar a dudas o malinterpretaciones. Una cosa era decirlo, otra escribirlo.

El estudio era un caos. El viento había volado una pila de papeles del escritorio al suelo, y estaban todos desordenados. Mientras observaba, otro papel se volaba de la superficie de caoba.

Cassie volvió apresurada al dormitorio a cerrar las puertas francesas.

El sol estaba en ascenso y ya era de día. El cielo estaba totalmente despejado, aunque había viento, y observó el tapiz exquisito del campo, que desde este mirador se podía ver que se extendía por quilómetros. Las colinas ondulantes, los bosques majestuosos que desde aquí parecían pequeños, el colorido damero de campos y viñedos. Deseaba haber tenido más tiempo para disfrutar la belleza de esta zona, y de una manera más placentera. Si tan solo las cosas hubiesen sido distintas.

Pero no habían sido distintas.

Una de las sillas de hierro forjado que estaba al lado de la baranda del

balcón se había caído. Cassie salió al balcón y respiró hondo, mientras una ráfaga helada la atravesaba y soplaba los mechones de cabello sueltos de la coleta.

Se inclinó para levantar la silla, y entonces, algo más abajo llamó su atención. Era una mancha brillante color turquesa, que resaltaba en los adoquines ornamentales. Desconcertada, se agachó y miró hacia abajo.

Se aferró al balcón, con las manos resbalosas por la traspiración repentina, y se dio cuenta de lo que estaba viendo.

El saco bello y costoso, las extremidades despatarradas, un zapato verde lima solo que se le había salido durante la caída.

—¡Dios mío! —susurró Cassie.

Se quedó mirando la terrible escena por unos segundos interminables, mientras su mente luchaba por aceptar la realidad que estaba viendo.

Luego, cuando se le revolvía aún más el estómago, se dio vuelta y se tambaleó hacia adentro con las piernas entumecidas. Apenas entró al lujoso baño, vomitó copiosamente.

CAPÍTULO VEINTE

El vómito caliente y ácido le quemó la garganta. Hizo arcadas en el inodoro de cerámica blanca, mientras revivía el horror que había visto afuera.

El cuerpo de Margot yacía inmóvil, desparramado sobre los adoquines. Una de las piernas estaba torcida en un ángulo espantoso.

Margot seguramente estaba muerta… pero quizás, por un milagro, aún estaba viva, aunque inconsciente y en coma.

Cassie escupió en el inodoro y se limpió la boca. A pesar del frío que hacía en la habitación, había empezado a traspirar en la frente y las axilas. Se sentía más mareada que antes, y cuando salió del baño volvió hacia el balcón, desorientada. Luego se dio vuelta y se apresuró hacia la puerta del dormitorio, con las piernas temblando.

—¿Pierre? —gritó, mientras corría por el corredor— Pierre, ¿en dónde está?

¿En dónde estaba? Y más importante ¿en dónde había estado cuando esto ocurrió?

Volvió a sentir que se le revolvía el estómago por las náuseas, al preguntarse si debía hacerse la misma pregunta. Después de todo, había tenido ese sueño extraño e inquietante en el que había visto un cuerpo. ¿Era posible que hubiese caminado dormida hasta el dormitorio de Pierre y hubiese mirado hacia abajo desde el balcón sin darse cuenta? Aunque no hubiese podido ver nada por la oscuridad.

Sin embargo, ¿por qué el recuerdo de empujar a Jacqui barranco abajo había sido tan vívido?

Cassie volvió a llamar a Pierre y vio que las puertas de las habitaciones se abrían. Antoinette tenía puesto un camisón color durazno, y estaba parada en la puerta con expresión de curiosidad y cautela. Marc salió disparado como una bala de su habitación, con un dinosaurio de juguete.

—¿En dónde está papá? —Gritó— ¡Papá, Cassie te está buscando!

Pasó por al lado de Cassie como un rayo y ella logró sujetarlo antes de que corriera hacia abajo. Cassie se volvió a Antoinette.

—Por favor, Antoinette, tú y Marc vuelvan a sus dormitorios y quédense allí. Es importante y muy grave. No salgan de sus habitaciones. Les explicaré por qué en un minuto.

Afortunadamente, su tono de urgencia fue suficiente para convencer a Marc, quien volvió a su habitación sin protestar.

Cassie bajó las escaleras, agarrándose del pasamano y tropezándose mientras corría.

Entró a la cocina sin aliento y la criada que sacaba una bandeja del horno la miró con curiosidad.

—¿En dónde está Marnie?

Cassie estaba sollozando y las lágrimas le nublaban los ojos. Allí estaba

Marnie, corriendo hacia ella con preocupación y apoyando el canasto que cargaba en el suelo para sujetar de los hombros a Cassie, que se bamboleaba.

—¿Qué pasa? —Le preguntó— ¿Qué ha ocurrido, Cassie?

—Llama a una ambulancia, llama a la policía, rápido —dijo Cassie, ahogada—. Margot está tendida afuera. Se debe haber caído del balcón y creo que está muerta.

—Dios mío —dijo Marnie.

Cerró los ojos brevemente. Cassie vio que se había puesto muy pálida.

—¿En dónde está Pierre? —le preguntó.

—No lo sé. No estaba en su dormitorio. Debe haber salido.

Marnie asintió.

—Bueno, muéstrame en dónde se cayó.

Cassie no quería acercarse al cuerpo desparramado, pero sabía que tenía que hacerlo.

Juntó toda su fuerza de voluntad y salió por la puerta de la antecocina con Marnie. Rodearon el *chateau* y descendieron dos tramos de escaleras exteriores. Ahora Cassie veía que el *chateau* estaba construido en una ladera empinada. La vista increíble que tenía el balcón del dormitorio principal, significaba que había una caída al pavimento de tres o cuatro pisos.

Marnie tomó aire al ver el cuerpo desparramado sobre las baldosas ornamentadas. Se acercó con vacilación, y Cassie la seguía detrás.

Cassie sintió que se le subía la bilis a la garganta y sintió ganas de vomitar otra vez, aunque no tenía nada en el estómago. No tenía dudas de que Margot estaba muerta. Tenía la boca abierta y los ojos ciegos mirando hacia arriba. La piscina de sangre detrás de la cabeza se había extendido y coagulado sobre las piedras plateadas. La piel era de un color azul pálido, y Cassie vio, con horror, que eso hacía que los moretones en el cuello desnudo se notaran aún más. Podía ver claramente las marcas de los dedos en cada una de las manchas purpúreas.

Cassie creyó oír a Marnie murmurando una oración, al tiempo que se arrodillaba y tomaba la muñeca extendida de la mujer.

—No tiene pulso —confirmó Marnie con voz temblorosa—. Llamaré a la policía. No necesitaremos una ambulancia. Por favor, ¿puedes quedarte con los niños por ahora? Sería mejor que permanecieran arriba, hasta que la policía haya hecho su trabajo. Creo que deberías ir con ellos rápidamente, porque les puede dar curiosidad.

Cassie asintió y volvió por el mismo camino que había ido. Llegó a la planta alta justo a tiempo, pues Ella ya se dirigía por el pasillo al dormitorio de Pierre, con el cabello despeinado por la almohada, llamando a su padre.

—Ella, vuelve aquí.

Cassie levantó a Ella y la cargó en brazos hasta su dormitorio. Decidió que sería más seguro que los tres niños permanecieran juntos en la misma habitación.

—Por favor, espera aquí, Ella —le dijo firmemente, antes de ir a buscar a

Antoinette y Marc.

Unos minutos después, estaban todos reunidos en el dormitorio de Ella.

Cassie se dio cuenta de que no tenía palabras. Observó los rostros expectantes en silencio. La noche anterior, habían visto el comportamiento abusivo de Margot y la pelea. Ese sería el último recuerdo que tendrían de Margot.

Cassie recordó cómo había agarrado la larga máscara de madera cuando Margot la había atacado, y cómo se la había arrojado, apuntando a su cabeza. Había querido lastimar a Margot, porque creía que quizás el dolor haría que entrara en razón. En realidad, había querido lastimar a Margot por lo que le había dicho, aunque lo había justificado como defensa propia.

Recordó cómo había corrido detrás de Margot llena de ira, y sus palabras burlonas se habían grabado en su memoria. Sabía que, con esos tacos, Margot tenía la altura suficiente y el parapeto era lo suficientemente bajo, así que la había empujado con fuerza. Creía que Margot había intentado gritar, pero apenas había soltado un quejido, mientras la derribaba y caía al vacío inferior.

— ¡No! —dijo Cassie en voz alta.

Eso no había ocurrido. Se estaba confundiendo con el sueño. Después de tanto estrés y de la sobredosis accidental de las pastillas equivocadas, no era de extrañar que hoy los límites entre la imaginación y la realidad estuvieran borrosos.

Recordó cómo Antoinette había golpeado a Margot en la parte de atrás de las rodillas. Cuando les diera la noticia, debía asegurarse de ver la reacción de Antoinette.

—Ha habido un accidente —les dijo.

— ¿Qué sucedió? ¿Papá está bien? —preguntó Ella con ansiedad.

—Es Margot. Anoche se cayó.

Cassie tragó.

¿Era su imaginación, o Antoinette ocultaba una sonrisa?

—¿Se lastimó? —preguntó Marc.

—Se…se cayó del balcón. No sobrevivió a la caída. Está muerta. Tenemos que esperar aquí hasta que venga la policía.

Observó los rostros de los niños.

Ella estalló en llanto ante la noticia, pero por el contrario, Antoinette no demostró emoción alguna. Le devolvía la mirada a Cassie con tranquilidad.

Marc frunció el ceño.

—¿Qué hará la policía? —preguntó.

—Examinarán a Margot y se la llevarán —dijo Cassie.

Su conocimiento de estos asuntos era muy escaso como para decir algo más. Se le hizo un nudo de pavor en el estómago. ¿Qué había pasado exactamente anoche? La sobredosis de medicación le había dejado la memoria borrosa y había huecos que no podía llenar. Apenas recordaba haber empacado sus maletas. Creía haber ido al dormitorio de Ella, ¿o había sido la noche anterior? ¿Había caminado dormida, o eso había sido parte de su

sueño?

Cassie sabía que tenía que intentar darle sentido a la escena de la noche anterior, porque sin dudas la policía interrogaría a todos. Después de todo, el balcón de piedra llegaba a la altura de la cintura, y hubiera sido imposible que Margot se cayera por accidente.

—Escucho a papá —dijo Marc animado.

Cassie abrió la puerta del dormitorio y escuchó un murmullo de voces que venía de abajo. La de Pierre efectivamente era una de ellas.

—¿Puedo ir con papá? —preguntó Ella, mientras se bajaba de la cama.

—No, no, definitivamente no. Ahora no —Cassie volvió cerrar la puerta —. Va a estar muy ocupado en las próximas horas. Estoy segura de que la policía llegará en cualquier momento.

—¿Podemos desayunar, Cassie? —preguntó Antoinette—Tengo bastante hambre.

Cassie la miró consternada. Comer era lo último que se le cruzaba por la cabeza, y supuso que los niños estarían muy disgustados como para comer. Pero claramente, las noticias del reciente deceso de Margot no habían afectado el apetito de Antoinette en lo más mínimo.

O quizás la solicitud de comida, pensó de pronto, podía ser una estrategia para que Cassie saliera de la habitación, si Antoinette planeaba una jugarreta.

—¿Puedes esperar un poco? —le preguntó.

Antoinette suspiró.

—Supongo que sí.

Cassie volvió a sentir el ruido de la puerta del frente y un coro de voces nuevas. La policía debía haber llegado. Si hubiese estado en su habitación, hubiera visto la llegada de los automóviles, pero los dormitorios de los niños daban a los jardines y campos de la parte trasera de la casa.

Escuchó los pasos pesados subir la escalera y luego pasar en dirección al dormitorio principal. La policía debía estar inspeccionando la escena, para ver desde dónde se había caído Margot. Quizás también buscaran pistas dentro del dormitorio, que les dijeran lo que había ocurrido.

Tenía que acordarse de mencionar que había levantado la silla del balcón.

—¿Quieren que les lea una historia? —le preguntó a los niños, intentando sonar alegre.

Aceptaron de mala gana, y Cassie eligió un libro que no le había leído a Ella antes. Era un cuento de hadas, que esperaba que también atrajera a los otros niños, y que mantuviera su mente ocupada. Estaba distraída e inquieta, se tropezaba con las palabras, y de repente se sentía incapaz de entender el francés básico, que habitualmente era un idioma cotidiano para ella. Claramente, Antoinette no estaba concentrada en la historia, y Ella intentaba escuchar lo que ocurría afuera, con el rostro afligido.

Después de más o menos media hora, Marnie golpeó la puerta.

—La policía quiere hablar contigo —le dijo, y Cassie vio a un hombre esbelto de cabello rubio y vestido de traje y corbata parado detrás de ella.

Parecía serio y para nada compasivo.

Marnie cargaba un cesto de refrigerios y le dio a los niños fruta y pasteles. Cassie se preguntó si debía comer algo. No tenía nada de hambre pero su mareo empeoraba, y pensó que comer podría ayudar a que se sintiera mejor.

No tenía tiempo, decidió de mala gana. El policía ya estaba bajando las escaleras. Lo siguió y vio que estaban usando el comedor como sala de interrogatorios. Después de haber entrado y cerrado la puerta, el detective se presentó.

—Soy el detective Granger, y ella es mi colega, la detective Bisset.

Hablaba perfecto inglés.

Cassie sonrió nerviosa a la joven de pantalón de vestir azul marino que estaba preparando el grabador.

—Hemos interrogado a su jefe, el señor Pierre Dubois —explicó Granger —. Quisiéramos escuchar su versión de los hechos que ocurrieron anoche y esta mañana. ¿Prefiere que el interrogatorio sea en inglés o en francés?

—En francés está bien —dijo Cassie en francés, con la esperanza de que eso le diera una ventaja con los severos policías.

Aunque supuso que Pierre era el principal sospechoso, y estaba segura de que él había cometido el crimen, supuso que ella también estaba bajo sospecha. Los huecos en su memoria eran angustiantes y la hacían estar muy nerviosa. No quería decir algo equivocado, o parecer que estaba escondiendo algo.

—Bien. Empecemos entonces. Tome asiento aquí, enfrente de la detective Bisset. Y dígame su nombre, fecha de nacimiento y domicilio para que conste en nuestros registros, por favor.

Las primeras preguntas fueron de rutina. De dónde era, la agencia que la había contratado, cuánto tiempo hacía que estaba trabajando con esta familia. Cassie notó que la detective Bisset se sorprendió cuando ella dijo que había llegado hacía tan solo tres días.

Hicieron que les explicara paso a paso lo que había ocurrido esa mañana, y le preguntaron con qué se había encontrado al entrar en el dormitorio. Cassie mencionó la silla caída en el balcón, que la había levantado y entonces había advertido el cuerpo tendido más abajo.

—¿Y por qué entró en la habitación? —le preguntó el detective Granger.

—Quería preguntarles si podía usar el teléfono que está en el estudio — dijo Cassie.

No quería decir que había ido a llamar un taxi con la intención de marcharse. Eso seguramente parecería sospechoso. Luego se dio cuenta de que las primeras horas de la mañana en Francia corresponden a la medianoche en Estados Unidos, por lo que no podía decir que quería hablar con alguien de allí. Quizás podía decir que había querido contactarse con Jess, la niñera que había conocido en el avión.

Afortunadamente, la policía no le hizo más preguntas acerca de la llamada telefónica. Se sintió aliviada, pero no por mucho tiempo, pues el

interrogatorio tomaría un rumbo más complejo.

—Cuéntenos lo que ha observado de la relación entre el señor Dubois y la señorita Fabron —le preguntó el detective Granger.

—Solo la conocía como Margot —dijo Cassie—. No sabía su apellido.

¿Cuánto debía contar? Estaba jugueteando con el mantel entre los dedos y se detuvo rápidamente, por si ellos lo interpretaban como una señal de que era culpable.

Podía hablar de la violenta escena de estrangulación que había visto en el dormitorio, y los objetos de sadomasoquismo en el cajón secreto, pero entonces tendría que explicar cómo los había encontrado y eso la llevaría por un camino peligroso. La policía le preguntaría, con razón, por qué había invadido la habitación privada de sus jefes. La historia del pasaporte perdido parecía inverosímil y solo Ella, a quien quería proteger, la podía confirmar.

Todo era tan complicado, que de pronto volvió a sentir náuseas.

—Por favor, ¿podría tomar un poco de agua? —preguntó—. Les pido disculpas, pero vomité después de ver el cuerpo y aún me siento bastante mareada.

—Por supuesto.

Bisset se levantó de su asiento y le acercó a Cassie un vaso de agua y una taza de café.

Cassie le agregó tres cucharadas de azúcar al café y tomó un sorbo, agradecida de ingerir algo dulce.

—Parecían tener una relación inestable —dijo—. Me refiero a Pierre y Margot. Siempre había un conflicto de trasfondo en la casa. Los escuché discutir varias veces cuando me levantaba para ir al baño en la noche.

—Por favor, continúa —la alentó Bisset.

Sonaba tan comprensiva que Cassie siguió hablando.

—Pierre es muy controlador pero no parece tener un vínculo emocional estrecho con los niños —dijo—. Por otro lado, Margot parecía ser muy insegura. Las propiedades y el estatus parecían ser importantes para ella. Reaccionaba muy mal a la crítica.

—¿Ella le agradaba?

La pregunta venía del detective Granger.

Cassie vaciló.

—No, no me disgustaba, pero no éramos amigas. Es decir, vine aquí a trabajar, no a ser su amiga.

—Veo que tiene un moretón en el rostro. Y eso en el brazo, ¿es un rasguño? —Granger se inclinó hacia adelante—¿Cómo ocurrieron esas lesiones?

—No…no lo recuerdo —dijo Cassie, decidiendo no arriesgarse, aunque sentía que se le aceleraba el corazón—. Soy bastante torpe.

—Nos informaron que anoche tuvo una pelea con Margot —dijo Granger, y Cassie se dio cuenta de que la parte más fácil del interrogatorio se había terminado.

Ahora estaba en un terreno peligroso, porque Pierre ya le había contado a la policía su versión de los hechos.

—Sí. Tenía que resolver unos asuntos en la ciudad. Volví tarde porque me perdí, y Margot había estado bebiendo. Estaba enojada porque la habían dejado sola con los niños, porque Pierre también había salido.

—Pierre dijo que fue algo serio. Que se atacaron físicamente.

—Me dio una bofetada porque se sentía frustrada, pero la pelea duró solo un momento. Luego Margot se tropezó con sus zapatos de taco y derrumbó un estante —dijo Cassie, pero sintió que el rostro se le prendía fuego y sabía que los detectives lo habían notado.

—Cuando revisamos su habitación más temprano, notamos que había empacado las maletas. ¿Tenía planeado marcharse hoy?

Cassie observó al detective Granger, horrorizada, y deseaba haber tenido la claridad mental para desempacar después de que ocurrió el desastre. Tendría que haber sabido que revisarían todas las habitaciones.

—Me iba a marchar esta mañana —confesó—. Por eso fui al dormitorio, para decirle a Pierre que renunciaba y llamar a un taxi.

—¿Está deprimida, Cassie? —le preguntó la detective Bisset.

—No, no estoy deprimida. Aunque sí sufro de ansiedad.

—¿Toma medicación para eso?

Ya sabían lo que ella tomaba, estaba segura.

—Sí, tomo varias pastillas. No es nada inusual, quiero decir, mucha gente logra salir adelante si tiene la ansiedad controlada —dijo a la defensiva.

Cassie estaba segura de que el médico le había informado a Pierre qué medicación estaba tomando. ¿O quizás la policía había revisado su equipaje? Era posible.

Se dio cuenta, con una punzada de temor, que los paquetes tenían la fecha de entrega, y que la policía habría podido notar inmediatamente que ella se había excedido de la dosis recomendada. Posiblemente, eso también ya lo sabían.

—Entendemos que después de la pelea de anoche con Margot, le ordenaron que se fuera a su habitación. Durante la noche, ¿abandonó la habitación?

Granger la miró con atención.

—No —dijo ella—. Estuve ahí toda la noche.

Pero después, con un sobresalto, recordó que no había sido así. Había caminado dormida y había tenido aquel sueño tan vívido. Se había despertado con una mano en el pomo de latón del dormitorio de Pierre. Pero no le podía contar eso a la policía. Sería admitir que había estado en la escena del crimen, sin recordar lo que realmente había sucedido. Ni siquiera ella sabía lo que realmente había ocurrido.

—¿Está segura de que no abandonó la habitación? —le preguntó Granger.

Cassie logró recordar otro fragmento. Más temprano esa noche, había escuchado a Ella llorar. Había ido a tranquilizarla y había visto el moretón que

tenía en el cuello, y eso había hecho que sintiera una ira descontrolada.

—Un momento, disculpe, sí salí de la habitación durante la noche —dijo atropelladamente, y vio cómo los detectives intercambiaban miradas y Granger garabateaba en su libreta.

—Ella, la más pequeña, tuvo una pesadilla y fui a tranquilizarla. Claro, eso fue anoche. Con todo el estrés he estado muy confundida. Por un segundo, pensé que eso había sido la noche anterior. Ella ha tenido pesadillas más de una vez.

—¿Más de una vez en tres días? —preguntó Granger, aunque no sonaba incrédulo sino curioso.

—Sí. Es una de las razones por las que decidí marcharme —dijo Cassie —. Sentía que no estaba lidiando con los niños de forma adecuada. La noche que llegué, Margot…

Se detuvo rápidamente. Si explicaba cómo Margot la había enfrentado, maltratado y abofeteado por no atender a tiempo a Ella, la policía pensaría que había una hostilidad seria entre ellas.

Pero el detective Granger, con las cejas levantadas, estaba esperando a que continuara.

—La noche que llegué, Margot me dijo que siempre debía atender a los niños. Lo más rápido posible, sin importar cuán cansada estaba —se corrigió —. Por lo que, aunque anoche me habían ordenado que permaneciera en mi habitación, fui a ver a Ella de todos modos cuando escuché que lloraba.

Las preguntas estaban empezando a hacer que Cassie entrara en pánico. Recordó las amenazas de Pierre. Cómo le había prometido que si ella no jugaba el juego, el denunciaría a la policía que ella había estado revisando su habitación, y la arrestarían.

Realmente le preocupaba que él ya se lo hubiese contado a la policía, para pintarla como poco fiable y deshonesta. O incluso, en un escenario aún peor, que Pierre no hubiese tenido que hacer eso porque tenía un “buen amigo” en la policía local, de la misma forma en que el médico era su “buen amigo”.

Para Cassie, era evidente lo que había ocurrido. Anoche, Pierre y Margot se habían peleado. Ella estaba borracha y agresiva de un modo inexplicable, y lo debía haber incitado a la violencia, y él se había pasado de la raya. Habían luchado, y él la había empujado del balcón en un ataque de ira. Luego, se fue apresurado para probar que él no había estado en casa en ese momento.

Pierre era rico y poderoso, y Cassie sabía que no tenía escrúpulos y que usaba su riqueza y poder para obtener lo que quería. Tenía mucha influencia dentro de esta comunidad. Parecía que hasta las personas que hablaban mal de él se negaban a hablar de los hechos abiertamente, y tenían miedo de las consecuencias.

Si Pierre tenía una coartada, Cassie sabía que él iba a necesitar otro sospechoso, porque tenían que acusar a alguien del crimen.

Si la policía aún no había arrestado a Pierre, eso quería decir que él los estaba guiando en otra dirección. Cassie ya podía ver, por lo que él le había

contado a los detectives, cómo funcionaba su cabeza, y sintió terror al empezar a entender sus planes.

¿Quién mejor para ser culpable de este crimen que la recién llegada a la comunidad? ¿La niñera inestable, insignificante y totalmente prescindible?

CAPÍTULO VEINTIUNO

Cassie estaba sentada enfrente a los detectives y miraba hacia abajo, a las manos juntas y las cutículas mordidas y desgarradas. Sabía que había arruinado la entrevista. De las pruebas se podía descifrar un panorama lúgubre. La pelea que tuvo con Margot y haber empacado las maletas de por sí contaban una historia. Su uso excesivo de medicación y el olvido de hechos básicos que cualquier niñera responsable hubiese recordado, convencería a la policía de que ella era poco fiable.

No podía haber elegido un peor momento para pasarse de la dosis de la medicación equivocada, los huecos en su memoria la incriminaban, y si la policía se enteraba del sueño perturbador que había tenido, si es que de verdad había sido un sueño, lo sumaría a las pruebas en su contra.

Presentía la señal de advertencia y no se le ocurría una forma de contrarrestar las pruebas en su contra.

Granger confirmó sus miedos.

—Tendremos que volver a interrogarla después de hablar con los niños. Por favor, permanezca en el dormitorio con ellos cuando vaya para arriba.

El interrogatorio a los niños parecía una mera formalidad, un ítem para tachar de la lista antes de poner inexorablemente en marcha el proceso. Se podía imaginar lo que ocurriría después. Se preguntaba si la esposarían, y esperaba que no lo hicieran. Sabía que no podría manejarlo sin desmoronarse completamente, y si Ella la veía quedaría traumatizada.

Mientras se levantaba, a Cassie se le ocurrió una idea imprudente y sintió resurgir la esperanza. Quizás podía simplemente escaparse. ¿Tendría tiempo? ¿Podría abandonar el *chateau*, hasta incluso llegar al aeropuerto, sin que nadie se diera cuenta de que se había marchado?

Como si hubiese leído su mente, Granger se aclaró la garganta.

—Ahora necesitamos que nos entregue su pasaporte.

La mano de Cassie se metió automáticamente en el bolsillo de su chaqueta, en donde lo tenía bien guardado.

Vio que el detective había notado su manoteo. Él sabía que llevaba el documento consigo. No podría ganar ni un minuto más de tiempo.

—¿Por cuánto tiempo lo necesita? —le preguntó.

Su último destello de optimismo, que quizás solo tuvieran que hacer una copia del documento, se extinguió con la brusca respuesta del detective.

—Lo tendremos hasta que hayamos concluido con la investigación.

Cassie se lo entregó sintiéndose desesperanzada, y pensó que le entregarían un comprobante de haberlo recibido, pero al parecer eso no era parte del protocolo. Granger simplemente lo tomó. Eso la ponía doblemente nerviosa. Ahora no tenía pruebas de que estaba en el país de forma legal, y tampoco sabía en dónde guardarían su pasaporte. ¿Qué ocurriría si lo perdían o si simplemente desaparecía?

Granger la acompañó a la habitación de Ella. Marnie, que había estado cuidando a los niños, vio el rostro afligido de Cassie. Se solidarizó con una sonrisa y le apretó la mano como apoyo cuando se iba. El gesto amistoso inesperado hizo que Cassie se enjugara las lágrimas.

—El equipo de investigadores sigue trabajando en la casa, así que no abandonen la habitación. Por favor, venga conmigo, madeimoselle.

Granger le hizo un gesto a Antoinette.

Mientras Antoinette salía junto con el detective, Cassie se preguntó si el equipo forense buscaría huellas digitales en el dormitorio. De ser así, encontrarían muchas de ella allí. Había tocado muchas superficies en su búsqueda frenética del pasaporte. La presencia de sus huellas confirmaría su deshonestidad.

Aunque temblaba de hambre, tenía más náuseas que antes. Tomó el plato de comida, pero al ver las medialunas de queso crema, la fruta y el *pain au chocolat* que Marnie había traído, sintió ganas de vomitar. Alejó el plato.

Marc estaba concentrado en una revista de historietas, pero Ella la miraba con curiosidad.

—Cassie, ¿estás molesta? —le preguntó.

Cassie suspiró. Quería proteger a Ella del desenlace que era más probable que ocurriera, pero no habría forma de protegerla de la verdad cuando escoltaran a Cassie al auto de policía.

—Sí —respondió—. Los detectives no saben en dónde estuve anoche. Eso quiere decir que soy lo que ellos llaman “sospechosa”, y quizás deba irme con ellos ahora. Si es así, no sé cuando volveré.

Ella frunció la frente y le temblaba el labio inferior, pero, para el alivio de Cassie, no estalló en lágrimas.

—Toma una frutilla —le dijo Cassie, ofreciéndole el plato.

Esperaba que la comida animara a Ella, o al menos la distrajera. Ella parecía más tranquila mientras mordisqueaba la frutilla, pero aún tenía la frente fruncida.

Unos minutos después volvió Antoinette, y Granger volvió a marchar hacia abajo acompañado de Marc.

Antoinette parecía serena y engreída, como si el interrogatorio hubiese sido un examen que había pasado fácilmente. Al mirar su rostro autocomplaciente, Cassie se sobresaltó al recordar cuando Antoinette dijo *“Podría matarla”*. Eso había ocurrido hacía tan solo dos días, luego de que Margot la atacara verbalmente durante la cena.

Cassie sabía lo violenta que podía ser la rubia. No había dudado en decirle cosas terribles a Antoinette, incluso con personas presentes. ¿Qué le había dicho anoche a Antoinette para reducirla a las lágrimas?

Cassie se preguntó si una niña de doce años podía empujar a una mujer adulta de un balcón que estaba a la altura de la cintura. No creía que Antoinette hubiese podido si Margot se hubiese defendido, pero quizás no lo había hecho.

Tenía una imagen de Margot, sola en el balcón, apoyada en la baranda. ¿Haciendo qué? Quizás vomitando, o fumando un cigarrillo, o reflexionando sobre su vida.

Un empujón firme, de atrás, a una mujer borracha podía haberla enviado por encima del parapeto y de cabeza, sobre todo si no se lo esperaba.

Habría sido una coincidencia afortunada, pero Cassie sabía bien que Antoinette tenía facilidad para sacar ventaja de una situación.

Con esta capacidad, estaba segura de que Antoinette le había contado a la policía todos los detalles de la pelea con Margot. Antoinette hasta podía haber exagerado lo grave que había sido, lo que pondría más en duda la versión de Cassie.

—¿Qué te preguntaron los detectives? —le dijo a Antoinette.

—No mucho.

Antoinette le sonrió con reserva, como si pudiera presentir la ansiedad de Cassie. Claramente, no la iba a tranquilizar en lo más mínimo.

Diez minutos después, Marc volvió y era el turno de Ella, quien siguió obedientemente a Granger hacia la planta baja. Marc volvió a su revista de historietas, despreocupado por la experiencia. Cassie supuso que simplemente habían confirmado que él había estado en la cama durmiendo en el momento de los hechos.

Tuvieron que esperar un rato hasta que terminaron de entrevistar a Ella. Cassie se preguntó si habría llorado mientras la interrogaban. Esperaba que hubieran sido compasivos con la pequeña, y que no la hubiesen intimidado para que respondiera.

Se empezó a poner nerviosa al escuchar los pasos de Granger. Respiró hondo e intentó prepararse para lo que venía.

Para su sorpresa, el detective estaba solo. Había esperado que trajera a Ella con él.

—Por favor, venga conmigo —le dijo a Cassie—. Hemos limpiado la escena del crimen y el equipo forense ha terminado su trabajo, así que los otros niños pueden volver ahora a sus habitaciones.

Cassie quería advertirles a Antoinette y Marc lo que podía ocurrir, pero tenía la boca seca y no podía pensar en las palabras adecuadas. Ni siquiera le podía pedir a Antoinette que cuidara a Ella y que no dejara que mirara por la ventana, porque no sabía en dónde estaba Ella.

Cuando entraron al comedor, Cassie vio que Ella aún estaba allí. Estaba sentada al lado de la detective Bisset, y le sujetaba la mano con fuerza.

Granger le indicó a Cassie que tomara asiento, mientras hojeaba las notas de su entrevista.

—Cassie, Ella Dubois nos ha dicho que anoche fue a atenderla porque estaba llorando, y que pasó el resto de la noche en su habitación. ¿Es correcto?

Atónita, Cassie miró a Ella, quien le devolvió la mirada inocentemente.

Cassie no podía creer lo que acaba de escuchar.

Era un salvavidas inesperado. Aunque no era probable que el testimonio de una niña de cinco años tuviera validez en un juicio, por el momento le ofrecía una coartada, y además corroboraba su relato de lo que había ocurrido la noche anterior. Quizás la había ayudado a redimirse ante los ojos de la policía. Después de haber arruinado su entrevista, necesitaba toda la ayuda posible.

Como su relato de la noche anterior había sido tan fragmentado, no le había dicho a la policía que había regresado a su habitación luego de ir a consolar a Ella. Esa omisión funcionaría a su favor. Solo tenía que ser cuidadosa con lo que decía ahora, y cómo lo decía.

—¿No se los había dicho? —preguntó, sonando sorprendida—. Ella tiene pesadillas que la disgustan mucho. Tiene terror de seguir soñando con ellas. En mi primera noche aquí, descubrí que la única forma de que se vuelva a dormir es quedándome con ella.

—¿Sabe a qué hora fue a la habitación de Ella? —le preguntó Granger.

—Terminé de empacar a eso de las nueve de la noche. Luego me acosté, y me estaba por dormir cuando escuché que había alguien detrás de la puerta de mi dormitorio. Me levanté a abrirla para ver si alguno de los niños me necesitaba. No había nadie allí, pero escuché que Pierre y Margot discutían en su dormitorio —dijo Cassie lentamente—. Luego volví a acostarme. Estaba alterada por la discusión y me mantenía alerta por si escuchaba a los niños. Después de todo, si yo había escuchado los gritos, quizás ellos también, y hubiera sido algo angustiante para ellos.

Vio que Bisset asentía y sintió un destello de ánimo mientras continuaba.

—Cuando fui a la habitación de Ella, recuerdo haberme preguntado si las voces enojadas no habrían causado su pesadilla. Sé que, cuando era pequeña, solía tener pesadillas después de escuchar peleas familiares. Es algo muy perturbador a un nivel profundo, especialmente para una niña pequeña, y que erosiona la sensación de seguridad.

Ahora Bisset la contemplaba con total comprensión.

—La línea temporal. ¿Tiene idea de cuándo ocurrió la pesadilla de Ella? —le recordó Granger.

Aunque su voz ya no era acusativa y sonaba cuidadosamente neutra, Cassie estaba segura de que él estaba esperando que ella se equivocara. Estaba segura de que él no confiaba en su relato de los hechos.

—Lo siento, me desvié. La línea temporal…bueno, estaba por dormirme cuando Ella gritó. Así que no fue mucho después de haber vuelto a la cama.

Granger suspiró.

—¿No miró el reloj? ¿Ni siquiera el de su teléfono?

Cassie estaba a punto de decir que no, cuando de pronto recordó otra cosa.

—¡Un momento! —dijo rápidamente, y ambos detectives la miraron con un interés repentino—. La luna.

Cassie cerró los ojos, intentando recordar los detalles.

—Ahora lo recuerdo. Ella necesitaba un poco de aire. Había estado

enterrada bajo las frazadas y estaba sofocada, tan caliente que pensé que quizás tenía fiebre. En fin, había estado luchando por respirar, así que entreabrí la ventana, y cuando lo hice noté que la luna estaba apenas por encima del horizonte, casi tocando las colinas. No sé si era la salida o la puesta. Si no hubiese estado tan preocupada por Ella, me hubiese quedado observándola, porque estaba hermosa. Debí habérselo contado antes, pero se me olvidó.

Ahora recordaba que la luna también tenía un aspecto espeluznante. Le daban escalofríos de solo pensarlo, no sabía exactamente por qué.

Granger asintió.

—Eso es útil —dijo—. No es exacto, pero nos da una hora aproximada.

Estaba garabateando unas notas enérgicamente, y Cassie supuso que armaría una línea de tiempo. No sabía a qué hora se había ido Pierre del *chateau*, o a la hora que había dicho que se había ido, ni tampoco con cuánta exactitud se podía determinar la hora de muerte de Margot. Pero el testimonio de Ella parecía haberla salvado, por ahora. Los detectives intercambiaron miradas y el nudo en el estómago de Cassie se aflojó un poco al ver que Bisset asentía levemente.

—No necesitaremos que vuelva para hacerle más preguntas en este momento —dijo Granger de manera contundente, y Cassie tenía ganas de estallar en lágrimas por el alivio.

—Sin embargo, debe permanecer aquí. Retendremos su pasaporte al menos por unos días más. Y quizás tengamos que entrevistarla de nuevo.

—Me preocupa mi pasaporte. Ya desapareció de mi habitación una vez y estuve muy nerviosa hasta que lo encontré —suplicó Cassie—. ¿Es posible que me lo devuelvan?

Antes de que hablara Granger, Cassie supo por su expresión que esta no era una posibilidad.

—Este es el procedimiento habitual para todas las personas de interés en una investigación que no sean ciudadanas francesas. Sin embargo, no tiene por qué preocuparse. Estará guardado en un lugar seguro y estaremos en contacto frecuente.

Cassie supuso que esa era toda la garantía que tendría. No podía abandonar el país, pero al menos, gracias a Ella, era libre de dejar la habitación.

Antes de irse, Granger le dio una tarjeta personal con su nombre, número de teléfono y correo electrónico. El correo era inútil en el *chateau*, pero al menos podría llamarlo si recordaba algo más que fuera importante.

Luego, Cassie tomó a Ella de la mano y ambas salieron del comedor. Se sentía débil por el alivio al dejar la habitación. La puerta apenas se había cerrado cuando escuchó a Granger y Bisset deliberando en voz baja.

Ahora que ya no le preocupaba su arresto inminente, Cassie tenía otra preocupación.

—Ella —le dijo suavemente mientras subían las escaleras.

—¿Sí? —Ella levantó la vista hacia ella con confianza.

—¿Por qué dijiste que estuve en tu habitación toda la noche?

Ella se encogió de hombros, aparentemente despreocupada por lo que había hecho.

—Porque pensé que así había sido —dijo simplemente—. Dijiste que no te ibas a ir, ¿no?

Cassie frunció el ceño, se sentía incómoda con la respuesta de Ella. ¿Realmente creía que Cassie se había quedado con ella toda la noche? Quizás estaba creando una realidad más reconfortante para ella, en la que las personas que quería no desaparecían de repente. O, aún más alarmante, les había mentido intencionalmente a los detectives para que Cassie no se fuera de su lado.

En cualquier caso, aunque aún era sospechosa, las palabras de Ella le habían dado a la policía una duda razonable que era suficiente para no arrestarla inmediatamente.

Eso seguramente quería decir que la policía se volvería a enfocar en Pierre.

Cassie estaba segura de que le pedirían que acompañara a los policías para seguir interrogándolo. Mientras buscaba unas muñecas para que Ella jugara, se preguntó qué debía decirles a los niños. Quizás era mejor prescindir de los detalles y solo decir que Pierre había salido.

Cassie ayudó a Ella a ubicar a las muñecas en círculo sobre sillas de madera. Estaban tomando el té. Ella hablaba consigo misma animadamente mientras simulaba servir el té. Parecía impávida por el encuentro con la policía, y Cassie se volvió a preguntar si había mentido a propósito.

Cuando escuchó voces en el vestíbulo, Cassie se levantó y corrió a su dormitorio, que era donde tenía la mejor vista de lo que estaba ocurriendo afuera en la puerta.

Espiando por la ventana, vio que los dos detectives se dirigían hacia un Citroën blanco. Bisset se puso unos lentes oscuros y se sentó en el asiento del conductor. Granger, que llevaba un portafolio grande, abrió el maletero y lo guardó allí antes de apresurarse por el lado del pasajero, envolviéndose en su chaqueta para protegerse de las ráfagas de llovizna fría.

Pierre no estaba con ellos, por lo que no lo iban a interrogar nuevamente. ¿En qué habría quedado la investigación? Cassie apretó los labios y se preguntó si Pierre realmente tenía a la policía local en su bolsillo, como ella se temía. Y de ser así, cómo eso la afectaría.

Mientras observaba al coche sedán particular marcharse, Cassie consideró su propia situación.

Sin acceso a su pasaporte, era una prisionera en la casa de Pierre. Él sabía que sus esfuerzos por inculpar a Cassie por la muerte de Margot habían fracasado. Se preguntó si Pierre estaría furioso por ello, o si intentaría resolver la situación de otra forma.

Mientras el Citroën se alejaba, a Cassie se le erizó la piel al pensar en qué

podía significar "otra forma".

Se apartó de la ventana al ver que había empañado el vidrio con su aliento. No tenía sentido mirar a través del vidrio neblinoso. La policía se había ido, y la había dejado en una casa en la que había ocurrido una muerte sospechosa, y sin medios para escapar.

Cassie intentó tranquilizarse utilizando un pensamiento lógico.

Estaba segura de que si hubiese habido pruebas suficientes, la policía hubiese arrestado a Pierre, o al menos se lo hubiese llevado para seguir interrogándolo. Quizás eso quería decir que había factores en juego que ella no conocía. Podría haber otro sospechoso, o la policía podría pensar incluso que había sido un accidente. Hasta donde ella sabía, la última vez que Pierre había visto a Margot, ella estaba bailando alocadamente en el balcón con una botella de vodka en la mano.

Si pudiera averiguar más, sabría si estaba en peligro o no.

Desafortunadamente, Pierre era el único que podía darle esa información.

Cassie hubiera preferido evitar totalmente a Pierre. De solo pensar en hablar con él acerca de esto hacía que le sudaran las manos.

Tendría que asegurarse de que no desconfiara de ella. Tendría que hacerle preguntas inocentes, al tiempo que insinuar que no creía que él estuviera involucrado. Si lograba caminar por esa cuerda floja sin disparar su temperamento, su misión estaría cumplida.

Cassie decidió que lo mejor era ir a buscarlo ahora, antes de que perdiera el valor.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Aunque hubiera preferido no acercarse al dormitorio principal, Cassie sabía que tenía que revisarlo. Al ser el lugar más cercano en el que Pierre podía estar, empezaría su búsqueda por allí. Caminó por el corredor con el deseo de que Pierre estuviera en otra parte y no tuviera que entrar.

En cuanto dobló la esquina, vio que la puerta estaba abierta.

Cassie se acercó con vacilación, y se dio cuenta de que esta era su oportunidad de ver cuán minuciosa había sido la policía al examinar la habitación.

Echó un vistazo al interior y vio, aliviada, que estaba exactamente igual a como ella la había visto más temprano. No vio ningún rastro de polvo para huellas digitales. Aunque nunca lo había visto en la vida real, sabía por los libros que había leído que era gris oscuro y que dejaba todo muy sucio. No había rastro del polvo en la habitación, lo que con suerte quería decir que la policía no había creído necesario tomar las huellas digitales.

Cassie se preguntó si la puerta abierta indicaba que Pierre podía estar en el estudio. Lo llamó suavemente, pero no tuvo respuesta.

Ya se estaba yendo, cuando un sonido la detuvo.

Era el repiqueteo persistente y ruidoso del teléfono.

El teléfono sonó y sonó. Tres veces, cuatro, cinco.

Tenía que haber un contestador automático, pensó Cassie, o algún otro teléfono en el resto de la casa que pudiera ser atendido en cualquier momento.

Aún así, caminó de puntillas por el dormitorio, cruzó la alfombra ornamentada y entró al estudio.

Podía ser el detective Granger que llamaba para advertirle algo. Incluso podía ser Zane, para seguir acosándola.

Pensar en Zane le dio el coraje para atender el teléfono.

—Hola —dijo vacilante.

Hubo un corto silencio y luego una voz de hombre habló.

—¿Margot? —dijo—. ¿Habla Margot?

Espantada al escuchar el nombre, Cassie estuvo a punto de soltar el teléfono.

—¡No!

Su voz sonó más fuerte de lo que quería. Hizo una pausa, preguntándose qué decir y cómo darle las noticias.

—Ella…

Cassie le iba a decir “Ella murió”.

Pero cuando comenzó a hablar, escuchó un “clic” y el hombre colgó.

Cassie puso el teléfono en su lugar cuidadosamente y salió del estudio, preguntándose quién había llamado y por qué. Había querido decirle más después de superar la conmoción al escuchar que preguntaba por Margot, pero el hombre no le había dado la oportunidad de decir nada.

Claramente, él no sabía que Margot había muerto. La policía ya habría notificado a la familia, así que tenía que ser alguien más. ¿El peluquero de Margot, su joyero, su diseñador de moda? Esas eran algunas de las ideas que revoloteaban en su cabeza, basadas en su conocimiento básico de la rubia, pero las rechazó a todas por la misma razón: si se trataba de alguien inocente, hubiese escuchado lo que Cassie tenía para decir. El hombre no la había escuchado. Había colgado rápidamente.

¿Qué más había notado en esa breve conversación?

Él no conocía a Margot lo suficiente como para reconocer su voz. Y había un ruido de fondo. Cuando ella dijo "Margot", escuchó que otro teléfono sonaba a la distancia, lo que podía significar que él estuviese llamando desde una oficina.

Cassie no había notado más que eso, pero decidió que era mejor no contarle a Pierre acerca de esta extraña llamada. Sería más sensato informárselo al detective Granger cuando volvieran a hablar.

*

Antes de dirigirse a la planta baja, Cassie revisó las habitaciones de los niños para ver si la necesitaban.

Ella aún estaba alegremente ocupada con sus muñecas, pero el dormitorio de Marc estaba vacío. Cassie esperaba encontrarlo mientras buscaba a Pierre. Sabía que, sin supervisión, Marc era capaz de causar una gran destrucción en muy poco tiempo.

Antoinette respondió al golpe de su puerta con un amable "Adelante".

Una vez más, a Cassie le impresionó lo tranquila y serena que parecía estar Antoinette.

Estaba leyendo en la cama, con una taza de chocolate en la mesa de luz, como si no tuviera ni una preocupación en el mundo.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo? —le preguntó Cassie.

—Quizás más tarde —le respondió fríamente—. Estoy disfrutando del libro ahora, gracias.

Cassie se dirigió a la planta baja y decidió que su primera parada sería el garaje, para revisar si Pierre estaba en casa o había salido.

Salió por la puerta principal a la tarde gris y fresca. El viento era helado, surcándola a través de su chaqueta liviana, y se envolvió con los brazos para darse calor mientras se apresuraba al garaje. Un vistazo rápido le confirmó que todos los autos estaban en sus lugres.

Mientras salía del garaje, escuchó un estruendo que venía de un invernadero cercano. El ruido la había sobresaltado y le había acelerado el corazón, y se dio cuenta del estado de nerviosismo en el que estaba. El mínimo estrés la llevaba al extremo.

El ruido parecía de un vidrio roto. Frunció el ceño con preocupación y se desvió hacia el invernadero.

Marc estaba en la parte de atrás del invernadero, juntando piedras del huerto y arrojándolas a los enormes paneles de vidrio. Ya había roto tres, y anotó un cuarto con una piedra del tamaño de un puño, cuando Cassie se apresuraba hacia él. Había dejado un hueco en el vidrio y una esquirla.

—Marc, ven aquí, no debes hacer eso —gritó Cassie, horrorizada por la magnitud de la destrucción—. Tu padre se enojará mucho.

Al ver que eso no tenía el efecto deseado, Cassie volvió a intentarlo.

—Y las plantas se enfriarán. No quieres que las pobres plantas se enfríen, Marc, ¿o sí?

Afortunadamente, el bienestar de las plantas resultó ser un argumento más persuasivo, y Marc abandonó la pila de rocas que había juntado cuidadosamente y corrió hacia ella.

—Cassie, tengo hambre. Fui a la cocina para pedirle a Marnie algo de comida, pero ella no estaba allí.

—Bueno, ven conmigo. Vamos a ver si encontramos algo para ti.

Volvió sobre sus pasos por el frente de la casa en vez de tomar el atajo por la parte de atrás, porque eso la llevaría al lugar en donde había visto el cuerpo de Margot.

Entró a la cocina y, por primera vez, estaba vacía. Pierre obviamente no había querido que el personal viera como la policía recogía el cuerpo de Margot, y les habría dado el resto del día libre.

Abrió el refrigerador y vio un enorme plato cubierto con sándwiches y una cacerola grande con estofado de carne. Colocó algunos sándwiches en un recipiente.

—Marc, ¿por qué no te los llevas para arriba y les ofreces a tus hermanas? Yo subiré en un minuto, y me encantaría jugar a los soldados contigo.

Marc agrandó los ojos al tomar el recipiente.

—Pero, Cassie, ¡aquí solo hay sándwiches suficientes para mí!

Se apresuró hacia arriba riéndose alegremente, y mientras se alejaba, Cassie escuchó el crujido de la gravilla y voces afuera.

Un minuto después, la puerta del frente se abrió y entró Pierre. Llevaba una chaqueta abrigada y una bufanda. Detrás de él vio un carro de golf con el logo de la bodega que se alejaba, y se dio cuenta de que había estado revisando los viñedos.

Se llenó de nervios al recordar que tenía que andar con cuidado.

—Siento mucho lo de Margot. Ha sido una gran conmoción —dijo con voz temblorosa.

Pierre parecía preocupado, como si no estuviera prestándole atención, lo que era bueno para Cassie.

—Sí. Es una tragedia —coincidió, y tomó un manojo de llaves del plato que estaba sobre la mesa del vestíbulo.

—¿Sabe por qué la policía no arrestó a nadie?

Cassie dejó salir la pregunta con voz aguda y chillona por el miedo.

—Llevará un tiempo concluir la investigación —ahora Pierre la miraba

directamente, y ella vio que tenía el cabello despeinado por la brisa y el rostro marcado de arrugas profundas y severas.

—Sin embargo, es completamente obvio lo que ocurrió —continuó él—. Margot se suicidó. Así que dudo que arresten a alguien.

Cassie lo miró, intentando no demostrar su incredulidad ante esas palabras.

—¿Margot se suicidó? —repitió ella.

Lo primero que le venía a la mente era la caída vertiginosa hasta las lejanas baldosas de mármol. ¿Qué habría sido necesario para que Margot, o cualquier otra persona, trepara el balcón y se arrojara al vacío, sintiera la ráfaga de aire congelado mientras caía en picada, sabiendo que su cuerpo quedaría destrozado por la caída?

Cassie no podía creer que fuera cierto, pero Pierre asintió distraídamente.

—Estaba deprimida, y era…inestable. Tú viste cómo se comportaba. Estaba tomando mucho. Su muerte es, sin dudas, una catástrofe, pero la decisión de terminar con su vida fue solo de ella.

Caminó hacia la puerta del frente.

—Voy a salir ahora. Volveré más tarde en la noche. Creo que hay comida en la cocina. ¿Podrías calentarla, darles de cenar a los niños y llevarlos a la cama?

Cassie asintió en silencio y Pierre salió a pasos largos, cerrando la puerta detrás de él.

Se quedó parada en el vestíbulo por unos minutos, intentando asimilar lo que había dicho Pierre.

¿Suicidio? ¿Margot?

¿La violencia y el odio al mundo habían sido un reflejo de su propio autodesprecio?

Cassie sacudió la cabeza con fuerza. Margot tenía todo. Era una princesa mimada. Si hubiese estado deprimida, hubiera podido comprar la medicación que necesitara. Estaba segura de que el médico de Pierre le hubiese recetado lo que necesitara sin vacilar.

¿Y esa muerte? ¿Para alguien tan vanidoso? ¿Por qué no una sobredosis de pastillas o un corte en la bañera? ¿Por qué elegir ese salto aterrador hacia la oscuridad? De solo pensar en qué hubiera sido necesario para hacerlo, a Cassie le traspiraban las manos.

Subió las escaleras lentamente, convencida de que Pierre tenía que estar mintiendo, porque no había forma de que su versión fuera cierta.

La había inventado para protegerse a sí mismo, y Cassie no le creía nada.

*

Los sucesos del día les estaban pasando factura a los niños, que estaban cansados y malhumorados durante la cena, y no se resistieron a irse a la cama temprano. Rendida y exhausta emocionalmente, Cassie desempacó las

maletas. Claramente habían sido revisadas por la policía, aunque habían dejado sus pertenencias en su lugar.

Se fue a dormir luego de cerrar la puerta con llave y asegurarse de tomar la dosis recomendada de medicación, aunque estaba tentada a tomar una pastilla más para asegurarse de que no tendría sueños.

Una vez más, la persiguieron las pesadillas.

El primer sueño, muy vívido, fue con Jacqui. Su hermana estaba enfrentada a ella, con el cabello brilloso al viento. En su sueño, era de un rubio brillante y claro. Detrás de ella estaba el barranco, más profundo y letal de lo que Cassie recordaba. Sus bordes escarpados desaparecían en un vacío sin fondo.

Jacqui se aferraba a un tronco de árbol torcido, mientras se burlaba de Cassie.

—No eres más que una puta barata. Te mereces la vida miserable que tienes. Mi vida es mejor. Y ahora me estoy riendo de ti, que eres una perdedora patética y triste.

Cassie hizo una mueca de furia. Corrió hacia Jacqui, y las burlas de su hermana se convirtieron en alaridos. Con las uñas rojas y largas se aferró al árbol, desgarrando la corteza, pero Cassie vio que las raíces eran frágiles y estaban sueltas, y supo lo que tenía que hacer.

Empujó el árbol atrofiado y marchito con todas sus fuerzas y Jacqui gritó de miedo, agitando los brazos mientras Cassie derribaba el árbol por el barranco, y se llevaba a Jacqui con él. Sus alaridos seguían sin parar, y Cassie se dio cuenta de que ella también estaba gritando.

—¡No es real! ¡No es real! —gritó, y sus gritos aterrorizados la devolvieron a la realidad reconfortante del *chateau*.

Pero no estaba en la cama. Estaba envuelta en su bata, otra vez mirando la luna. Era una visión conocida, exactamente como la recordaba y como le había contado a la policía. La luna estaba casi llena y cerca del horizonte. Su brillo rojizo iluminaba las nubes desparramadas a su alrededor y las oscuras colinas debajo. La visión era hipnótica, espeluznante y hermosa. Un aire helado soplaba hacia ella. La noche estaba fría como el hielo.

Cassie tenía la certeza de que esto era más un recuerdo que un sueño.

Pero cuando miró a su alrededor, se dio cuenta de que se había zambullido en otra pesadilla, una más inquietante y atemorizante que la que había dejado atrás. Se llenó de pavor, porque en este sueño no estaba en el dormitorio de Ella. Había ido a otro lugar, quizás sonámbula, o quizás no.

Estaba mirando la luna desde el parapeto de piedra ornamentada del balcón de Pierre.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

El detective Granger se sirvió más café de la jarra en la kitchenette, antes de volver a su compacta oficina. Allí, el aire acondicionado repiqueteaba en su temperatura más alta (todos bromeaban con que Granger tenía la sangre fría) y las persianas estaban apenas abiertas para tener una vista del río Marne. Le encantaba esa vista, disfrutaba de contemplar la naturaleza y ver gente feliz vivir sus vidas aún cuando, como hoy, estaba gris y lluvioso.

Puso el café en una mesa lateral, en donde no corría el riesgo de ser volteada de forma accidental, y volvió su atención a los documentos desparramados en frente de él, que pertenecían a su último caso.

La muerte de Margot Fabron.

Granger tomó su lapicera y desenchufó su celular del cargador. Era un alivio tener señal. Se había sentido reprimido al no poder llamar o mandar un mensaje cuando estaba en el *chateau*. Sin dudas, eso complicaba este caso, porque la ubicación de los celulares y la triangulación, el horario de los mensajes recibidos y enviados, solían jugar un papel importante en la confirmación de coartadas.

Ese elemento hubiese sido de mucha ayuda. En los hechos, Pierre le había dicho a la policía que dejaba su celular personal en su oficina en Champigny-sur-Marne, debido a la falta de señal en el *chateau*. No sabía en dónde estaba el celular de Margot, pero dijo que rara vez lo usaba por las mismas razones.

Granger le había pedido a Pierre que entregara su teléfono, y había solicitado un registro de llamadas del teléfono de Margot y también del de línea, que parecía ser el único medio de comunicación del *chateau* con el mundo exterior.

Mientras tanto, volvió a leer sus notas de las entrevistas.

Monsieur Dubois declaró que había salido del *chateau* después de las nueve y media de anoche. Dijo que Margot Fabron estaba borracha y belicosa, y que él no había querido discutir. Le había dicho a Margot que pasaría la noche en el chalet, una pequeña y lujosa cabaña cerca de los viñedos de la finca, que ocasionalmente usaban para hospedar a los periodistas que los visitaban. Pierre le había dicho que volvería en la mañana, y que podrían discutir las cosas cuando ella se tranquilizara y estuviera sobria.

En realidad, Pierre no había ido al chalet, sino a visitar a su amante, una joven divorciada que vivían en Valenton. Allí había pasado la noche. La casa tenía cámaras de seguridad, y cuando la policía la visitó en la tarde de ayer, ella había confirmado la historia e incluso les mostró grabaciones con fecha y hora, que mostraban la llegada del automóvil de Pierre al portón a las diez y cuarto de la noche, y su partida a la mañana siguiente, a las seis y media.

Hoy se realizaría la autopsia y Granger esperaba que el informe, o al menos los hallazgos iniciales, estuvieran disponibles a última hora de la tarde. No sabía con qué precisión se podía confirmar la hora de la muerte. Podía ser

un punto de inflexión, o un dato completamente no concluyente.

El hecho de que Pierre fuese un empresario conocido complicaba las cosas. A pesar de ser un adúltero y un mentiroso, el hombre tenía poder, prestigio e influencia en la zona. Eso quería decir que la policía tenía que andar con cuidado. Un arresto injusto sería una catástrofe.

Por otro lado, la familia de Margot no era de la zona. Los padres estaban divorciados; la madre vivía en Normandía y el padre en Occitania, en el sur de Francia. La muerte de su hija los había conmocionado, pero ninguno de los dos había mantenido una relación cercana con ella desde que se había ido, y Margot era hija única.

A Granger le había dado la impresión de que la familia de Margot no era rica. Su madre le contó a Granger que Margot había trabajado como modelo en París hasta los veintidós años, y mientras trabajaba conoció a Pierre. Había abandonado el modelaje y, durante dos años, había manejado una de sus galerías de arte, antes de mudarse con él luego de la muerte de su esposa el año pasado.

Granger estaba convencido de que su relación probablemente había comenzado mucho antes, cuando Margot había cambiado de ocupación.

Un golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos. Bisset entró con un manojo de notas que puso sobre el escritorio. Miró alrededor de la oficina y luego, de manera elocuente, al control del aire acondicionado.

—Hace mucho calor aquí —observó.

Granger se encogió de hombros, disculpándose.

—No me gusta el frío. Bájalo si quieres.

—Creo que puedo sobrevivir unos minutos.

Bisset acercó una silla y se sentó enfrente de él.

—La revisión de antecedentes de la niñera se confirmó —dijo ella—. Cassie Vale fue contratada por una agencia, como ella declaró, no tiene condenas previas ni antecedentes penales.

Granger sacudió la cabeza.

—Es una testigo terrible. Es difícil creerle lo que dice. Su historia cambia como el viento —dijo, ilustrando con la mano.

Bisset asintió.

—Aunque su descripción de la luna parece precisa —dijo ella—. Revisé los horarios. Los dormitorios que se encuentran de ese lado de la casa dan al suroeste, por lo que ella habría visto la luna poniéndose, y habría abierto la ventana del dormitorio de Ella entre las nueve y media y las diez de la noche.

Granger frunció el ceño.

—Solo espero que no tengamos que llevarla al estrado. Estoy seguro de que, en un interrogatorio, nos sorprendería a todos con información nueva. Incluso se sorprendería a sí misma.

—Estoy de acuerdo —dijo Bisset—. Y el testimonio de una niña de cinco años no tendrá validez en un juicio. Pero si la muerte de Margot fue un suicidio, como sostiene Pierre Dubois, eso la absolvería.

—Si es que lo fue —Granger enfatizó la palabra “si”—. Margot y Pierre vivieron juntos durante un año, y probablemente habían sido amantes por mucho más tiempo. Ella llega y, de pronto, hay una muerte.

—Sí, los tiempos coinciden. También me preguntaba…—Bisset observó sus notas pensativa.

—Continúa.

Granger alcanzó su café.

—Es una linda muchacha. Me refiero a la niñera. Y Monsieur Dubois es, según su propio relato, un adúltero. La relación con su prometida era turbulenta. Entonces, aparece alguien nuevo. ¿Podrían él y Cassie haber conspirado para asesinar a Margot Fabron?

Granger asintió.

—Es una posibilidad. Pero ella llegó hace tan solo tres días. ¿Se puede tener un romance relámpago en solo tres días?

Bisset sonrió.

—Hay famosos que se han conocido, casado y divorciado en menos tiempo.

—Es cierto. Así que no lo descartemos. Pero estoy convencido de que hay algo más en esa historia, y no es tan simple como pensamos. Faltan algunos hechos.

—Sabremos más después del informe del forense —dijo Bisset—. Me acaban de enviar un correo electrónico, diciendo que estará pronto en las próximas horas.

Miró por la ventana, disfrutando la vista.

—Mira, la lluvia está parando. Creo que me tomaré un tiempo libre para ir a dar una agradable caminata por el río, para refrescarme.

Granger, para su sorpresa, se vio riendo con ella.

—Tendrías mucha suerte de poder hacer eso hoy.

*

En cuanto recibieron el informe, Granger y Bisset se volvieron a reunir.

Esta vez, como iba a ser una reunión más larga, Granger llevó sus documentos a la sala de conferencias. Allí tenían más espacio, lo que lo complacía a él, y el aire acondicionado estaba a unos grados menos, lo que complacía a Bisset.

Granger imprimió dos copias del informe, intentando controlar el ataque de entusiasmo que siempre sentía cuando esperaba que el cuerpo revelara secretos que los vivos escondían. Se dijo severamente a sí mismo que no tuviera expectativas, que no realizara conjeturas, sino que simplemente interpretara lo que decían las pruebas.

Le entregó una copia a Bisset y, por unos minutos, leyeron cuidadosamente.

—Hay detalles interesantes aquí —dijo Granger finalmente.

La revelación más grande e impactante que saltó a su vista fue que Margot Fabron tenía marcas de una estrangulación reciente en el cuello, de no más de dos días. El forense informaba que los moretones eran significativos, y que aún había una pequeña inflamación en la garganta. Esa era una prueba convincente de que su relación con Pierre Dubois no había sido normal o feliz, y ese detalle entusiasmó a Granger.

Además, los niveles de alcohol en la sangre estaban apenas por debajo de 0.20. En el momento de su muerte estaba muy ebria, y además el informe demostraba la presencia de antidepresivos y pastillas para dormir en la sangre.

—La estrangulación es un detalle importante —dijo Bisset—. Pero es una lástima que la hora de la muerte no se pueda calcular de forma más precisa.

Granger asintió. Esa era la mayor desilusión del informe. El forense decía que por la temperatura del cuerpo, Mme. Fabron había muerto entre las diez y las doce de la noche. Como Granger supuso, era imposible decir por el ángulo de la caída si había saltado o la habían empujado. La silla en el suelo que había mencionado la niñera podía apuntar a que había habido una lucha, o podía simplemente significar que Fabron la había usado para treparse al parapeto, y en el transcurso, la había derribado.

—Entonces, ¿cuál es el próximo paso? —preguntó Bisset.

—Cazador serial de mujeres, tendencias violentas —dijo Granger—. Tenemos que investigar los antecedentes de Pierre Dubois con más detalle. Averiguar sobre parejas anteriores y amoríos. Esta no puede ser la primera y única amante. ¿En dónde están las otras? ¿Qué nos pueden decir? Además, Dubois dijo que su esposa murió hace un año en un accidente de automóvil. Averigüemos los detalles.

Bisset asintió.

—Otro punto en la lista —dijo ella—. Pierre mencionó que había ido a buscar a Margot a la peluquería ese día. Me gustaría averiguar quién es esa persona y hablar con él o ella. Las mujeres hablan con sus peluqueros y suelen divulgar datos personales. Si a Margot le estaba ocurriendo algo, si tenía algún conflicto o situación personal que la estuviese preocupando, el peluquero quizás pueda contarnos algo más. Especialmente siendo que la visita fue poco antes de su muerte.

—Buena idea. Entonces, ¿puedes contactar al peluquero?

Granger cerró la carpeta, frustrado porque las pruebas no eran concluyentes, pero optimista por los caminos nuevos para explorar.

Él venía de un familia pobre, sus padres habían luchado para brindarles un vida mejor a sus hijos. Sabía lo que era tener que esforzarse para llegar a ser alguien, y la enorme desventaja que podía ser la pobreza. Había visto la ventaja que tenían las familias adineradas, y cómo se ubicaban por encima de la manada.

Por esta razón, Granger sentía un desagrado inherente por Pierre. Sentía la arrogancia en él y la creencia de estar por encima de la ley. Pierre sabía que tenía todas las de ganar, y utilizaría esta ventaja como le apeteciera para

asegurarse un daño personal, o en su reputación, mínimo.

Aún así, Granger sabía que tenía que separar las emociones de la lógica. Si había ocurrido algún juego sucio, la niñera nerviosa con su historia dudosa y su coartada poco sólida tenía más probabilidades de haber estado involucrada. Después de todo, Pierre no había sido el único hombre en enredarse en un amorío, y su buena reputación en la zona se la había ganado durante muchos años.

Quizás Bisset tenía razón, y los dos habían conspirado juntos. O si no, los celos pueden haber jugado algún papel. Margot no era mucho más grande que Cassie. Luego de ver lo que la otra mujer tenía, y seguido de una pelea encarnizada entre ellas, Cassie pudo haberse sentido empujada a cometer ese crimen apasionado.

Granger suspiró. Tendría que dejar su propio prejuicio hacia Pierre a un lado, seguir el protocolo, entrevistar a los testigos, y dejar que las pruebas hablen por sí solas.

Aún si Pierre tenía todas las de ganar, Granger sospechaba que la niñera poco fiable terminaría siendo el comodín.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Cassie se movió incómoda en el frío y duro banco de la iglesia. A su izquierda estaba sentada Ella, quieta como una estatua, y a la derecha tenía a Marc, que no se quedaba quieto. A pesar del clima frío y lluvioso, debía haber cerca de cien personas en la histórica capilla para el funeral de Margot.

El interior era frío y ventoso, y a pesar de tener estufas a gas de punta a cabo, apenas disipaban el frío. Cassie observó las antiguas paredes de piedra, que parecían impregnadas por el aroma a incienso, y los vitrales de manualidad exquisita, y adivinó que la capilla tendría muchos siglos, y que debía haber alojado miles de eventos similares en el pasado.

Nunca se hubiera imaginado que, después de una semana de haber llegado a Francia, estaría asistiendo al funeral de uno de los miembros de la familia para la que trabajaba, y menos aún, que la muerte hubiese ocurrido en circunstancias tan sospechosas.

Pierre estaba vestido con un traje negro de corte impecable y tenía el cabello perfectamente arreglado. Estaba sentado en la primera fila, con los padres de Margot a cada lado. Tenía la cabeza gacha. De vez en cuando, tomaba un pañuelo blanco inmaculado de su bolsillo y se secaba levemente los ojos.

Actuaba el papel de prometido desconsolado a la perfección, y aunque era una actuación excelente, Cassie no se la creía. ¿Por qué nadie más sospechaba de él? La opinión unánime parecía ser que Margot se había suicidado. Incluso el cura en su sermón se había referido al “acto trágico” que había cometido Margot, y cómo “nuestro Dios que todo lo perdona” le daría la bienvenida y la absolvería de todos modos.

¿Y si otro tenía la culpa? pensó Cassie, mirando fija y fieramente al cura, como si su mirada pudiera forzarlo a admitir que podía haber otra razón para la muerte de Margot.

Cuando el servicio se acercaba al final, el cura invitó a la congregación a que lo acompañara al cementerio cercano, en donde reposarían las cenizas de Margot.

Intentando sostener un enorme paraguas y a dos niños, uno que quería correr alrededor de los prolijos senderos de gravilla del cementerio y otra que iba rezagada y se quejaba de la lluvia, Cassie no logró ver demasiado hasta que llegaron al pie de la sepultura.

Examinando a la muchedumbre, vio a Marnie y a algunos del personal del *chateau*, y notó con sorpresa que Bisset también había asistido. Llevaba un vestido negro y un saco gris muy elegante. Aunque estaba parada con la cabeza gacha, Cassie notó que los ojos de la detective estaban alerta y su mirada estaba en continuo movimiento. La tranquilizó saber que no era la única que tenía sospechas acerca de la muerte de Margot. Con suerte, la policía también estaba allí para observar.

Cassie bajó la mirada inmediatamente al ver que Bisset la estaba observando.

—En consecuencia, depositamos su cuerpo en la tierra —dijo el cura en voz alta, y Cassie volvió su atención al servicio—. Tierra a la tierra, cenizas a las cenizas, polvo al polvo.

Las palabras definitivas resonaron, y Cassie escuchó sollozos y llantos a su alrededor. Pierre abrazó a la madre de Margot, con la cabeza hacia abajo y los hombros temblando. El padre de Margot enterró la cabeza en sus manos. Ella, luego de ver estupefacta que todos lloraban, estalló en sollozos, e incluso Marc, entendiendo la solemnidad del momento, permaneció parado y en silencio.

Cassie miró al otro lado de la sepultura a través de la llovizna, y vio que había solo una persona totalmente inafectada por la emoción del momento, y mientras la observaba, sus sospechas surgieron nuevamente, esta vez en otra dirección.

Antoinette, con la frente en alto, los ojos secos y su boina azul oscura colocada en un ángulo fresco, veía cómo la urna descendía con una pequeña y sigilosa sonrisa.

*

Cassie volvió al *chateau* en una caravana de autos. No se había dado cuenta de que tanta gente asistiría al velorio. Parecía que todos los que habían asistido al funeral se dirigían al *chateau* por comida y tragos.

—¿Podemos ir a jugar al huerto? —preguntó Marc, mientras ella estacionaba el Peugeot.

—No, ahora no —dijo Cassie con firmeza.

Los elegantes zapatos negros de Marc ya estaban cubiertos de barro de la caminata por el cementerio, pues a pesar de todos sus esfuerzos, él se había desviado del sendero principal. No quería imaginarse las travesuras que haría en pocos minutos sin supervisión, para presumir frente a los invitados.

Por supuesto que, apenas abrió el auto, salió disparado, y Cassie tuvo que salir a buscarlo por el huerto embarrado y lleno de hojas desparramadas. Cuando logró atraparlo y volver por Ella, tenía las botas salpicadas de barro y se había enganchado y agujereado la chaqueta de gamuza negra con una rama. Cassie titubeó en la puerta del frente, asimilando la multitud de dolientes en el interior. Un violinista vestido de negro estaba tocando en el vestíbulo, y habían abierto la sala formal y el comedor principal. La estufa a leña estaba prendida, y la larga mesa del comedor estaba llena de comida de todo tipo. Había copas de cristal en el aparador, junto con una selección de vinos, jerez, cerveza y coñac. Cassie apretó el brazo de Marc, consciente de que no podía dejarlo solo ni un segundo con tantos objetos frágiles a la vista.

Mientras llegaba más gente, Cassie sintió que aumentaban sus niveles de estrés. Antoinette, aún tranquila y fría, estaba sentada en una otomana,

sorbiendo de una pequeña copa de jerez. Cassie rogó que se lo hubieran permitido, porque ella no se lo había servido.

Ella y Marc le pidieron dos platos de comida cada uno, lo que los mantuvo ocupados por un rato, pero cuando el señuelo de la comida se disipó, empezaron a aburrirse y a volverse incontrolables. Era imposible para Cassie sujetar a Marc, tranquilizar a Ella e interactuar amablemente con los otros invitados. Además, estaba muerta de hambre y no había podido comer nada. Se sentía atrapada en su rol y de pronto estaba desesperada por salir de ese espacio reducido.

—¿Eres la niñera?

Otra doliente vestida de negro la saludaba, justo cuando acababa de acomodar a Ella en la otomana al lado de Antoinette.

—Sí —Cassie forzó una sonrisa amable.

—¿No es un tragedia? ¿Sabías que Margot estaba tan deprimida?

Cassie supuso que esta mujer, como muchos de los otros, debía estar relacionada con Pierre. Tenía una gargantilla de perlas y caravanas de diamantes, y los hombros cubiertos con una estola de piel. En contraste, Cassie había notado que los padres de Margot estaban vestidos más sencillos, y la madre no parecía llevar ninguna joya.

—Cuando ocurrió, hacía tan solo tres días que había llegado —dijo Cassie, intentando mantener la mirada mientras sujetaba con fuerza a Marc, que se había negado a sentarse con los otros, y ahora aprovechaba para intentar escaparse.

—Ah, ¿hace tan poco que llegaste?

—Sí. Aún me estoy instalando e intentando adaptarme. Fue una conmoción terrible. Y, por supuesto, ha sido muy estresante para los niños.

Cassie tenía la sonrisa petrificada. Marc notó su distracción, torció el brazo y se liberó, esfumándose entre la multitud.

—Sí, pobrecitos, recuerdo que fue hace un año que su mamá falleció, aunque no pude ir a su funeral porque estaba en el exterior. Tuvo un accidente de auto tarde en la noche, ¿sabes?, en la calle principal, yendo hacia Guignes.

La mujer bajó la voz y continuó.

—Salió de la carretera, rodó varias veces y estalló en llamas. Creo que nunca supieron la causa del accidente. Pierre ha tenido un año muy trágico.

—Nadie tendría que lidiar con tantas pérdidas en tan poco tiempo. Si me disculpa, debo vigilar a Marc—dijo Cassie antes de alejarse.

¿A dónde se había ido Marc? Su primera parada fue el comedor, pero afortunadamente no estaba allí. Aprovechó la oportunidad para tomar tres arrollados de salchicha y metérselos en la boca mirando a la pared, así los podía masticar y tragar rápidamente sin que nadie le hablara.

Marc debía haber salido a quemar energías después de haber comido todas esas tortas, pasteles y tartas. Cassie volvió serpenteando por la sala formal y se desvió a la izquierda para revisar en la sala de música.

Afortunadamente no estaba allí, y la sala estaba vacía. Cassie cerró la

puerta y se desplomó en el banco del piano, incapaz de enfrentar a la multitud por un momento.

La mujer enjoyada con la que había hablado había tirado otra bomba. A Cassie le resultaba muy preocupante que la mujer de Pierre hubiese muerto en circunstancias tan misteriosas. ¿A dónde iba tan tarde en la noche? ¿Cuál era la causa de que perdiera el control del auto? Parecía haber sido un accidente de un solo auto. Y ahora había ocurrido otra muerte trágica. ¿Por qué nadie se cuestionaba todo esto? Cassie quería gritar.

Enterró la cabeza en sus brazos, deseando estar en cualquier otro lugar.

En la oscuridad, revivió la pelea que tuvo con Margot.

Cómo había luchado con ella, retorciéndose para evitar los letales y puntiagudos tacos. Cómo los insultos de Margot la habían agredido, haciendo un agujero profundo en su alma.

"¡Perra! ¡Puta!"

Había odiado a Margot por su agresividad, su petulancia, su falta total de empatía o incluso de reconocer a Cassie como otro ser humano. ¿Cómo se pudo volver tan egoísta y agresiva, y creer que era mejor que los demás y que podía tratar al resto como se le diera la gana?

Una cosa era segura, aunque no esté bien hablar mal de los muertos, Cassie pensaba que Margot había tenido lo que se merecía.

Recordó cómo había mirado hacia abajo desde el parapeto y había visto a Margot desaparecer en la oscuridad, agitando las extremidades, bajo la fría luz de aquella luna serena.

—¡No! —gritó Cassie en voz alta.

Abrió bien grandes los ojos y respiró hondo, mirando la alfombra suntuosamente estampada. No había ocurrido. No. Era su propia fantasía, mezclada con las pesadillas que había tenido con Jacqui y la vista de la luna desde la habitación de Ella. No había hecho eso. No podía.

—¿Estás bien?

Cassie dio un salto al darse cuenta de que Pierre había entrado a la sala y cerrado la puerta. Debía haberla escuchado gritar. Él nunca podría saber lo que ella había estado pensando.

Se paró rápidamente.

—Sí, estoy bien. Lo siento, he estado con los niños todo el tiempo pero Marc salió y me estaba tomando un minuto para recomponerme antes de salir a buscarlo. Ha sido un día tan emotivo.

Se iba a ir pero él la detuvo, con la mano pesada sobre su hombro.

—Sin dudas ha sido un momento emotivo. Para mí aún peor. Me siento muy solo, Cassie. En momentos como este nos damos cuenta de lo vulnerables que somos, lo frágil que es la vida. Ven aquí, abrázame, consolémonos mutuamente por un minuto.

Lo último que quería era consolarse mutuamente con Pierre. La idea hacía que se le erizara la piel, pero rechazarlo ahora sería cruel, por lo que se acercó a sus brazos de mala gana. Él la acercó y la abrazó apretadamente, y ella

apenas lo estrechaba con los brazos en la cintura. Tenía la mejilla aplastada contra la solapa de lana perfectamente cosida de su traje.

—Ah, Cassie. Eres tan joven, tan hermosa, tan viva. Creo que no sabes lo linda que eres.

Se dio cuenta, demasiado tarde, de que él la tenía atrapada. Había cambiado la respiración, se había vuelto más ronca. Las manos de él deambularon hacia abajo, hacia la cintura, hacia las caderas. Él la apretó contra él, con la mano derecha ahuecada en las nalgas, presionando y apretando, mientras con la mano izquierda la acercaba hacia él. Inclinó la cabeza hacia ella y el aliento le hizo cosquillas en la oreja.

—Nos consolaremos mutuamente. No esta noche, tengo otras obligaciones, unos invitados se hospedarán aquí. Pero muy pronto iré a tu habitación, o quizás te traiga a la mía para que los niños no nos oigan, yo veo lo cariñosa que eres con ellos, cuánto te preocupan. Pero no puedes pensar en complacerlos todo el día y toda la noche. Debes pensar en tu jefe también, ¿no? Debes complacer al hombre que te dio este empleo.

—No —gritó Cassie, pero su rostro estaba enterrado en la lana que la ahogaba y su voz se amortiguó.

Aturdida por lo que estaba ocurriendo, Cassie se preguntó si debía apretar los dientes y soportar la experiencia, por más transgresiva que fuera. Con tanta gente en la sala de al lado, seguro que esto no era más que un manoseo que se había extralimitado, y él se detendría en cualquier momento.

Pero luego, se dio cuenta de que se trataba de Pierre. Su casa, sus reglas. Él se detendría cuando quisiera, y probablemente no lo haría. Aun peor, cada minuto que pasaba en sus brazos sería visto como un consentimiento pasivo, dándole a él el derecho a continuar.

—¡No! —gritó más fuerte esta vez, y sabía que él la había escuchado, pero no se detuvo.

Intentó empujarlo, pero tenía los brazos atornillados alrededor de ella. Mientras ella luchaba por soltarse, él encontró el hueco entre su pollera y la blusa, y deslizó la mano por adentro de su ropa, de sus bragas. Extendió los dedos calientes sobre la carne desnuda.

La inundó el pánico. No había consentido esto, para nada, ni una parte, y no iba a permitir que Pierre se engañara pensando que sí.

En cualquier caso, este era el funeral de su prometida, ¡por el amor de Dios! ¿Había un momento más inoportuno para forzarla?

La indignación que le provocó ese pensamiento le dio a Cassie el coraje para actuar. Se torció a la derecha para alcanzar el único objeto que podía ver con el rabillo del ojo. Era una serie de enciclopedias antiguas de tapa dura, que estaban en un estante al lado del piano.

Levantó el libro y golpeó a Pierre en la cabeza lo más fuerte que pudo.

El pesado volumen le dio en la sien izquierda. No era más que un golpe de refilón, pero era doloroso e inesperado, y fue suficiente para que la soltara.

La adrenalina le dio alas mientras se liberaba de él y lo esquivaba yendo

hacia la puerta. La abrió de un tirón y escuchó un grito de furia mientras se escapaba, sin animarse a mirar atrás, pero sabiendo que tendría el rostro fruncido y enrojecido por la furia.

Había salido, el corazón le martillaba y tenía el cabello despeinado, la blusa por fuera de la pollera y sin el primer botón. Pero se había escapado de él, y había vuelto a la seguridad de la multitud.

Totalmente alterada por lo ocurrido, Cassie decidió desistir la búsqueda de Marc. Necesitaba ir a su habitación, arreglarse, y hacer su mejor esfuerzo para recobrar la compostura y poder sobrevivir el resto de esta tarde interminable, aunque quería echarse en la cama y sollozar, una reacción histérica ante el horroroso ataque de Pierre.

Pero cuando se dirigía hacia allí, vio a Bisset parada al pie de la escalera. Mientras se acercaba, vio que la detective la miraba con curiosidad.

Cassie dio la vuelta inmediatamente y se fue para afuera, preocupada porque su apariencia desarreglada hiciera sospechar a Bisset. Si le hacían preguntas, sería su palabra contra la de Pierre. La policía finalmente se iría y ella se quedaría sola para enfrentarse a la furia de Pierre. Las consecuencias para ella eran impensables.

Sintiendo que el frío abrazaba su corazón, Cassie se dio cuenta de cuáles eran las consecuencias.

Pierre había dicho que había huéspedes en el chalet esta noche, pero se irían mañana.

Sabía que Pierre no estaría desalentado, se había ganado un par de días de gracia, como máximo. Volvería a perseguirla, esta vez más enojado, más resuelto que nunca, y preparado para cualquier cosa que ella pudiera hacer.

No había nadie que pudiera protegerla de esto, y sin su pasaporte estaba presa aquí.

De pronto, Cassie se preguntó si Margot también había sido una prisionera en su vida supuestamente perfecta, y si su muerte había sido un castigo por haber intentado escaparse.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Cassie apenas durmió esa noche. Le zumbaban ideas en la cabeza mientras pensaba en la forma de escapar de esta situación. Se le habían ocurrido muchos planes para escaparse y formas en las que podía protegerse mientras estaba en el *chateau,* pero eran poco prácticos o simplemente imposibles.

Casi al final de lo que parecía una noche interminable, logró dormirse y comenzó a soñar. Desesperado por un buen resultado, su subconsciente inventó una solución brillante a sus problemas. Un proceso lógico y detallado para estar a salvo de Pierre, recobrar su pasaporte y marcharse.

Al despertarse, el sueño se disolvió, junto con el sentimiento de increíble alivio que la había llenado al saber que todo estaría bien.

No había solución. La fría luz de la mañana le había quitado su momento reconfortante y la había dejado vulnerable y sola.

Cassie fue al baño y tomó una larga y caliente ducha. El agua corriente la tranquilizó y la ayudó a activar su mente. Decidió que su próximo paso sería llamar a la agencia de niñeras y explicar toda la situación a Maureen. Maureen sabría cómo manejar esto. La podría aconsejar acerca de qué hacer y al menos alguien más sabría en el aprieto en el que estaba, porque ahora estaba completamente sola.

Volvió a su habitación y fue hasta el enchufe en donde su celular estaba cargando.

No estaba allí.

Cassie buscó en donde estaba segura que lo había dejado. El cable estaba en el suelo. Frunció el ceño consternada al darse cuenta de que su teléfono no estaba en la habitación.

¿Cuándo había sido la última vez que lo había visto? Cassie intentó rebobinar y pensar en el caótico día anterior. Había querido llevar el teléfono con ella a la iglesia, por si llegaba a haber señal allí. Lo había tomado y luego pensó, y resultó tener razón, que no tendría tiempo libre durante el funeral.

Aún así, había considerado llevarlo y ahora no podía recordar si lo había hecho.

Si el teléfono había terminado en el bolsillo de su chaqueta, cabía la posibilidad de que se le hubiese caído en algún lado, y había una larga lista de lugares en donde eso podía haber ocurrido. En la iglesia, en algún lugar del cementerio, en el estacionamiento mientras luchaba para que Marc entrara en el auto. Se le podía haber caído mientras lo perseguía por el huerto, o incluso en la sala de música.

Cassie se mordió el labio al recordar lo que había ocurrido ayer en esa sala. Si había perdido el teléfono allí, no se hubiese dado cuenta mientras intentaba escapar de los avances de Pierre, y si él lo había encontrado, era poco probable que se lo devolviera después de lo que había ocurrido.

Había dejado la puerta de la habitación sin llave mientras se duchaba y también la noche anterior mientras los niños cenaban. Así que alguien se lo podía haber llevado.

Cassie decidió no ir por ese camino. Era mucho más probable que se le hubiese caído y en ese caso había perdido todos los contactos, sus mensajes y sus correos electrónicos. Ni siquiera tenía un respaldo del número de teléfono de la agencia. Los correos, las llamadas y los mensajes, la foto del contrato, todo estaba en su teléfono.

No estaba segura de si sería posible obtener una nueva tarjeta SIM aquí en Francia. Esto era un completo desastre. Había perdido su único medio de comunicación con el mundo exterior y con la gente que conocía.

Cassie se dio vuelta y le dio la espalda al panorama deprimente del cargador vacío, desesperada por un nuevo plan, pero incapaz de pensar en uno.

Mientras llevaba a los niños a desayunar, Cassie se preguntó distraídamente por el optimismo despreocupado que había tenido cuando se había anotado en la agencia, creyendo que terminaría en una casa normal, con gente común y agradable. En su lugar, estaba atrapada en una situación infernal que se salía cada vez más de control con cada hora que pasaba.

No sabía qué hablaría con Pierre durante el desayuno. Supuso que tendría que actuar como si nada hubiese pasado, porque esas eran las reglas del juego grotesco que la había forzado a jugar. Podría salir del juego y enfrentarlo, pero ya sabía lo riesgoso que podía ser. Y si lo hacía enfrente de los niños, sería hiriente y cruel para ellos.

Las mesas que habían sido dispuestas para el funeral ya no estaban, pero las enormes fotos enmarcadas de Margot aún estaban exhibidas en la mesa del vestíbulo. Había tres: una del rostro, una de cuerpo entero en un vestido de noche, y un retrato de ella y Pierre en el frente del *chateau*. La de Margot y Pierre parecía haber sido tomada durante una sesión de fotos formal y Cassie pensó que las otras dos debían ser fotos de estudio, porque Margot parecía estar modelando la ropa y las joyas que vestía.

Margot no sonreía en ninguna de las fotos, algo que Cassie había notado cuando las había visto por primera vez y lo volvía a notar ahora.

Para su alivio, Pierre no dio señales durante el desayuno, y cuando Marnie trajo el café y el jugo de naranja, le confirmó que él tenía otros planes.

—Es un lindo día, así que Monsieur Dubois llevará a sus huéspedes a un recorrido por la finca y la bodega a las ocho, y nosotros prepararemos el desayuno para ellos a las nueve en el porche, con vista a los viñedos —le explicó con una sonrisa afectuosa, como si intuyera que la ausencia de Pierre fuese una buena noticia.

—¿Los huéspedes se quedarán otra noche aquí?

Cassie esperaba que esto le permitiera estar a salvo por más tiempo, pero sintió que el miedo le corría por la espalda cuando Marnie sacudió la cabeza.

—Se marcharán después del desayuno —dijo ella.

—¿Hay algo que los niños o yo tengamos que hacer hoy? —preguntó Cassie.

—Las vacaciones se han terminado y la escuela comienza el lunes. ¿Podrías revisar que las mochilas de los niños estén prontas y que tengan todos los cuadernos y libros que necesiten? Lo que falte lo puedes comprar mañana en la ciudad.

—Eso haré —dijo Cassie.

Se sirvió una taza de café y se dio cuenta de que las manos le temblaban, y esperó que los niños no lo notaran. Ella estaba ocupada untando Nutella en una tostada, y Marc estaba eligiendo todas las frutillas del recipiente de frutas, pero Antoinette parecía intuir su preocupación. En cuanto Marnie dejó la sala, entabló una conversación con la voz empalagosa a la que Cassie había aprendido a tener recelo.

—¿Fuiste al funeral de tu hermana, Cassie? —le preguntó.

Cassie derramó la crema que se estaba sirviendo. Se salpicó del platillo azul al mantel y Cassie rápidamente tomó una servilleta.

—¿De qué hablas? —Le preguntó—. Mi hermana no tuvo un funeral.

El recuerdo de su sueño resurgió. Las palabras burlonas de Jacqui y la forma en que la había empujado mentalmente al extremo, para que luego Cassie la empujara físicamente por el barranco.

Deseaba poder hablar con alguien de ese sueño y descubrir lo que significaba, qué miedos necesitaba enfrentar y cómo podía resolverlos. Estaba segura de que un terapeuta podía ayudarla, pero no podía ir a ninguno de la zona. Contárselo a alguien después de lo que le había ocurrido a Margot sería incriminarse a sí misma.

—¿No la enterraron? —Preguntó Antoinette con voz intencionadamente asombrada.

—Ella no murió —dijo Cassie con cuidado, preocupada por el rumbo de la conversación.

—Nos dijiste que había muerto —replicó Antoinette, pero lo dijo más como una realidad que como una burla.

—¡Yo nunca dije eso! —Cassie podía escuchar el tono defensivo en su voz.

—Sí, lo hiciste. Ayer, cuando hablábamos en el auto, camino al funeral ¿No dijo eso, Marc?

Antoinette miró a Marc, que estaba al otro lado de la mesa. Había terminado las frutillas y ahora elegía gajos de mandarina.

—¡Dijiste que tu hermana se había perdido en el bosque! —dijo Marc en voz alta y Cassie quedó petrificada al ver que Antoinette asentía enérgicamente.

—Sí, eso fue lo que dijiste. Que se había perdido en el bosque y que te preocupaba que estuviese muerta.

Cassie sintió náuseas. Dejó la taza sin tomar nada de café. Seguramente no era posible que ambos confirmaran una historia totalmente ficticia.

Además, que mencionaran el bosque era profundamente perturbador, porque había sido parte de aquel sueño terrible. Jamás había tenido la intención de compartir esos detalles con alguien de la familia. Ahora los niños le decían que sí lo había hecho.

Esforzándose por poner en perspectiva esta situación, Cassie supuso que era posible que Marc recordara cuando Ella se había perdido en el bosque y estuviese pensando en su propia hermana más que en la de ella, y simplemente le estuviera siguiendo el juego a Antoinette.

Recordó haber estado nerviosa mientras conducía hacia el funeral. Se sentía estresada e intranquila. En el automóvil había hablado sin pensar realmente en lo que estaba diciendo, pues estaba preocupada por encontrar la iglesia y hacer que todos llegaran temprano. Había estado contestando las preguntas inquisitivas de Antoinette, que siempre la ponían a la defensiva, y había intentado vigilar el asiento trasero, en donde Marc había estado desabrochándose el cinturón de seguridad y sacando la cabeza por la ventana.

Dada la cantidad de distracciones con las que había tenido que lidiar, era posible que hubiese dicho algo, especialmente si los dos niños estaban seguros de eso.

Le dieron ganas de llorar. No podía confiar en sí misma. Las lagunas en su memoria la aterrorizaban. Fácilmente podría haberles dicho algo que la comprometiera a los niños, y quizás lo había hecho. Si había mencionado el bosque, podría haber dicho más y hablado de aquel vivido e inquietante sueño.

*

Después del desayuno, Antoinette fue a la sala de música a practicar piano y Cassie decidió comenzar con los materiales escolares. Se encontró deseando que fuera lunes para poder tener un poco de tiempo para ella todos los días, y con suerte los niños tendrían más estructura y disciplina en sus vidas.

—¿Marc, pueden tú y Ella mostrarme sus mochilas para la escuela y decirme qué es lo que necesitan? —Preguntó Cassie, con la esperanza de que no le llevara mucho tiempo y pudiera terminar antes de que Antoinette estuviese lista para ayudarla.

—No, no quiero ayudar. Nos vamos para afuera a jugar a las escondidas —gritó Marc.

Tomó a Ella de la mano y ambos salieron corriendo del comedor. Cassie corrió a la puerta y les gritó.

—¡Marc, por favor, espera un minuto! Saldré a jugar contigo más tarde, pero tenemos que terminar esto. ¡Ella, vuelve aquí!

Los dos niños la ignoraron y corrieron hacia afuera.

Cassie se cansó de solo pensar en perseguirlos por el enorme jardín, el huerto o el invernadero. Haría las malditas mochilas sola y dejaría que los niños descargaran sus energías. Tenía que haber un límite para el daño que

podían causar en la media hora que le llevaría revisar sus pertenencias y hacer una lista.

Se sentía profundamente aliviada de tener un poco de tranquilidad. La presencia constante de los tres le producía claustrofobia, y sus preguntas y pedidos continuos destrozaban su concentración. No le daban la posibilidad de enderezar su cabeza embarullada. Anhelaba tener un día de silencio para ordenar sus pensamientos, y dormir por una semana para disipar el cansancio que hacía que cada movimiento fuera un esfuerzo.

Subió las escaleras fatigosamente para revisar los dormitorios. Como Marnie no le había dado ningún detalle de lo que necesitaban los niños y ellos no estaban cooperando, se dio cuenta de que dependería de su propio sentido común y sus conjeturas.

Decidió comenzar revisando las mochilas, primero asegurándose de que estas estuviesen en buen estado y que no tuviesen sorpresas adentro, como sándwiches de dos semanas. Luego tendría que deducir qué era lo que les faltaba.

Revisar las mochilas era como una obra de romanos. La de Ella tenía muy pocos útiles, pero ¿cuánto necesitaba una niña de cinco años para la escuela? Tenía lápices, crayolas, un sacapuntas y dos cuadernos.

La mochila de Marc era un desorden caótico. Había dejado la cartuchera abierta y el contenido se había desparramado en la mochila. Virutas de lápices, marcadores destapados, animales de juguete y bolígrafos goteando estaban todos desordenados en el fondo de la mochila manchado de tinta. Los cuadernos tenían páginas rasgadas y las tapas estaban dobladas.

Cuando terminó de ordenarlo, Cassie hizo una larga lista de lo que necesitaría reemplazar, comenzando por la propia mochila. Era un desastre, uno de los tirantes estaba roto, y afuera de la mochila había hecho un dibujo grosero, de una mujer de baja estatura con el pelo revuelto y el rostro fruncido. Cassie supuso que era la maestra.

La habitación estaba tan desordenada como la mochila y estuvo un buen rato ordenándola. Los soldados estaban desparramados por todos lados y había una pila debajo de la cama. No podía creer el desorden que podía hacer Marc en cuestión de segundos.

Al salir de la habitación de Marc, Cassie escuchó el sonido del piano, pero se había detenido. Como Antoinette no había venido a arriba, decidió continuar y terminar el trabajo sola. Esperaba que la mochila de Antoinette estuviese ordenada, porque no tenía energías para repetir lo que acababa de hacer con la de Marc.

Como esperaba, el bolso turquesa de Antoinette estaba ordenado y todo lo que necesitaba parecía estar allí. Cassie revisó el juego de geometría e intentó recordar lo que ella había necesitado en la escuela. Todo parecía correcto. Incluso el pequeño lápiz del compás tenía la punta afilada.

Cassie puso la mochila en donde la había encontrado, pero cuando se inclinó vio por un segundo algo más atrás en el estante de madera, algo que le

había parecido extrañamente familiar a su mente exhausta y confundida.

Sacó la mochila y miró más de cerca. Respiró bruscamente al ver lo que había allí.

Era su celular. La cubierta inconfundible, con los hologramas plateados brillando, había llamado su atención en la oscuridad.

Cassie lo sacó y lo prendió, notando que sus manos temblaban más que nunca, pero esta vez por la sorpresa más que por el estrés.

Estaba entero y funcionando. No se estaba volviendo loca, no se le había caído ni lo había perdido. Aferró su teléfono al pecho y cerró los ojos, aliviada de tenerlo nuevamente consigo.

Luego de unos minutos, el alivio se evaporó y una furia ciega ocupó su lugar.

Antoinette debía haber entrado a su habitación, desenchufado el teléfono del cargador y se lo había robado. Lo había escondido en donde Cassie solo lo había encontrado de casualidad. Antoinette había actuado intencionada y maliciosamente. Cassie estaba segura de que no había tenido la intención de devolvérselo hasta verla sufrir, si acaso había planeado devolvérselo.

Antoinette, como niña de doce años, no tenía excusas para lo que había hecho, era lo suficientemente grande para saberlo. Esto era un robo puro y simple.

Cassie se dio cuenta que había tocado fondo emocionalmente.

Su paciencia se había acabado. Estaba cansada de las manipulaciones de los niños, de sus planes secretos, del rechazo desafiante a su autoridad y a entender los conceptos básicos del bien y del mal. Ya no podía seguir lidiando con eso.

Cassie se imaginó sujetando los brazos delgados de Antoinette y sacudiéndola hasta que hiciera ruido con los dientes. Se imaginó levantándole la mano y dándole una bofetada en su rostro petulante, viendo como su cabeza se hacía a un lado y la expresión de superioridad se desvanecía.

Se regocijó de forma despiadada al pensar en cuán fuerte podía ser el golpe.

Cassie deslizó la mochila por el estante y salió del dormitorio golpeando la puerta detrás de ella.

Decidió comenzar por sus prioridades. Al haber recuperado su teléfono, podía al menos buscar el número de la agencia. Ya eran las diez y cuarto, pero aún era muy temprano en Estados Unidos, demasiado temprano para usar el teléfono de línea de Pierre para llamar a la agencia. Abrían a las ocho de la mañana. A esa hora, quizás Pierre ya habría vuelto del desayuno. Si él estaba en casa, ella no podría entrar a su habitación para hacer una llamada importante y confidencial para pedir ayuda.

Cassie soltó un suspiro de frustración. ¿Realmente no había un lugar en donde se pudiera hacer una llamada por celular? Quizás podía chequearlo, ahora que tenía minutos prepagos. La finca era enorme. Tenía que haber un lugar en el que hubiese suficiente señal para hacer una llamada telefónica,

incluso si no era suficiente para utilizar los datos. Un pequeño destello de señal sería suficiente. Solo una barra.

Sosteniendo su teléfono enfrente de ella, Cassie salió y comenzó la búsqueda.

En el frente de la casa no obtuvo resultados. Envuelta entre las colinas, Cassie supuso que no había ni una torre dentro del campo visual, y si había señal en otro lado, la mole de piedra del *chateau* impediría su alcance por este lado.

Era más optimista respecto a la parte trasera de la casa, en donde la hermosa vista se extendía por quilómetros. Incluso un mínimo rastro de señal desde una torre lejana podía ser suficiente. Además, el clima estaba despejado, seco y sin viento, y por tanto tenía más posibilidades de tener éxito. Cassie recordó que Zane le había dicho que el mal tiempo afectaba la señal de los celulares. Nubes espesas, lluvias e incluso vientos fuertes podían reducir la señal. Él lo había aprendido de su hermano mayor, que trabajaba en el mantenimiento de las torres de celulares.

Cassie dobló la esquina y caminó por el sendero pavimentado, con la alta pared de piedra del *chateau* a su derecha. Llevaba su teléfono apuntando levemente hacia el espacio abierto a la izquierda, sin saber si eso ayudaría, pero sintiendo que no perdía nada con intentarlo. Caminó lentamente con la mirada fija en la pantalla, en donde el logo frustrante de “Sin señal” se negaba a ceder.

Con toda su atención orientada a su teléfono, Cassie no vio la canaleta enfrente de ella, una zanja profunda en la piedra. Se tropezó y casi se calló, zambulléndose hacia adelante para salvarse a ella y a su teléfono.

Mientras esto ocurría, ella más que ver sintió que algo pesado caía detrás de ella. Escuchó el veloz sonido de la caída y lo sintió como un repentino aire fresco.

Un segundo después, el enorme objeto se estrelló en el suelo.

Cassie giró, gritando de pánico. El corazón le martillaba en la garganta, mientras observaba incrédula el enorme busto de piedra. Había caído inmediatamente detrás de ella, a no más de un paso de donde ella estaba parada, y, con horror, se dio cuenta de que su tropiezo apenas la había salvado, porque si no se hubiese tropezado y zambullido hacia adelante para salvarse, hubiese caído justo sobre ella.

La cabeza y hombros de mármol eran más grandes que el tamaño real. Debía pesar toneladas. Su forma sólida no parecía tener daños por la caída, pero la enorme baldosa sobre la que había caído estaba destrozada.

Débil por la conmoción, Cassie retrocedió para ver mejor el balcón que estaba más arriba.

La estatua sobre el pilar izquierdo de la barandilla aún estaba en su lugar. La que había caído era la de la derecha. El balcón estaba vacío y no había movimiento allí.

¿Alguien la había visto pasar caminando y la había empujado?

No quería creerlo, pero había estado cerca, muy cerca. Apenas se había salvado de ser aplastada.

Había sido oportunista, pero tenía que enfrentar la realidad. Alguien de verdad podría haber intentado matarla.

La única pregunta era quién.

CAPÍTULO VEINTISEIS

Cassie estaba petrificada al comprender que el objetivo de la estatua podía haber sido ella, y entonces escuchó un grito.

—¿Qué ocurre? ¿Qué fue eso?

Pierre dobló la esquina, corriendo hasta donde ella estaba parada.

Cassie vio en su rostro genuina sorpresa, mientras él la miraba a ella y luego al balcón, respirando con dificultad.

Lo único que podía pensar en ese momento era que no había sido Pierre quien había empujado el busto por el balcón. Habría sido imposible para él correr desde el balcón por las escaleras, salir por la puerta principal y correr por el costado de la casa en tan poco tiempo.

—Se cayó cuando yo pasaba —dijo ella con voz aguda y temblorosa—. Casi me alcanzó.

—¿Se cayó? Esa estatua no puede simplemente caerse. Ha estado en ese lugar durante siglos.

Pierre dio unos pasos hacia atrás para ver mejor.

—Mira, se puede ver la plataforma sobre la que estaba erguida.

Se agachó y escrutó la estatua cuidadosamente.

—No está rota, aunque tendremos que reemplazar la baldosa —dijo él—. Iré a hablar con el jefe del viñedo para que ordene que se coloque de nuevo en su lugar.

—Casi me mató —dijo Cassie.

Tenía la cabeza mareada por la reacción retrasada. Si hubiese sido medio segundo más lenta, no hubiese sobrevivido.

Pierre frunció el ceño y Cassie supo que, luego de lo que había ocurrido entre ellos ayer, no tendría compasión con ella. En realidad, ni siquiera debería haber mencionado que había estado cerca de la muerte. No quería ser el centro de la atención de Pierre por ninguna razón. Prefería que su mirada pasara por ella despectivamente, como si fuese insignificante en su vida y sus problemas no le incumbieran.

—¿Estás herida? —Le preguntó, sabiendo que no lo estaba.

—No, no estoy herida, estoy bien —dijo a la defensiva.

—Si estaban quitando muebles de la habitación mientras limpiaban, un miembro del personal doméstico puede haberla empujado por accidente —dijo él.

O uno de los niños, pensó Cassie tiritando, y de ser así quizás no había sido un accidente.

Pierre se dirigió al garaje y se subió al carro de golf, conduciendo por el camino arenoso en dirección al viñedo.

Cassie decidió que intentaría descubrir quién había estado allí.

El balcón pertenecía a una de las habitaciones de huéspedes, en el ala de la casa que estaba vacía. Supuso que alguna de las habitaciones habría estado

ocupada la noche anterior por los huéspedes del funeral, pero no sabía cuáles. Cuando fue a la planta alta, encontró que todas las habitaciones tenían las puertas cerradas, pero sin llave. Primero entró por error en la habitación equivocada. El interior de la casa era diferente y parecía más grande que de afuera.

La siguiente habitación era la correcta. Estaba inmaculada, la cama con dosel estaba hecha prolijamente, con almohadas de color borgoña y un cubrecama color crema. La puerta del balcón estaba abierta, pero no había nadie afuera. Salió al balcón y miró hacia abajo. Se le encogió el estómago al examinar la caída. Nerviosa, miró detrás de ella y se movió rápidamente de la baranda. Se preguntó si alguna vez podría volver a mirar desde una altura como esa, sin recordar el sobresalto que había sentido y el mareo enfermizo que la había llenado cuando había visto el cuerpo de Margot.

Le dio un contoneo al busto que estaba allí. Con su base angosta, los hombros anchos, la larga e imponente cabeza, era pesada e inestable. No habría necesitado de mucha fuerza para empujarla. Físicamente, incluso Ella podría haberlo hecho.

Una cosa era segura, no había personal doméstico en esta habitación, ni siquiera en esta ala. Debían haber terminado su trabajo más temprano.

Pierre ni siquiera había mencionado la posibilidad de que pudiera ser uno de los niños, aunque era obvio que, aparte del personal, eran los únicos que podían haberlo hecho. Cassie se preguntó si de verdad no se le había ocurrido a Pierre o, más probable, si simplemente no se permitía considerar esa posibilidad.

Supuso que esta era una extensión de su creencia de que el nombre familiar debía permanecer intachable y sin ser corrompido por el escándalo a toda costa.

Apenas se había escapado de la muerte, aún no sabía quién lo había hecho y el incidente solo había hecho que la atención de Pierre se volviera hacia ella. Encima de todo, estaba convencida de que no había señal telefónica en ningún lugar de la zona. No había ni el mínimo rastro en la planta baja y cuando revisó su teléfono en el balcón, el aviso caprichoso de “Sin señal” se negaba a ceder.

Frustrada, Cassie se dio cuenta de que tendría que esperar a que Pierre saliera. Quizás él lo hiciera más tarde, y entonces ella usaría el teléfono de línea para contactar a la agencia, y al diablo con las consecuencias si él la descubría.

Todo lo que había intentado hacer hoy había terminado en desastre, y cuando Cassie lo pensó desde esa perspectiva, le dieron ganas de estallar en lágrimas. Antoinette le había robado el teléfono. Alguien había intentado matarla. Todos parecían odiarla excepto Marnie, el único rostro amigable en todo el *chateau*.

Salió de la habitación y, recordando sus responsabilidades, fue a buscar a los niños. Ella estaba en su habitación y Antoinette estaba en la biblioteca.

Estaba enroscada en un sofá leyendo, y le sonrió inocentemente cuando entró.

Cassie se aguantó las ganas de gritarle que era una ladrona y, posiblemente también, una asesina en potencia. Si habían empujado la estatua de su plataforma a propósito, sabía cuál de los niños tenía más probabilidad de ser el culpable. Juntó el poco autocontrol que le quedaba para preguntarle si sabía en dónde estaba Marc, y cuando Antoinette se encogió de hombros, Cassie estuvo tentada a agarrarla de su coleta brillante y tirarle del pelo hasta que gritara.

Marc estaba en la cocina. Había asaltado la heladera y había encontrado un plato con pastelitos glaseados. Se le había caído uno en el piso, y salía de la antecocina triunfante con otro, cuando Cassie llegó.

Logró alcanzarlo mientras se dirigía al huerto, habiendo comido la mitad del pastelito en la corrida y arrojado la otra mitad en el pavimento inmaculado en una lluvia de migas.

—Es casi la hora del almuerzo Marc, debes entrar ahora —le suplicó.

—No tengo hambre —gritó alegremente, y tuvo que salir a perseguirlo otra vez hasta el invernadero con los paneles rotos.

Cassie supuso que debía decirle a alguien lo que había ocurrido con los paneles, pero no tenía la energía, y si lo decía tendría que explicar que Marc lo había hecho estando sin supervisión.

Parecía mejor dejarlo así.

Su único y tenue vínculo con la cordura era la llave de su dormitorio. Podía tantearla en su bolsillo y eso la tranquilizaba. En la noche, cerraría su habitación con llave y nadie podría llegar a ella. Se aferró a ese hecho como a un bote salvavidas. Parecía ser lo único que aún podía controlar.

Pierre almorzó con ellos, lo que sorprendió y consternó a Cassie. Aún más desconcertante era su alegre humor.

—¿Quieres que te sirva pollo al horno, Cassie? —Le preguntó cordialmente, y ella forzó una sonrisa amable.

—Lo preparó Marnie antes de irse. Creo que es uno de sus platos mejor logrados. Pollo al horno, ratatouille y salsa. Simple y clásico. ¿Te gusta, Antoinette?

Antoinette le sonrío coquetamente, claramente encantada de ser el centro de atención de su padre.

—Está delicioso —dijo ella.

—Margot nunca comía salsa —observó Ella—. Creo que no le gustaba.

Nadie respondió a esta observación, y hubo un corto silencio después de sus palabras. Marc miró la silla vacía de Margot, antes de volver su atención a la comida.

—¿A dónde ha ido Marnie? —preguntó Cassie, preocupada.

Esperaba hablar con ella esta tarde y averiguar si había otro teléfono que pudiera usar.

—Pidió el resto del día libre, tenía que hacer un mandado. Ha tenido algunos días libres recientemente, pero es una gran trabajadora. No podemos

envidiar el tiempo libre de los trabajadores, especialmente cuando lo hacen tan bien. Después de todo, aquellos que ponen sus corazones en el trabajo son los que reciben la mejor recompensa. Siempre es importante complacer a tu jefe.

Su mirada encontró la de Cassie en la mesa y le dio una mirada significativa. Ella no tuvo dificultad en darse cuenta de que era una insinuación. El hecho de que Pierre estuviese diciendo esto enfrente de los niños, y el día después del funeral de Margot, hizo que le dieran ganas de vomitar.

Con un esfuerzo sobrehumano, mantuvo su expresión neutral y forzó la comida, con la esperanza de que si se mantenía en silencio, podría volverse invisible ante sus ojos.

—Esta tarde voy a la ciudad por negocios —anunció Pierre mientras retiraban los platos.

—¿Cuándo vuelves, papá? —preguntó Antoinette.

—Temprano en la noche.

—Cuando vuelvas, ¿podemos jugar juntos? —ella volvió a sonreír.

—Quizás sí. Tú sabes cuánto disfruto de los juegos.

Pero mientras hablaba, Pierre estaba mirando a Cassie, no a su hija.

Pensó que le estaba por decir algo más, pero en ese momento hubo un golpe en la puerta del frente.

Pierre se levantó.

—Yo atenderé. Estaba por salir de todos modos —dijo él.

Cassie también se levantó y sintió que le habían puesto los nervios en la trituradora. Salió del comedor y escuchó la conversación brusca que Pierre tenía con el visitante en la puerta.

—Madame, no hay nada para ver aquí. El funeral de Margot fue ayer y estoy saliendo de la casa ahora. Si desea pasar más tiempo recordándola, déjeme dirigirla al cementerio en donde enterramos sus cenizas.

Él se detuvo.

—¿Es periodista? Entonces quizás pueda contactarse con mi oficina para tener una copia del obituario formal. Tiene algo de información de su vida, junto con excelentes fotos. Esta es mi tarjeta personal con todos los detalles. Aún estoy de luto y no tengo nada para decirle.

Pierre cerró la puerta firmemente detrás de él, y unos pocos minutos después escuchó que su auto se iba.

Ahora era el momento de actuar, decidió Cassie. No iba a esperar otro minuto.

Marchó por las escaleras y el corredor hacia el dormitorio de Pierre. Sacó su celular del bolsillo de su chaqueta y buscó hasta que encontró el número de la agencia. Luego, levantando el mentón con determinación, giró el picaporte.

Estaba con llave.

La realidad la golpeó como un puñetazo en el estómago.

Volvió a intentarlo sacudiendo el picaporte. Esta puerta nunca estuvo bajo

llave, y ahora sin dudas lo estaba.

Ahora no había forma de acceder al teléfono de línea. Esta tarde no podría hacer llamadas, ni recibir buenos consejos. Su único medio de comunicación había desaparecido.

Cassie se alejó de la puerta, destrozada. Este debía ser su castigo por haberlo rechazado ayer.

¿Cómo sabía que había entrado a su habitación la primera vez? Claramente lo había adivinado o presentido, y la había descubierto. Ahora él le estaba diciendo que él sabía, y que iba a detenerla, porque esto era parte del juego de poder enfermizo que él estaba jugando.

Al pensar en eso, al pensar en esa extraña satisfacción que él había tenido durante el almuerzo, Cassie predijo otro desastre.

Había dejado la puerta de su dormitorio sin llave esa mañana. Marnie se lo había pedido ya que los niños y ella estarían en casa, y el personal doméstico necesitaba limpiar.

Cassie volvió por el corredor, sacó la llave de su bolsillo y cerró la puerta del dormitorio. Luego intentó pasar la llave.

Sin embargo, esta vez la llave no entraba bien. No encajaba y no podía hacer que girara. La contoneó, la sacudió, empujó y tiró. La giró con todas sus fuerzas hasta que se detuvo, porque sabía que si seguía intentando, el delgado mango de metal se quebraría en la cerradura.

La sacó y la volvió a poner, y lo volvió a intentar una segunda vez por si la cerradura tenía una falla, o por si tenía herrumbre, o por si lo hubiese hecho mal por su propio pánico.

Era lo mismo, no importaba cuantas veces lo intentara. No podía girar la llave y no podía trancar la puerta.

Pierre había averiguado que ella la había estado cerrando con llave para su seguridad.

Esta noche, él se había asegurado de que ya no pudiera hacerlo.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Cassie arrojó la llave inservible por la habitación, lo más fuerte que pudo. Pegó en la pared y tintineó en el suelo. No se molestó en levantarla. Se dio vuelta y cerró la puerta de un portazo al marcharse.

El leve miedo con el que había estado viviendo desde que Margot había muerto, estaba creciendo a un terror total.

Se dijo a sí misma que Pierre la estaba manipulando y castigando por haberse defendido de él ayer. Intentó tranquilizarse y pensar que todavía tenía opciones, y podía dormir en la habitación de Ella si fuese necesario.

Pero no podía hacer eso toda la noche, todas las noches. No tenía idea de cuándo le devolverían el pasaporte y no podía llamar a nadie para pedir ayuda.

Cassie inspiró profundamente. Nunca se había sentido tan atrapada o derrotada.

Compartía la casa con un adúltero que le había echado el ojo, y con un sospechoso de asesinato. No tenía idea de si estos eran la misma persona, o si eran dos personas distintas. ¿Quién había empujado a Margot del balcón? ¿Y quién había empujado la estatua de su pedestal para que se estrellara en el suelo cuando ella pasaba?

¿Y por qué había tenido una sobredosis de medicación justo en esa noche, que resultó en confusión, pesadillas y recuerdos embrollados, que querían decir que ni siquiera ella sabía lo que realmente había ocurrido, o qué rol había cumplido en todo esto?

Se arrastró a la planta baja y fue a la cocina, preguntándose a dónde había ido Marnie. Era posible que ya hubiese renunciado a su trabajo. Ya no podía creer en lo que los demás le decían.

Un miembro del personal de la cocina estaba trabajando en la antecocina, pero la cocina en sí estaba vacía.

En el sector en donde se preparaba la comida había un enorme bloque de madera, en donde guardaban los cuchillos de cortar y pelar. Estaban todos en su lugar, y los mangos sobresalían del bloque a la espera de ser usados.

Cassie inspeccionó todos los cuchillos que estaban en el bloque de madera. Eligió el que esperaba que fuese el arma más letal de todas, uno de largo medio, con una hoja dura y brillante de plata afilada y una punta perversa. El borde biselado estaba letalmente afilado.

Se imaginó agarrándolo y apuñalando a alguien con la punta, o usando el filo para cortar la piel, abriendo un corte profundo en la garganta de su atacante.

Con el cuchillo en la mano, sentía como si estuviese en una encrucijada. ¿Sería capaz de usarlo?

Cassie sacudió la cabeza. Por más que la tentara tener la protección que le ofrecía un cuchillo, era un arma demasiado mortal y eso significaba que se podía paralizar en vez de usarla, porque su capacidad para herir o matar la

aterrorizaba. También cabía la posibilidad de que se lo quitaran. Entonces, terminaría siendo la víctima, y Pierre podría decir con razón que él lo había usado en defensa propia.

Necesitaba algo menos letal, que aún fuese un disuasorio efectivo. Gas pimienta hubiera sido ideal, pero estaba segura de que no había nada de eso en el *chateau*. ¿Funcionaría solo la pimienta?

Cassie también rechazó esta idea. No era práctico de usar. Entonces, se le ocurrió la solución.

Insecticida. Necesitaba una lata de aerosol fuerte para insectos. El veneno cegaría temporalmente o ahogaría a Pierre, sería fácil de usar y podría también usar la lata como arma de defensa propia, si se la lanzaba de lleno al rostro.

En un *chateau* que tenía cientos de años, tenía que haber muchos insectos, y por lo tanto aerosol. Adivinó que estaría guardado en la antecocina o en el armario de las escobas.

Cassie esperó unos minutos más a que la criada se fuera, y luego buscó en la antecocina, en donde encontró una lata casi llena de un tóxico insecticida para cucarachas y otras plagas de cocina.

Disparó un chorrito de prueba, esperó unos segundos, y luego lo abanicó hacia ella. Los gases la ahogaban y le hacían llorar los ojos.

—Ven a buscarme, Pierre —susurró, sujetando la lata con el dedo sobre el pulverizador—. Y verás cómo te va.

A pesar de sus palabras bravuconas, su miedo no había cedido. De hecho, había empeorado. Preparar su defensa la forzaba a asumir la realidad, lo que ella creía que él estaba planeando.

Se llevó el aerosol a su dormitorio y lo escondió debajo de su almohada. Luego cerró la puerta de su dormitorio y fue en busca de los niños.

Buscó sin suerte por casi media hora, cada vez más preocupada por dónde estaban y qué desastre habrían causado, antes de que el chillido del motor de un automóvil la alertara, y se apresurara hacia el garaje.

Marc había robado las llaves del plato en el vestíbulo y se había subido al Peugeot. Había logrado arrancar el auto, y estaba sentado en el borde del asiento del conductor, aferrándose al volante con el pie en el acelerador. El motor aullaba en protesta y el aire estaba lleno de gases.

Antoinette había traído a Ella para ver el espectáculo y estaba parada afuera del garaje, gritando de risa.

—¡Detente, ahora! —gritó Cassie, pero nadie la escuchó por el rugido del auto.

Entró al garaje, tosiendo al respirar la nube de gases que la ahogaban. Tiró violentamente del mango de la puerta y la abrió, preguntándose por qué estaba pegajosa.

—¡Afuera, ahora! —ordenó.

Marc sujetaba el volante y gritaba protestas. Cassie miró hacia dentro y, para su horror, vio que había traído una taza de chocolate con un sándwich de

miel adentro del auto. Como era de esperar, el chocolate se había volcado en el asiento del pasajero. El rostro y las manos de Marc, además del volante, la palanca del indicador y la mayoría de los botones del tablero de control estaban embadurnados con miel.

De pronto, Cassie se preguntó si Antoinette había sido cómplice de todo esto. Podía imaginarla dándole a Marc el chocolate y el sándwich, y sugiriéndole que fuese a dar una vuelta en auto.

—Afuera —gritó Cassie.

El aire del garaje era espeso por los gases. Tomó a Marc del brazo y lo arrastró afuera del auto, antes de estirar el brazo y apagar el arranque. La llave también estaba pegajosa. Todas las superficies posibles estaban embadurnadas con miel.

—Marc, ¿qué diablos es esto? Tú sabes que no puedes entrar al garaje —le gritó, arrastrándolo hacia fuera en donde afortunadamente el aire estaba más limpio.

Se volvió a Antoinette, sin importarle que la niña mayor viera claramente lo furiosa que estaba.

—¡Estuviste mirando todo el tiempo! ¿Por qué dejaste que hiciera eso?

Antoinette solo se encogió de hombros de manera maleducada y extendió los brazos. El gesto, y en realidad todo su comportamiento, no indicaban más que desprecio por Cassie.

Ella se alejó, como si no le importara continuar con su comportamiento manipulativo, ahora que Cassie estaba intentando imponer disciplina. Cassie entendió que realmente no le agradaba a Ella. Solo capitalizaba su debilidad y el hecho de que Cassie era para ella como una muñeca.

Se sintió sumamente agobiada. Cassie podía sentir que las neuronas se le quemaban una por una.

—Para adentro —espetó.

¿Cómo iba a hacer que los niños se dieran cuenta de lo destructivos que eran y de lo tremendamente peligroso que esto había sido? Si Marc hubiese puesto el auto en marcha, podría haber atropellado a Ella.

—No quiero ir para adentro —empezó Marc, y Cassie le gritó con todas sus fuerzas, inclinándose para que la boca estuviese a solo milímetros del oído de Marc.

—¡Vas a ir para adentro, ahora!

Marchó con ellos para adentro. Marc arrastraba los pies malhumorado y en silencio, Ella pateaba la gravilla y se quejaba. Antoinette aún se estaba riendo, como si toda la situación, incluyendo la pérdida de control de Cassie, le resultara demasiado graciosa.

—Vengan conmigo —dijo ella, y se dirigió a la planta alta, pero en la cima de la escalera dobló hacia el ala de huéspedes.

Empujó a Marc enfrente de ella, con Ella lloriqueando detrás y azotando las puertas con las manos mientras pasaba. Cassie podía escuchar la risa melodiosa de Antoinette a la retaguardia.

Empujó la puerta, entró en la habitación a pisotones y señaló, a través de la puerta corrediza, a la plataforma vacía en el balcón en donde había estado la estatua.

—¿Quién de ustedes empujó esa estatua? Dígamelo, ahora. Porque yo estaba caminando por debajo del balcón cuando cayó y estuvo a milímetros de matarme.

Examinó sus rostros. Ella amotinada, Marc desafiante, Antoinette petulante.

Esperaba que les tomara un tiempo confesarse, y que quizás tuviera que observar el lenguaje corporal para encontrar señales de culpa. Pero Marc gritó inmediatamente, como si estuviese orgulloso de lo que había hecho.

—¡Fui yo! Estaba escondido allí porque estábamos jugando a las escondidas. Parecía que estaba floja, así que la empujé. ¡Tengo tanta fuerza! Mira, también puedo hacer que la otra se caiga.

Corrió hacia la puerta de vidrio al tiempo que Antoinette chillaba de júbilo.

Cassie corrió detrás de él, recordando que Pierre había dicho que un equipo reemplazaría la estatua durante la tarde, lo que quería decir que podía haber personas allí abajo.

—No —gritó—. Eso es peligroso y puedes herir a alguien.

—¡No me importa! —gritó Marc.

Le dio una patada en las canillas y con los dedos de los pies la golpeó dolorosamente, intentando que ella lo soltara. Mientras ella luchaba con el joven desobediente, con los dedos aún pegajosos por la miel, se sintió consumida por una ira violenta y cruda.

Lo arrastró lejos de la puerta. Él gritaba de furia, tenía el rostro carmesí y con las manos había dejado manchas enormes en el vidrio.

—¡Tienes que dejar de actuar así! Tienes que empezar a escuchar —le chilló.

—No lo haré, no lo haré —respondió a los gritos.

Antes de que pudiera pensar en las consecuencias de sus acciones, Cassie tomó al niño y lo lanzó a través de la habitación hacia el enorme ropero de caoba. Abrió la puerta, lo empujó hacia adentro y dio un portazo, apoyándose contra la puerta por si acaso.

—¡Ahora quédate ahí y piensa en lo que has hecho! —le gritó.

Por un momento, hubo un silencio atónito, mientras todos asimilaban lo que acaba de ocurrir.

Luego, Marc comenzó a gritar, atemorizado e histérico.

—¡Déjame salir, déjame salir!

Aporreó la puerta, con los puños repiqueteando en la madera, pero Cassie solo la empujó con más fuerza. Respiraba rápidamente, el corazón le latía fuertemente y la adrenalina surgía en su interior. No lo iba a dejar salir, no.

Marc comenzó llorar.

—Tengo miedo de la oscuridad. Por favor déjame salir, ¡por favor!

Apretando los dientes, Cassie permaneció firme contra la puerta. Podía escuchar el miedo crudo en su voz, y sabía lo asustado que debía estar, pero su enojo era más poderoso que la voz interior, que le decía que estaba siendo injusta con él.

Ella comenzó a sollozar.

—¡Está asustado ahí! ¡Marc está asustado!

—Yo estaba asustada cuando la estatua se estrelló detrás de mí. Marc necesita aprender a pensar antes de hacer —gritó Cassie—. Y no hacer cosas intencionadamente cuando sabe que eso es ser malcriado y destructivo.

El llanto de Marc se tranquilizó. Ahora sus sollozos eran desolados.

—Estoy tan asustado —lloriqueó—. Por favor, déjame salir.

Antoinette marchó hacia Cassie, con los ojos llenos de desprecio.

—Déjalo salir —le pidió—. Estás siendo cruel.

—¿Yo estoy siendo cruel? —Cassie levantó las cejas y sintió que una nueva ola de ira surgía en su interior—. Quizás deberías estar apuntando ese dedo a ti y no a mí.

Antoinette estaba furiosa por haber sido desafiada. Dio un paso adelante, con el rostro fruncido, e intentó empujar a Cassie y alejarla de la puerta.

Cassie hizo lo que sus dedos habían tenido ganas de hacer durante todo el día. Alzó la mano y abofeteó a Antoinette con fuerza en el rostro.

Antoinette retrocedió, cayó sobre las rodillas y se dobló, conteniendo el rostro con las manos, y lloriqueando en tonos agonizantes.

—Ay, ay, ay.

Ella se acercó y se arrodilló a su lado, sollozando mientras la ayudaba a frotarse el rostro. Desde adentro del ropero, el llanto de Marc se había vuelto un susurro ronco y desesperado.

—Déjame salir. Por favor, déjame salir.

Escuchando el miedo en su voz, Cassie sintió que los recuerdos surgían en su interior. Tenía flashbacks de una experiencia que había olvidado y había enterrado muy profundamente.

De pronto, tuvo la extraña sensación de que ella estaba adentro de ese ropero. Sabía exactamente cómo se sentía estar ahí adentro. Cómo el pequeño destello de luz se reducía y luego desaparecía completamente cuando la puerta se cerraba, dejándola en una oscuridad opresiva y sin aire. Cómo el espacio del ropero de repente parecía demasiado pequeño para contenerla a ella y a su pánico, y sin importar la fuerza con la que gritara, pensaba que no iba a alcanzar al exterior de esa sólida puerta.

Sabía que su padre estaba parado afuera de la puerta, porque podía escucharlo gritar, aunque no podía decir exactamente lo que estaba diciendo. No importaba. Él estaba enojado y ella se había portado mal, y esa era la razón por la que él la había arrastrado hacia arriba y la había empujado adentro de ese enorme y oscuro ropero, y había cerrado la puerta con el cerrojo.

Cassie recordaba que él se había ido. Ella había esperado allí por lo que

habían parecido horas, hasta que tuvo la garganta rasposa de tanto gritar y los talones amoratados por patear la puerta, en su desesperación por abrirla. Era sofocante y hacía calor, y cada vez que respiraba sentía que hacía un gran esfuerzo.

Su padre no la había dejado salir. Y finalmente, había sido Jacqui quien había subido y la había liberado.

De pronto, no fue capaz de continuar con el castigo. Cassie se apartó del ropero y abrió la puerta.

Marc yacía boca abajo en el suelo, de la misma forma en que ella lo había hecho. Salió gateando, pestañeando por la luz, y Cassie recordó lo luminoso que estaba todo luego de la oscuridad sofocante. Había sido doloroso para ella y por un tiempo apenas había podido abrir los ojos.

El rostro de Marc estaba hinchado y mojado por las lágrimas, y parecía más sumiso de lo que ella lo creía capaz.

Mientras pasaba por al lado de Cassie, tropezando, farfulló algo que ella no pudo entender.

Antoinette se paró e intentó abrazar a Marc, pero él la empujó y salió de la habitación en dirección a su dormitorio.

Antoinette y Ella, que aún sollozaba, lo siguieron en silencio.

Cassie recordó que, asustada y traumatizada, también había empujado a su hermana.

La había empujado con fuerza y Jacqui había gritado mientras caía en la oscuridad.

Cassie sacudió la cabeza violentamente. Otra vez estaba confundiendo recuerdos con sueños. Eso no había ocurrido. Había empujado a Jacqui, pero solo había sido un empujón débil y suave. No había estado parada al borde de un barranco. No había intentado salvarse aferrándose con la mano, con las uñas pintadas de rojo, al aire vacío mientras caía.

Cassie cerró la puerta del ropero y al hacerlo se dio cuenta de que su furia se había evaporado. En su lugar, estaba llena de culpa.

Intentó convencerse de que sus acciones habían sido justificadas, que los niños estaban tan alocados que necesitaban una seria dosis de disciplina. Que no le haría ningún daño a Marc haber estado algunos minutos adentro del ropero, y que Antoinette tenía más que merecida la bofetada.

Eso no evitó que reconociera lo que sentía, aunque estaba avergonzada de la realidad. Había actuado de la misma manera que su padre abusador.

Había pasado años intentando escaparse de él y darle la espalda. Había creído firmemente que ella era una mejor persona, y que en todo caso había sido la víctima, no la opresora. Nada de eso la había ayudado.

Tenía que enfrentarse a la realidad: había terminado convirtiéndose en él.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Después de que los niños dejaron la habitación, Cassie esperaba que corrieran desenfrenados y desafiantes por la casa. Se sorprendió al ver que caminaban sumisamente, cada uno a su habitación. Estaban tan tranquilos y obedientes, que supuso que el incidente los había traumatizado.

Fue a la planta baja y buscó en la antecocina entre los materiales de limpieza. Luego, hizo su mejor esfuerzo para arreglar el auto, limpió todas las superficies e intentó sacar el chocolate derramado en el asiento de cuero. La actividad la reconfortó y le permitió escaparse de sus emociones destrozadas.

Se había extralimitado con los niños. Se había convertido en una abusadora, en vez de ser su protectora.

Intentó reproducir el incidente en su mente para tener un poco de perspectiva, y decidir si su comportamiento realmente había sido inaceptable y si de alguna manera podía arreglar las cosas. En retrospectiva, se dio cuenta de que no podía recordar exactamente lo que había ocurrido en la habitación de huéspedes.

No podía recordar todos los detalles. ¿Cómo se había intensificado la situación? ¿Qué había dicho Marc para que ella reaccionara de esa manera? Supuso que los había llevado a ese dormitorio para regañarlos acerca de lo que había ocurrido en el auto. Cuando intentó recordar, volvió a ser la pequeña inútil, encerrada en el ropero.

Luego, cuando volvió a intentarlo, se encontró en el borde del barranco atrapada en la pesadilla en la que peleaba con su hermana.

Cassie se preguntó si su mente estaba borrando recuerdos a propósito, para protegerse del agobio que le producía el estrés. Esperó recordar los detalles cuando fuese capaz de lidiar con ellos.

Mientras tanto, sentía como si sus pensamientos la tironearan de muchas direcciones diferentes. No podía dejar de pensar en la frase “destrozada por caballos salvajes”. Eso era exactamente lo que sentía que le estaba ocurriendo a su cordura. Había demasiadas preocupaciones incontrolables, no tenía una estructura en la que apoyarse, y su miedo más grande era que lo peor aún estaba por venir.

Sentía que quería llorar y creía haber estado llorando, pero cuando llevaba la mano a los ojos los sentía secos. Externamente no demostraba nada, pero en su interior se estaba cayendo a pedazos.

Miró la hora en su teléfono y vio que era de tardecita. Las horas habían pasado rápidamente, como si hubiese estado en un sueño. Como Marnie no estaba allí, era su responsabilidad que la cena estuviese pronta y que los niños se bañaran y se pusieran los piyamas, asumiendo que querrían hablar con ella. Recomponiendo sus pensamientos con un poco de normalidad, se dirigió a la planta baja.

La cocina estaba vacía. La criada que había estado limpiando más

temprano claramente había terminado por el día. Gracias a la desaparición inesperada de Marnie, no se habían hecho planes para la cena.

Cassie revisó el refrigerador, el congelador y la enorme alacena. Había mucha comida de todo tipo, incluyendo un paquete de seis batidos para adelgazar en la alacena, que parecía fuera de lugar en comparación con los otros contenidos. Supuso que eran de Margot, y que ahora nadie los tomaría.

Estudió la situación para ver lo que había disponible, y se le ocurrieron algunas opciones para la cena. Luego pensó, ¿por qué no preguntarles a los niños? Quizás podría arreglar la relación y absolver algo de la culpa constante que sentía si hablaba con ellos.

Los reunió a todos en el dormitorio de Antoinette.

Todos fueron con obediencia y la observaron en silencio. Cassie se sorprendió nuevamente por el cambio en su comportamiento desde que ella había perdido completamente la cabeza.

—Quiero pedirles disculpas por haberles gritado —dijo ella—. Perdí la paciencia y me comporté muy mal, así que tengo que pedirles perdón. Estaba enojada, pero no debí haber dicho y hecho lo que hice. No está bien hacerlo, pero si ocurre, es importante pedir disculpas después. Ahora sé que, si vuelvo a estar en la misma situación, debo controlar mi ira y no dejar que esta me controle a mí. Eso es lo que he aprendido de esto.

—Yo también pido disculpas —dijo Antoinette en voz baja—. No intenté detener a Marc, de hecho le dije que debía hacerlo.

—Y yo pido perdón —dijo Marc refregando los pies en las baldosas—. Sé que fui desobediente. Me porte muy mal.

Para sorpresa de Cassie, él parecía realmente avergonzado más que orgulloso de su comportamiento.

Ella la abrazó en silencio, aferrándose a sus piernas.

—Pensé en preguntarles que podíamos cenar —dijo Cassie—. Marnie no está, así que tengo algunas opciones en mente. Podemos comer tortilla de jamón y queso, o un pastel de carne y hongos, hay uno en el congelador, o podemos hacer panqueques con azúcar y canela.

—Yo quisiera panqueques —dijo Ella, algo indecisa, y luego Antoinette y Marc dijeron a coro “yo también”.

—Bueno. Si quieren, me pueden ayudar hacerlos ahora. Podemos dejarlos en el horno mientras se bañan y se cambian, para que se mantengan calientes.

Cassie bajó con los niños, sintiendo un extraño sentimiento de separación de la realidad. Mientras viviera en el presente, estaría perfectamente bien. En cuanto pensaba en lo que había ocurrido más temprano, o lo que iba ocurrir, su cerebro se abrumaba y comenzaba a temblar de miedo.

Decidió que era mejor permanecer en el presente, al parecer la opción más segura y la correcta para mantener la cordura.

En la cocina, los niños parecían disfrutar realmente de hacer los panqueques. Cassie supuso que no tenían mucha oportunidad de cocinar, con tanto personal presente la mayoría del tiempo. Luego de que mezcló la masa y

la cobertura de canela y azúcar, le dio a cada uno una tarea para hacer. Antoinette estaba cargo de colocar la masa en la sartén. Luego, una vez que Cassie hubiese volteado los panqueques, Ella era responsable de espolvorear la mezcla de azúcar y canela. Estaba parada sobre una silla baja y apoyada sobre la larga mesa de madera en el centro de la cocina, y parecía contenta y orgullosa de su rol.

Finalmente, Marc estaba cargo de enrollar los panqueques y colocarlos en un plato.

Media hora después, el plato estaba lleno de panqueques, y Cassie lo cubrió con papel de aluminio y lo puso en el cajón del horno para que se calentaran.

Sintió un gran alivio al haber logrado salvar el día aunque fuese un poco, después de su desastroso comienzo. Ahora tenía que bañar a los niños y aprontarlos para la cena.

Sus pensamientos la llevaron a lo que podía ocurrir esa noche y Cassie los suprimió. No iba a ir por ese camino. Sin importar cómo resultara la noche o lo que ella terminara haciendo, al menos los niños podrían recordar que esa tarde se habían divertido cocinando.

—Me gusta tu arreglo en el pelo, Cassie —dijo Ella cuando estaba en la bañera.

—Gracias —dijo Cassie.

No podía recordar lo que se había puesto en el cabello, o cuándo. Quizás se lo había atado antes de empezar a preparar la comida, para que no le molestara.

Tanteó la coleta con la mano y sintió la suavidad de la seda. Tiró el cabello a un costado y vio la punta verde esmeralda.

La ansiedad le hizo nudo en el estómago, al darse cuenta de que no tenía el más mínimo recuerdo de haberse atado el cabello con la bufanda de seda que Pierre le había dado.

*

Una vez que los niños estuvieron bañados, vestidos y abajo en el comedor, Cassie le pidió a Antoinette que les leyera una historia antes de la cena. Se dio cuenta de que su ropa estaba manchada y sucia de las actividades del día, y se apresuró a ducharse y cambiarse antes de volver con ellos.

Luego de ponerse jeans y un pulóver limpios, Cassie volvió a su dormitorio para poner la ropa sucia en el cesto y llevar la lista de materiales escolares que había hecho más temprano. Ahora que los niños estaban más cooperativos, podría revisar la lista con ellos durante la cena y ver si faltaba algo.

Puso la ropa en el cesto y tomó la lista de la mesa. Luego, se dio vuelta hacia la puerta, y se tapó la boca con la mano para ahogar un grito.

Pierre estaba sentado en la silla de respaldo alto que estaba cerca de su cama.

Observándolo con horror, Cassie sintió que se le aceleraba el corazón. Había estado un paso adelante todo este tiempo. Debía haber llegado a casa mientras ella se duchaba, habría ido derecho a su habitación y habría esperado por ella.

Quizás esperaba que esta noche ella durmiera en uno de los dormitorios de los niños, y había dado un paso anticipado.

—¿Te asusté? —le preguntó.

Cassie se dio cuenta, demasiado tarde, de que no debería haber sofocado el grito. Ahora tenía que gritar mucho y muy fuerte. Si podía llamar la atención de los niños, estaría a salvo.

Si no podía, estaba en un mundo de problemas.

Pero cuando tomó aire, Pierre puso un dedo sobre los labios.

—Ahora, en silencio —reprobó él—. ¿No conoces las reglas? El juego de esta noche es no hacer ruido.

Se levantó y avanzó hacia ella, mientras ella retrocedía en dirección a la cama.

—Los niños están abajo, felices —dijo él—. Están comiendo los panqueques y me dijeron que tuvieron un buen día. Parecen estar sobrellevando bien la situación, después de la tragedia que hemos experimentado recientemente. Sería una lástima arruinar su alegría, cuando los temas pendientes que tenemos son solo entre tú y yo, ¿no? Aunque si gritaras, el comedor está tan lejos que probablemente no te escucharían.

Cassie se desplomó sobre la cama, con las piernas débiles por el miedo.

—No —murmuró—. Por favor, Pierre, no.

Pierre se inclinó hacia ella. Con la mano firme sobre su hombro, la empujó hacia atrás. Escuchó un ruido de metal y se dio cuenta, con un sentimiento de irrealidad, que se estaba desabrochando el cinturón.

—Hoy hablé con la policía —le susurró al oído—. Desafortunadamente, me dijeron que tú aún estás bajo sospecha. Hay muchas cuestiones que les preocupan. Me preguntaron si eras confiable. ¿Qué tendría que haber dicho, Cassie?

Ella lo miró en silencio, horrorizada por sus palabras y por la forma en que la estaba forzando al silencio. Sus ojos marrones observaban los de ella. Podía ver la sombra de la barba incipiente en su rostro.

—Solicité una entrevista con el detective para mañana. Así que ahora depende de ti. ¿Vas a jugar mi juego y quedarte en silencio, como una tumba, sin decir nada? Si es así, mañana le diré a la policía que eres una persona confiable y que personalmente avalo tu carácter. Pero si no juegas el juego, no dudaré en decirles que creo que ya me has robado, y que tengo pruebas fotográficas de ti, husmeando en mi dormitorio, abriendo cajones y buscando entre mis pertenencias. ¿Cuál será tu decisión, Cassie? ¿Qué elegirás?

Se acercó más a ella. Su cabello le hacía cosquillas en el rostro, los dedos fuertes la presionaron contra el colchón.

Cassie se dio cuenta de que no tenía sentido rogar o gritar. Pierre había

considerado todos los escenarios posibles, y todos eran un callejón sin salida para ella.

Excepto uno.

Estiró el brazo debajo de la cabeza, escarbando debajo de la almohada, y cerró los dedos sobre la fría lata de acero con aerosol venenoso que había escondido allí. Encontró el pulverizador con el dedo, era sólido y tranquilizante al tacto, y lo deslizó por debajo de ella.

Sabía qué decisión iba a tomar y qué iba elegir.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

El detective Granger estaba sentado con Estelle Bret en la pequeña sala, iluminada por el bajo sol del otoño. Estelle era dueña de un apartamento modesto en Senlis, a una hora del norte de París, y era la segunda examante de Pierre que había aceptado que él la entrevistara ese día.

—Pierre y yo tuvimos un amorío durante casi un año —dijo ella.

Jugueteaba con un mechón de su largo y oscuro cabello mientras hablaba. Era alta, delgada y muy hermosa, estaba perfectamente maquillada y vestida a la moda con jeans rotos y una chaqueta de gamuza con flecos.

—Por favor, continúe —dijo Granger. Tranquilizándola nuevamente, agregó— Madame, esto es totalmente confidencial. Escribiré algunas notas pero no grabaré la conversación.

Había asumido que estas entrevistas serían parte de la investigación de antecedentes habitual, solo un punto en la lista de investigación. La primera entrevista lo había sorprendido, y esta parecía ir en la misma dirección. Estelle se había resistido a hablar. Había aceptado la entrevista luego de que le prometieran que sería solo por antecedentes, y que lo que ella dijera no se le informaría a Pierre.

—Estaba casada y vivía en la zona. Mi esposo viajaba mucho y pasaba largos periodos de tiempo fuera de casa. Conocí a Pierre en la ciudad, haciendo la fila en el banco. Él comenzó a conversar conmigo. Era coqueto y atractivo. Me invitó a cenar. Me dijo que estaba casado, pero yo también lo estaba —se encogió de hombros.

Granger miró hacia abajo y escribió una nota en su libreta.

—La mayor parte de la gente de la zona piensa que él es maravilloso —continuó Estelle—. Es un empresario importante, que ha sido muy precavido en proteger su reputación. Pero hay unos pocos que saben otras cosas, que han visto cómo miente y lo que oculta. Cuando le conté a una amiga que nos estábamos viendo, ella me advirtió acerca de él. Debí haberla escuchado, pero elegí no creerle. En cambio, escuché sus promesas.

Giró un mechón de cabello apretadamente alrededor del dedo y miró por la ventana soleada a las ramas de árboles desnudas meciéndose afuera.

—¿Qué le prometió? —preguntó Granger.

—Me dijo que estaba enamorado de mí, que quería que dejara a mi esposo, que él se casaría conmigo. Entonces, como una tonta, le confesé a mi esposo que estaba viendo a otra persona y no separamos. Nos divorciamos un año después. Mientras tanto, Pierre continuaba como siempre, nos veíamos una o dos veces a la semana. Hubo muchos halagos y muchas más promesas. Finalmente, me di cuenta de que él no tenía la intención de dejar a su esposa. Pero también empecé a ver otro lado de él.

—¿Cómo era ese lado?

Granger garabateaba enérgicamente en su libreta para mantener el ritmo.

—Le gustaban las cosas morbosas. Estrangulación, sadomasoquismo.

Estelle bajó la mirada y Granger vio que se había sonrojado.

—Al principio era una aventura. Él lo hacía parecer divertido y excitante. Luego, después de un tiempo, se volvió más violento. Se negaba a detenerse cuando se lo pedía. Hubo algunas ocasiones en las que realmente me lastimó. Una vez me estranguló tan fuerte que perdí la conciencia por un minuto. Sabía que, por mi propia salud física y emocional, tenía que terminar con él. Pero era más fácil decirlo que hacerlo.

—¿Por qué?

Granger se aseguró de mantener el semblante tranquilo, a pesar de su convicción de que las piezas del rompecabezas empezaban a encajar.

—Él estaba furioso de que yo quisiera terminar. Tuvimos una gran pelea. Él me amenazó con un montón de cosas. Había algunos detalles personales que se los había dicho en confianza, y él me dijo que se aseguraría de que toda la ciudad lo supiera. Y cuando yo lo amenacé con contarles a todos la verdad acerca de él, me sujetó y me sacudió, y luego me empujó tan fuerte que me caí. Tenía moretones en la mandíbula y los hombros.

—¿Hizo la denuncia? —preguntó Granger.

—Fui a la policía y me pidieron que presentara un informe médico de las lesiones lo más pronto posible, para que se pudieran presentar los cargos correspondientes.

Granger asintió.

—Fui al médico local, pero después descubrí que era un amigo de Pierre. Luego de decirle lo que había ocurrido, me hizo preguntas acerca de mis actividades deportivas, que incluían montar a caballo y gimnasia. Me examinó y me dijo que mis lesiones no eran lo suficientemente severas, y que las circunstancias no eran concluyentes para que él pudiera escribir un informe policial, y que podía haberme hecho los moretones después de haberme caído de mi caballo. Pierre me llamó al día siguiente y me amenazó, diciendo que si no levantaba los cargos él me demandaría por difamación, y que yo estaba mintiendo.

Ella extendió las manos.

—Para entonces, no estaba segura de si me creía a mí misma. Levanté los cargos y me mudé. Encontré un buen trabajo cerca de aquí como organizadora de eventos, así que decidí empezar completamente de cero. Fue una experiencia horrible. Me demostró lo tóxico que era él y cómo nada lo detendría para proteger su supuesto "buen nombre" en la zona.

Granger asintió lentamente. Estas eran pruebas contundentes. Antes de hablar con estas mujeres, nunca hubiese creído que Pierre tenía un lado tan oscuro, y claramente se esforzaba en extremo para proteger su reputación.

Terminó la entrevista y le agradeció por su tiempo.

En cuanto salió del apartamento, llamó a Bisset para actualizarla.

Ella parecía animada.

—Acabo de salir de la peluquería de Margot. Alex, su estilista, fue de

mucha ayuda.

—¿Qué dijo él? —Preguntó Granger.

—Margot no era feliz. Se sentía atrapada. Quería dejar a Pierre, pero tenía mucho miedo de las consecuencias.

Granger sintió un escalofrío ante esas palabras.

—¿Te explicó por qué?

—Ella tenía planeado volver a modelar, era lo único que sabía hacer. Al involucrarse con Pierre, había truncado una carrera prometedora. El problema es que es un trabajo de alto perfil. Ella habría estado bajo la opinión pública, y le habrían preguntado cosas acerca de su pasado. Ella le dijo a Alex que estaba desesperada por dejar a Pierre, pero que sabía que él se lo haría difícil. Estaba muy deprimida.

—Mi entrevista con Estelle fue por un camino parecido —confirmó Granger.

—Hay algo más —dijo Bisset.

—¿Qué?

Él esperaba que ella fuese rápida, la batería de su celular se estaba terminando, y se había olvidado del cargador en la estación de policía.

—¿Recuerdas que nos quejamos de la falta de tecnología?

—Sí.

—Bueno, Margot dejó su celular en la peluquería. Alex dijo que ella lo había usado durante su cita y se había olvidado de llevárselo cuando se había ido. La había llamado al teléfono de línea al día siguiente, pero otra mujer había contestado el teléfono. Decidió que sería mejor terminar la llamada y esperar a que Margot lo contactara. A esa altura, él no sabía que ella había muerto.

—¿Crees que el celular puede contener información importante?

—Definitivamente, hay pruebas de que ella estaba buscando reiniciar su carrera. Alex me dijo que ella hizo unas llamadas a sus contactos en el modelaje mientras estaba en la peluquería, restableciendo el contacto con ellos.

—Eso es genial. Haremos seguimiento a esas llamadas. ¿Pierre se ha contactado?

—Para nada —confirmó Bisset.

Granger desconectó la llamada y continuó manejando.

En la entrevista previa, la primera en el día, le habían contado una historia similar. La relación había comenzado con flores, joyas, seducción y promesas. Luego, se había deteriorado. El sexo morboso se había vuelto violento. Las promesas se habían convertido en amenazas. El romance se había echado a perder, y había terminado con más amenazas.

La única diferencia era que, en el primer caso, Pierre había terminado con la relación, pero había utilizado los mismos métodos para silenciarla.

Granger notó que ninguna de estas amantes tenía trabajos de alto perfil. Como modelo reconocida, la decisión de irse de Margot podría haber

representado más que una amenaza para Pierre.

Granger decidió que sentía lástima por cualquier mujer que se involucrara con Pierre. Todas las relaciones parecían terminar con el corazón roto, o peor.

La esposa de Pierre, Diane, manejaba con exceso de velocidad cuando perdió el control del automóvil y rodó en él. Su muerte había sido instantánea, y el automóvil se había prendido fuego en el horrible accidente.

Granger dudaba que el automóvil hubiese sido alterado, aunque la destrucción había sido tal que no lo podía asegurar. Sin embargo, él había descubierto que, tan sólo dos minutos antes, Pierre había recibido una multa por exceso de velocidad en la misma calle.

Diane lo había estado siguiendo, tarde en la noche, por la calle principal que unos kilómetros después pasaba por Cubert.

Podía ser solo una coincidencia que Margot en ese tiempo vivía en Cubert.

Granger suspiró con frustración. A pesar de la cantidad de pruebas de carácter que había obtenido, necesitaban algo más para hacer un arresto. Lo que habían descubierto hoy era casi suficiente, pero no del todo.

Estaba cerca de llegar a su casa y dirigiéndose al tráfico de la tarde, cuando Bisset lo volvió a llamar.

—¿Granger? —parecía animada.

—¿Qué pasó? Habla rápido, mi teléfono está a punto de morir.

—Acabo de volver. Hay un nuevo acontecimiento que involucra a Pierre. Necesitas venir aquí, rápido. La mujer que trabaja en el *chateau*...

Se perdió el resto de las palabras cuando un camionero, al lado de él y trancado en el mismo tráfico, empezó a tocar bocina impacientemente.

—¿Qué pasó? —preguntó él, sintiendo que se le aceleraba el pulso, pero le hablaba a una línea muerta.

¿Qué mujer, y qué había ocurrido? Granger supuso que esto debía involucrar a la niñera, de la que había sospechado desde el principio. Le había parecido emocionalmente inestable, a punto de colapsar. Su nerviosismo extremo y sus vagos recuerdos de eventos recientes habían alertado todos sus instintos. No sabía si ella siempre actuaba así, o si la fragilidad interior que él intuía había sido exacerbada por el estrés severo.

Ese estrés podía, por supuesto, haber sido causado por el hecho de que había jugado un papel en el asesinato de Margot Fabron.

Sin batería, le llevaría otros frustrantes treinta minutos volver a las oficinas y descubrir cuál era el último giro en este complejo caso.

*

Media hora después, Granger se estacionó y corrió hacia la puerta de la estación de policía. Rápidamente, saludó con un grito al oficial de guardia y se dirigió corriendo a la planta alta. Los escenarios giraban alrededor de su cabeza. Hasta donde sabía, podían haber tomado la dirección equivocada al

investigar a Pierre, a pesar del peso de las pruebas en esa dirección.

La puerta de la oficina de Bisset estaba abierta.

—¿Qué hizo ella? —preguntó Granger casi sin aliento.

—Vino aquí más temprano. Se tomó la tarde libre especialmente para venir a vernos.

Granger entró y cerró la puerta.

—¿Quién? ¿La niñera? ¿Cassie Vale?

Volvió a recordar su rostro asustado, cómo su mirada se escapaba de él cuando él intentaba hacer contacto visual, y cómo ella rápidamente le devolvía la mirada, con los ojos grandes, como si supiera que él había notado lo que ella había hecho. Recordó el hábito nervioso que tenía de hundir las uñas en sus cutículas. La forma en que había cambiado la historia respecto a si había dejado su dormitorio en la noche de la muerte de Margot. Parecía realmente alterada por su propia inhabilidad para recordar lo que había hecho, y eso hizo que Granger se preguntara qué más había olvidado, intencionalmente o no.

Esperaba que Bisset confirmara sus sospechas, pero por el contrario, sacudió la cabeza.

—No, no. No ella. El ama de llaves que trabaja en la residencia Dubois vino a vernos. Su nombre es Marnie Serrurier y está esperando para que la entrevistes. Vino a la estación más temprano y nos trajo un elemento de prueba que encontró.

—¿Prueba importante?

Podía escuchar el entusiasmo en la voz de Bisset cuando ella respondió.

—Definitivamente sí. Ya he hablado con ella. Esto cambia todo, Granger. Con la prueba y su testimonio, creo que tenemos suficientes motivos para hacer un arresto inmediato.

CAPÍTULO TREINTA

Cassie retuvo el insecticida.

Mientras Pierre le sujetaba el hombro, presionó el dedo tembloroso sobre el pulverizador. Lo iba a hacer. Iba a pulverizar veneno sobre él como si fuera una cucaracha, y no le importaba si él se ahogaba con los gases, o si incluso lo cegaba.

Entonces, escuchó que, de la planta baja, sonaba la aldaba de la puerta, fuerte y repetidamente.

Por un segundo, ambos quedaron paralizados. Luego, Pierre la soltó y Cassie levantó el dedo del pulverizador.

Pierre se levantó rápidamente, se abrochó el cinturón y maldijo mientras se alejaba de ella. Era como si se hubiese olvidado de ella en un instante, gracias a esta interrupción. Sin personal trabajando esta noche, no había nadie más para abrir la puerta, y eso quería decir que ella se había salvado.

—Probablemente sea otro maldito periodista —murmuró él.

Salió a pasos largos de la habitación y Cassie se bajó de la cama. Le temblaba todo el cuerpo por la conmoción. Él había estado tan cerca de atraparla, y ella sentía náuseas cuando pensaba en lo que podía haber sucedido.

No iba a quedarse merodeando en el dormitorio. Esta era su oportunidad de escapar a la planta baja y volver con los niños, y resolvió no volver a dejarlos, sin importar las consecuencias. Ahora, la presencia de ellos era su única protección.

Mientras seguía a Pierre a la planta baja, manteniéndose a una distancia recelosa de él, la aldaba volvió a sonar. Era un golpe fuerte, autoritario, y resonaba por toda la casa.

—Papá —llamó Antoinette, que salía corriendo del comedor—. Hay alguien en la puerta.

—Estoy en camino —dijo Pierre de mala manera—. Continúa con tu cena.

Cassie supuso que él no quería que los niños lo escucharan despotricar insultos a quien fuera que estuviese esperando al otro lado de la puerta. A pesar de esto, Antoinette claramente tenía curiosidad. Volvió en dirección al comedor, pero en cuanto Pierre miró para otro lado, ella se detuvo.

—¿Qué quiere?

Pierre abrió la puerta y gritó las palabras con enojo. A Cassie se le subió el corazón a la garganta al ver a los dos detectives de la policía allí parados.

Este era el momento. Las palabras de Pierre no habían sido solo amenazas. Él debía haberle contado a los detectives lo que ella había hecho, y cómo había revisado su habitación, y ahora la prueba apuntaba a ella.

Cassie sintió la boca tan seca que no estaba segura de poder hablar, pero decidió que ahora tenía que ser totalmente honesta con los detectives. Tenía

que decirles que realmente no tenía recuerdo de lo que quizás había hecho en la noche de la muerte de Margot, o si su pesadilla estaba basada en la realidad, en su imaginación, o en algún lugar en el medio. Les prometería que cooperaría con ellos completamente y les diría todo lo que le había ocurrido en el *chateau*, desde el maltrato hasta el intento de abuso.

Quizás, si ella cooperaba, le permitirían llevar el celular con ella, y al menos podría buscar el número de alguien que ella conociera y explicarle lo que había ocurrido.

Cassie se adelantó con las piernas temblando y preguntándose qué le dirían y cómo comenzaría su confesión.

Entonces, se dio cuenta de lo que los oficiales de policía estaban diciendo, y permaneció quieta con la cabeza dándole vueltas, sin atreverse a creer lo que estaba ocurriendo.

—Monsieur Dubois, está bajo arresto por ser sospechoso del asesinato a Margot Fabron. Tiene derecho a permanecer callado, pero puede dañar su defensa si no menciona, al ser cuestionado, algo de lo que después dependa en la corte.

—¡Un momento! ¿Qué diablos es esto? ¿Cuál es el fundamento? —Vociferó Pierre.

—Monsieur, le explicaremos en la estación de policía. Por favor, venga con nosotros.

El detective Granger lo tomó del brazo.

—Quiero llamar a mi abogado. ¡Ahora! No tengo nada que ver con esto.

Pierre apuntó el dedo acusando a Cassie.

—Ella es la culpable, les estoy diciendo la verdad. Entraba en mi dormitorio mientras yo no estaba en casa. Me estaba robando. Estaba...

Cassie se preparó para la posibilidad de que los detectives quisieran llevársela con ellos después de todo. Pero los gritos de Pierre no tuvieron efecto. Granger ni siquiera la miró.

—Tiene derecho a hacer una llamada telefónica en cuanto lleguemos a las oficinas y puede solicitar representación legal. Ahora, entre en el auto.

Había dureza en la voz del detective y sus palabras no dejaban lugar para más discusiones. Pierre maldecía y amenazaba, y lo llevaron al auto.

¿Cómo había pasado esto? Se preguntó Cassie. ¿Cuál era la razón del arresto sorpresa a Pierre, y cuánto tiempo estaría arrestado?

Escuchó un grito detrás de ella, y cuando se dio vuelta vio a los tres niños parados cerca de la escalera, observando la escena con horror.

—¡Papá! —gritó Antoinette con voz chillona, corriendo hacia la puerta en donde estaba Cassie.

—¿Adónde vas? ¿Por qué te está llevando la policía?

Pierre la miró amenazadoramente.

—¡Vuelve para adentro! —le gritó.

Antoinette empujó a Cassie y se precipitó hacia el auto, seguida por Ella, que había empezado a llorar a los gritos.

—Vuelve —le suplicó Antoinette.

Cassie sujetó a Ella y la cargó en sus brazos, mientras Bisset atrapó a Antoinette por los hombros y la hizo darse vuelta, arrastrándola lejos del automóvil.

—Tu papá no va a estar en casa esta noche, pero estarás a salvo aquí. Ven para adentro, ahora —dijo Bisset.

Las dos llevaron a las niñas que gritaban para adentro, en donde se unieron a Marc, que estaba chupándose el dedo y mirando el espectáculo con los ojos grandes desde el vestíbulo.

—Llamaremos al familiar más cercano en cuanto lleguemos a las oficinas —dijo Bisset sin aliento—. ¿Podría quedarse con los niños hasta que llegue un miembro de la familia?

—Sí, sí, claro, por supuesto —dijo Cassie.

Quería preguntarle a Bisset qué había ocurrido, pero no podía hacerlo enfrente de los niños y, en todo caso, no sabía si Bisset podía decírselo.

—¿Tiene acceso al teléfono del *chateau*? —le preguntó Bisset.

—Sí.

Cassie asumió que Pierre había abierto la puerta de su dormitorio, y aunque no lo hubiese hecho, había dejado las llaves en la mesa del vestíbulo.

—Por favor, manténgase alerta para responder a nuestra llamada en la próxima media hora. Le actualizaremos en cuanto sepamos quién llegará a cuidar a los niños y cuándo.

—Estaré esperando.

Bisset corrió hacia el auto. Cassie pensó que se marcharían inmediatamente, pero Bisset volvió trotando hacia ella con un sobre de manila.

Le dio el sobre a Cassie.

—Su pasaporte —dijo ella—. Se lo devolvemos porque ya no es una persona de interés en este caso. Gracias por su cooperación durante el mismo.

—¿Mi pasaporte?

Cassie tomó el sobre, tanteando el pequeño y delgado documento allí dentro, y se llenó de alivio. No era solo la confirmación oficial de que estaba afuera de la lista de sospechosos, sino el hecho de que le habían devuelto la libertad. Ya no era una prisionera aquí y podía elegir irse en cualquier momento. Sintió que el enorme peso de la preocupación se levantaba de sus hombros, y solo ahora se daba cuenta de cómo ese miedo la había estado aplastando.

Las lágrimas le picaron los ojos y ella pestañó.

—Muchas, muchas gracias —susurró—. Usted no sabe lo que significa tener esto de vuelta, o lo asustada que me sentía sin él.

Quería abrazar a Bisset pero sentía que no era apropiado, así que en su lugar le tendió la mano y, para su sorpresa, Bisset la estrechó cálidamente con las dos manos.

—Me alegra que hayamos podido devolvérselo —coincidió ella.

Cassie recordó cómo la detective la había mirado curiosamente el día del funeral, después de que ella se había escapado de la garras de Pierre, saliendo rápidamente de la sala de música en pánico y con la ropa desarreglada. Se preguntó si Bisset habría adivinado lo que había ocurrido, y si era por eso que era tan comprensiva ahora.

—Estaremos en contacto muy pronto —dijo Bisset, en un tono tranquilizante.

Luego se dio vuelta y se apresuró hacia el automóvil.

*

La policía se había ido, y Cassie se encontraba a cargo de tres niños histéricos.

Antoinette estaba en un mar de lágrimas. Cassie nunca había visto a la hija mayor tan fuera de control. Supuso que, sin Margot, Antoinette había esperado ser la favorita de su padre. Quizás pensaba que al fin recibiría el amor y la atención que siempre había anhelado de él, pero que nunca había recibido.

Cassie sabía que Antoinette estaba equivocada en ese aspecto, pero no había forma de decírselo ahora.

—¿Por qué? —Gritaba ella una y otra vez.

—No sé por qué —fue todo lo que Cassie pudo decir como respuesta.

Aún estaba conmocionada por lo que había ocurrido, no era capaz de creer que Pierre realmente se había ido. No dejaba de pensar que en cualquier momento él volvería a entrar, que haría una llamada de emergencia a su abogado y forzaría a la policía a traerlo de nuevo. O que los detectives cambiarían de opinión y la arrestarían a ella después de todo. Estaba atenta al crujido de la gravilla de la entrada, y deseaba saber cuáles eran las pruebas que habían sido usadas como fundamento para el arresto de Pierre.

—¿Qué pasará con nosotros ahora? —Lamentó Antoinette.

Esta era otra pregunta que Cassie no podía responder. ¿Qué pasaría con los niños? En unos pocos días, habían perdido a sus padres y tutores. Debían sentirse completamente a la deriva en el mundo, y ella no podía encontrar la forma de tranquilizarlos.

De hecho, Cassie temía que si Pierre era liberado bajo fianza, volvería a lo mismo en el *chateau*. Se preguntó si las condiciones para la fianza harían que Pierre cambiara su comportamiento hacia ella, pero lo dudaba. Eso quería decir que, para su propia seguridad, tenía que marcharse lo más pronto que pudiera, y darles la espalda a tres niños extremadamente traumatizados de una familia fragmentada, que la necesitaban más que nunca.

No tenía idea de qué ocurriría en las próximas horas o días, y sentía sus emociones tan retorcidas que sabía que no era capaz de ofrecerles la tranquilidad que los niños necesitaban. En un esfuerzo desesperado, intentó recomponerse y volverse la persona fuerte y responsable que ellos

necesitaban.

—Sabremos más cuando la policía nos contacte —dijo ella, dándose cuenta mientras lo decía que esto no era para nada tranquilizador.

Ella sollozaba incontrolablemente.

—¿Adónde ha ido papá? —repetía, y Cassie recordó con una punzada cómo le habían dicho que su madre se había "ido", cuando en realidad se había muerto.

Marc estaba hosco y agresivo. Antes de que Cassie pudiera detenerlo, tomó una de las fotos enmarcadas de Margot de la mesa del vestíbulo y la arrojó al suelo, rajando el vidrio. No estaba dispuesta a castigarlo y decidió no decir nada.

—Vayamos para arriba —dijo ella, con la esperanza de que el ritual de irse a la cama los tranquilizara a ellos, y a ella también.

Mientras subía la escalera, Marc pateaba cada uno de los escalones y gritaba en protesta.

Cuando estaba en la mitad de la escalera, Cassie recordó con un sobresalto que había dejado el pasaporte en la mesa del vestíbulo. Lo había puesto allí mientras tranquilizaba a los niños y se había olvidado de agarrarlo. El objeto más importante para ella y no lo había guardado. Tenía ganas de patear las escaleras también, por la frustración que le generaba que sus pensamientos estuviesen tan fragmentados y desorganizados.

Tenía moretones en el hombro, en donde Pierre la había sujetado y empujado sobre la cama, y de pronto recordó cómo había inhalado el poderoso aroma a sándalo de su colonia. No podía creer que realmente se había ido. Se había puesto tan furioso al ser arrestado y había intentado que la policía se la llevara a ella en su lugar.

Que no vuelva, rogó ella.

Finalmente, reunió a los niños afuera del dormitorio de Antoinette, y los llantos de las niñas se habían tranquilizado lo suficiente para que Cassie pudiera hablar.

—Les diré lo que está sucediendo en cuanto lo sepa.

Hizo una pausa, y estrechó sus manos con fuerza para que los niños no vieran que estaba temblando, y se preguntó cuál era la mejor forma para consolarlos después de que todo su mundo se había caído a pedazos.

—¿Podemos dormir juntos esta noche? —Preguntó Antoinette, y Ella y Marc asintieron enérgicamente.

—Es una buena idea —aceptó Cassie.

—¿Y podemos tomar un poco de leche y torta? —Preguntó Marc.

—Tengo que esperar a que la policía llame. Pero luego de eso, les traeré una sorpresa —prometió.

Aliviada de que ellos sugirieran algo positivo para sentirse mejor, Cassie llevó la almohada de Ella y algunos de sus animales de peluche al dormitorio de Antoinette. Marc llevó los contenidos de la caja de juguetes a la habitación, y Cassie llevó su colchón y las sábanas en caso de que necesitaran más

espacio para dormir.

Cuando dejó el dormitorio y cerró la habitación suavemente, Cassie recordó las palabras que Marc había murmurado más temprano, cuando ella lo había liberado del ropero y él pasaba por al lado de ella.

En ese momento no habían tenido sentido, y ella había estado muy atrapada en sus propios recuerdos para que su mente los descifrara. Ahora, mientras caminaba por el pasillo hacia el dormitorio de Pierre para esperar la llamada de la policía, Cassie se encontró a sí misma tiritando al entender lo que él había dicho.

Las palabras que Marc había dicho habían sido “Eres igual a papá”.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Cuando regresaron a las oficinas, Granger finalizó los expedientes del caso mientras Bisset hacía las llamadas telefónicas correspondientes. Estaban acomodados en la calurosa oficina de él, pero en esta tarde fría, Bisset no se quejó del calor.

Luego de su última llamada, colgó el auricular y hubo un ruidoso golpe en la puerta.

El líder de la comisaría, el jefe Palomer, ingresó, ardiendo visiblemente de furia.

—Recién estuve hablando con Pierre Dubois, quien está detenido aquí. ¿Qué está ocurriendo? Esto es increíble. Por favor, expliquen sus acciones.

Granger intercambió una mirada con Bisset antes de responderle amablemente.

—Buenas tardes, jefe. Sí, lo arrestamos hace una hora.

—¿Sin mi permiso?

El rostro del jefe, siempre rubicundo, se había vuelto rojo de furia. Se apoyó sobre el escritorio, extendiendo sus dedos regordetes y mirando a Granger de forma amenazadora.

—Usted no estaba disponible, así que consultamos con el líder del área.

Granger mantuvo un tono tranquilo. Él sabía perfectamente que la ausencia del jefe había sido un golpe de suerte para ellos. Estaba seguro de que si el jefe hubiese estado disponible, les hubiese ordenado no arrestar a Pierre. Después de todo, la obra de arte en la oficina de Palomer había sido un regalo de uno de los estudios de Pierre, y su esposa estaba al frente de una de las empresas de marketing que Pierre contrataba.

—Esto es una locura, estamos arrestando a un líder de la comunidad, alguien que tiene una reputación impecable.

—Con el debido respeto, señor, los vínculos y la reputación de Pierre en la comunidad se discutirán durante el juicio, en donde la gente puede tomar sus propias decisiones acerca de eso, pero ese hecho no puede prevenir su arresto.

—Le ordeno que retire los cargos en su contra. Actuaron irresponsablemente y no han seguido el debido proceso. Envíelo a su casa inmediatamente.

Bisset aclaró la garganta y Granger vio que parecía aún más enojada que Palomer.

—Seguimos el debido proceso en cada paso del camino. Y es por eso que hicimos este arresto, señor. No hacer el arresto, con las pruebas convincentes en contra del sospechoso, hubiese sido una negligencia.

—Muéstreme el expediente —dijo Palomer de mala manera—. Pierre informó que contrató a una niñera extranjera hace unos días, y que él sospecha que ella le ha robado y ha cometido otros delitos. ¿Por qué no la han arrestado

a ella?

—No había pruebas en su contra —insistió Bisset.

A pesar de las dudas que tenía Granger acerca de la niñera emocionalmente inestable, él sabía que Bisset se sentía extremadamente compasiva hacia ella. Después del funeral de Margot, Bisset había compartido sus miedos con él, y sospechaba que la niñera estaba siendo atacada sexualmente o acosada con un propósito sexual por Pierre. En base a los testimonios de otras entrevistas, Granger estaba de acuerdo con que esto era posible, y había sido un alivio devolverle el pasaporte. Ella era una don nadie inocente, que sin querer había quedado atrapada en esta situación, y ahora podía hacer su camino y vivir su vida. Con suerte, en el camino encontraría un mejor equilibrio emocional.

—Por favor, échele un vistazo a nuestro expediente. Y dígame, señor, si se tratara de un hombre pobre de los suburbios de Grigny ¿lo hubiera arrestado? Basado en las pruebas, yo creo que sí. No podemos hacer una excepción con aquellos que son adinerados o tienen buenas conexiones —le insistió Bisset a Palomer.

Le alcanzó el archivo sobre el escritorio.

Granger estaba seguro de que Bisset quería agregar que hacer una excepción constituiría corrupción, pero no lo dijo. La cuerda floja política era un acto de equilibrio cuidadoso, que tenía que ser respetado aún cuando se sabía que se estaba haciendo lo correcto.

—Pierre tiene un equipo de abogados expertos a su disposición —dijo tranquilamente—. Estoy seguro de que harán lo mejor para contra argumentar las pruebas en su contra, y permitir que el juez tome la mejor decisión. Sin embargo, tenemos que actuar de acuerdo con nuestro mandato como oficiales de la ley.

Como oficial que había hecho el arresto, Granger sabía que solo él o el fiscal podían retirar los cargos, y entendía la frustración evidente de Palomer ante este hecho.

Granger no creía que se mantuvieran los cargos. Sabía que Pierre contrataría a los mejores abogados que el dinero puede comprar, y gastaría lo necesario para limpiar su nombre. Pero en un proceso judicial, el resultado era incierto. Cualquiera fuera el resultado final, él confiaba en que él y Bisset habían actuado como debían, y no pudo evitar sentirse satisfecho cuando Palomer, con el rostro morado, tomó la carpeta y se fue ofendido de la habitación.

—¿Cuánto le falta para jubilarse? —Murmuró Bisset.

—Dos años —dijo Granger—. Quizás más pronto si sufre de problemas de salud. Creo que la hipertensión puede empeorar por la frustración. Podemos llevar esto a cabo hasta el final.

Le hizo un guiño conspirativo y ella respondió con una sonrisa.

*

Cassie decidió esperar la llamada de la policía en el estudio de Pierre. Tiró de la silla tapizada en cuero y se sentó en el borde, pensando en lo que Marc había dicho.

"Eres igual a papá".

Las palabras de Marc la habían sorprendido, pero le habían hecho pensar en cómo los niños habían reaccionado luego de que ella perdiera la cabeza más temprano. En lugar de enojarse por su comportamiento, como cualquier niño normal, se tranquilizaron repentinamente, refrenaron la rebeldía y se resguardaron, como si se estuviesen preparando para enfrentar lo que pudiera venir.

Quizás habían aprendido ese mecanismo de defensa a través de la experiencia, para protegerse ellos mismos cuando una situación se volvía violenta y fuera de control.

¿De dónde venía la violencia? ¿De Margot?

Margot solo había estado allí por un año, y en todo caso, Pierre era claramente el jefe de la familia y él decidía cómo los trataban según su preferencia.

Cassie estaba convencida de que Pierre era un padre abusador.

Estaba segura de que esta no era la primera vez que los tres habían sido abusados físicamente. Parecían estar familiarizados con eso, y en realidad era la única forma de disciplina que parecían entender.

Cassie se envolvió con los brazos, meciéndose de atrás hacia delante en la silla, mientras pensaba en lo que los niños debían haber soportado, y en el ambiente tóxico en el que se habían criado. Se tendría que haber dado cuenta de lo que ellos estaban intentando decirle, con su continua rebelión en contra de la disciplina. Pero había sido demasiado lenta, no había entendido y había terminado culpando el comportamiento antisocial de ellos a su propia falta de capacidad.

Cassie dio un salto cuando el teléfono empezó a sonar ruidosamente. Lo tomó rápidamente, aliviada de que la llamada llegara más temprano de lo que esperaba, y ansiosa por saber lo que les esperaba a los niños.

Se dio cuenta de que probablemente tendría que haber tomado una lapicera y un papel para tener a mano, por si necesitaba tomar notas. Abrió el cajón del escritorio y revolvió su contenido mientras respondía, haciendo un esfuerzo para parecer tranquila y profesional.

—Hola. Cassie al habla.

Hubo una breve pausa.

—¡Nena! Pensé que no podías responder el teléfono o recibir llamadas.

El tono de Zane combinaba dolor, acusación y triunfo.

—¿Zane? —Cassie estaba demasiado estupefacta para hacer más que tartamudear su nombre, pero eso le dio a él todo el estímulo que necesitaba para continuar.

—Pensé que me estabas rechazando. Es decir, no existe tal cosa como que

la gente no tenga permitido recibir llamadas. Esa fue una excusa ridícula. No la creí ni por un momento. Pero de todos modos, quería contarte más acerca de este trabajo. Tienen ganas de entrevistarte, aunque sea una entrevista por Skype, así la puedes hacer desde donde estés. Mientras tanto, puedes enviarles tu currículum por correo electrónico para que ellos le echen un vistazo. Y por supuesto, te puedes quedar en mi casa cuando vuelvas. No te guardo rencor, a pesar de cómo me trataste. Estaré encantado de ayudar a que te reacomodes. Entonces, ¿quieres que te ponga en contacto con ellos?

Cassie estaba tan enojada que se levantó de la silla. Las palabras que quería decir no eran para decirse mientras estaba sentada.

Plantó los pies sobre el piso de baldosas y miró a la pared opuesta amenazadoramente mientras hablaba.

—Algunas cosas —dijo ella, encantada de que su voz sonara serena.

El comportamiento inaceptable de Zane no la había empujado al abismo, ni había sido la última gota que rebasó el vaso y que la había reducido las lágrimas. Por el contrario, se sentía lo suficientemente fuerte como para defenderse y lo suficientemente enojada para finalmente decirle a Zane exactamente lo que pensaba de él.

—Primero ¿cómo te atreves a dudar de lo que dije? ¿Qué derecho tienes a acusarme de mentir? Porque eso es exactamente lo que has hecho, y no es la primera vez que lo haces. ¿Te das cuenta de eso? ¿Tienes idea de cómo se siente internamente una persona cuando es injustamente acusada de mentirosa? Pero así te comportaste en toda nuestra relación. Me derrumbaste una y otra vez con este tipo de abuso emocional del carajo. Y no lo voy a volver a soportar. Porque eso es lo que eres, Zane, eres un abusador. Igual que mi padre. Fui y lo elegí a él otra vez cuando te conocí a ti.

—¡Nena! ¡No soy nada de eso! Estaba bromeando cuando lo dije. No lo dije en serio. Por favor, me malinterpretaste completamente y ahora me has puesto a la defensiva. Yo…

Zane parecía indignado, pero Cassie no le dio la oportunidad de seguir hablando.

—Segundo, no te importa una mierda lo que me pasa. Te dije que me meterías en problemas si me llamabas. Pero a ti no te importa eso. Eres egoísta, arrogante y petulante. Haces lo que quieres y no te importan cuáles son las consecuencias para los demás. Cuando me di cuenta de eso, me abrió los ojos a lo que realmente eres. Salí contigo porque pensé que yo te importaba. Primero, terminaste abusando emocionalmente de mí, y luego, físicamente. Finalmente, me demostraste que no te importaba nada si yo me metía en problemas con mi jefe y, de hecho, harás lo posible para que así sea, porque eso encaja en tus planes retorcidos para recuperarme y así poder controlarme otra vez. ¿Qué tipo de estupidez es esta? Tuve que soportarlo por varios de los peores meses de mi vida, y por lo único que estoy agradecida es porque me mostró quién eres realmente, y logré alejarme de ti.

Ahora le estaba gritando a la pared con furia y sujetando el teléfono con

todas sus fuerzas.

—¡Nena! Lo siento. No era esa mi intención. Era urgente porque las solicitudes cierran mañana y quería que tuvieras la oportunidad.

Zane parecía haber entrado en pánico, pero una vez más Cassie ignoró sus protestas.

—Tercero, Zane, soy yo la que tiene que perdonarte a ti. Me fui porque me golpeaste, y la única razón por la que no te dije antes que había sido un acto desagradable y cobarde, es porque hiciste que te tuviera mucho miedo. ¿Te gusta eso? ¿Es divertido para ti estar en una relación en donde la otra persona está tratando de manejar tu comportamiento horrible, inaceptable, violento y antisocial todo el tiempo? ¿Te hace sentir importante y bien saber que eres un abusador? ¿Esperas hacer a tu próxima novia tan "feliz" como me hiciste a mí? Estoy segura de que sí, y todo lo que puedo decir es que, quien quiera que ella sea, le tengo lástima.

Cassie hizo un esfuerzo para bajar la voz. Aunque los niños estaban en el dormitorio más alejado, aún podrían escuchar si ella seguía chillando de rabia.

—Tomé fotos de ese moretón y aún las tengo en mi teléfono. Me encantaría ir a la policía cuando vuelva a Estados Unidos, si es que vuelvo, y presentar cargos por hostigamiento y abuso físico. ¿Alguna vez te arrestaron, Zane? A la policía no le gustan los abusadores que golpean a las mujeres. Tengo entendido que los hacen pasar un mal momento.

—Nena, por favor —farfulló Zane—. No quiero contradecirte, estoy dispuesto a aceptar lo que dices, pero no es cierto lo del moretón. Por favor, escúchame, yo recuerdo mejor que tú, porque tú habías bebido demasiado. Te lo dije antes y te prometo, mi versión no cambiará porque es la verdad. Peleamos, pero no te golpeé. Intenté quitarte del camino de un auto. Los moretones eran por eso. Te hubieran atropellado. Sí, soy un mentiroso, te hice pasar momentos difíciles y no fui el novio perfecto. Estoy dispuesto a admitir todo eso, pero yo no te golpearía, de verdad, creaste eso en tu propia mente.

Cassie tuvo un destello de duda, pero se recordó ser fuerte. No iba a caer en sus intentos para enloquecerla, o creer en la realidad alternativa que él estaba intentando crear. No esta vez.

—Yo sé lo que ocurrió. Estaba allí. Uno no se olvida o recuerda mal cuando alguien lo golpea. Así que no me vuelvas a llamar, nunca más en tu vida, o volveré a Estados Unidos solo para presentar esos cargos.

—Por favor, cree lo que te digo, nena. Por favor no…

La voz de Zane era tensa.

Cassie no quiso perder más tiempo escuchándolo. Apretó el botón para colgar lo más fuerte que pudo y soltó el teléfono.

Aún temblaba de la rabia, pero se sentía totalmente triunfante. Al fin le había dicho todo lo que pensaba a Zane, y sin miedo.

¿Por qué le había llevado tanto tiempo? Cassie se regañó a sí misma por no haber tenido el coraje de hacerlo antes. Después de todo, la necesidad de escapar de Zane había sido la razón por la que había terminado aquí. Podría

haberse evitado tanto estrés de haber logrado hacerle frente antes de irse.

Cuando el teléfono volvió a sonar, Cassie se dio cuenta con un sobresalto de que no podría haberlo hecho antes, porque las experiencias por las que había pasado aquí en Francia le habían dado la fortaleza que necesitaba para confrontar a Zane.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Cassie se volvió a sentar y suspiró profundamente para calmar lo que le quedaba de furia, antes de contestar el teléfono que sonaba. Supuso que había una pequeña posibilidad de que Zane estuviese llamando de nuevo, pero por la forma en que sonaba al final de la conversación, lo dudaba.

La voz en el teléfono no era conocida. La mujer parecía agradable aunque algo estresada.

—Hola, ¿hablo con la niñera? —Dijo ella.

—Sí, soy Cassie y he estado cuidando a los niños.

—Me alegra mucho de que estés allí. Mi nombre es Josephine, y soy la hermana de Diane, la difunta esposa de Pierre.

—Encantada de hablar contigo —dijo Cassie, aliviada de que no fuera un familiar directo de Pierre.

Después de su reciente arresto, su familia debía estar furiosa.

—Le dije a la policía que prefería llamarte yo. Estoy sorprendida por las noticias, y estoy segura de que tú también. Me estoy yendo a París inmediatamente para estar con los niños. Viajo desde Bordeaux pero ahora estoy en camino a la estación, hay un tren que sale en veinte minutos al que con suerte llegaré a tiempo, así que puedes esperar que llegue cerca de las nueve de la noche.

—Genial —dijo Cassie—. ¿Quieres que les diga a los niños? ¿Deberían esperarte levantados?

—Deben estar exhaustos. La elección es de ellos, pero por favor diles que la tía Josephine está en camino y que los he extrañado.

—Lo haré —dijo Cassie.

Colgó el teléfono, encantada de que un miembro de la familia llegara esa misma noche, y animada de que Josephine hubiera llamado personalmente, en lugar de la policía.

Al pensar en lo que había dicho Josephine, Cassie se dio cuenta de que obviamente no había asistido al funeral de Margot. Sus palabras habían insinuado que no había visto a los niños por un tiempo.

Cassie volvió al pasillo y se dirigió a contarles la noticia a los niños.

Estaban todos amontonados en la cama de Antoinette y ella les estaba leyendo una historia. Ella se chupaba el dedo y Marc parecía estar casi dormido.

—Su tía Josephine llegará más tarde —dijo ella—. Me pidió que les dijera que los ha extrañado.

Se preguntaba cómo reaccionarían los niños, pero no estaba preparada para el grito de alegría de Antoinette.

—¡Hurra! ¡La tía Josephine! La queremos mucho. Marc, despierta. La tía Josephine viene esta noche a cuidarnos.

Antoinette saltó de la cama y corrió hacia Cassie para darle un abrazo

apretado.

—Gracias por darnos esta noticia.

—¡Es nuestra tía favorita! —gritó Marc, dando saltos sobre la cama.

Ella se sumó sonriente.

Antoinette le hizo un gesto a Marc.

—Es nuestra única tía, tonto. Pero le gusta bromear que es nuestra tía favorita. Es tan buena con nosotros. Cassie, ella es muy amable y cariñosa. A veces nos vamos de vacaciones a su casa, es tan hermosa. Tiene una granja muy cerca del mar.

—Hay animales en la granja —dijo Marc entre saltos—. Tiene ovejas y vacas y caballos.

—Y ponis. La última vez que estuve allí, monté un poni —agregó Ella.

—¿Crees que también vendrán nuestros primos? —Preguntó Marc—. Me agradan mucho. Sus nombres son Tomas y Nicolas, y Nicolas tiene la misma edad que yo.

—No lo sé, pero parecía que viajaba sola —dijo Cassie.

—¿Cuándo llega? —Preguntó Antoinette con ansiedad.

—Dijo alrededor de las nueve.

—La esperaremos levantados —decidió Antoinette.

—Vendré a avisarles en cuanto ella llegue —prometió Cassie.

—Muchas gracias, Cassie.

Antoinette la volvió abrazar, apretando los brazos alrededor de ella y para sorpresa de Cassie, Ella y Marc se sumaron, la abrazaron y le agradecieron.

Ella también los abrazó, y resolló con fuerza, sorprendida de lo sensible que esta muestra de gratitud la había puesto.

—Los quiero mucho —le dijo a los niños—. Me alegra que su tía favorita vaya a estar aquí pronto. Ustedes merecen estar con alguien que sea realmente amable con ustedes.

Cassie no podía creer cómo había cambiado la atmósfera en la habitación después de haberles dado la noticia. Ahora los niños estaban felices y optimistas, tan animados y expectantes como si estuvieran por venir las vacaciones de verano.

Cassie se preguntó si la tía Josephine les recordaba a su madre, y esta era parte de la razón por la que estaban ansiosos porque los cuidara, al menos por ahora, porque ella no sabía qué ocurriría a largo plazo.

Se dirigió a la planta baja a retirar los platos de la cena, ordenar el comedor y buscar refrigerios para los niños. Hizo una nota mental para poner su pasaporte a buen recaudo y levantar la foto que Marc había arrojado al suelo. El vidrio se había rajado pero no se había roto. Si no estaba muy dañado, con suerte lo podría arreglar.

Cuando Cassie llegó al vestíbulo, vio que la foto estaba de nuevo en su lugar. La rajadura del vidrio se había acomodado, por lo que casi no se notaba. El sobre con su pasaporte había sido ubicado prolijamente en la esquina de la mesa. Lo puso en su bolsillo y lo cerró con el cierre,

preguntándose quién estaba trabajando esta noche. Había asumido que era la única allí aparte de los niños, y verificó que la puerta del frente estuviese cerrada con llave, por si acaso.

Pasó por el comedor y vio que habían retirado la vajilla. Definitivamente alguien la había estado ayudando. Curiosa por ver si quien había hecho esto aún estaba ordenando, se dirigió a la cocina.

Cuando entró, vio a Marnie barriendo el piso de la cocina.

Al ver a Cassie, Marnie dio un salto y tiró la escoba al suelo con un estruendo.

—Hola —dijo Cassie sorprendida—. Pensé que tenías la tarde libre, muchas gracias por ayudar.

Luego miró a Marnie más de cerca. Estaba pálida como una hoja.

—¿Estás bien? —Preguntó Cassie.

—¿Pierre se ha ido? Dime que se ha ido, Cassie.

—Lo arrestaron —dijo Cassie—. La policía llegó a eso de las cinco y media. ¿Por qué? ¿Tú lo sabías?

Sintió como si su mente comenzara a entender por qué Marnie actuaba tan extrañamente.

—Yo lo sabía —confirmó Marnie.

Hablaba en voz baja y Cassie hacía lo mismo.

—¿Es por eso que te tomaste la tarde libre? Supuse que estabas en una entrevista de trabajo. ¿Estaba equivocada?

Marnie asintió.

—Estaba en la comisaría.

—¿Por qué?

Cassie volvió a mirar su rostro tenso y asustado.

—Creo que debes sentarte y contarme qué ocurrió. ¿Quieres té?

Cassie puso a calentar la caldera y tomó un par de tazas y bolsas de té de la alacena, en donde las había visto más temprano cuando buscaba ingredientes para la cena. Había una botella de leche en el refrigerador, así que la sacó, pensando mientras lo hacía que con lo detallista que era Marnie, la hubiese servido en una jarra más pequeña y hubiese puesto todo en una bandeja.

Marnie se sentó en la mesa de la cocina. Bajó la cabeza y soltó el aire mirándose las manos.

—Temía que ellos no lo arrestaran y que él descubriera en dónde había estado, y entonces estaría en más problemas de los que nadie se pudiera imaginar. Sé que eso aún puede ocurrir, porque sí, yo soy la razón por la que Pierre fue arrestado hoy.

Cassie la observó y se tomó unos minutos para procesar lo que ella había dicho. En su mente, sintió conmoción y alivio.

—¿Qué hiciste? —Le preguntó.

Le sirvió un té y se sentó al lado de Marnie.

—Estaba vaciando el tarro de basura esta mañana. Ese que está allí.

Marnie señaló al enorme tarro en donde se arrojaban los desechos orgánicos.

—Fue de pura casualidad que lo vi, porque estaba bien al fondo de la bolsa y cubierto de basura. Era un celular. Un tipo de teléfono más antiguo y simple, no de los sofisticados inteligentes. Nunca lo había visto antes.

—Eso es extraño —coincidió Cassie, preguntándose cómo el celular había incriminado a Pierre.

—Fue después del funeral. Pensé que quizás se le había caído a un huésped, o uno de los niños, haciendo travesuras, lo había arrojado como una broma.

Cassie asintió, pensando que esas eran situaciones probables.

—Decidí descubrir de quién era, porque sin dudas alguien lo había perdido. Así que lo limpié y lo prendí. Aún tenía un poco de batería. Revisé la lista de llamadas recientes y los contactos. No había contactos. Ese teléfono solo había hecho unas pocas llamadas y eran todas al mismo número. Así que tomé el teléfono y manejé por la carretera hasta el otro extremo del viñedo, en donde puede haber señal telefónica en días lindos. Allí llamé al número.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Una mujer respondió casi inmediatamente —dijo Marnie envolviendo la taza con las manos.

Cassie la observó, sin atreverse a respirar, y esperando lo que Marnie iba a decir.

—La mujer dijo: “Pierre, ¿está todo bien? Pensé que habías desechado este teléfono”.

Cassie se quedó mirando a Marnie, espantada, y por un momento se quedó sin palabras.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Cassie estaba estupefacta por el giro que habían dado los hechos. El contenido incriminatorio de las palabras de la mujer misteriosa ponía todo en una perspectiva completamente diferente. El hecho de que Pierre la hubiese estado llamando en un teléfono secreto, que había descartado poco tiempo después de la muerte de Margot, era una bomba.

—¿Qué hiciste cuando la escuchaste hablar? —Le preguntó a Marnie.

Cassie puso una mano sobre la mesa, la solidez de la madera al tacto la tranquilizaba, y la conectaba con la tierra cuando todo lo demás parecía vertiginosamente incierto.

—Desconecté la llamada. Supe en ese instante que si Pierre descubría que había encontrado el teléfono, estaría en serios problemas. Tuve la tentación de volver a arrojarlo a la basura y hacer como si nunca lo hubiese encontrado. Y luego pensé, ¿quiero hacer lo fácil o quiero hacer lo correcto?

—¿Y elegiste lo que era correcto?

Cassie podía imaginar lo difícil que esa decisión debía haber sido.

—Lo hice. Sabía que tenía que llevarlo a la policía. Pero al mismo tiempo no podía simplemente huir con él. Así que fui inmediatamente con Pierre, rogando que la mujer no lo hubiese llamado.

—No creo que lo haya hecho —dijo Cassie—. Quizás se dio cuenta de que cometió un error y decidió no decir nada.

—Sí, creo que eso es lo que puede haber ocurrido. De todos modos, le pedí la tarde libre a Pierre. Le dije que tenía que hacer unos mandados urgentes. Él me la concedió y fui directamente a la comisaría. Tuve que esperar por un rato a que los detectives volvieran, ya que ambos habían salido. Cuando volvieron, examinaron el teléfono y me entrevistaron. Entonces fue cuando supe que la prueba no solo era incriminatoria, sino una causa de arresto.

Cassie le sirvió más té a Marnie y esperó a que ella continuara.

—Dijeron que las llamadas habían sido a Helene, la amante de Pierre, a quien él había visitado en la noche de la muerte de Margot. Las horas eran importantes. Solo habían usado el teléfono cinco veces. Las llamadas habían sido realizadas la mañana antes de la muerte de Margot, más tarde esa tarde, y tarde en la noche, y luego dos llamadas más la mañana siguiente.

Cassie vio cómo las piezas encajaban.

—¿Así que utilizaron un teléfono diferente para comunicarse en ese corto periodo de tiempo? ¿Luego Pierre lo desechó?

—Sí. Pierre nunca informó a la policía acerca de este teléfono, y ellos me dijeron que el teléfono junto con las llamadas indicaban planificación.

—Estoy tan orgullosa de ti, Marnie —dijo Cassie—. Se necesita mucho coraje para hacer lo que hiciste.

—La preocupación me tenía desquiciada. Pierre tiene un temperamento

violento y he visto sus efectos. No me voy a quedar más aquí.

—No podrías después de haber hecho eso. ¿Te han confirmado la oportunidad laboral?

—Sí, pero me voy de Francia. La empresa que me contrató está en Londres, y tienen dos hoteles allí. Les pregunté si podía trabajar en uno de ellos, y ellos aceptaron. No quiero estar en París o en el país mientras el juicio de Pierre está en marcha. Él es un hombre vengativo y su influencia tiene amplio alcance.

—Entiendo —respondió Cassie sobriamente.

Las palabras de Marnie le hicieron pensar acerca de su propia situación y en las amenazas que Pierre le había hecho. Se sentía más intranquila que nunca por su dilema y se preguntó qué le diría a Josephine y cuánto tendría que intentar explicarle.

Luego de que ella y Marnie se dieran las buenas noches e intercambiaran números telefónicos, Cassie les llevó leche achocolatada y galletitas a los niños, y después esperó en su dormitorio hasta que escuchó la llegada del taxi. Se apresuró a abrirle la puerta del frente a Josephine.

Una mujer esbelta y de cabello oscuro salió el taxi y se dirigió directamente hacia Cassie, dándole un caluroso abrazo.

—Pobrecita —dijo ella—. Tuviste que soportar una situación terrible. ¿Los niños están bien? Vine lo más pronto que pude.

—Ellos están bien. Estaban muy tristes, pero lo manejaron bien y se apoyaron entre ellos. Se alegraron enormemente cuando supieron que venías. Ahora están tomando leche con galletitas en la cama —dijo Cassie.

Pero no estaban en la cama. Cassie escuchó pasos que corrían por las escaleras y vio que Marc lideraba la carga hacia la puerta del frente, con Antoinette y Ella siguiéndolo de cerca.

—¡La tía Josephine está aquí! —gritó él.

Dejando su bolso apresuradamente en el suelo, Josephine juntó a los tres niños en sus brazos y los abrazó apretadamente.

—Es maravilloso verlos a los tres, ¡cuánto han crecido! Cassie me contó que han sido muy valientes. Estoy tan orgullosa de ustedes.

Cassie se dio cuenta de que Josephine estaba llorando. Tomó un pañuelo descartable del bolsillo y se limpió los ojos antes de volverse a los niños.

—¿Qué va a ocurrir ahora, tía Josephine? —Preguntó Antoinette.

—¿Ahora? Nos vamos todos a la cama a descansar un poco.

—¿Y mañana? —Ella daba saltos impacientemente.

—Mañana, hemos decidido que ustedes vendrán conmigo a mi casa, a vivir en la granja en Bordeaux.

—¿De veras? —Preguntó Antoinette y también tenía lágrimas en los ojos.

—Sí —dijo Josephine suavemente.

Marc y Ella gritaron deleitados, bailando alrededor de Josephine, mientras Antoinette la envolvía apretadamente con los brazos y lloraba aún más.

—Estoy feliz. Realmente lo estoy —dijo ella cuando pudo hablar—.

Estoy llorando de felicidad.

Josephine le acarició el cabello.

—Siempre es bueno llorar, ya sea de felicidad o de tristeza. Pero me alegra que quieras venir a vivir conmigo. Hablé con tu papá. Él les manda cariños y dice que está bien. Está entusiasmado de que vengan a vivir en la granja. Ahora vengan, dormilones, necesitan descansar. Tenemos mucho que hacer mañana. Tenemos que empacar los bolsos y aprontarlos para nuestro viaje en tren a Bordeaux.

Cassie siguió a la familia a la planta alta y ayudó a Josephine a poner a los niños en la cama, aunque notó que no necesitaba mucha ayuda. Los niños realmente la adoraban y se estaban comportando mejor que nunca.

En unos minutos, todos estuvieron arropados en sus camas.

—Tengamos una charla abajo —le sugirió Josephine a Cassie.

Se dirigieron al comedor en donde Josephine sirvió dos copas de Burdeos.

—Una copa de vino en la noche me ayuda a dormir bien —le confesó—. Y luego de la locura de esta tarde, necesito algo que me tranquilice. Estoy segura de que tú también.

—Gracias —dijo Cassie dándole un sorbo al gustoso Burdeos y pensando en lo afortunados que eran los niños.

Josephine era tan amable, tan centrada, y genuinamente amigable.

Josephine respiró hondo.

—No puedo agradecerte lo suficiente por ayudar a cuidar a los niños. Sé lo preocupados que deben de haber estado con todo lo que ocurrió, y estoy segura de que no la pasaste bien.

—No la pasé mal —dijo Cassie, pero Josephine sacudió la cabeza.

—Las cosas han sido muy difíciles en los últimos años. Primero había problemas entre Pierre y Diane en su matrimonio, y yo sé que Diane fue tremendamente infeliz por mucho tiempo. Cuando ella murió, yo sugerí hacerme cargo del cuidado de los niños, pero Pierre se negó a permitirlo. Margot se mudó casi inmediatamente, y él me dijo que ella lo sobrellevaría perfectamente y que no era necesario que interfiriera.

—Eso debe haber sido muy hiriente —dijo Cassie.

Josephine inclinó la copa y la giró suavemente.

—Por mucho tiempo no he sido bienvenida en el *chateau*. Pierre y yo nunca nos llevamos bien, y nuestra relación empeoró con los años, a pesar de que Diane intentó limar las asperezas entre nosotros. Ella y Pierre se estaban peleando tanto, la mayoría del tiempo, que solo empeoró el conflicto entre todos nosotros. Yo terminé alejándome e invitando a los niños a venir en las vacaciones. Entonces, cuando Margot se mudó, Pierre impidió que eso ocurriera. Los niños y yo no nos hemos visto en más de un año.

—Te deben de haber extrañado mucho —dijo Cassie.

—Creo que sí. Su vida aquí no era feliz, y dudo que haya mejorado durante el último año —asintió Josephine.

Tomó otro sorbo de vino.

—Cuando la policía me llamó, me dijo que había evidencia contundente en su contra. Les pregunté si podía hablar con Pierre y, para mi sorpresa, le permitieron que me llamara mientras estaba en el tren. Él despotricó, maldijo y culpó a todos excepto a sí mismo. Me dijo que hacía poco había usado un teléfono distinto para llamar a su amante, después de que Margot empezara a sospechar. Lo había desechado después de su muerte porque no quería que la policía supiera nada de eso, y por esta razón ellos sospechan que hubo confabulación y planificación.

—Eso no parece bueno.

—No paraba de gritar que era inocente y que limpiaría su nombre, pero incluso él aceptó que quizás no fuese rápido o fácil. Ahí fue cuando le volví a preguntar si podía hacerme cargo de la custodia de los niños. Él no tuvo otra opción que aceptar. Después de todo, con su futuro tan incierto e incluso sin tener confirmada su liberación de prisión, no hay lugar en su vida para los niños, y también le subrayé que ellos sufrirían de los rumores y las acusaciones que circularían en la comunidad.

—Sí, sin dudas —dijo Cassie, preguntándose cuántos de los supuestos amigos de Pierre cambiarían de bando cuando salieran las noticias.

—Acordamos que él me transferiría oficialmente la custodia de los niños. Estoy más que feliz de hacer esto. Mi esposo y yo disfrutamos mucho el tiempo que pasamos con ellos, y ellos se llevan bien con nuestros dos niños.

—Parece la opción perfecta para ellos. Estoy tan aliviada de que haya resultado así —coincidió Cassie.

—Estoy segura de que te estarás preguntando en dónde quedas tú —dijo Josephine.

Cassie se dio cuenta, para su enorme alivio, que ahora los niños comenzarían una nueva vida y que no había lugar para ella en el *chateau*.

Ella asintió amablemente, sujetándose las manos con fuerza mientras Josephine continuaba.

—Por favor, permíteme tus detalles bancarios. Lo primero que haré mañana será transferirte el dinero que te deben, junto con un bono por el estrés y el disgusto que tuviste que soportar.

—Muchas gracias —dijo Cassie—. Tengo el contrato en mi teléfono, así que puedo revisar cuánto es mi salario de noviembre.

Josephine sacudió la cabeza con firmeza.

—Mi esposo y yo estamos de acuerdo en esto, te corresponde todo el salario anual junto con un bono de agradecimiento. Todo lo que te pedimos a cambio es que no hables de lo ocurrido a la prensa, o a nadie que tenga curiosidad. Por el bien de los niños, me gustaría limitar cualquier información dañina lo máximo posible.

—Lo entiendo —dijo Cassie—. No hubiera dicho nada, incluso sin el bono y el salario entero, lo cual es extremadamente generoso de tu parte.

Josephine dejó su copa.

—Muchísimas gracias. Si tú o los niños me necesitan, estaré en el primer

dormitorio de la derecha en el ala de huéspedes. Que duermas bien.

Cassie la observó subir a la planta alta y la mente le daba vueltas.

No podía creer el final sorpresivo de este día espantoso.

Se dio cuenta de lo preocupada que había estado por los niños, que parecían estar atrapados en esta situación disfuncional sin salida. Ahora tenían un camino. Tenían una tía que los amaba, un lugar seguro para ir y una vida hogareña estable que los esperaba, y por esta razón, su alivio era incalculable.

Y sus circunstancias también habían tenido un giro de ciento ochenta grados. De vivir en el miedo debajo de una nube de sospecha, a tener la libertad de irse y tener algo de dinero en el bolsillo, más de lo que esperaba.

Dejó la copa vacía y se dirigió hacia la puerta del frente para cerrarla con llave, pero antes de hacerlo salió para afuera.

Observó el imponente frente de piedra del *chateau,* la piedra pálida parecía brillar en la oscuridad. Una brisa fresca la hizo tiritar.

No era completamente libre. Aunque Josephine no lo había dicho directamente, estaba segura de que Pierre la había mencionado durante sus quejas. Estaba segura de que él cumpliría con sus amenazas para que la arrestaran por robar, y eso podría llevar a que la acusaran de otros crímenes.

Si Marnie se iba del país, quizás ella tendría que hacer lo mismo, al menos hasta que terminara el juicio. Después de todo, Pierre era un hombre adinerado y vengativo cuya influencia tenía mucho alcance, y aunque la policía le había creído su historia y la había dejado ir, Cassie temía que otros no lo hicieran.

¿Y quién sabía cuando Pierre sería liberado bajo fianza? Con toda su influencia, quizás lo dejaran libre mañana. Y volvería al *chateau*.

Sintió un escalofrío en la espalda. No tenía tiempo para perder.

Sí, irse de Francia era exactamente lo que tenía que hacer.

Y sería lo primero que haría en la mañana.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

El sol de la mañana entraba en el *chateau* mientras Cassie ayudaba a llevar los bolsos de los niños para abajo. El bolso de Marc tenía algo de ropa, además de todos los juguetes que podían entrar en una enorme maleta de viaje. Marnie cargaba el bolso de Ella y una mochila de repuesto, mientras Josephine y Antoinette cargaban la enorme maleta de Antoinette por el vestíbulo.

—¿Llamamos a un taxi? —Preguntó Josephine.

—No, no, dejen que yo los lleve a la estación —insistió Cassie.

Marnie fue a buscar el SUV de Pierre, el auto más espacioso de los que estaban disponibles, y lo condujo al frente de la casa, abriendo todas las puertas mientras Cassie empezaba a cargar las maletas.

Era un hermoso día, estaba fresco, ventoso y despejado. El viento fresco de otoño despeinó el cabello de Cassie, que se sintió esperanzada por lo que estaba por venir. Después de dejar a la familia en la estación podía volver a allí, devolver el automóvil y luego empacar sus propios bolsos y llamar a un taxi. Decidió que entonces volvería a la misma estación y se tomaría el Eurostar a Londres. En unas pocas horas podría estar del otro lado del canal y en un nuevo país, uno que siempre había querido explorar.

Marnie también estaba lista para irse y había puesto sus pertenencias en su auto. Cassie la abrazó, con tristeza por despedirse de alguien que se había vuelto una muy buena amiga, aunque esperaba poder volver a verla pronto, siendo que ambas iban a estar en Londres.

—Nos mantendremos en contacto —susurró Marnie—. Mi nuevo lugar de trabajo tiene señal y me encanta mandar mensajes. Buena suerte.

Era hora de ir a la estación con los niños, que estaban entusiasmados por el viaje, cantando en un coro desafinado en el asiento trasero del auto. Cuando llegaron, Cassie ayudó a Josephine a poner los bolsos en un carro y llevarlo a la plataforma en donde el tren a Bordeaux ya estaba esperando.

Cassie observó el tren impecable y brilloso, y de pronto se sintió abandonada. Deseaba no tener que decir adiós.

Abrazó a los niños uno por uno.

—Antoinette, estoy muy contenta por ti. Sé que vas a pasar maravillosamente con Josephine y eres una persona muy fuerte.

—Gracias. Tú también lo eres, Cassie. Fui detestable contigo porque era no era feliz, aunque quería ser tu amiga —susurró Antoinette.

Marc se acercó pavoneándose y estiró la mano. Cassie la tomó y casi comenzó a llorar cuando vio que Marc le había dado uno de sus toros de juguete más preciados.

—¿Vendrás a visitarnos, Cassie? —Preguntó él.

—Lo haré. Lo prometo.

Ella se acercó tímidamente y le dio un papel doblado a Cassie.

—Te hice un dibujo —dijo ella—. Es del sol, porque cada vez que pienso en ti, pienso en la luz del sol. Gracias por cuidarnos.

Cassie lagrimeó mientras abrazaba a Ella.

—Siempre te recordaré —le dijo con una sonrisa.

Luego de todas las despedidas, la familia se subió al tren y Cassie los observó al tiempo que los saludaba frenéticamente con la mano y ellos hacían lo mismo, hasta que el tren desapareció de su vista.

Cassie volvió al SUV pensando en sus planes, pero cuando entró en el auto sintió el rastro de un aroma familiar que la hizo congelarse.

Era el fuerte y penetrante olor a sándalo de la colonia de Pierre. Al inhalarlo, sintió que se le erizaba la piel.

Recordó cómo Pierre la había empujado sobre la cama, los dedos de él le habían sujetado el hombro, y le había susurrado amenazas al oído para forzarla a que se quedara en silencio.

Con los dedos temblando, Cassie abrió la ventana y dejó que la brisa soplara, deseando que los recuerdos se fueran así de fácil, pero nunca habían sido tan vividos y ella sintió como si estuviese reviviendo la espantosa escena.

Él había actuado tan seguro y calculador. La expresión de triunfo ante su impotencia la había enfermado. Con el miedo, había borrado todos los detalles de lo que él le había dicho, pero ahora sus palabras volvían. Le había dicho que él sabía que ella había estado en su habitación, y que tenía pruebas fotográficas de ella husmeando y buscando y abriendo cajones.

¿Pruebas fotográficas?

Cassie presionó la frente sobre el volante al pensar en la amenaza, y dándose cuenta de lo que esas palabras realmente significaban.

Ella no creía que fuese una amenaza vacía. La certeza en su voz, combinada con el hecho de que él básicamente había descrito sus acciones, apuntaban a otra alternativa: que Pierre tenía una cámara escondida en su habitación y la había visto en ella.

Sería imposible para Cassie declararse inocente si eso existía. Solo le quedaba una oportunidad para encontrarla, y si podía, tendría que destruirla. De lo contrario, estaba segura de que Pierre cumpliría con sus amenazas y usaría esos registros para incriminarla en cuanto tuviese oportunidad.

Se quedó sentada, debatiendo.

Por un lado, tenía que dejar el país antes de que Pierre fuese liberado.

Por otro, tenía que ver si había alguna prueba real en su contra.

Finalmente, giró el volante y pisó el acelerador.

Los planes de dejar el país tendrían que esperar.

Tenía que hacer un último viaje de vuelta al odioso *chateau*.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Había dos criadas trabajando en la cocina, pero el piso de arriba del *chateau* estaba tranquilo, y Cassie no podía escuchar ningún sonido del ala de huéspedes o de las habitaciones de los niños mientras se dirigía el dormitorio de Pierre.

"Tienes que hacerlo", se dijo a sí misma. "Tienes que averiguar lo que hay allí antes de que lo use en tu contra, porque lo hará".

Miró alrededor de la habitación con un cosquilleo en el estómago; si Pierre tenía un sistema en marcha esperaba que fuese fácil de encontrar. No sabía cuánto tiempo tenía. Pierre podía haberle informado a un investigador privado acerca de qué hacer y en dónde buscar. El investigador incluso podía estar en camino.

Su primera idea, que había cámaras de seguridad en la habitación, era equivocada. No había cámaras a la vista.

¿Y si estaban escondidas?

Cassie examinó las paredes, deseando tener una idea de la apariencia de las cámaras o de la altura en la que tendrían que estar colocadas. Caminando alrededor de la habitación, llena de nervios, intentó encarar la situación desde un punto de vista lógico.

La cámara, si es que había una, la habría filmado buscando en el cajón secreto. Así que tendría que estar colocada en una pared con vista hacia la cama.

Se dio vuelta para mirar la cama y comenzó a preguntarse si la principal función de la cámara había sido la seguridad, después de todo, o si había estado allí por otra razón.

Quizás Pierre había disfrutado filmando sus hazañas morbosas, para poder revivir esas escenas una y otra vez.

En ese caso, las paredes a cada lado de la enorme cama serían el mejor lugar para esconder una cámara.

Miró más de cerca a la enorme pintura al óleo de la pared de la derecha, y notó una mancha más oscura en el estanque azul oscuro en el centro de la obra de arte. La luz se reflejaba en él de la forma en que brillaría en un lente de vidrio.

Cassie quitó la pintura de la pared y notó que era fácil de quitar y que había dos huecos en el lienzo.

Cassie se acercó y el corazón le martillaba cuando vio el hueco en la pared. La cámara estaba allí, era un modelo pequeño y moderno. El hueco más grande en el lienzo era para el lente, pero había un pequeño hueco, del tamaño de una punta del dedo, que permitía el acceso al botón para grabar.

—Él usaba esto para sus conquistas sexuales —dijo en voz alta, horrorizada por el pensamiento.

Se preguntó si Margot lo sabía. ¿Qué grabaciones había allí? Bueno,

estaba a punto de averiguarlo.

Quitó la cámara cuidadosamente del hueco. No tenía batería, pero había dos de repuesto en el hueco junto con la cámara, y la segunda que probó tenía algo de carga. Así que esta no era una cámara de vigilancia permanente. La grabación dependería del tiempo útil de la batería, que ella supuso sería de un par de horas como máximo.

¿Cómo funcionaba?

Sentada en la cama, Cassie abrió la pantalla y prendió la cámara. Navegó por el menú y encontró los videos guardados.

Había cuatro videos cargados en la tarjeta de memoria.

Cassie comenzó con el cuarto y más antiguo, y cuando la clara grabación comenzó a reproducirse, dio un grito de sorpresa.

Pierre se alejaba de la cámara con una sonrisa. Debía haberla prendido. Y sobre la cama, con una venda negra y las manos atadas detrás de la espalda, había una mujer voluptuosa con piel de porcelana y cabello largo y pelirrojo.

—¿Cuándo se grabó esto? —preguntó Cassie en voz alta.

Sonaba incrédula. Pierre había traído a otra mujer a su dormitorio. ¿Esa pelirroja era su amante, Helene?

No quería seguir mirando más ese video. Verificó la fecha y levantó las cejas con sorpresa al ver que había sido filmada tan solo una semana atrás. Margot debía haber salido y Pierre había traído a la pelirroja escondida.

Debía haber aprovechado la oportunidad de hacer esto antes de que llegara Cassie. Después de todo, tener una niñera en casa significaba otra persona en esa ala de habitaciones, lo que haría más difícil meter a alguien allí a escondidas.

Cassie continuó con el siguiente video, haciendo muecas al ver la espantosa escena de estrangulación que había espiado por el ojo de la cerradura. La clara pantalla mostraba con detalle las luchas de Margot, y para su sorpresa, se dio cuenta de que también el sonido era muy preciso.

Sacudiendo la cabeza, detuvo el video. No quería ver ni un minuto más de esta grabación.

El tercer video era de ella.

Cassie se vio a sí misma entrando, mirando alrededor nerviosamente y procediendo a buscar en la habitación. Parecía aterrorizada y furtiva, y al encontrar el equipo de sadomasoquismo había mirado a la cámara. Pudo ver una imagen clara de su rostro conmocionado.

Estaba segura de que Pierre se había excitado al verlo, y ciertamente había obtenido la información que necesitaba. Podría haberle mostrado esta foto a la policía y la hubiese comprometido enormemente.

Cassie miró hasta el final y luego, firmemente, presionó el botón de eliminar. Sin importar lo que ocurriera, no habría más oportunidades para el chantaje. La prueba de que ella había estado en esta habitación había sido eliminada.

Al eliminar el tercer video, una imagen del cuarto saltó en la pantalla, y

Cassie se puso tensa al verlo.

Era de Margot.

Llevaba el saco turquesa que tenía cuando murió. Estaba sentada en la cama y miraba directamente a la cámara.

—¿Qué diablos? —Susurró Cassie.

Era la grabación más reciente en la cámara, y debía haber sido tomada en la noche en que Margot murió.

Estaba diciendo algo. Cuidadosamente, Cassie subió el volumen, sin animarse a respirar mientras la voz enojada de Margot llenaba a la habitación.

—Bastardo —masculló Margot, mirando a la pintura con los ojos entre abiertos—.

Creíste que no sabía que la cámara estaba ahí ¿o no? Por supuesto que lo sé, no soy tan estúpida como crees. Tampoco creo en lo que me dices. ¿Te vas al chalet por la noche? Oh, no lo creo. Estás con una de tus novias, sé todo acerca de ellas. Quizás llevaste a Cassie a algún lado, si no obtuviste lo suficiente de ella más temprano. O quizás esta vez te fuiste a lo de Helene. No finjas que has dejado de verla. Estoy segura de que aún la llamas. Eres un bastardo mentiroso e infiel, Pierre, y lamento el día en que te conocí.

En ese momento, Margot frenó sus desvaríos y se giró para mirar hacia la puerta del dormitorio, como si un ruido la hubiese interrumpido.

Sintió que el pavor le congelaba la espalda.

Aquí era cuando ella entraba en escena. Estaba segura de que la puerta se abriría y ella estaría allí parada. Los recuerdos se mezclaban en su cabeza. Fragmentos de una pelea y la forma en que Jacqui había caído cuando la empujaba en su sueño. Recordaba el alarido claro y estridente, como si lo hubiese escuchado mientras estaba despierta, y el sentimiento incontrolable de furia.

Los límites entre la realidad y la fantasía se habían borrado para Cassie, pero la cámara habría grabado cada detalle con un enfoque nítido.

Cassie se armó de valor para verla, preguntándose si sería capaz de verse a sí misma cometer un asesinato.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Cassie observó la pantalla, sujetando la cámara con las manos frías, temiendo lo peor a medida que pasaban los segundos.

La puerta del dormitorio permaneció cerrada y ella soltó lentamente el aire, temblando mientras Margot volvía su atención a la cámara.

Margot debía haber escuchado a Cassie cuando caminó dormida hasta la puerta, pero no había llegado a entrar en el dormitorio y eso la llenaba de alivio.

Margot continuó despotricando.

—Sé que nunca dejarás que me vaya. Tu enorme ego no lo permitiría. Nunca me dejarás volver a ser exitosa en mi carrera. Estoy tan cansada de ti y de tus mentiras, y de tu necesidad desesperada de controlar todo en tu vida. Estoy cansada de todo esto.

Margot se paró, tambaleándose un poco.

—Ya no me molesto en pelear contigo. Así que voy a terminar con esto, ¿y adivina qué? —Margot apuntó el dedo a la cámara—. Es tu culpa. Tú eres el culpable. Y espero que así te sientas al saber que eres el responsable.

Cassie sentía que el corazón le martillaba en la garganta.

—No, Margot, por favor no. No lo hagas —rogó ella, aunque sabía que ya era demasiado tarde.

—Adiós, Pierre —dijo Margot.

Cassie se tapó la boca con la mano del horror, mientras veía cómo la rubia salía tropezando del dormitorio y se trepaba en una silla del balcón. Hizo equilibrio en la baranda, tambaleándose por un instante interminable, y luego cayó, sumergiéndose en la oscuridad y desapareciendo de la imagen.

—Oh, no, oh mi Dios, no, no puedo creerlo —murmuró Cassie.

Dejó la cámara y se refregó los ojos enérgicamente, presionando las manos sobre ellos, deseando poder borrar las vívidas imágenes de su memoria. La furia resignada en el comportamiento de Margot y la desesperación en su voz eran escalofriantes.

Margot se había suicidado y lo había filmado, para vengarse de una manera retorcida de Pierre. Y él nunca se había enterado. No había tenido la oportunidad de ver la última grabación de la cámara, no se había enterado siquiera que la última grabación se había realizado.

Cassie abrió bien grande los ojos al darse cuenta de que esta grabación probaba la inocencia de Pierre.

Probaba, más allá de cualquier duda, que Margot había efectivamente cometido un suicidio, y eso liberaba a Pierre de toda sospecha.

Recordó lo que Marnie le había dicho más temprano. Puedes hacer lo fácil o puedes hacer lo correcto.

Lo más fácil sería guardar la cámara detrás de la pintura y hacer como si nunca hubiese sabido que estaba allí.

Lo correcto sería llevarla a la policía.

Luego, Cassie comenzó a preguntarse qué ocurriría si lo hiciera.

Pierre había sido reacio a transferir la custodia de los niños a su tía, aún con los cargos en su contra. Si lo liberaban de todos los cargos, Cassie estaba segura de que él incumpliría el acuerdo y continuaría con su vida. El futuro feliz de los niños con Josephine se truncaría y ellos volverían al *chateau*. Helene se mudaría y el ciclo tóxico se volvería repetir. Para Pierre, lo único que importaba era el poder. Los niños le daban status como hombre de familia en la comunidad, y su presencia en el hogar lo ayudaría a reconstruir su reputación después de haber sido acusado injustamente de un crimen.

Cassie había visto lo afectados y dañados que estaban los tres. Esta era la única oportunidad que tenían para una mejor vida, un hogar más estable, con una tía que los quería mucho.

Podía hacer lo que era más fácil, o lo que era correcto.

Pero quizás había una tercera opción, la más difícil de todas, que sería hacer lo que era mejor para todos y eso era eliminar la grabación.

Eliminarla de la cámara, quitar la tarjeta de memoria para que no quedara ningún respaldo posible. Desechar la tarjeta en otro lugar, arrojarla en un tarro de basura en un centro comercial o tirarla en el inodoro para que desapareciera para siempre y sin rastro.

Cassie no podía respirar mientras consideraba las consecuencias.

Si hacía eso, Pierre tendría que enfrentar sus cargos aunque fuera inocente. Podría ser declarado culpable de un crimen que nunca había cometido. Podría pasar un largo tiempo en la cárcel, o peor, tener cadena perpetua, y habría transferido la custodia de sus hijos a otra persona.

Y Cassie estaría cometiendo un crimen al destruir estas pruebas. Sin dudas podía ir a la cárcel.

Cassie apretó los labios al recordar cómo Pierre casi la había violado, cómo la había amenazado y atacado, el miedo impotente que había sentido ante su presencia al saber que él podía hacer, y haría, lo que él quisiera. Pensó en las amenazas que le había hecho a otros y el miedo que le tenían, y cómo incluso personas de la comunidad tenían miedo de hablar mal de él, aunque tenían razones para eso.

La forma en que el personal del *chateau* intentaba desesperadamente ser invisible a su alrededor, porque él se sentía con el derecho de hacer lo que quería y tomar lo que quería. Cómo había sido infiel a Margot y la había hecho tan miserable que ella no podía ver una salida. Había abusado de ella emocionalmente y ella se había suicidado, al no ver otra forma de escaparse. Ella quería que Pierre pagara por lo que le había hecho, pero el giro irónico de sus acciones era que si él supiera acerca de esta grabación, saldría libre y sin castigo. Ese no había sido el propósito de Margot y ni siquiera era justo.

Además, y más importante, había que considerar a los niños. Sin dudas ellos habían sufrido abuso en sus manos. Habían sido criados en un ambiente tóxico en el que todo giraba en torno al control, más que al amor. Ahora

tenían la oportunidad de hacer una nueva vida, de comenzar de nuevo. Podrían sanar, podrían avanzar, podrían aprender a funcionar como miembros de una familia feliz y normal nuevamente.

Cassie tendría que asumir la responsabilidad y cargar con la culpa de esta decisión por el resto de su vida.

¿Podría hacerlo?

Vaciló por un momento, preguntándose por las circunstancias que la habían llevado a encontrar esta grabación, que tenía el poder de cambiar el curso de tantas vidas, en tantas formas. Pensó acerca de la imaginación y la realidad, y cómo los límites se habían vuelto borrosos en su mundo.

—Hora de tomar una decisión —dijo en voz alta, como si de pronto estuviese segura de cuál fuese la decisión correcta.

Rápidamente, antes de que pudiera debatírselo más, presionó el botón de eliminar y borró la grabación de la cámara.

Con un solo toque, las últimas palabras de Margot habían sido eliminadas para siempre y sus secretos guardados en el pasado.

Cassie encontró la tarjeta de memoria y la quitó, guardándosela en el bolsillo. La arrojaría en algún lugar en donde nadie la encontraría jamás, cuando estuviese lejos de allí.

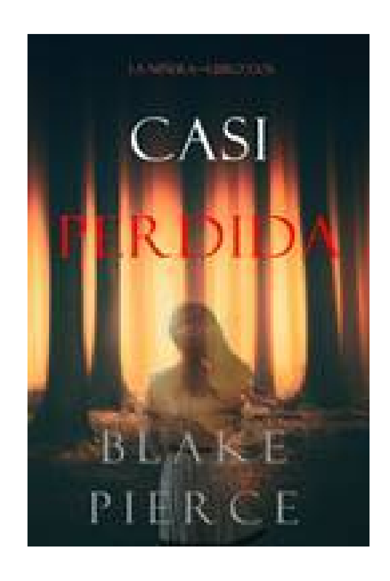
Colocó la cámara en el hueco, volvió a colgar la pintura en su lugar y alisó el cubrecama en donde se había sentado, para que pareciera como si nunca hubiese estado allí. Luego, salió de la habitación.

Temía sentirse atormentada por la culpa después de lo que había hecho, pero extrañamente se sentía en paz, como si hubiese hecho justicia.

Al darse vuelta, pensó haber visto un destello de turquesa, pero al mirar nuevamente, quizás había sido el reflejo de la luz en la ventana.

—Adiós —susurró y cerró la puerta.

¡AHORA DISPONIBLE PARA RESERVAR!



CASI PERDIDA
(LA NIÑERA—LIBRO DOS)

CASI PERDIDA (LA NIÑERA—LIBRO #2) es el segundo libro de la nueva serie de suspenso psicológico por el autor bestseller Blake Pierce, cuyo libro gratuito y exitoso UNA VEZ DESAPARECIDO (Libro #1) ha recibido más de 1.000 opiniones de cinco estrellas.

Cuando un hombre divorciado, de vacaciones en la campiña británica, publica un aviso solicitando una niñera, Cassandra Vale, de 23 años, en bancarrota y aún reponiéndose del fracaso de su último empleo en Francia, acepta el trabajo sin vacilar. Adinerado, guapo y generoso, con dos dulces hijos, ella cree que nada puede salir mal.

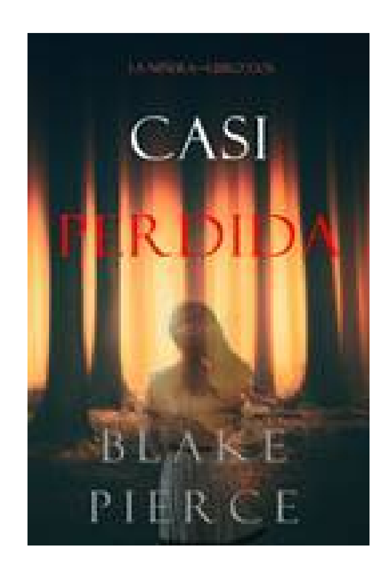
¿O quizás sí?

Disfrutando lo mejor que Inglaterra tiene para ofrecer, y con Francia fuera de vista, Cassandra se atreve a creer que al fin puede tomarse un respiro… hasta que una revelación sorprendente la obliga a cuestionarse las certezas de su tumultuoso pasado, su jefe y su propia cordura.

Un misterio fascinante, repleto de personajes complejos, varios secretos, giros dramáticos y suspenso vibrante, CASI PERDIDA es el libro #2 de la

serie de suspenso psicológico que hará que devore las páginas hasta la madrugada.

¡El libro #3 de la serie—CASI MUERTA—ya se puede reservar!



CASI PERDIDA
(LA NIÑERA—LIBRO DOS)

Blake Pierce

Blake Pierce es el autor de la serie exitosa de misterio RILEY PAIGE que cuenta con trece libros hasta los momentos. Blake Pierce también es el autor de la serie de misterio de MACKENZIE WHITE (que cuenta con nueve libros), de la serie de misterio de AVERY BLACK (que cuenta con seis libros), de la serie de misterio de KERI LOCKE (que cuenta con cinco libros), de la serie de misterio LAS VIVENCIAS DE RILEY PAIGE (que cuenta con tres libros), de la serie de misterio de KATE WISE (que cuenta con dos libros), de la serie de misterio psicológico de CHLOE FINE (que cuenta con dos libros) y de la serie de misterio psicológico de JESSE HUNT (que cuenta con tres libros).

Blake Pierce es un ávido lector y fan de toda la vida de los géneros de misterio y los thriller. A Blake le encanta comunicarse con sus lectores, así que por favor no dudes en visitar su sitio web www.blakepierceauthor.com para saber más y mantenerte en contacto.



LIBROS ESCRITOS POR BLAKE PIERCE

LA NIÑERA

CASI AUSENTE (Libro #1)

CASI PERDIDA (Libro #2)

CASI MUERTA (Libro #3)

SERIE DE THRILLER DE SUSPENSE PSICOLÓGICO CON JESSIE HUNT

EL ESPOSA PERFECTA (Libro #1)

EL TIPO PERFECTO (Libro #2)

LA CASA PERFECTA (Libro #3)

SERIE DE MISTERIO PSICOLÓGICO DE SUSPENSO DE CHLOE FINE

AL LADO (Libro #1)

LA MENTIRA DEL VECINO (Libro #2)

CALLEJÓN SIN SALIDA (Libro #3)

SERIE DE MISTERIO DE KATE WISE

SI ELLA SUPIERA (Libro #1)

SI ELLA VIERA (Libro #2)

SI ELLA CORRIERA (Libro #3)

SI ELLA SE OCULTARA (Libro #4)

SI ELLA HUYERA (Libro #5)

SERIE LAS VIVENCIAS DE RILEY PAIGE

VIGILANDO (Libro #1)

ESPERANDO (Libro #2)

ATRAYENDO (Libro #3)

TOMANDO (Libro #4)

SERIE DE MISTERIO DE RILEY PAIGE

UNA VEZ DESAPARECIDO (Libro #1)

UNA VEZ TOMADO (Libro #2)

UNA VEZ ANHELADO (Libro #3)

UNA VEZ ATRAÍDO (Libro #4)

UNA VEZ CAZADO (Libro #5)

UNA VEZ AÑORADO (Libro #6)

UNA VEZ ABANDONADO (Libro #7)

UNA VEZ ENFRIADO (Libro #8)

UNA VEZ ACECHADO (Libro #9)

UNA VEZ PERDIDO (Libro #10)
UNA VEZ ENTERRADO (Libro #11)
UNA VEZ ATADO (Libro #12)
UNA VEZ ATRAPADO (Libro #13)
UNA VEZ INACTIVO (Libro #14)

SERIE DE MISTERIO DE MACKENZIE WHITE
ANTES DE QUE MATE (Libro #1)
ANTES DE QUE VEA (Libro #2)
ANTES DE QUE CODICIE (Libro #3)
ANTES DE QUE SE LLEVE (Libro #4)
ANTES DE QUE NECESITE (Libro #5)
ANTES DE QUE SIENTA (Libro #6)
ANTES DE QUE PEQUE (Libro #7)
ANTES DE QUE CACE (Libro #8)
ANTES DE QUE ATRAPE (Libro #9)
ANTES DE QUE ANHELE (Libro #10)
ANTES DE QUE DECAIGA (Libro #11)
ANTES DE QUE ENVIDIE (Libro #12)

SERIE DE MISTERIO DE AVERY BLACK
CAUSA PARA MATAR (Libro #1)
UNA RAZÓN PARA HUIR (Libro #2)
UNA RAZÓN PARA ESCONDERSE (Libro #3)
UNA RAZÓN PARA TEMER (Libro #4)
UNA RAZÓN PARA RESCATAR (Libro #5)
UNA RAZÓN PARA ATERRARSE (Libro #6)

SERIE DE MISTERIO DE KERI LOCKE
UN RASTRO DE MUERTE (Libro #1)
UN RASTRO DE ASESINATO (Libro #2)
UN RASTRO DE VICIO (Libro #3)
UN RASTRO DE CRIMEN (Libro #4)
UN RASTRO DE ESPERANZA (Libro #5)